ADOLFO AGORIO

LA SOMBRA DE EUROPA

Transformación de los sentimientos y de las ideas





MONTEVIDEO

CLAUDIO GARCÍA, Editor

441--CALLE SARANDI--441

1917

LA SOMBRA DE EUROPA

ADOLFO AGORIO

LA SOMBRA DE EUROPA

Trasformación de los sentimientos y de las ideas



MONTEVIDEO

CLAUDIO GARCÍA, Editor

441--CALLE SARANDI--441

1917



Imp. "El Siglo Ilustrado", de Gregorio V. Mariño, San José, 938

A la intelectualidad francesa

Paris, Mars 1917.

Cher Maître,

Le Comité de la Societé des Gens de Lettres, dans sa séance du 29 janvier 1917, a pris, à l'unanimité, la résolution, pour rendre un juste hommage à votre beau talent, vous exprimer l'admiration qu'il éprouve pour vos ouvrages, et resserver les liens qui unissent les écrivains de France à ceux de l'Uruguay. de vous nommer membre correspondant de la Societé des Gens de Lettres.

Je vous prie, cher Maître, de me faire savoir si vous voulez bien faire à la Société l'honneur d'agréer le titre qu'elle se fait un devoir heureux de vous offrir, et de croire à mes sentiments de sincère et profonde admiration

Pierre Decourcelle.

A M. Adolfo Agorio.

*
* *

Montevideo, le 30 Mai 1917.

Cher Maître,

J'ai l'honneur de vous accuser réception à votre lettre datée le mois de mars dernier et dans laquelle vous avez bien voulu me communiquer que le Comité de la Société des Gens de Lettres a pris, à l'unanimité, la résolution de me nommer leur membre correspondant. J'ai toujours

été fier de me considérer un fils intellectuel de la France, et c'est avec une émotion profonde que je viens d'apprendre le titre et l'hommage que vous me rendez si généreusement et qui contribueront, j'en suis sûr, à resserrer les liens qui unissent ma pensée et celle de mon pays à la grande littérature française.

Veuillez, cher Maître, agréer le témoignage de ma profonde gratitude, et je vous prie d'adresser aux membres du Comité de la Société des Gens de Lettres l'expression de mes sentiments de vive et sincère sympathie.

Bien vôtre

Adolfo Agorio.

A M. Pierre Decourcelle, Président de la Société des Gens de Lettres

*
* *

Quiero que este libro sea la respuesta obscura y profunda al honor que me ha discernido la intelectualidad francesa, respuesta obscura porque nace en la nebulosa de las psicologías, en la incertidumbre que nos enseña a meditar, y profunda porque toda ella es pensamiento enérgico, volición y sinceridad. LA SOMBRA DE EUROPA no constituye un evangelio de impotencia erguido frente a la humana barbarie, sino que es la expresión de una fuerza consciente, espiritualizada por el sentimiento de la justicia. De ahí la parábola extraña y desconcertante que parte del misterio moral de las razas para morir en la luz de la revelación. La intelectualidad francesa ha puesto una nota de claridad en medio de este problema angustioso. Es el pensamiento de Francia el que transforma el espíritu y el que acecha las inquietudes del planeta. Genio maravilloso y profético, que todo lo ve entre las tinieblas, ahora nos anuncia el advenimiento de una nueva aurora. Acaso la paz en el derecho no sea más que un descanso vacilante para las

emociones despertadas por la brutalidad sanguinaria del hombre. Acaso la justicia no sea más que el producto de un equilibrio milagroso entre la cultura moral y los apetitos desenfrenados. Acaso los ensueños fraternales sean una necesidad para la tregua recelosa de los bárbaros, que afilan sus armas en el umbral de la civilización. Pero la vida del alma no se detiene. Aun cuando las quimeras se alejen por vías discretas y escondidas, la verdad toma los caminos menos solitarios y aparece siempre con cierto desenfado elegante, y triunfa siempre con la severa impudicia del conquistador. Desconocer las realidades sensibles es vivir dentro de un mundo falso. Corresponde a la intelectualidad francesa la gloria de haber presentido, contra la opinión de los políticos enervados por la retórica electoral, la marcha funesta del fenómeno europeo. La guerra, la desolación, la crisis de los principios morales, el confusionismo de las doctrinas, el espectáculo de la familia humana despedazada, todo estaba contenido en el análisis implacable de ese lento proceso de la descomposición social de Europa por la fiebre pangermanista. La bancarrota sería fatal, necesaria, inevitable. No era ya posible retroceder. Sólo la inteligencia debería orientarse sin pérdida de tiempo, en el sentido de atenuar las consecuencias de sus errores. La intelectualidad francesa adivinó la explosión y supo anunciarla valientemente. En el curso de este libro podrá percibirse la sutil armonía de los pensadores franceses, genio profundamente lógico que hoy reconstruye la esencia moral de la nacionalidad, herramienta flexible que ausculta el corazón de Francia y a la cual todavía le sobra tiempo para extenderse sobre el mundo y descubrir a los amigos de su espíritu. De esta manera el brazo fraterno pudo hundirse entre las brumas escandinavas y estrechar al insigne Johan Bojer: pudo caer sobre el país del hierro y ungir a Mark Baldwin, el pensador, y a Roosevelt, el conductor de hombres; pudo llegar finalmente hasta mí, hijo de una nación casi desconocida, perdido en un mundo que la ignorancia europea supone salvaje y misera-

ble. ¿Qué fuerzas extrañas y secretas llevan al genio francés a suprimir las fronteras, a honrar a los trabajadores del espíritu sin observar si proceden de una nación débil o de un imperio poderoso? He ahí el admirable mecanismo que forjó tres revoluciones y que proclamó la universalización de las ideas. El espíritu francés es dueño del linaje humano porque lo ha libertado. Por ello la humanidad tiene para Francia un misterioso encanto, gracia profunda que sube como una brisa de bendiciones, como coro de pechos viriles, como incienso tibio de reconocimiento y de emoción.

ADOLFO AGORIO.

LA SOMBRA DE EUROPA

Ha llegado hasta América el viento de fuego. En medio de nuestro aislamiento continental, hemos sentido el soplo trágico de la guerra, el grito desapacible de la matanza. Al ensancharse, el círculo sangriento va suprimiendo despiadadamente la masa muda y atónita de los espectadores. La sombra de Europa comienza a envolvernos. Sombra de humo y de genio, sombra atravesada por el rayo, desgarrada por el resplandor de los relámpagos, Europa se desdobla en un fantasma de maldición y de piedad. Su fuerza enloquecida, su cólera desenfrenada, ha lanzado las ideas seculares a las llamas, a la gigantesca hoguera que hoy prepara nuevas resurrecciones. El torbellino avanza sobre nosotros. Será necesario sacrificar otras energías a su voracidad insaciable, a su espíritu destructor, transformador de sentimientos y de creaciones. El gran drama no correrá el riesgo de languidecer por falta de actores. Pero nuestras fuerzas no se perderán inútilmente entre las lenguas de fuego del incendio. Los ideales se desgranan para ser devorados en medio de fermentos renovadores, de la misma manera como la semilla cae sobre la tierra saturada de gérmenes, para ser absorbida por la vitalidad del planeta. La sombra de Europa es una mancha fecunda. Desaparecer entre los estallidos de la vida, confundirse con la naturaleza exasperada, perderse en el infinito, pero dejando marcada la huella de nuestro paso, abierto el surco de nuestro destino, es llegar al

coronamiento supremo de la conciencia moral. Eclipse no quiere decir agonía. La sombra de Europa supone un amanecer ardiente; ella no es más que el sueño ligero de un día luminoso. Mientras la mitad de la humanidad duerme, la brisa de la noche refresca nuestras sienes cargadas de fiebre. Bajo el ala discreta y fatal, América asiste a la transformación de todos los valores humanos. La guerra ha revelado los aspectos desconocidos de la especie, ha modificado los modos de ver y de sentir, ha trastornado el orden de los problemas morales. No adivinaremos el porvenir sin poner en marcha el complejo mecanismo de nuestro pensamiento. La sombra de Europa, que ahora nos adormece, debiera exaltarnos con la pasión de la justicia. ¿Por qué corromperse en medio de una inercia mortal? No vamos a resolver el grave conflicto de las almas con una doctrina de tristeza, de impotencia y de abatimiento. Aquellos que todo lo esperan de la voluntad ajena, no lean este libro. De nada servirán las presentes páginas si ellas caen en el seno de esas generaciones decrépitas que no han perfeccionado más que sus vicios y donde la virtud se respeta y se cultiva como un mito histórico. No es necesario contaminarnos con el veneno de las aguas muertas. La juventud de América tiene la palabra. Ella es fuerza y acción, ella es el ideal sin fronteras, el ensueño libre, sin cortapisas miserables, el músculo noble que no conoce más que el sacrificio como único límite del esfuerzo. La juventud nos manda. Desbordante de fuerzas siempre renovadas, nos empuja sin piedad hacia el desenlace de nuestro gran drama íntimo. En medio de una época vertiginosa, sumida en apetitos mezquinos, dominada por intereses bajos, acosada por las preocupaciones materiales, la juventud busca una senda apacible de claridad moral y de severo recogimiento. El desasosiego de los espíritus no se calmará ni con las fórmulas de Averroes, ni con la sabiduría de Raimundo Lulio. La sombra de Europa acabará por disolverse en la luz de las nuevas ideas. En tiempos de Villehardouin,

cuando toda la Edad Media se llenaba con el ruido de los hierros bélicos y se aturdía con las oraciones de los místicos, se juzgó perdida para siempre la ruta de la verdadera perfección espiritual. Pero mientras los escolásticos se desvanecían en la embriaguez de sus choques teológicos, de sus polémicas brumosas, de sus disputas absurdas y sutiles; mientras la humanidad se hundía en las tinieblas de su propia incomprensión de la vida, los sillares de las viejas basílicas se estremecían al soplo del nuevo evangelio, y las naves de las catedrales góticas, resquebrajadas, abiertas al horizonte de la contemplación, dejaban ver las desnudeces inquietantes del universo. Los humanistas empezaban a hacer sonar en sus manos el llavero mágico de Grecia. Todo se orientaba en medio del desorden de las cosas y de los espíritus. La especie había encontrado su camino. El Renacimiento era su despertar.

CAPÍTULO I

"Hicieron, pues, guerra a los de Madian como Dios lo había ordenado, y mataron a todos los varones... Y Moisés les dijo: ¿Habéis dejado vivas a todas las mujeres?... Matad ahora a los hijos varones, y matad a toda mujer que haya estado en compañía de varón". El *Pentateuco* justifica a los modernos teóricos de la violencia. La guerra posee en el culto de la divinidad sus fundamentos más preciosos. Es entre los malvados donde uno puede escoger los mejores creyentes. Las fantasías perversas son deterministas a su manera. Los bandidos sagrados de la Biblia proceden como los salteadores de nuestro tiempo. Instrumentos pasivos de una inteligencia superior, su responsabilidad se confunde con las cosas del universo. De ahí que nos hallemos frente a una montaña de valores inertes, de cadáveres galvanizados por la religión, manejados por fuerzas dispuestas más allá del bien y del mal. La historia del pensamiento humano nos revela que se ha buscado siempre una relación íntima entre el espíritu del hombre y el espíritu de la naturaleza. Una filosofía de inquietud y de debilidad se empeñó en hallar fuera del hombre las causas de nuestra impotencia moral. De la consubstanciación panteísta se pasó lentamente a las concepciones antropomórficas del poder divino. El Dios de los espíritus verdaderamente religiosos no podía ser un vulgar organizador de matanzas, sino armonía ética, serenidad augusta en el sentimiento y en la comprensión. El Dios celeste de los hindúes, Varuna, es una suerte de gendarme sideral y de custodio de las conciencias. Su misión divina consiste en hacer visibles nuestras relaciones con

el infinito. Guardián del orden cósmico y del orden moral, Varuna es el punto de unión entre el temor de las almas y el misterio de los astros.

***

Pero el hombre no piensa siempre igual ni de sí mismo ni de sus dioses; los siglos modifican la mentalidad humana y trastornan el sentido de la existencia. La especie se rebela contra el destino, grita, maldice, se exaspera, rompe sus relaciones espirituales con el planeta y acaba por volver sus armas contra una realidad increada, absoluta, que le sirve a la vez de liza y de descanso. Todo aquello que, para nosotros, posee en sí mismo la razón de su existencia, se convierte en un campo de meditación y de angustia; es el grillete creador de nuevas arquitecturas, el lecho fecundo que nos mantiene encadenados y que nos acoge sin fiebre, tanto para la batalla como para el sueño. La vida es una perpetua transformación, una transformación de la cual no vemos más que un solo aspecto impasible. En su *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres,* Rousseau se empeña en reconstituir, a fuerza de abstracciones coordinadas y de sistematizaciones de lógica pura, la historia de las sociedades primitivas, vale decir, la célula madre del mecanismo social presente. El razonamiento de Rousseau es admirable, pero sus conclusiones son infantiles. El autor del *Contrato Social,* otra fantasía generosa, explica al salvaje aislado, entregado a su industria grosera y a su cultivo rudimentario. Luego el hombre primitivo construye una cabaña, se une a la mujer y echa de este modo las bases de la familia. Al fin un espíritu egoísta coloca límites alrededor de un campo, y declara que esa parte de la tierra le pertenece. Asistimos al nacimiento de la propiedad. El factor económico interviene despiadadamente. Otros ambiciosos siguen el ejemplo del primero, y pronto aparecen las clases sociales, los ricos y los po-

bres, los explotadores y los miserables. Repentinamente, como por ensalmo, nacen los medios coercitivos contra el derecho de los desheredados. Temiendo por su seguridad, escribe Rousseau, los ricos se entienden para engañar a los pobres, creando su legislación de clase, promulgando constituciones y leyes, estableciendo el ejército y la policía. Minorías astutas dominan por el fraude al resto del género humano. Con una superficialidad menos pedantesca que la de Marx, el siglo XVIII ve despuntar principios absurdos de materialismo histórico. Todo lo disparatado que los enemigos de Rousseau hallaron en las teorías del maestro ginebrino, se funda precisamente en la unilateralización de los problemas sociales. Anatole France descubre mejor las fallas risueñas de la sociedad humana. Su escepticismo es hijo de una alta interpretación del espíritu universal. Su burla intelectual es la expresión del profundo descontento de las doctrinas. En cambio, acaso sinceramente, Rousseau simplifica a su alrededor la imagen objetiva del mundo. Su visión descarnada del organismo social toca a veces las fronteras de una puerilidad desesperante. Si Rousseau hubiese estado dotado de la pedantería de los sociólogos alemanes; si hubiese defendido su jardín sin sombras con una valla erizada de espinas de misterio y de paradojas impenetrables; si no hubiese permitido desflorar su meditación, atacando al enemigo con la retórica fatal del enervamiento, o con la lógica sutil del sofista, podría asegurarse que sus prosélitos no hubieran acabado con Robespierre. El éxito de las religiones se funda en la potencia de su materia ininteligible. El vulgo se siente atraído por las fórmulas obscuras. Los sacerdotes defendieron siempre el tesoro inmenso de su poder con liturgias indescifrables. Hay una tendencia muy humana a admirar y respetar lo que no se comprende. La moderna crítica histórica ha demostrado que las tres cuartas partes del pensamiento religioso de Oriente no son más que pesados y torpes galimatías. Ensombrecer es dominar.

*
* *

La sombra de Europa nos oculta los secretos de una vasta transformación. Sería aventurado explicar el fenómeno por medio de doctrinas. Ese choque de proporciones volcánicas se inició entre el sentido universal de la justicia y el deslumbramiento colectivo gravitando sobre un monarca exacerbado por el delirio de la fuerza. No es posible ver con justeza en medio de la pasión desencadenada. Los años aclaran el ideal de las multitudes muertas, el móvil de las grandes figuras desaparecidas. Pero los contrastes son nivelados por las revoluciones. Los conflictos de raza y de mentalidad incuban el germen de la rebelión. Como lo comprueba el insigne historiador Théodore Duret, fué después del movimiento revolucionario de 1848 que Lamartine empezó a substraerse a la fascinación de la epopeya napoleónica. (1). El entusiasmo por las hazañas militares de Bonaparte era entonces vértigo de locura, neurosis brillante. De un modo admirable, se había preparado el terreno para el advenimiento de cualquier bribón que perteneciese a la familia del gran vencedor de Europa. Y fué Bismarck, atiborrado de los principios reaccionarios del Congreso de Viena, espíritu sin escrúpulos subjetivos, dotado de fina malignidad, que envenenaba la política internacional con las conquistas de su cinismo frío, quien supo sacar partido de esta anestesia histórica de la nación francesa, aberración formidable cuyo centro de gravedad social se desplazó luego hacia Alemania, merced a los métodos imperialistas del canciller de hierro. La cuestión es compleja en sus consecuencias, pero simple en su naturaleza. La espada de Napoleón I llenó un ideal de la conciencia europea, mientras esa espada representó los principios de la Revolución francesa. Pero las armas del general republicano deberían mellarse contra las tradiciones de dignidad humana que había de-

---

(1) Théodore Duret: *Les Napoléons*. París, 1909.

fendido con tanto brillo. Las creaciones caprichosas y artificiales de Bonaparte trastornan el sentido de las nacionalidades y van contra el espíritu de la Revolución. Ahí está ese absurdo reino de Westfalia que el emperador da a uno de sus hermanos; ahí están esas falsas repúblicas de Liguria y Cisalpina, organismos sin vida, que no tienen otra razón de ser que la voluntad del vencedor. Napoleón, ante todo, es militar; ha nacido y vivido para la guerra. Así es que juzga y procede como un soldado. Solamente en Thiers y en Víctor Hugo la grandeza de lo sublime se confunde sin mancharse con la perfidia del crimen y con el lodo de la traición. "No obstante, ciertos países conquistados u oprimidos, como Italia y Polonia, escribe Théodore Duret, hacen reposar su esperanza en Napoleón, quien ha tomado a Prusia sus provincias polacas y con las cuales crea el gran ducado de Varsovia. Pero no ha podido o no ha querido quitar a Rusia y Austria sus tierras polacas para constituir un Estado verdaderamente poderoso". (1). Como vemos, Napoleón se empeña en sembrar la semilla de futuros conflictos. Tiembla al pensar que puede permanecer ocioso en su misión de guerrero profesional. Un soldado que ha sacado de la guerra toda su grandeza, debe sacrificar a la guerra los últimos destellos de su genio.



Después de sus grandes desastres de España y de Rusia, ya casi desangrado, Napoleón reconquista a prusianos y eslavos toda la Sajonia y una parte de la Silesia, vence en Lutzen y en Bautzen, consigue el armisticio de Pleinitz y simula interés en participar de la conferencia de Praga. Su duplicidad precipita a Austria en la coalición. Napoleón se encuentra al fin frente a Metternich. Aquella entrevista es conmovedora. Cuando Metternich le manifiesta la certidumbre de que está per-

(1) Théodore Duret: *Les Napoléons*, págs. 70 y 71.

dido, cuando le reprocha su agotamiento y le dice que ya no le quedan más que los niños para hacer matar, Napoleón se irrita, golpea la mesa con el puño y arroja al suelo el sombrero. Su cólera estalla y su rostro se descompone como el de un epiléptico. "Usted no sabe nada, exclama. Usted no es militar. ¡Usted no tiene, como yo, el alma de un soldado! Usted no está acostumbrado a despreciar la existencia de los otros ni la suya propia. *Je me f... de la vie de deux cent mille hommes!*" Pero Metternich no se inmuta. Acostumbrado a dominar sus nervios, recoge sonriendo la preciosa declaración. "¡Abramos, señor, las puertas y las ventanas, replica, para que toda la Europa os oiga! De este modo, la causa de la paz que yo defiendo, saldrá ganando". No obstante la vinculación a la casa de Austria por su matrimonio con María Luisa, el Emperador la juzga despreciable. Estaba demasiado habituado a vencerla. Después de Montenotte y de Mondovi, después de esa maravillosa campaña de Italia, soberbia y fantástica como el sueño de un dios helénico, Napoleón hace triunfar su voluntad en el tratado de Campo Fornio. Pero Austria todavía se mantiene fuerte. Napoleón la convierte en una potencia de segundo orden, la obliga a los convenios de Lunéville, de Presburgo, de Viena, después de vencerla sucesivamente en las jornadas de Marengo, de Ulm, de Austerlitz y de Wagram. A pesar de todo, esa nación se levantará para aniquilarlo. Nuevos desastres esperan a Napoleón en Sajonia. Sus mejores generales lo abandonan. Bernadotte se junta a los coligados. Marmont lo traiciona en Essonne. Los regimientos sajones se pasan en masa al enemigo durante la batalla de Leipzig. El magnánimo Alejandro, con quien Bonaparte había partido el mundo en Tilsit, después de haberlo humillado en Friedland, intenta detener la agonía del corso y le ofrece la paz ventajosa de Châtillon. Pero Napoleón rehusa. Quiere perecer en medio de las llamas que forjaron su gloria. Entonces los aliados llegan al convencimiento de que no habrá paz posible en Europa mientras Bonaparte pueda mandar ejércitos.

* * *

Francia es al fin invadida. Wellington pasa los Pirineos, y marcha sobre Burdeos y Tolosa. Trescientos ochenta mil prusianos y rusos se lanzan delirantes a través de la Champaña. Los austriacos penetran en Lyon. Las proposiciones amistosas de Châtillon, todavía en pie, hubieran sido salvadoras. Pero Napoleón confía demasiado en su superioridad estratégica, ese genio impotente contra las fuerzas fatales de la historia, y que en la campaña de 1814 ha de volver a brillar con resplandores prodigiosos. De nada valen las victorias desesperadas de Montmirail, de Champaubert, de Château-Thierry. Los aliados avanzan rápidamente sobre París. En Arcis-sur-Aube el Emperador se arroja en medio de las balas y busca la muerte inútilmente. La angustiosa parábola termina con la abdicación de Fontainebleau. Desterrado a la isla de Elba, el César corso no sale de su retiro, sino para conocer el desastre de Waterloo y el calvario de Santa Elena.



Napoleón triunfó sobre la Europa, porque le servía de pedestal un gran pueblo, el pueblo francés. Para Théodore Duret, ese historiador implacable, maestro como Taine en la disección de los acontecimientos, Napoleón es el conquistador de perfiles antiguos, el soldado frío, incapaz de amar, nacido en una roca áspera del Mediterráneo y que toma a Francia como un instrumento de sus voluptuosidades de guerrero. Sin embargo, Duret se equivoca al considerar a Napoleón como al único gran culpable de la postración moral de Europa. El Congreso de Viena, trabajado por odios mezquinos, agravó los males del régimen napoleónico. Aquello fué una herramienta innoble esgrimida, no contra el espíritu de Bonaparte, sino contra las ideas del pueblo francés. Aquello significaba la ruina de la soberanía de Francia, la violación del principio de las nacionalidades, el

desgarramiento de Polonia, la esclavitud de Italia, la muerte del espíritu liberal en Europa. Aunque parezca extraño, la derrota de Napoleón atrasó en un siglo el progreso de las ideas democráticas. Pero fué su delirio guerrero, llevado hasta la exageración insensata, el que provocó, juntamente con el movimiento reaccionario del Congreso de Viena, ese torbellino de venganzas miserables y de extorsiones históricas que fueron el germen de muchas calamidades sangrientas. La república de 1848 debería hacer vivir un segundo el amanecer augural de la Revolución francesa. Y por un privilegio del destino habría de tocar a Italia, tierra de mártires y de genios, el sacrificio sublime por las viejas ideas, el empuje inicial contra la obra abominable de 1815. Italia empezaría a sentir la gran tristeza de la inmensidad, esa noble melancolía del esfuerzo destinado a quebrantar la montaña. Languidecer al pie de una esperanza es dominar la eternidad. Nadie comprendió, como Leopardi, el abatimiento fecundo de esta soberana transformación de la vida.

E che pensieri immensi,
che dolci sogni mi spiró la vista
di quel lontano mar, quei monti azzurri,
che di qua scopro, e che varcare un giorno
io mi pensava...

El límite de nuestros sueños acaba con el sentimiento de nuestra justicia. Se renace a costa del dolor y de la muerte. Los grandes afectos crecerán vigorosos bajo la fresca lluvia de las lágrimas. Nuestro deseo es el espasmo efímero que agoniza y se pierde en el silencio de nuestro corazón. No dominamos más que un instante. Soberanos de una hora, nos creemos dichosos con nuestro imperio fugitivo. Pero si el infinito pertenece a la historia, todo el universo cabe y palpita dentro del alma...

CAPITULO II (1)

El presidente Wilson, espíritu archipacifista, enemigo teórico del militarismo y de la violencia, a quien el mundo creyó definitivamente perdido en un mar de abstracciones humanitarias, acaba de firmar una declaración de guerra. Bajo su mano se forja el destino de cien millones de hombres arrojados de pronto a la hoguera. Movimiento fatal y trágico, que representa una gran enseñanza psicológica, movimiento inesperado para el mismo Wilson, que había llevado hasta la neurosis sus ardientes quimeras fraternales. No hay duda que el presidente de los Estados Unidos jamás pensó que, bajo la terrible presión de los acontecimientos, pudiera arrastrar a la matanza a sus connacionales. Es verdad que Wilson sigue siendo ahora tan pacifista como antes de la guerra, aún después de haber asistido al derrumbe de sus ilusiones, al fracaso práctico de sus ideas morales. La experiencia nos golpea rudamente, nos conduce en medio del torbellino universal, pero no renueva las debilidades de nuestro corazón ni substituye los ideales que hemos amado durante toda la vida. El ideal es la fisonomía del espíritu, es el rasgo vivo y palpitante por el cual las almas se atraen, se penetran y se reconocen. La ilusión interior sólo se desvanece con la muerte. De la misma manera se borran dulcemente las líneas de nuestro rostro. Al toque de la agonía se descompone nuestra existencia en sus principios eternos, y las quimeran vuelan, locas y dispersas, en bandadas

---

(1) Una gran parte de este capítulo apareció en *La Nación* de Buenos Aires de 20 de mayo de 1917.

errantes. Entonces sentimos una indefinible sensación de vacío y de desesperanza, como si algo frágil se quebrase dentro de nosotros. Es que, en el silencio de nuestro recogimiento escéptico, vemos cómo se nos escapa para siempre el contenido moral de la vida.

* * *

Imposible reconstruir nuestros sueños con la misma fe, con el mismo entusiasmo, con la misma sinceridad. Jamás conseguiremos animar las ruinas, nunca edificaremos con escombros ni con cenizas. He ahí por qué, bajo el manto de su retórica optimista, la última parte del mensaje de Wilson destila una atroz amargura. "Es un deber ingrato y angustioso el que he tenido que cumplir al dirigirme a vosotros, dice. Acaso tengamos que soportar muchos meses de duras pruebas y sacrificios. Es una cosa terrible conducir a este grande y pacífico pueblo a la más desastrosa de todas las guerras. La civilización misma parece hallarse en la balanza. Pero yo opino que el derecho es algo más precioso que la paz. Combatiremos por cosas que siempre hemos tenido muy cerca del corazón, por la democracia, por el derecho de aquellos que sometiéndose a la autoridad, tienen que esperar la defensa de su gobierno, por los derechos y libertades de las pequeñas naciones contra la universal dominación, vale decir, por el respeto que merecen los pueblos libres". Como vemos, el propio Wilson se encarga de proclamar la crisis del ideal pacifista frente al derecho amenazado por el pangermanismo. Pero la bancarrota teórica de las ideas morales seguirá forzosamente a este espantoso cataclismo objetivo de las doctrinas. Ninguna teoría internacional ha salido sana del desastre. Ningún sistema humanitario ha sufrido victoriosamente la dolorosa y sangrienta prueba. Los hechos han vuelto a erguirse contra las ideas artificiales exasperadas por la fiebre de los predicadores. No obstante las lecciones de la tragedia, William Loubat escri-

be que el espíritu de las convenciones de La Haya no ha perecido. A pesar del repetido ultraje a todos los principios del derecho internacional, no faltan inteligencias movidas por factores místicos, aisladas de la humanidad por la bruma espesa de la metafísica, impermeables a las verdades más crueles, que prosiguen construyendo, insensibles al estrépito de afuera, sus fórmulas abstractas y frías.

*
* *

Para después de la guerra se espera un choque gigantesco contra los fundamentos morales de la sociedad humana, choque tan formidable, tan íntimo, que puede cambiar la esencia de nuestras fantasías pacifistas. Nos hallamos al borde de esta suprema transformación. Ya ha comenzado el gran proceso de todos los valores éticos, la gran revisión de todas las entidades fraternales, el gran análisis de todas las garantías jurídicas. El universo reposa sobre instintos que han sido ideas. Nadie sospecha lo que resultará de este balance mudo que tiene por teatro el misterio inquietante de las almas. Es necesario que la concepción abstracta de la paz se transforme en instinto natural, en sentimiento orgánico, para que pueda ser una realidad concreta entre los hombres. El pastor protestante de Octavio Mirbeau, oliendo a gin, mascullando trozos del Evangelio bajo el cielo encendido de China, siguiendo el rastro ensangrentado de los ejércitos, cree también en la paz, como buen cristiano. Pero su creencia es hija de un deber profesional, jamás un instinto. "Por todas partes donde hay sangre derramada que legitimar, escribe Mirbeau, piraterías que consagrar, violaciones que bendecir, estamos seguros de ver a este Tartufo británico realizando, bajo el pretexto de proselitismo religioso o de estudio científico, la obra de abominable conquista". ¡Ah! ¡Con qué vertiginosa rapidez se desplaza el centro de gravedad de la moral universal! Mirbeau murió convencido de que el Tartufo pacifista no tiene nacionalidad. Los teóricos de la guerra germánica inocularon a la especie

el virus de su cinismo elegante, transmitiéndole el gusto de la hipocresía cargada de retórica. Clausewitz sostiene que la guerra más cruel y monstruosa es la más humana, puesto que resulta la más breve. Dentro de su fórmula negativa y bárbara, Clausewitz amaba la paz. Mirbeau no se equivoca, pues, cuando presiente la sombra astuta y feroz del pacifista cristiano perfilándose sobre la desolación de los pueblos vencidos. Cuando no favorece abiertamente la obra insensata del atropello, la paloma evangélica interviene para entorpecer la marcha de la justicia. De ahí que el gran demoledor que fué Mirbeau, cuando transforma su razonamiento en tempestad de blasfemia, descubre la fría sonrisa del salvador espiritual al lado del soldado ebrio y del Shylock de presa, junto al umbral de la última cabaña arruinada, "llevando la civilización en la llama de las antorchas, en la punta de los sables y de las bayonetas". El pacifismo no puede triunfar mientras resulte del enervamiento de todas las facultades creadoras del hombre. La paz debe responder a una mentalidad afirmativa, a un sentimiento irracional, y no a un barniz de cultura filosófica. Debe ser una isla de intereses, de fuerzas afectivas, anclada en la conciencia de los hombres. No hay que olvidar que no es la verborrea de los políticos lo que hace la historia.



Existe una energía natural, ciega, instintiva, casi salvaje, que socava lentamente los fundamentos de la humanidad. ¿Qué significa esa polvareda de sistemas morales, ese vértigo de sangre arrebatando a la sociedad humana enloquecida, trastornando nuestra concepción hereditaria del mundo? Una prueba de que los hombres evolucionan en planos distintos es la diversidad infinita de predisposiciones y de tendencias, las cuales pueden solamente ser encauzadas hacia un fin único por la disciplina férrea del Estado. La verdadera armonía no se realiza en los ideales, sino en los apetitos. No nos hallamos ante

la legión absorta en el deslumbramiento de las ideas, sino frente al rebaño dócil que marcha aguijoneado bajo la espuela sórdida de todos los deseos subconscientes. La última etapa de la evolución ideológica de Wilson coincide con la guerra, es decir, con el espíritu negativo de todo su ensueño jurídico, con la ruina absoluta de ese lirismo fraternal, acaso menos absurdo que impotente para orientar a la especie desenfrenada. Ya en plena orgía de violencias, arrastrada por la locura sanguinaria de Europa, la gran nación norteamericana nos reserva muchas sorpresas. Dotado de una admirable preparación técnica, el pueblo norteamericano puede crear nuevos y espantosos mecanismos de destrucción, dar a la guerra un sello de originalidad inesperada. En pocos países como en los Estados Unidos pueden hacerse posibles los sueños prodigiosos de Edison. La bancarrota de las ideas morales traerá un renacimiento de todas esas fuerzas ocultas que enriquecen la ciencia de los ejércitos, herramienta sutil y formidable puesta al servicio de la muerte.

* * *

Por lo pronto, los Estados Unidos empiezan a transformarse de potencia industrial en potencia militar. Los aspectos internacionales de ese fenómeno histórico del cual depende quizá el porvenir de la América latina merecen meditarse. Pero ahora nos interesan las consecuencias técnicas posibles de este nuevo conflicto. La guerra moderna es obra de ciencia, de método, de disciplina. El porvenir no hará más que acentuar la intervención del laboratorio en el exterminio matemático de la raza humana. Gustavo Le Bon, en su libro *Premières conséquences de la guerre*, aparecido en París al finalizar 1916, sostiene la teoría de que la guerra futura será dirigida por simples especialistas. Los períodos de paz, cada vez más largos, favorecerán notablemente el proceso de la especialización. El maquinismo, el terrible maquinismo que, en el taller, va suprimiendo sin piedad al obrero,

acabará por substituir también al soldado. "Ya se entrevé el momento—escribe Le Bon,—en que la máquina de matar reemplazará al guerrero, de la misma manera que la hulla desalojó en otro tiempo al esclavo. Para ese día, los inmensos ejércitos actuales serán substituídos por pequeños equipos de especialistas, capaces de manejar intrumentos destructores formidables". Actualmente los artilleros combaten sin verse. Detrás de los soldados hay una compleja organización técnica de usinas y laboratorios, sin la cual el ejército sucumbiría. Los generales dirigen las operaciones a muchos kilómetros de distancia, en el silencio de un gabinete que es el centro de todo un sistema nervioso de millones de soldados. El horror de la lucha ha superado a las creaciones de las fantasías más ardientes. Y hay que tener en cuenta que apenas han sido desflorados los secretos de la bacteriología, de la radiología, de la termoquímica. Rutherford nos deja presentir lo que sería una guerra que utilizase el radium como fuente de energía, haciendo notar que cada gramo produce, en equilibrio radioactivo, 876,000 pequeñas calorías anuales. Con un solo gramo de radium podría obstenerse un equivalente mecánico gigantesco el día en que se descubriese el procedimiento científico para explotar, en el sentido de la guerra, esa cristalización de fuerzas monstruosas e incalculables. ¿Y qué decir de los cultivos capaces de aniquilar por la peste a pueblos enteros, de las ondas hertzianas organizadas para producir explosiones a distancias inverosímiles, buscándose en el espacio, neutralizándose con misteriosas interferencias? ¿Qué decir de las pastillas aparentemente inofensivas, productoras de gases envenenados y de llamas voraces, elaboradas para arrasar aldeas y ciudades? ¿Qué decir, en fin, de los torpedos guiados por vibraciones eléctricas, como por una mano mágica, desviados de su camino o lanzados a la destrucción abominable? Frente a estos cuadros, sombríos y horribles, el Napoleón de las oleografías, empinándose sobre los estribos para dominar el campo de batalla, aparece como una pobre imagen sin sentido lógico. Las matanzas ganarán en embriaguez, en voluptuosidad

intelectual, en desolación. Desgraciadamente, los acontecimientos actuales nos demuestran que el espanto no es factor de paz. Tal vez se espera demasiado del genio norteamericano, que hoy pone todo su pensamiento en la guerra. Nada debe sorprendernos en este cálculo infinito de probabilidades. Conviene no olvidar que la imaginación de Wells, el profeta británico, no es otra cosa que ciencia anticipada. Por otra parte, no hay país mejor organizado que los Estados Unidos para adelantarnos algunas visiones de la guerra futura. En momentos en que la espada de Wáshington vuelve a caer en la balanza de los destinos humanos para afirmar la victoria de la justicia, el mundo se recoge solemnemente y espera en silencio el minuto trágico de la revelación.



La bancarrota de las ideas morales tiene su origen en un malestar general de la raza humana, en un creciente fastidio de todas las cosas del mundo. Estamos descontentos del despotismo y de la democracia, de todas las formas de gobierno destinadas a limitar la libre expansión de nuestra personalidad. Un vicio hereditario nos ha habituado a objetivar nuestro disgusto en la lucha política. Pero la política es arma imperfecta, que no toca más que los aspectos exteriores de las cosas, incapaz de adaptar las mentalidades y de transformar las psicologías. Desde el tiempo de Aristóteles, que dió en sugerir las fórmulas del buen gobierno, la política ha seguido siendo un juego inocente o diabólico, el sonajero que distrae a los pueblos, que les hace olvidar un minuto su eterna inquietud. Los problemas de la sociedad humana no tienen más solución que el ser substituídos por otros problemas. El enigma de nuestra finalidad y de nuestro destino se renueva constantemente. No hay sólo desigualdades económicas, opuestas al ideal de la fraternidad, sino desigualdades morales, abismos de diferenciación psicológica, barreras que dividen a la hu-

manidad en castas irreconciliables. La pedantería contemporánea ha intentado corregirlo todo mediante el cálculo, el análisis y la experimentación. El fanatismo del laboratorio ha reglamentado el trabajo cerebral; pero su sombra malsana se ha filtrado en la arquitectura íntima del universo. El furor científico ha causado a la especie males peores que el furor de Atila. La ciencia crítica, fría, geométrica, desposeída de toda grandeza subjetiva, nos ha convertido en rebaño de salvajes disciplinados. Esa ciencia funesta que hace de nosotros excelentes mecánicos y detestables psicólogos; ese furor científico, sin resortes inhibitorios, nos lleva lentamente al canibalismo moral, a la prostitución del alma, al encanallamiento de la conciencia. Exagerar, como Paul Bourget, los beneficios del fenómeno religioso es caer en el mismo error de lógica, contaminarse con los gérmenes de las más groseras supersticiones. Todos los fanatismos, ya sean místicos o racionalistas, poseen un fondo común de hiperestesia mental, de instinto exagerado por el misterio. Religión no es otra cosa que el deseo de nuestro perfeccionamiento moral fundado en principios extraterrenos. El sociomorfismo de Guyau no es más que un sentimiento subordinado a voluntades, que el hombre primitivo coloca fuera de la individualidad humana. El método de la historia natural de las religiones es el método de la historia natural de la costra terrestre. Hay una geología de las creencias que nos enseña la formación de los viejos mitos y que nos hace presentir nuevos sueños.



De nada vale el temor religioso sin el freno moral. La piedad es a veces un desbordamiento frenético. Los primeros mitos civilizadores, la verdad y la justicia, nacieron del miedo. Pero no sólo el horror a lo desconocido es capaz de dirigir el espíritu humano. No hay duda que Guillermo II teme a Dios, aun cuando se per-

mite darle consejos. Además del sentimiento de su poder infalible, Guillermo II posee en alto grado la neurosis de la divinidad. Un día, contra la opinión de todos los eruditos de su Imperio proclama que cierto busto descubierto en casa de un anticuario, pertenece a Leonardo de Vinci. Dentro de la obra de arte fueron hallados más tarde periódicos ingleses de fecha reciente que habían servido al escultor para sostener la arcilla. Otro día, según nos informa en su libro *Orfeo* el eminente historiador de las religiones, Salomón Reinach, el emperador falla en un asunto de índole sagrada. Se trataba de las leyes de Hammurabí, desenterradas cerca de Babilonia. Las investigaciones arqueológicas habían demostrado que, no obstante su parentesco con la legislación de Moisés, el código babilónico llevaba seis siglos de ventaja sobre las leyes mosaicas. "Por tanto, dice Reinach, si este último código hubiese sido dictado por Dios a Moisés, la divinidad habría plagiado a Hammurabí. Esta conclusión pareció, con justa razón, inadmisible al más universal de los sabios alemanes, al emperador Guillermo II. En carta famosa dirigida a un almirante, resolvió que Dios había inspirado sucesivamente a varias eminencias, entre ellas a Hammurabí, Moisés, Carlomagno, Lutero y a su abuelo Guillermo I. Esta opinión no dejó de prevalecer entre los cortesanos." Las páginas de Salomón Reinach, escritas algunos años antes de estallar el conflicto europeo, son de una actualidad permanente, la actualidad de las cosas hechas para sobrevivirse. Salomón Reinach es un espíritu emancipado de los prejuicios ancestrales, un corazón abierto sobre horizontes de esperanza, una fuerza en marcha hacia el perfeccionamiento infinito de la humanidad. (1) De ahí que Guillermo no aparezca retratado al través del juicio de un

---

(1) Párrafos de una carta de Salomón Reinach dirigida al autor de este libro: «Dans la langue sonore que je vous envie de faire vibrer si puissamment, *Fuerza y Derecho* exprime des vérités éternelles. Je salue avec vous le génie de la *Marseillaise* qui prépare laborieusement, mais sûrement, un monde nouveau, une religion nouvelle. Vouz serez de ceux qui auront éloquemment annoncé l'avenir».

hombre frívolo. Su temor de Dios se nos presenta como una de las tantas variedades del rico temperamento teatral de los Hohenzollerns. La religión de la familia posee sus fundamentos en una moralidad de tribu salvaje, absolutamente inferior, que coloca la violencia por encima de todas las conquistas del espíritu. La simulación se junta al fastidio para cargar los matices de la bancarrota moral. Comparad el áspero espíritu religioso del monarca germánico con la religión de Platón, de Spinoza, de Lammenais o de Augusto Comte. No sería posible establecer diferencias entre la idealidad del deber moral, entre los encantos superiores de la ética pura, y el brutal misticismo de la matanza, ese delirio sangriento reducido a fórmulas de escolástica. Existe la criminalidad con manto aristocrático, defendida detrás de un depravado refinamiento intelectual. Hemos llegado insensiblemente a corromper nuestras meditaciones. Cavamos nuestra fosa con la herramienta sutil de los doctrinarios. La teoría de la barbarie es ya peor que la barbarie misma. Se diría que el mundo busca reintegrar las fuerzas perdidas por el culto de la abominación.

CAPÍTULO III

En 1913, un año antes de estallar el gran conflicto, la librería de Chapelot publicaba en París una edición francesa de *La guerra de hoy*, el célebre libro de Bernhardi. La obra, cuidadosamente revisada por el teniente coronel Colin, cayó entonces en el vacío. Apenas si alcanzó a circular entre un limitado grupo de profesionales y de especialistas. Fué necesario el cataclismo de todos los valores humanos, la fiebre atroz de la guerra, para que el libro de Von Bernhardi surgiese de nuevo envuelto en las llamaradas del incendio, vestido con los resplandores de una actualidad trágica. Con el instinto adormecido por quimeras fraternales, sometido a la apariencia de realidades pacifistas, los pueblos latinos habían llegado a un estado de enervamiento fatal, inquietante, hecho de confianza y de idealismo. En medio de este cuadro apacible, el general Bernhardi resultaba un humorista sombrío. Imposible separar la debilidad física de la exaltación de las fuerzas morales. Cuando la energía material parecía languidecer, el espíritu regeneraba las viejas aberraciones de la conciencia colectiva. Un soplo misterioso avivaba la llama del alma. De ahí que se haya identificado el renacimiento filosófico de la justicia con la fiesta mortal de la decadencia. Los soldados deponían las armas para discutir los principios de la Internacional. Los pensadores relajaban la disciplina del ejército. El personaje de Lavedan, que abomina de su carrera militar impuesta por las tradiciones de la familia, que habla de la guerra como de un vicio repugnante y que rehusa a la Francia el invento diabólico que puede darle la victoria, no es menos digno que el héroe

improvisado por la tragedia, el soldado que sale de la molicie intelectual para empuñar la bayoneta y cargar sonriendo a la muerte. No constituye ningún reproche para Francia el hecho de que sus soldados hayan discutido sobre el alcance psicológico de las matanzas humanas y hayan sentido hondamente el terrible conflicto moral entre la devoción de los ideales puros y la necesidad cruel de la defensa armada. La capacidad para la victoria nace precisamente desde el fondo de estos grandes debates íntimos. Sin el espíritu, sin el sentimiento, la ciencia es un montón de cenizas frías. Leyendo ahora a Von Bernhardi se experimenta una extraña voluptuosidad. El general alemán es un teorizante de la fuerza brutal. Cree únicamente en la violencia científica, en la eficacia de los medios exteriores, en el progreso infinito de la técnica, en el perfeccionamiento ilimitado del mecanismo militar. Para el autor de *La guerra de hoy*, las doctrinas morales distraen la verdadera actividad del soldado, son una carga dañosa, un peso inútil que estorba la buena marcha de la máquina. Von Bernhardi se asombra ante la idea de que puedan existir gobiernos pacifistas. Su rudo sentido germánico no perdona a la filosofía pura el haber preparado la bancarrota de la voluntad. "Antes, escribe con ironía, los apóstoles de la fraternidad universal eran algunos soñadores y utopistas congregados en torno de Kant. Hoy son los gobernantes quienes se han apoderado de esas ideas para cubrirse con el manto de una humanidad superior." Para el general Bernhardi, la guerra es el estado normal de la especie. De ahí que la paz, garantida por *pedazos de papel,* se concibe únicamente como un armisticio efímero en medio del gran conflicto secular. "Los tratados, agrega, cuando no se limitan estrictamente a ciertos puntos de derecho, representan casi siempre un pretexto para esconder tentativas políticas de otra índole; los tratados son hechos muchas veces para provocar la guerra que pretendían evitar". Como vemos, Bélgica no constituye una excepción. Su martirio representa la fórmula des-

nuda del pensamiento germánico, es la ley implacable que, a pesar de las grandes enseñanzas del siglo, quiso hacerse universal en virtud de principios salvajes y de teorías absurdas.

*
* *

Los historiadores del porvenir dirán que 1917 no deseó la paz como una aspiración precisa y coherente. Arrastrada por un torbellino de sensaciones contradictorias, Europa lucha contra los fantasmas que ella misma ha creado. La paz se siente como una embriaguez brumosa, como un ensueño triste. ¿Para qué deliberar sobre la posibilidad de una nueva tregua, poblada de amenazas, cuando la canción bárbara ruge todavía sobre los campos ensangrentados? Su ritmo áspero cuenta los segundos, como si ellos fuesen las gotas de sangre de una humanidad que se va vaciando lentamente de todo su contenido moral. Cada minuto que se aleja es un esfuerzo precioso que se pierde. No obstante, la paz de ahora quiere decir guerra dentro de quince años. La fraternidad humana no puede reposar más que sobre el ideal superior de la nacionalidad. Nada valen las coaliciones cuando substituyen y renuevan el imperialismo. El congreso de 1815, inspirado en ideas antinapoleónicas, no hace otra cosa que agravar los males causados por Bonaparte. El congreso de 1878, lejos de atenuar la obra perniciosa de Bismarck, se complace en perfeccionarla. Suprimir los términos del problema no es resolverlo. El sentido social de los estadistas se nos antoja incompleto, precisamente porque no roza más que los aspectos sensibles de la vida colectiva. Es necesario profundizar los sentimientos íntimos de la sociedad humana para aproximarse algo a las soluciones verdaderas. Aliviar un malestar cuando no se comprende, equivale a prolongarlo. Algunos de los pueblos de Europa saben que se desangran para libertar a Bélgica y a Serbia, para asegurar a las naciones débiles los beneficios de la justicia internacional. En eso han puesto su honor y

su gloria. He ahí dos bellas palabras que coinciden en una esperanza sublime. Alfredo de Vigny sonreía tranquilo, ya que él pensaba que basta sentir una cosa para creer en su existencia. Realizar el ideal es renovarlo. Se aleja de nuestra mano, pero su luz recorre eternamente los horizontes de la inteligencia. Detrás de nosotros no quedan más que restos helados, fragmentos fosforescentes, la nada con fisonomía, el vacío animado por el recuerdo. No se trata de sentir odio hacia lo que ha de venir, sino repugnancia por esa amenaza sin forma, que se filtra por las rendijas de nuestro edificio moral, gelatina infame, adaptada tanto al culto de la bondad como al doctrinarismo de los malvados, molusco viscoso y abominable que rechaza el molde enérgico del alma para hacer de la humanidad un monstruo ciego, un volcán de instintos fatales. A pesar de todo, entristece el meditar que otra vez se volverá al respeto hipócrita de los tratados, que otra vez las naciones garantirán su independencia con pedazos de papel cubiertos de firmas. Y entretanto, mientras el planeta se siente estrangulado por un anillo de fuego, mientras las ciudades se convierten en polvo y las torres góticas se derrumban con estrépito, los neutrales cierran los ojos al horror, quedan inertes ante el sufrimiento y dejan que la canción bárbara siga contando, con su ritmo maldito, la agonía del mundo.



El eminente profesor Aulard, el sabio escrutador del gran período revolucionario de Francia, el demoledor de lógica inflexible que destruyó las leyendas atroces propagadas por los historiadores realistas, pronunció una notable conferencia en la Sorbona sobre la Revolución francesa y la guerra actual. Aulard sigue detenidamente la evolución del pensamiento europeo en el siglo XVIII. Luego nos habla de la unión soberbia de Francia en su plano moral y político, la patria que nace, la gran federación nacional, las múltiples federaciones pro-

vinciales del Rhin, del Delfinado, de Anjou, de Bretaña, de Alsacia, de Lorena... La palabra del maestro, clara y concisa se empaña por la emoción cuando evoca el día glorioso en que todos esos pueblos, con un entusiasmo patriótico jamás igualado en la historia, juraban no formar más que una sola familia de hermanos. "Ese pacto, exclama, ha sido cimentado con sangre en el curso de inolvidables guerras. También hoy es en nombre de esos principios que Estrasburgo y Metz nos esperan como a libertadores". Pero el orador alcanza el punto más cautivante de la disertación cuando se apoya en ideas alemanas para desarrollar con más amplitud la esencia de su doctrina revolucionaria. Kant le sirve de atalaya. Haciendo abstracción de su proverbial criticismo metafísico, Aulard va sin vacilaciones al fondo de la filosofía germánica del gran siglo. Dentro del principio del libre consentimiento de los pueblos, Francia debe asegurar la paz de Europa sobre la base de la Declaración de los Derechos del Hombre. "El axioma es indiscutible, dice, hasta el punto de que lo han adoptado los grandes pensadores alemanes. Los escritos políticos de Kant no son más que el resumen de las teorías y de las ideas de la Revolución francesa". Para justificar sus palabras, el ilustre historiador lee algunos párrafos del filósofo de Koenigsberg, donde se condena el espionaje y las falsas noticias, donde se defiende el derecho de gentes, donde se abomina de la guerra de conquista y de toda campaña militar que no tenga por objeto la defensa del país. "Si Kant viviese todavía, agrega el orador, estaría con nosotros en la guerra actual y condenaría los procedimientos de las tropas del Kaiser. Al considerar el famoso manifiesto de los intelectuales alemanes, Aulard se sorprende y se indigna. No puede admitir cómo los profesores teutones han tenido la suprema audacia, el desenfado inaudito, la atroz impudicia de colocarse bajo la autoridad del gran espíritu que fundaba el derecho internacional sobre una federación de Estados libres, y que reconocía la legitimidad de intervenir en la constitución de un pueblo extranjero cuando esta constitución crea-

ba un peligro grave para la libertad de las otras nacionalidades. "Cuando hayamos triunfado, termina Aulard, nos apoyaremos en esas palabras de Kant para desprusianizar la actual constitución alemana". Pero lo que calla el célebre historiador es que, dentro del sistema de hierro de los modernos germanos, Kant es un pensador brillante y sensible, un disfraz sin grandeza. Ante todo, la filosofía de Koenigsberg es humanitaria. Para la Alemania actual la moralidad kantiana no tiene sentido. ¿No enseñaba el fundador de los más formidables métodos críticos de la conciencia, que no hay nada tan hermoso como el cielo estrellado sobre nuestras cabezas y el sentimiento del deber en nuestro corazón? ¿No nos aconsejaba que obrásemos como si nuestros actos quedasen convertidos en ley general? La Alemania que quebrantó el derecho en Bélgica, no puede creer sinceramente que lo mejor de este mundo sería que todos los fuertes pisoteasen a los débiles, se mintiesen los unos a los otros y traicionasen la propia palabra empeñada. Para algo existe la consideración mutua entre los hombres y el respeto recíproco entre los pueblos. La única ley universal posible es aquella que descansa sobre la justicia. No existe moral alguna que pueda fundarse sobre el error, sobre el despojo, sobre la superchería hipócrita. Kant creó un postulado ético capaz de dominar la eternidad. Los modernos teorizadores han edificado un sistema brutal, castillo perverso y bárbaro que no alcanzará a vivir en nuestra conciencia ni un solo minuto de gloria, ni un solo instante de emoción, ni un solo segundo de afecto, ese segundo mágico de los sueños, esa gota de agua en el tiempo, que horada las fortalezas de piedra y convierte en polvo el acero que abatió a los hombres y asombró a las generaciones.

CAPÍTULO IV

No se trata de uno de esos videntes del tiempo de Cagliostro, que leían el porvenir en el fondo de una botella de agua clara. Los que pertenecen a la escuela esotérica del gran aventurero que predijo los horrores de la Revolución y la muerte trágica de María Antonieta, se empeñan todavía, como Madame de Thèbes, en interpretar el futuro a base de círculos magnéticos, de gestos sibilinos y de pases incoherentes. No obstante, si para mucha gente Cagliostro resulta un miserable impostor, no falta, en cambio, quien lo defienda como el más genial visionario de su siglo. Se ha dicho que Cagliostro fundaba sus profecías en una teoría propia, personal, con asiento en las ciencias positivas y un campo infinito abierto sobre el horizonte de las deducciones geométricas. Fué el precursor de una ciencia que actualmente empieza a crecer y que nos ilumina con sus resplandores nacientes. El hombre que comenzó por fascinar al fino e ingenuo cardenal de Rohan, acabará por seducir a la humanidad entera con el estallido de su razón omnipotente. El escultor Houdon nos lo presenta mirando al vacío como queriendo escrutar la maquinaria sutil que gobierna nuestro destino. Hay mucho de misticismo y de altivez en su frente amplia y despejada. En sus ojos dominadores se advierte una mezcla de súplica y de desafío. Y los labios se pliegan, rudos y apretados, como para contener la explosión de una fórmula reveladora. Sin embargo, su enseñanza solitaria escolló contra la fatalidad. En la edad contemporánea, los profetas desconocen el fondo pitagórico de la gran doctrina que hace del porvenir una solución matemática. Edifican con

formas exteriores, proceden como meteorólogos a quienes atrae el cálculo elástico de las probabilidades y el valor dosificado de los teoremas convencionales. A pesar de todo, este sistema ha realizado prodigios. Dentro de su imperfección relativa, nos ha hecho comprender una ley universal, el eslabonamiento misterioso entre los sucesos pasados y los que están aún por producirse. En Francia, el coronel De Civrieux esperaba la guerra para 1914, pronosticando la violación de Bélgica, la intervención de Inglaterra y la neutralidad de Italia. Entre los germanos, la predicción asume formas más espantosas. Von Bernhardi nos presenta a Alemania luchando enfurecida como una bestia a la cual se cerca con murallas de bayonetas, abriéndose paso a sangre y fuego, pasando sobre las naciones como una tempestad de acero, arrasando todo, no respetando los derechos de nadie, fundando su grandeza sobre pedestales de carne deshecha y hedionda. Pero nada tan inquietante, nada que desconcierte tanto como la profecía de un militar desconocido, de P. B. Gheusi, que es en la actualidad oficial ordenanza del general Gallieni. En un estudio aparecido en la *Nouvelle Revue* correspondiente al 1.° de enero de 1912, está contenida, en términos generales, toda la crónica de la guerra, desde la batalla del Marne hasta la línea de trincheras que se extiende de Bélgica a Alsacia, pasando por las márgenes del Aisne. "Tendremos la guerra, escribía Gheusi. Un inmenso despertar nacional ha galvanizado los corazones. La culpa de esta movilización de los espíritus, precediendo a la movilización de los ejércitos, incumbe toda entera a Alemania y a su política de vejaciones". Luego el profeta nos describe la inacción de Italia, el concurso militar y naval de Inglaterra, los primeros fracasos, la ayuda tardía de Rusia, "la gigantesca línea de batalla que hará frente al enemigo desde Dunkerque hasta Belfort, pues la neutralidad de Bélgica será decididamente violada por los alemanes". ¿No están aquí presentidas, además de la novedosa guerra de topos, las retiradas sangrientas de Mons y de Charleroi? En cuanto a la acción del Marne, las frases de Gheusi

superan todas las previsiones imaginables. La victoria francesa está resuelta con la exactitud de un problema algebraico. Asistimos primero al plan defensivo de Joffre, esa concepción maravillosa que levantó tantos temores y despertó tantas emociones. "Aún cuando los ejércitos del Este y del Norte renuncien al principio a esa ofensiva tan querida de los tácticos franceses, igualmente podrán alcanzar la victoria contra un enemigo que tendrá que sufrir el fuego de una artillería de tiro rápido, abastecida como para realizar doscientos disparos por pieza." Ahora entramos en Châlons. Ya sentimos los primeros estruendos de la gran batalla del Marne. "Se dejaría penetrar al enemigo en dirección al campo de Châlons, agrega Gheusi. Estaremos sostenidos entonces por la fortaleza formidable del campo atrincherado de París. Y los alemanes, aventurándose en esa ratonera, no escaparán de ella sino completamente deshechos. Si Francia sabe conservar su sangre fría, su derrota será imposible, aun después de sorpresas funestas y de reveses inmerecidos". Pocas cosas tan simples y verdaderas. Con los ojos cerrados, el profeta ha esbozado una gran parte de la historia de Francia, ha pronunciado sus fallos dos años antes de verlos cumplidos. Y Gheusi no es más que un sencillo oficial, una unidad casi anónima en la masa obscura de los soldados. Es que el genio no reconoce jerarquías. Al igual que un insecto diabólico y brillante, se posa tanto sobre las corolas perfumadas como sobre las chozas infectas. Su inconsciencia loca es el mayor atributo de su grandeza. Oscila del Pizarro analfabeto al Napoleón erudito, legislador y soldado. Por eso, cuando el profeta nos cuenta lo que todavía esperamos, nuestra conciencia se ensancha, nuestra alma se puebla de vibraciones raras, se llena de supremo encanto y de vago consuelo. Después de haber volado en la sombra, Gheusi vuelve hacia nosotros sus ojos escrutadores y optimistas. "Pasada la guerra, termina, habremos finalizado un medio siglo de querellas odiosas y de persistente mala fe. Nosotros lloraremos a nuestros muertos, curaremos nuestras heridas, volveremos a edifi-

car ciudades nuevas y tendremos delante de nosotros largos años de paz fecunda, de trabajo y de libertad". El profeta calla, desgranando sus últimas palabras en una promesa fraternal. Cuando la barbarie más abominable perturba el corazón de los hombres y desgarra las entrañas de la especie, pensar en el trabajo es volver a nacer dignificado y limpio de toda suciedad espiritual. El pensamiento de la Francia entera, vuelto a las ideas reparadoras de su gran siglo revolucionario, ha sabido ya purificar las perversidades de la guerra con su gran ensueño de justicia. Estamos dando los primeros pasos. La postrer profecía empieza a cumplirse.

CAPÍTULO V

Hasta los espíritus más escépticos, los cerebros más fríos, los pensadores que más hondamente han penetrado los angustiosos secretos de la historia, se complacen ahora en abrir con ademanes furtivos la válvula dorada de los sueños. El vaho acre de la tragedia parece excitar el recuerdo de las viejas quimeras humanitarias. Ahí está Ernesto Lavisse, el escalpelo inexorable que resquebrajó la costra atávica de Europa, el maestro que desentrañó, con los orígenes de la civilización francesa, el germen de la cultura occidental; ahí está el historiador, aburrido de contemplar el drama de la barbarie humana, cansado de asistir al triunfo de la violencia y de la mentira, el sabio cuya pupila ha revivido en el escenario de las grandes guerras olvidadas, y que hoy, a pesar de todo, se deja arrastrar por blandas visiones de bondad. El observador, rudo y metódico, el alma que catalogaba el dolor, el hambre, la tristeza, sin sentir el latigazo enervante de la emoción, el autor insensible de una síntesis maravillosa de las pasiones y de las ideas, empieza a creer, como el Spencer crepuscular que agonizó descorriéndonos el velo de lo desconocido, en la redención del mundo, por medio de abstracciones morales, por el fantasma lívido de la justicia. "Esta guerra, escribe, la más extraordinaria, la más grande, la más atroz, no puede terminar como las otras guerras. No puede definirse por una convención de paz firmada por diplomáticos. Sería un epílogo miserable para un drama tan importante". Lavisse no se detiene ante la enormidad de un pensamiento que sería impracticable en el mismo Olimpo, donde los dioses estaban contaminados por todos

los vicios y todos los apetitos del hombre. "Junto al congreso de la paz, prevemos un congreso de la justicia, agrega. En el primero tomarán asiento los delegados de los gobiernos, y en el segundo los representantes de los pueblos. Estos representantes populares serán elegidos por los parlamentos, por todos los parlamentos de la tierra." Ernesto Lavisse afirma que ante una suprema corte se ventilará el gran proceso. Ante ella comparecerán todas las naciones en lucha. "El más grande crimen cometido contra la humanidad, exclama, debe ser juzgado por la humanidad misma." Pero luego el historiador reacciona nerviosamente, como sorprendido del asombro que ha de causar su iniciativa. "Es ésta una idea absurda, quimérica, grotesca, dice. Comprendo bien que así ha de parecer a casi todo el mundo político de Francia y de los otros países; a los profesionales de la política, a los enervados de la política, a los habituales de la política, prisioneros en horizontes estrechos, desencantados, relajados muchas veces hasta el estigma por la vista o la práctica de las intrigas cotidianas". No obstante el impulso sentimental de Ernesto Lavisse, nos hace sonreir su ensueño grandioso, ese imponente jurado de la humanidad que resucitará de las cenizas y de la sangre para dictar al planeta su ley sin sanción, para descargar un castigo que nadie se atreverá a aplicar a los fuertes. También en esa hora suprema harán más fuerza cien mil bayonetas que todos los tribunales del mundo. Los millones de cadáveres que cuesta la guerra, obtendrán justicia cuando seamos capaces de torcer los designios naturales de la raza humana, de suprimir el misterioso mecanismo que nos gobierna, de edificar nuestra casa sobre las ruinas de la insensatez y del error. "Tan grande es la fuerza de la justicia, que ni los malhechores que se alimentan de sus crímenes podrían vivir sin observarla a su manera." En esta frase de Cicerón, se adivinan las enormes desilusiones, las grandes amarguras que la cultura latina dejó filtrar por los resquicios de nuestro estado social. Y Ulpiano, que dió al renacimiento de occidente el vigor de su substancia jurídica,

entendía que la equidad constituye la base ética de nuestro derecho. Los bandidos que, en lo más espeso de la selva, se reparten en porciones iguales el producto de sus despojos, colaboran también al triunfo de una idea moral. "Guardaos de hacer la justicia delante de los hombres para ser vistos", decía Jesús. En medio de la soledad, ocultos a la mirada de la policía, los bandoleros de Cicerón cumplen religiosamente la máxima cristiana. He ahí los grandes extravíos del derecho, que son a la vez las grandes ilusiones de la especie. Con el tribunal de Lavisse, donde estaría representado todo el rebaño humano, los fallos serían engendros monstruosos. Ningún pueblo como el alemán está más convencido de la justicia de su causa. Fuera de Karl Liebnekcht, que salvó con la cárcel su voto como representante de la democracia social, pero que es capaz de sacrificar su vida en el campo de batalla y de abdicar de su libertad en obsequio a lo que él llama expansión de las ideas germánicas; fuera de Maximiliano Harden, que defendió la intervención de Italia contra Austria, pero que es en el fondo más pangermanista que el mismo Bismarck; fuera de algunos estómagos hambrientos, no existen en Alemania voces discordantes ni crisis internas. El tribunal de la humanidad quedaría, en cambio, desorientado ante el espectáculo de los demás países, divididos por criterios diversos, con sus torbellinos de descontentos y de huelguistas, con sus parlamentos inquietos, donde la crítica ascena a cada rato y donde la protesta ruge a veces como la metralla. Hay que confesar que ha hecho más mal a Inglaterra la retórica envenenada de Bernard Shaw que todos los submarinos de Von Tirpitz. Lo mismo podríamos decir de los lirismos pacifistas de Romain Rolland. Es que, debajo de las nerviosidades más legítimas, se esconde un placer morboso e hipócrita. A pesar de sus rachas de indignación convencional, todos desean que la enfermedad se prolongue para seguir inventando hasta el infinito sus fórmulas humanitarias y vacías. El día en que la tragedia termine, acabarán ellos también en su oficio de apóstoles. Para ellos, ése será

el capítulo más triste del conflicto europeo. La humanidad ahorrará mucha sangre el día en que se le ocurra fusilar a los soñadores como a los espías. Mucho de nuestro dolor lo debemos a hombres que no pensaron en las consecuencias funestas de sus malabarismos, que lo han sacrificado todo por una intriga brillante o por una frase bonita. Ellos sabían, sin embargo, que la justicia es un fantasma secular de quien hemos oído hablar mucho, pero que jamás hemos visto; ellos sabían que la virtud sólo triunfa en las novelas de Georges Ohnet, que nuestros medios de apreciación moral son imperfectos, que los inocentes abarrotan las cárceles y que los malvados se abren camino sobre la carne palpitante de los débiles y de los infecundos, desechos llenos de tristeza, eternamente condenados, que señalan el derrotero de una fuerza biológica y que revelan toda nuestra melancolía de bestias heridas por la muerte.

CAPÍTULO VI

Carlos Richet, el ingenuo sublime, vuelve a afirmar su fe en la misión redentora de la ciencia. Cree que el progreso científico llegará más allá de la conquista práctica del planeta. Su ideal no está hecho de ferrocarriles, ni de laboratorios, ni de cañones. Su fuerza se aleja de la tierra, sobrepuja la estrechez del mundo material. La ciencia creará una moralidad distinta, alcanzará la reforma íntima de los espíritus. ¡Pobre Richet, entregado furiosamente al espiritismo, buscando su sendero en medio del torbellino de una religión experimental, para luego pervertirse en las realidades sensibles o agonizar con el contagio de la banalidad mística! Creer en la ciencia como si ella fuese el instrumento de una moral superior, no es ningún delito. Pero los hechos demuestran todo lo contrario. Richet, que palpó fantasmas en Argelia, según su propia declaración, no ha podido penetrar una evidencia menos difusa que las alucinaciones extrañas danzando alrededor de las mesas parlantes. Si los postulados del sabio profesor fuesen verdad, Alemania debería ostentar la más alta moralidad universal, puesto que su adelanto científico es el más prodigioso de todos. La violación de Bélgica, la falta de respeto por la palabra empeñada, el desprecio por la firma puesta al pie de los tratados, todo ello nos revela que la moral alemana, en su plano colectivo, está muy lejos de haber alcanzado un desarrollo paralelo al de su progreso material. Fuera de la acción quimérica de los pensadores, vibración que se pierde en el vacío, estremecimiento que llega casi apagado a la entraña psíquica de la raza, el resto de los hombres oculta su estructura espiritual pri-

mitiva bajo el manto brillante de su capacidad para la victoria práctica en el seno vertiginoso de las sociedades contemporáneas. En cambio, numerosos pueblos de la India, donde las ventajas de la ciencia son casi nulas, han alcanzado un maravilloso grado de cultura moral. Según nos cuentan los exploradores ingleses, existen tribus a orillas de los grandes ríos indostánicos donde los hombres no mienten nunca, donde no se conoce el fraude, ni la violencia, ni el robo, ni el asesinato; donde los seres mueren viejos, sin una mancha en el alma, sin una llaga en el corazón. Todo esto se ha conseguido merced a la convivencia mental con la luminosa verdad filosófica encerrada en los grandes libros sagrados de la India, esos monumentos de la humana sabiduría, que han llegado hasta nosotros bañados por el misterio de una teodicea cuyos secretos no hemos podido arrancar a la sombra. A pesar de nuestras fórmulas, que nos permiten seguir en el infinito el curso de los cometas; a pesar de nuestros inventos, que nos dan facilidades para pulverizar ejércitos enteros a treinta kilómetros de distancia; a pesar de nuestros aparatos, que llevan el pensamiento de un extremo a otro del mundo, que lo sujetan a un cable de acero o lo libran a la inmensidad del espacio, llenando de ideas las nubes y el aire; a pesar de todas las maravillas de nuestra mecánica y de nuestro análisis, no tenemos todavía la preparación moral suficiente para comprender la perfeccionada naturaleza de esas tribus que, en nuestra insensatez, llamamos salvajes. Leed a Barth, a Burnouf, a Bergaigne, si queréis ver cuánta luz, cuánta grandeza incomprendida, cuántos sacrificios silenciosos palpitan bajo la piel obscura de esos hombres raros que no conocen el howitzer ni los zeppelines! Cuando Humphry Davy exclamó que el universo se componía de ideas, fué otro gran iluso. El noble visionario experimentó la amargura de su debilidad nerviosa, la asechanza del estado patológico provocado por una reacción química. ¡Ah, no! El universo no se compone de ideas, sino de espectros de ideas. Richet sufre el mismo desvarío, se deja arrastrar por sus sentidos hiperestesiados

con los horrores del desastre. El viejo profesor está enamorado de las virtudes mágicas de la ciencia. "Tan pronto, escribe, como una paz gloriosa y estable haya devuelto a los pueblos y a los individuos la libertad de pensar, cuando toda esta agitación guerrera, que nos impide ver hacia dónde vamos, haya terminado, un espíritu nuevo animará a las jóvenes generaciones". La juventud dirigirá su predilección y su confianza a la ciencia, "nuestro guía, nuestra esperanza". Para Richet, saber es poder. "Por el conocimiento del mundo exterior, agrega, uno se convierte en el amo. Y esto es lo que aparece con una evidencia creciente. El esfuerzo humano buscará las verdades escondidas en los hechos dispersos, aplicará los métodos científicos a toda una organización social". Al leer estas líneas, Bergson debe haber sonreído con tristeza, como sonrió Lucrecio cuando tuvo la certidumbre de que nada humano era ajeno a su inteligencia. ¿De qué vale el dominio exterior, mientras continuemos ignorándonos nosotros mismos? El genio de Spencer, después de abarcar todos los ramos del saber humano, se sintió tambalear cuando su luz fría tocó las fronteras de lo desconocido. Su último libro es una lágrima de escepticismo, de angustia y de tortura. "Ciertamente, prosigue Richet, las letras y las artes tendrán la bella parte que les corresponde. Esperamos un espléndido renacimiento del cual los hombres de mi edad no verán acaso más que la aurora. Pero lo que nosotros veremos seguramente, es el culto siempre creciente del espíritu científico. Platón decía que Dios es geómetra. Él quería decir con ello que las leyes inmortales y soberanas de la naturaleza son las fórmulas en medio de las cuales evolucionamos". He ahí el sueño desgarrador de Guyau, el espectáculo del mundo que se hiela, que se transforma en ciencia glacial. He ahí los teoremas mudos, que insensibilizan nuestro afecto, que convierten en sollozos lo mejor de nuestros entusiasmos. Hasta ahora la ciencia nos ha distraído con juegos sutiles, ha calmado la irritación de nuestros nervios con espejecs fugaces. Pero en su intimidad desconocida, ella es una

aliada ciega de la guerra, del cáncer, de la tuberculosis, es una amiga de todos los males que no puede curar, de todas las calamidades que es incapaz de vencer. Es el rictus de la muerte, la máscara de la fatalidad, la mano llena de sortijas sombrías, que escancia venenos y señala derroteros. Es la impotencia frente a la nebulosa, el recogimiento frente al protoplasma en que se elabora la vida. Marchamos sin prisa hacia ese escenario vacío, hacia ese futuro sin religión donde dominarán las grandes verdades científicas, la desconfianza, la perfidia y el cálculo. Mucho nos preocupa el porvenir, y no sabemos todavía de dónde hemos salido. El destino nos sella los labios y nos paraliza el cerebro. Por suerte, habremos desaparecido antes de entrar en ese reino de bienestar material, de dudas morales, de monotonía y de dolor. Ya lo dijo el maestro Rishi Narada: "Es muy agradable morir para los que han olvidado el lugar de su nacimiento".

CAPITULO VII

Inglaterra y Francia disciplinan severamente los recursos de su vasta organización económica. Para vencer, es necesario el ahorro de las fuerzas vitales de la nación. Y para ahorrar las fuerzas, es preciso medirlas en su intensidad y en sus consecuencias. El triunfo resulta imposible sin probar antes la potencia de nuestros músculos y el alcance de nuestras energías más íntimas. De ahí que el pueblo de la Gran Bretaña y de Francia haya aceptado sin protestas este nuevo sacrificio de sus libertades individuales. Renunciar ahora a la autonomía personal es fundir el derecho en los grandes intereses de la sociedad amenazada. Dentro de la concepción británica del Estado, este movimiento de ideas revela un cambio profundo de la conciencia colectiva. La obligatoriedad no ha sido nunca un principio francés y mucho menos una característica del espíritu británico. Cuando el torniquete social funciona contra el individuo, cuando nuestra voluntad está subordinada a esa gran esperanza que nos salvará del desastre, cuando se estrechan duramente contra nosotros los resortes fiscales, la acción contra el enemigo se organiza a sí misma y arroja fermentos eternos. No importa que esta crisis individualista sea contraria a nuestro instinto, a nuestras costumbres, a nuestra mentalidad. Una vez pasada la tormenta, las viejas ideas renacerán al pie de una forma muerta, la arquitectura que se derrumba por falta de motivos morales. Nuestro propio organismo es un ejemplo constante, una enseñanza viva de esa transformación soberana El fagocito posee una individualidad irreductible.

Solamente el peligro es capaz de someterlo a una ley común. La necesidad de la defensa lo arrastra a la asociación, a la armonía, al esfuerzo coherente. Los ganglios, plazas fuertes erguidas contra la enfermedad, lanzan a la lucha a los soldados. Las toxinas avanzan, a pesar de todo, los microbios se reproducen en un vértigo loco, la fiebre arde, los órganos de la defensa se hinchan con el exceso de trabajo y se diría que van a estallar... Entonces se inicia la estrategia secreta y sublime, la lucha que se desarrolla en medio de las sombras. Y en el misterio trágico de las células, el drama tiene su desenlace. Los fagocitos rodean al enemigo con el abrazo fatal de los seudopodos, lo acechan, lo hostilizan, lo envuelven, lo devoran, haciendo brotar de la misma muerte el principio de la conservación de la vida. El campo queda sembrado de cadáveres y de moribundos. Un método implacable preside esta lucha de lo infinitamente pequeño, guerra soberbia que tiene por teatro las tinieblas de la subconciencia. El menor descuido, el más pequeño error, una simple debilidad en el mecanismo de la defensa, destruye a los soldados nobles, precipita la agonía y lleva a las arterias el veneno de la enfermedad y de la muerte. El amibio es el centro de un sistema de fuerzas armónicas. Hasta nuestras vísceras calculan sobre el peligro y poseen la justa medida de éxito.



El método subconsciente que ordena la guerra de las células, se transforma en método de la inteligencia cuando debe disciplinar el choque sangriento de los hombres. Cuando Lloyd George, en el deseo de acelerar la evolución militar de Inglaterra, demostró que imitar los métodos alemanes no significaba incorporarse el despotismo de Alemania, quedaba entonces establecida la universalidad de los principios que pueden conducir a la victoria. Los sistemas, como las bayonetas, sirven tanto como instrumentos de tiranía o de liberación. Imaginad lo que hubiera sido de Europa, dueña de un equilibrio más

positivo que el de los tratados, si en los comienzos del conflicto Inglaterra y Francia hubieran contado con una organización técnica comparable a la de Alemania. Fué necesario que todo se crease en medio del incendio, que todo se improvisase mientras el continente ardía. Y ahora, únicamente ahora, se empieza a combatir a Alemania con sus propios métodos. Antes existía la tendencia a unificar los instrumentos de combate. Hoy se marcha hacia la universalización del espíritu que mueve las armas. De ahí ha surgido Lloyd George, creador ciclópeo, modelando a golpes de genio la nueva mentalidad británica. De ahí ha surgido Thomas, el formidable Albert Thomas, Ministro de Municiones, recogiendo su energía gigantesca en el fondo del sindicalismo revolucionario. De ahí ha surgido esa legión de hombres fuertes, fecundos en la paz, trabajadores incansables en medio de la matanza humana, y que hoy se inclinan, como ante un altar monstruoso, frente a los hornos rojos de las fundiciones, entre ríos de metal, frente a las maquinarias diabólicas que forjan el cañón o el obús, esos grandes héroes inertes de la tragedia. La guerra exalta la experimentación, despeja el razonamiento y favorece el análisis. Se ha repetido que los alemanes son los maestros de la lógica, los padres de ese misticismo racional que reglamenta las ideas y que introduce el orden en el universo. No obstante, la primera antorcha se enciende bajo el árbol robusto del cartesianismo. Aunque hostiles a esta tendencia renovadora, Leibniz y Hegel descienden directamente de Descartes. El *Discurso del Método* nos enseñó a materializar las abstracciones, a pensar sobre los mismos hechos, a investigar la naturaleza de la duda. Descartes organiza la física, sistematiza el estudio de la psicología, funda la geometría analítica, establece el cálculo diferencial, descubre las leyes de la refracción de la luz y rechaza la teoría clásica del vacío. Luego busca el origen metafísico de la energía natural, la energía que, según él, pone en movimiento a la materia y determina los fenómenos físicos. Esa filosofía de hierro, profundamente original, donde

Víctor Cousin cree descubrir una gota del espíritu platónico, se desborda sobre Europa y conquista toda la vida intelectual del Renacimiento. ¿Qué importa llegar a Dios por el principio de las substancias, como Platón, o por el principio de las causas, como Descartes? ¿Qué importa admitir, sobre las realidades de las cosas, las concepciones de lo infinito y de lo perfecto? Lo cierto es que Descartes abre brechas terribles en el edificio de las ideas clásicas. Su método es su fuerza y su grandeza. Las doctrinas francesas sorprenden al mundo enervado por los repetidores de la cultura antigua. ¿Qué es la lógica sino un método supremo, la gran disciplina del pensamiento? Hay en Descartes un principio vivo, un germen latente, energía que fermentó bajo el imperio de los grandes pensadores de Alemania y que pobló dos siglos con ideas. Francia debe a Descartes la demostración de que ella es capaz de organizar el espíritu y de orientar el discernimiento de los hechos. Bajo la luz glacial del método han desaparecido las sonrisas de los escépticos. La lucha ruda, precisa, matemática, ha borrado los últimos vestigios de la burla trivial y de la ironía ligeramente disfrazada de ciencia. El método es un fantasma prodigioso y salvaje, es el talismán sombrío que duerme en una bandeja de oro. Puñal demoníaco, manejado por la mano de un niño, que hace de la humanidad un monstruo lúcido o un espectro doliente, el método se funde en el pensamiento puro y hace de la insensatez una geometría. Luego se aparta de la vida abstracta para bajar a la realidad con la amargura de una desesperación reflexiva. Y en nuestra inquietud de bárbaros refinados, enloquecidos por el sufrimiento, aturdidos por el cascabeleo de la muerte, no pensamos que nuestra desesperación fría es la única base que nos sostiene, la única llave capaz de abrir el santuario donde descansan, en medio de cuadros de horror, los viejos misterios de la bondad.

CAPITULO VIII

Charles Maurras señala con entusiasmo el renacimiento de la piedad. La guerra ha tenido la extraña virtud de poner a descubierto las energías religiosas de Francia, las reservas místicas acumuladas bajo el escepticismo frío del orden jurídico, escondidas en la placidez de la paz social. El espíritu ha huído hacia el fondo milagroso de la raza, para volver luego cargado de misterios y de sueños. Una fantasía de ultratumba, exasperada por el dolor de la tragedia, palpitante por la inquietud de lo desconocido, ha vuelto a impregnarse del perfume prodigioso de la *Chanson de Roland*, ha vuelto a estremecerse ante el éxtasis de hierro de los guerreros y de los santos. Se diría que la especie quiere volver a la edad de aquellos forjadores sombríos que blandían espadones ensangrentados mientras sus labios se crispaban con el murmurar de la oración. Tiernos y monstruosos, los héroes medioevales identificaban con su ideal de justicia la matanza de los enemigos de Dios. Su instinto implacable coincidía con las dulzuras de la piedad. Carlomagno es el tipo soberbio del misticismo de la Edad Media. Caballero elegido de Dios, la leyenda lo transforma en el apóstol sangriento de la fe cristiana. Un ángel vigila el sueño del monarca. El sol se detiene, como en tiempos de Josué, a fin de que la noche no se haga cómplice del demonio. Los sarracenos son exterminados sin compasión. Y hasta la tienda del guerrero, áspera como celda de ermitaño, entre el ayuno y el cilicio, allí donde Carlomagno reza y se atormenta, llega el ruido de la batalla. Pero el monarca no puede oir. La plegaria lo ha convertido en piedra. Carlomagno está

dominado por la visión de Dios. Su espíritu siente el vértigo loco de lo sobrenatural y de lo terrible. La sensación de la divinidad lo enternece y le cubre los ojos de lágrimas. Y entretanto, a través de las picas de hierro, formando valla al refugio del jefe, se filtran las súplicas de las mujeres sacrificadas, rugidos de ancianos y sollozos de niños... Frente al éxtasis, la misma crueldad se nos antoja una sonrisa piadosa. Lo oración nos hace insensibles a la vida, nos coloca más allá del bien y del mal. ¿Qué importa que los pueblos sean arrasados, que se vierta lo mejor de nuestra sangre, mientras podamos agradar a Dios? Esta es la lógica de la piedad, lógica abominable que se vuelve contra nosotros mismos como una serpiente irritada, lógica fatal que enturbia nuestro pensamiento y nos deforma el horizonte de la justicia. De nada vale que Charles Maurras vaya a soñar junto al polvo sagrado de las catedrales deshechas por el bombardeo. Ante nuestra concepción del infinito, ese infinito eternamente señalado por las agujas de los templos góticos, se levanta una nueva piedad cristiana, la piedad de Lutero y de Guillermo II. Las águilas que se posaron sobre Colonia y sobre Estrasburgo han hecho sentir en Reims su aletazo trágico. "Destruid, escribía el sabio alemán Goerres en 1814, reducid a cenizas esa basílica de Reims donde fué consagrado Clodoveo, donde nació ese imperio de los francos, falsos hermanos de los nobles teutones". Como vemos, Flavien Brenier no se equivoca cuando hace remontar a un siglo el proyecto de la destrucción de Reims. Las catedrales son fórmulas de piedad. Solamente una piedad contraria puede destruirlas.



Ser el instrumento de fuerzas divinas es cerrar la puerta de las realidades sensibles. Creerse elegido de Dios equivale a desaparecer para el mundo objetivo. He ahí el gran secreto que transforma ideales y que derrumba arquitecturas. Nada más glacial que la piedad.

Si el misticismo lleva a una exaltación estrecha de la conciencia, la piedad, en cambio, insensibiliza nuestra vida. Junto a esta disciplina del alma, hasta la misma duda aparece jugosa y amable. Como el hombre siente la necesidad de buscar valores morales fuera del alcance de los sentidos, la duda nos resulta una forma de la creencia. Dudar es creer. Hay en el espíritu una actividad creyente que funciona a pesar de nuestros resortes críticos, no obstante el análisis demoledor de la inteligencia. Sentir toda la vida interior absorbida por quimeras ardientes, como Santa Teresa, equivale a dominar el problema del conocimiento, precisamente porque se estrecha hasta el sacrificio la concepción subjetiva del mundo. Para conocerlo todo, basta encogerse como cachorro asustado, agazaparse a los pies de Dios, caminar como un sonámbulo que tuviese la noción precisa de una realidad que no ve ni siente. Sin embargo, el más sabio es siempre el que más ignora, como Nicolás de Cusa, el que no se juzga arrastrado por la servidumbre de la divinidad, el que experimenta profundamente la libre embriaguez de la vida. Aprender cosas nuevas es ensanchar el campo de nuestra ignorancia. Conocer es ampliar el radio de nuestros tormentos, de nuestras vacilaciones, de nuestra inquietud. No se trata de analizar a Dios, no se trata siquiera de discutirlo. La piedad comprende sólo aquello que siente. De ahí que Napoleón haya conseguido darle un rendimiento útil. El corso había medido bien el corazón humano y pedía prestado a la fe por medio de decretos, como quien firma cheques contra un Banco. Nido sombrío de perversiones, la piedad se transforma de pronto, bajo el azote de la muerte, en una fuente inagotable de energías morales, fuerzas supremas que renacen incesantemente a pesar de la destrucción y de la angustia. La fe nos falsifica, pero nos renueva. Bálsamo soberano, consuelo sublime que mata la teatralidad del dolor, que le da imponente grandeza porque sabe hacer del sufrimiento una dignidad silenciosa! Penetrad el nuevo sentido de la piedad. La tragedia más intensa es siempre la más muda. Los gritos

son el certificado de los impíos, se presentan como muecas horribles que afean la majestad de nuestro destino. El silencio es un creador de prodigios. Mme. de Castelnau, que ve desaparecer brutalmente a tres de sus hijos y que luego se pierde en el recogimiento de la piedad, sin un gesto agrio, sin una blasfemia, sin una queja, es el ejemplo vivo de nuestra naturaleza moral que reconstruye el porvenir a costa de la abominable experiencia presente, árbol sagrado que, estremecido por la agonía, deja caer al suelo sus frutos de oro, mientras el hacha fúnebre desgaja las ramas y hiere sus raíces...

CAPITULO IX

Johan Bojer, el gran novelista noruego, ha reunido sus notas, sus observaciones, sus cuadros pintados en lo vivo sobre el frente de batalla de Francia. Leyendo a Johan Bojer se experimenta una extraña curiosidad intelectual. Psicólogo penetrante, su pluma descompone las sensaciones, afina el análisis de los temperamentos, sutiliza las grandes inquietudes del alma. Se diría que una humanidad insospechada surge desde el fondo sombrío de las trincheras para desmentir nuestra concepción caprichosa de la guerra, nuestra visión forzada de los acontecimientos. Un proyectil de 240 estalla. Algunos hombres se aprietan alrededor de dos camilleros. "Pero los soldados, escribe Johan Bojer, continúan sus ejercicios, sus trabajos, sus comidas. Un hombre que se frota el torso desnudo, sigue su tarea como si nada hubiese pasado. Otro que se afeita, no levanta siquiera los ojos. Algunos soldados juegan como escolares. Uno de ellos ha cogido la pipa de un compañero y escapa perseguido por su propietario, mientras los otros bromean. El obús que acaba de matar a dos camaradas es un simple detalle vulgar. Hace más de un año que todos viven bajo la amenaza constante de los cañones. Han habituado su pensamiento a la posibilidad de hallarse en cualquier instante con la mitad de su cuerpo arrojada hacia el cielo, dejando el otro trozo sobre la tierra". En su prosa seca, descarnada, registrador geométrico que posee la amarga desnudez de todas las realidades sangrientas, Johan Bojer nos describe el buen humor maravilloso que nace de esa suerte de indiferencia trágica ante los grandes dolores humanos. La insensibilidad profesional

evocada por Thiers, está muy lejos de constituir un mito literario, no es siquiera una improvisación psicológica. El ejercicio implacable del sufrimiento crea lentamente una nueva naturaleza moral. Las visiones más atroces, las escenas más crueles, las enseñanzas más bárbaras, se filtran a hurtadillas en nuestro espíritu, se incorporan furtivamente a nuestro mecanismo interior. De ahí que la alegría sea un reactivo sagrado, el ácido amable que roe y que conserva, que nivela la huella de las lágrimas, pero que evita la descomposición de la conciencia. Esa anestesia grave, colocada en el pasado, se nos ha antojado siempre un silencio armonioso. Ahora ella es vaga como los sentimientos que sugiere, imprecisa como la nueva personalidad moral de donde extrae su fuerza soberana. La historia embellece aquello que no comprende y da tonos pálidos a todo lo que no ha podido sentir. Cuando pasen cien años, será muy difícil, no ya apreciar, sino concebir siquiera el nuevo estado de espíritu producido por la gran guerra. La angustia ya no es angustia. El horror ha dejado de ser horror, porque no se percibe en medio de una sensación espantosa. No obstante, los valores íntimos no han cambiado fundamentalmente. El sentimiento no está suprimido. La vida afectiva ha sido aplazada en virtud de un impulso subconsciente, discreto y sabio. El guerrero teme las consecuencias de la sensibilidad. Mirar los acontecimientos, colocándonos detrás de una cortina de lágrimas, es mirar al través de un prisma funesto. La guerra es un mal negocio para los sentimentales. Deformar la realidad para engañarse a sí propio, equivale a declararse vencido sin haber luchado.



"Mientras marchamos entre los fosos y las barreras, escribe Johan Bojer, mi caballo pisa en falso y amenaza caer. Maquinalmente, mi vista busca la tierra, y entonces descubro que el casco de la bestia ha resbalado sobre un brazo humano. El brazo se encuentra solo en

este paraje. La mano está completamente negra''. Más adelante, Johan Bojer nos pinta el cementerio militar, donde un cura flaco, de barba negra, maneja la pala entre las tumbas y arregla las cruces con la prolijidad de un jardinero que cuidase de plantas monstruosas... A pesar de todo, mientras la tierra tiembla y el hierro llueve sin descanso, la naturaleza sonríe bajo el sol. Una dulce serenidad, una tristeza apacible se apodera de los hombres y de las cosas. Nada de espantos prodigiosos, nada de contorsiones diabólicas. La fatalidad carece de oropeles. La muerte es en sí misma una melancolía y una sonrisa. ''Empiezo al fin a comprender alguna cosa de esa calma del campo de batalla, declara Johan Bojer. A pesar de todo, reina una paz profunda alrededor de nosotros. El sol, que comienza a descender hacia el oeste, cambia la llanura gris en oro''. Luego el escritor evoca el curioso contraste de algunos infantes conmovidos ante un conejo muerto; los soldados leyendo las cartas de la familia, insensibles al trueno formidable de las baterías; las pequeñas locomotoras que desaparecen en los agujeros de los túneles, llevando la comida caliente; los clarines que lanzan sus notas errantes, en la quietud del atardecer, como si saludasen a los últimos destellos del día... ''De pronto, la noche cae sobre la vasta llanura. Solitaria, la luna se destaca en la obscuridad azul, mientras un dirigible pone la proa contra su rostro lívido. Entretanto, sin tregua, los cañonazos se desgranan en la noche tranquila''. Cada espíritu ve las cosas a su manera. En el plano inmenso de la conciencia ser sincero significa lo mismo que ser exacto. El cuadro de Johan Bojer se pierde en una atmósfera de misterio y de poesía. Posee el sello enérgico de una inteligencia y el grato perfume de un instinto. Pero su suavidad encantadora es también su suprema fuerza. Desde el fondo de las cavernas, sube la frase áspera y profética de los bárbaros. Nietzsche busca la verdad de esta paz sublime entre las brumas del hombre primitivo. ''No por desentenderse del temor y de la piedad, escribe: no por librarse de una pasión peligrosa por lo vehe-

mente, como lo entendió Aristóteles, sino por estar uno mismo por encima del temor y de la compasión, la eterna alegría del vivir, es por lo que lleva en sí misma la alegría del aniquilamiento, por la que se vuelve nuevamente al punto de partida''. ¡La alegría del aniquilamiento! He ahí el sentido íntimo de la guerra, el nervio oculto de las grandes matanzas. Entonces la muerte se siente como un goce sádico y la agonía como una carcajada salvaje. Los estertores desaparecen en medio de una tarde de égloga y se funden en el sol, en el aire vestido con polvo de oro... Pero la alegría del aniquilamiento no es simplemente el espasmo primitivo de Nietzsche. Representa, sobre todas las cosas, una maravillosa adaptación al peligro, el nuevo instinto sagaz, penetrante, infalible, que nace bajo la pesadez de la costumbre y que encarna una actividad brutal contra los mismos hábitos de la vida sangrienta. El buen humor resulta algo más que esa reacción sagrada contra los horrores del desastre. Es el deslumbramiento fácil, la ilusión brillante, la gracia risueña, provocada en medio del cataclismo, la esperanza que brota en las fronteras de lo irreparable y que renuevo sin descanso la fuente engañosa de nuestro bienestar moral.

CAPITULO X

He ahí un año que se inicia con una agonía y con una esperanza. La paz muere sobre los nuevos umbrales, ya manchados por la embriaguez y por la sangre. Pero una gran esperanza renace al borde del sombrío desgarramiento de la muerte, la esperanza del derecho restablecido y de la justicia victoriosa. Ninguna locura más trágica que la de volver sobre nuestros pasos repitiendo los errores de antaño. Nada más insensato que confiar otra vez la causa de la humanidad al azar psicológico de los tratados. No obstante, nos sentimos por encima de la división convencional del tiempo. La vida confunde las virtudes y renueva los vicios. Las ideas que contábamos muertas, se mueven y marchan como cadáveres galvanizados. Hay leyes superiores a la voluntad universal de las sociedades, fuerzas misteriosas que construyen dentro de nuestro instinto. Al pie de la más apacible fraternidad estalla el furor de las blasfemias bíblicas. Cuando Montesquieu, al penetrar la vieja organización romana, concibió al igual que Josefo, la guerra como una meditación y la paz como un ejercicio, consideraba que prepararse para pensar es disponer las armas en líneas de batalla. Los términos del terrible problema no han cambiado. No existe la paz sino como una tregua febril, llena de asechanzas, donde los hombres se vigilan con recelo y se imponen el deber de desconfiar de todo el mundo. La especie está cansada de sí misma, siente el fastidio de la lucha sin objeto y la repugnancia de las fantasías sangrientas. Si la guerra es un oficio triste, la paz es en cambio un aburrimiento fecundo. Hace cuarenta siglos, a orillas de los grandes ríos sagrados

de la India, en la sombría humedad de los bosques, bajo los templos rústicos, hechos con cañas doradas, poblados de ídolos gesticulantes, nacieron los primeros mitos fraternales. Durante cuatro mil años los profetas de todas las civilizaciones nos han trasmitido con palabras distintas, la esencia de la moral predicada por los viejos sacerdotes indostánicos. A pesar de todo, desde tiempo remoto, la humanidad se viene despedazando en disputas atroces. Detrás de las conquistas más brillantes se extiende el vacío, la amargura, el fanatismo. Al cabo de sus victorias prodigiosas, Napoleón se sintió invadido, como Marco Aurelio, por esa frialdad escéptica y desesperada del alma que no ha realizado su ideal. El vencedor de Austerlitz comprendió entonces la impotencia de la fuerza para hacer algo duradero. "A la larga, exclamó, el sable será vencido por el espíritu". Conviene observar que nadie experimentó tan profundamente como Napoleón el vértigo loco y sanguinario de la violencia. En un rasgo de cinismo elegante el César corso había dicho: "Tengo cien mil hombres de renta". La carne humana era su sueño, su riqueza su gloria. Pero sobre los cadáveres amontonados en pilas horribles nacían principios eternos. Veinte años de guerras napoleónicas constituyen un cuadro pálido frente al espanto de la contienda actual. Hay que tener en cuenta que, en su desesperación reflexiva, Bonaparte había previsto la grandeza íntima de la hora presente. Nuestro siglo hace combatir los valores morales junto a los soldados. Nunca como ahora se ha sentido la impotencia irremediable de la fuerza. La nación que poseía el florecimiento económico más sólido, la mejor preparación industrial, la técnica militar más perfecta, se considera incapaz de desarrollar hasta el fin su plan imperialista. La nación que luchó siempre con ventaja, que llevó por sorpresa a territorio extranjero los primeros empujes victoriosos, se detiene de pronto en medio de la batalla y hace señales de paz a las razas que había juzgado degeneradas. La nación para la cual el planeta era demasiado pequeño, repudia sus deseos de conquista y solicita el

derecho de guardarse detrás de sus fronteras naturales. La nación que quería acuñar a la humanidad con su propio sello, reclama el libre ejercicio universal de las nacionalidades. Toda esta formidable evolución ha sido impuesta por una necesidad inevitable, y ya declaró el canciller imperial que *la necesidad no reconoce ley*. Será preciso entonces garantir el nuevo estado de cosas mediante una convención firmada. ¿Pero no habíamos establecido que los tratados son pedazos de papel? La paz no puede reposar sobre la desconfianza. Una garantía sin solidez, hecha de recelos recíprocos, arrastra fatalmente a perturbaciones peligrosas. Las teorías germánicas han llevado al espíritu internacional un torbellino de fermentos negativos. De ahí que la nación dominadora, sin ser vencida por los ejércitos adversarios, se vea estrangulada por el aborrecimiento universal, ahogada por su propia sangre, aplastada por el odio del mundo. Empieza a recogerse la herencia triste de Bismarck, el ídolo rudo que encarna toda la ironía feroz de la especie. Bismarck es un minuto de la barbarie ancestral, de la barbarie con genio. El canciller de hierro sentía la áspera voluptuosidad del odio. Sembraba a todos los vientos sus gérmenes malignos. Pero guiado por una fuerza secreta, el mundo se estrelló contra el sistema de violencias representado por Bismarck. Se entendió luego que consistía en un deber lo que en realidad era el instinto de la sociedad humana irritada por la injusticia. De aquella montaña de espantosos errores surgían los principios contradictorios de la fraternidad, gran reactivo de la barbarie. De la misma manera, el brazo fantástico de Timur-Leng, que construía pirámides aterradoras con cráneos humanos, fundaba pueblos, hacía circular la sangre fecunda de su raza y abría, a fuerza de dolor, la senda trágica del destino. Y el monarca asiático, vestido de pieles, entregado a las caricias de sus ochocientas mujeres, enardecido por el canto guerrero de sus tres mil hijos, podía saborear en silencio, alrededor del hogar familiar, en medio de sus cenas sobrias y crueles, la sensación enervante de la muerte.

Quien esparcía la vida a su antojo, se creía con derecho a suprimirla en matanzas monstruosas, entre el resplandor de los incendios y el aullar de las aldeas pasadas a cuchillo. La fecundidad aplicada a la muerte es un juego abominable y morboso. Byzancio se descubre por sus deseos criminales. Antes del derrumbe de Roma, llega hasta nosotros el ruido de la orgía. El perfume sutil del pecado, el vaho mortal y discreto que atormentó a los humanistas de la decadencia, denuncia la agonía de una civilización. Festines suntuosos, banquetes magníficos donde la fatalidad mete su mano sombría. Flores, vino, oro, música, lujuria, todo se funde en un vapor misterioso y sagrado. La bajeza se extiende como una llaga brillante. Nada más fácil que socializar la miseria moral, la vulgaridad enriquecida, las falsas virtudes. La obra del pensador es en sí misma una individualidad que no llegará nunca a la multitud. Todo el progreso humano, sin embargo, no alcanza al trabajo espiritual de cincuenta elegidos. "Jamás serán patrimonio de la comunidad las cosas grandes y bellas, escribió Nietzsche. *Pulchrum est paucorum hominum*". No existe más que un perfeccionamiento, el de nuestra barbarie, que antes era intuitiva y que ahora es científica. En cambio, el primitivismo moral es completo. Los sentimientos morales han evolucionado únicamente en el seno de pocos espíritus. Los valores del alma no tienen más que una grandeza espectral; viven de la luz difusa que crea los sofismas y que hace los milagros. De ahí que, cuanto más se analiza la Alemania actual, más admirables resultan sus espíritus contradictorios, más potentes surgen su Kant soñando con el sistema grandioso de la paz perpetua, su Schiller enamorado de los derechos del hombre, su Heine lanzando su diatriba contra los Hohenzollern. Pero lo que nos consuela es que hasta el odio se pierde como un temblor pasajero. *Tout passe, tout lasse, tout casse*... Nuestra fuerza empieza a sentir la helada impotencia del miedo. Sólo el sacrificio por la justicia nos reconcilia con la humanidad. Los hombres caen, ruedan al abismo atrazados con rabia, mor-

diéndose entre hipos de cólera. Ya en el fondo, el trabajo los une, el olvido los vuelve a transformar en gusanos miserables, arrastrándose bajo el látigo del amo. La existencia es guerra, suplicio, esclavitud... Estiércol abrumado de desprecio, barro servil, hatajo de abúlicos, jamás despertarás de tu letargo gris, ese ensueño turbio en que has envuelto al planeta. Tu vida representa el aniquilamiento del ideal, la llama divina que se enciende a ras de tierra, el soplo maravilloso que hace fermentar la conciencia, que anima a ratos al mismo fango y que evoca oasis sublimes en el infinito de la muerte.

CAPÍTULO XI

Ernesto Renán nos enseña que la vieja Roma se sacrificó para darle a la humanidad el derecho, es decir, su más magnífico presente. Los hombres no luchan sólo guiados por factores económicos, no mueren en holocausto de apetitos bastardos, ni se desangran para tonificar los resortes de nuestra vida material. En el fondo de todo sacrificio palpita una llama íntima, hay algo de fe, de religión, de misticismo, existe esa base subjetiva que es el motor de los grandes esfuerzos. Pero nada maravilloso se alcanza sin que el sufrimiento sude copiosamente, nada adelantaremos sin que la fiebre suprema de la agonía queme dentro de nosotros como un volcán. Perseguir un ideal es aumentar el caudal de la muerte. El choque grandioso de razas y de teogonías, de donde la epopeya clásica extrajo sus fórmulas eternas, no es más que la continuación en el tiempo de un principio inmutable. La amargura de las generaciones es perpetuada a través de los poemas heroicos. Una tristeza sórdida, cuyo objeto no habíamos comprendido, surge de pronto como una revelación. Aparece, desconocida y luminosa, en los labios del genio. ¿Qué son Valmiki, Homero, Virgilio, Ronsard, sino los peldaños de esa misteriosa escala tendida hacia el infinito? Tres años de guerra han dejado su sedimento gigantesco de angustia, de histerismo, de perversidad. Los ejércitos han edificado su casa monstruosa, su calvario de cráneos aplastados, su montaña de espanto hecha con seis millones de cadáveres. Detrás de cada hombre que cae, de cada espíritu que se abisma, queda una herida abierta. La muerte que se cierne sobre las trincheras, repercute en los hogares lejanos y se

hace anunciar con lágrimas. Esas desgarradoras estadísticas del dolor nos dan la clave del destino humano. El mundo descansa sobre una situación de violencia. Nada puede un espíritu libre contra la ley universal de la mentira y de la barbarie. El salteador nocturno necesita armarse para dar sus golpes, y el hombre honrado oprime nerviosamente la culata de su revólver cuando se acerca a la guarida del bandidaje. La justicia sin fusiles y sin bayonetas es una farsa abominable. Nadie podrá defender sus derechos con los puños ligados. Suprimir esta modalidad fantástica del universo, equivale a torcer con nuestra voluntad el curso de los astros. De las naciones en lucha, no triunfará la que tenga más razón, sino la que posea más fuerza. Los débiles no sólo fracasan en la filosofía de Stirner. Son también el desecho melancólico, la piltrafa olvidada en las realidades ásperas de nuestra existencia. Ninguna idea se conquista suplicando. De rodillas no puede obtenerse más que el perdón y el desprecio de los fuertes. ¿Para qué llorar el aniquilamiento de seis millones de hombres, que han exprimido su sangre sobre los surcos donde ha de germinar más tarde la planta invisible de los renovadores? Se han abierto los diques del sufrimiento. La muerte, purificando nuestra baja materialidad, ha dado su savia a nuevas auroras. El dolor brota y salta como un torrente. He ahí el gran consuelo que cae sobre el espíritu como un rocío de frescura. El dolor es la luz sagrada que arde en nuestra conciencia, el fuego implacable que limpia las impurezas del alma. Habéis leído en Amiel el diario atroz de un agonizante. Todas sus páginas sangran. Pero ese martirio íntimo le infunde al escritor un respeto ignorado, lleno de serenidad crepuscular, de dignidad suave. La congoja de la madre, fuente soberana de toda grandeza, manantial sublime, estalla con la misma fuerza en la Cornelia virtuosa que en la Popea corrompida. La leyenda del Laocoonte, inmovilizada en un grupo admirable, dibuja la mueca feroz, el rictus desesperado de la humanidad que se siente arrastrar por el destino. Por todas partes, signos mis-

teriosos, números fatales. El mismo Miguel Angel esculpe en la frente de su Moisés la arruga soberbia del pensamiento, un pliegue lleno de sombra, adolorido y triste, de donde fluye el inmenso dolor de los creadores. Bajo el cincel prodigioso de Donatello aparece la línea delicada de Santa Cecilia, flor mística de neurosis y de piedad, mancha blanca que se abre tiernamente, como un lirio, y que nos estremece como si fuese un suspiro hecho de mármol. Y hasta Rodin nos representa el beso mezclado con algunas gotas de placer sádico, con carnes que palpitan de dolor y de espasmo, sensualidad suprema que se desvanece en la epidermis y que se denuncia en las crispaciones de los dos cuerpos vacilantes. Nuestra ruta ha sido fecundada por los sollozos, se ha enriquecido con las lágrimas. La polvareda del camino traza sobre nuestros vestidos figuras extrañas. Un lodo sangriento, endurecido en la duda y en el pesar, forma las paredes de nuestra casa. Los millones de cadáveres, amontonados por las horas que pasan, por los minutos que transcurren, no son más que una parte pequeña del enorme tributo que debemos pagar a la muerte. Las puertas del dolor se abren tanto para el paraíso como para el infierno. Son las únicas puertas que no hemos podido cerrar bien, las tablas llenas de resquicios y rajaduras. Su encanto está en su propia dureza enigmática, en sus caprichos atenaceados por el secreto, en esas formas misteriosas, que hacen de las virtudes un pasaje sobrehumano, el sendero trágico que nos lleva sucesivamente a la verdad y a la locura.

CAPÍTULO XII

Jean Lorrain había hallado sin esfuerzo la voluptuosidad de lo monstruoso. Su refinamiento era un instinto pervertido, el instinto de las deformidades tristes y de los apetitos extravagantes. De Quincey buscaba en el crimen la obra de arte, la obra maestra que no aparecía más que como un reflejo de su razonamiento frío, el espectro pálido de sus propias ideas. Por otra parte, la psicología pedante de nuestros contemporáneos ha buscado una estética de la crueldad en la fantasía satánica de Baudelaire, en los suplicios abominables de Mirbeau, en los cuadros grises de Villiers de L'Isle Adam. La Inquisición, pintada por Edgard Poe en *El pozo y el péndulo,* posee cierta belleza diabólica. Y en verdad que el espectáculo literario de la sangre es siempre agradable. Nuestra sensibilidad necesita el contacto enfermizo de lo trágico, el beso agrio de la crueldad. Cuando las fuentes de la perversión sangrienta quedaron agotadas, el espíritu europeo voló hacia la China misteriosa, poblada de sombras, donde se mueven seres impasibles, de ojos inmóviles, hechos con el duro metal de los ídolos. Bajo los arcos de las pagodas solitarias, nació entonces el gran drama de la inquietud occidental, inquietud en la literatura, conmoción en las almas, rictus amargo cortando la serenidad de las conciencias. China mueve su mecanismo espantoso contra un rebaño de hombres de hielo. Yuan-Shi-Kai no tenía enemigos. Todos habían perecido a manos del tirano, en medio de padecimientos atroces. Yuan-Shi-Kai había descubierto en la leyenda despiadada de sus antepasados los viejos mitos de la crueldad. "El condenado, escribe Farjenel,

sufría sucesivamente la extirpación de la nariz, de las orejas, de las manos y de los pies. Luego, con un cuchillo, se despojaba a la víctima de los senos y de todas las partes protuberantes del cuerpo''. Después, para que el sufrimiento se prolongase, para que los verdugos pudiesen saborear su placer perverso, se le practicaba al condenado una incisión en el vientre y se le extraía una parte de los intestinos. ''En seguida se le arrancaban los ojos, agrega Farjenel. Al fin, se le abría la frente y se le sacaba el cerebro, lentamente, con una cuchara...'' Por otra parte, se llevaba a cabo un suplicio extraño, formidable, y que, a pesar de todo, se presentaba a la imaginación de los esbirros como una golosina delicada. He ahí el poder soberano de la observación científica. Gustavo Le Bon transcribe el testimonio de Farjenel nada más que como un documento psicológico. Esa cadena de tormentos gigantescos pasa a la ciencia presuntuosa de los occidentales como una clave infalible, como la fórmula que aclara la niebla de las mentalidades desconocidas, el teorema que interpreta los sombríos secretos de Asia. Para la ciencia, no obstante, toda montaña de horrores colectivos es la imagen de un infierno justo. ''La justicia es lo establecido, escribió Pascal con ironía. Y así, todas nuestras leyes establecidas serán necesariamente consideradas como justas sin ser examinadas, puesto que están establecidas''. Nunca aprenderemos demasiado en este surco profundo, abierto por las meditaciones del genio. Ese camino nos lleva a la serenidad ideal, al receptáculo de las grandes enseñanzas universales. La segunda mitad del siglo XIX hizo sucesivamente de la ciencia una religión y un fanatismo. Ahora marchamos hacia la pedantería supersticiosa, sin moral y sin cálculo, hacia el reino enmarañado de las leyes empíricas. Explicar no es condenar, no significa siquiera poner en movimiento todos los recursos de nuestro espíritu crítico. Mientras la sensibilidad despierta al vértigo de las emociones, el pensamiento permanece encerrado en el círculo monótono de los hechos, águila domesticada, sin color ni voluntad, incapaz de

cambiar el universo de los fenómenos. De esta manera, veremos palidecer los resortes nobles de la inteligencia. La lógica se transformará en un instrumento frío de justificaciones morales. Limitadas las facultades creadoras del hombre, dejaremos a los hechos la tarea de explicarse y de justificarse a sí propios. Muy lentamente, hemos llegado al sofisma cientifista de la crueldad. Hasta el fondo de las tinieblas ancestrales, donde rugen todos nuestros crímenes, llega hoy una luz consoladora, discreta y suave. La crueldad posee un origen místico. Es la mano de Dios que baja a la tierra en forma de castigos terribles, que ya se sufren con resignación o se paladean como buen vino. El ritual sangriento de Baal-Moloch se extendió por toda la civilización antigua. Pasó por Atenas, llevando hasta Roma y Cartago el soplo amargo de las hecatombes. El espíritu de la crueldad, sin perder totalmente su esencia divina, siguió el ritmo de transformaciones sutiles. No se apagó el recuerdo de las vestales mancilladas, enterradas vivas, que agonizaban en medio de dolores incalculables, ni el espectáculo de los sacerdotes egipcios amurallados, ni el martirio atroz de las hechiceras de la Edad Media, condenadas al fuego; no se disipó la sombra trágica de los festines de Alejandría, cuando los bajeles, abarrotados de cortesanas, volcaban sobre los muelles su carga de sensualidades y de miserias. Más tarde, en medio de la decadencia inevitable de todas las tradiciones elevadas, el refinamiento elegante de la crueldad mordió en la entraña moral del bajo Imperio. El mecanismo oculto de las torturas materiales había alcanzado una perfección maravillosa. Todo sufrimiento era una necesidad practicada en nombre de los antiguos mitos de Oriente, duros y magníficos. Dicha necesidad se transformó luego en deber religioso y social. Pero fué necesario el advenimiento de los monarcas turcos, al frente de sus soldados ebrios y feroces, para hacer del viejo culto misterioso una superchería perturbadora. Entonces la barbarie secular del hombre puso sobre sí la máscara helada de la civilización contemporánea. La reacción victoriosa contra Adbul-

Hamid descubrió en la residencia de Yildiz Kiosk pasajes subterráneos, galerías secretas, una ciudad maldita que desaparecía en las tinieblas. Las víctimas, aseguradas dentro de sacos sólidos, pasaban por ahí de la vida a la muerte, resbalaban silenciosamente e iban a dormir para siempre al fondo del Bósforo.

*
* *

Aquella organización infernal huía de la luz. Hubiera sido preciso dirigir la vista hacia algunas sectas de la India para hallar la crueldad en toda su desnudez valiente y divina. Hubiera sido preciso escrutar las vetustas ruinas del país del silencio y de la meditación, las ruinas bañadas por la luz de la luna, los templos en escombros, perdidos entre los bosques, donde los buitres sagrados esperan impasibles su ración de humana carne palpitante. Y allá van los sacerdotes, salmodiando oraciones, empujando a la víctima al gran sacrificio de la soledad. En una cueva horadada en la piedra y que el tiempo ha convertido en osario, boca abierta sobre el infinito de los cielos, lecho de desesperación que oprime las arterias y que enfría la sangre, el condenado espera, con las extremidades ligadas y los labios rígidos, la visita de las aves fatales. Imposibilitado para la defensa, mudo e inerte, con la lengua arrancada y puesta a su lado como un sebo sangriento, el hombre escucha de pronto un concierto fúnebre, chillidos ásperos, batir de alas, restallar de picos hambrientos. El olor apestoso de los buitres flota en el ambiente. Al cabo de un rato, el condenado siente sobre su pecho el hielo de las garras sagradas. El abominable festín comienza, sin más testigos que las viejas ruinas solitarias. Los ojos de la víctima desaparecen. Del vientre desgarrado, entre crispaciones, asoman las vísceras chorreantes de sangre. Bandas negras despuntan detrás de las torres medio derruídas, detrás de los altos muros agrietados y cubiertos de musgo. Muy pronto el banquete tocará a su fin. Nuevos invitados, incalculables y voraces, se abaten sobre el

cuerpo despedazado, enrojecido como una llaga viva. El terreno queda limpio de piltrafas ensangrentadas. Luego, como respondiendo a una señal invisible, los buitres emprenden su vuelo lento y silencioso. Hasta el suelo llega un graznido uniforme de bestia satisfecha. Y allí donde se había dejado un hombre, no queda más que una pobre figura descarnada, una osamenta rota que el sol de la India abrasará lentamente con su caricia de fuego y que la lluvia arrastrará en sus torrentes vertiginosos. Y mientras el viento de la selva canta bajo los troncos centenarios su loca canción desenfrenada, el alma de Oriente refuerza los mitos exóticos de la crueldad. Pensar que habíamos intentado, en búsqueda fatigosa, descubrir novedades crueles entre los conquistadores de América, cuando chirriaba sobre las brasas el músculo abatido de Guatimozin, equivalía a no desesperar de ese porvenir que creíamos despejado y que nos reserva aún peores abyecciones. Las escenas horribles de Servia y de Bélgica nos dicen que la ciencia ha hecho de la crueldad un monstruo lógico. Se ha armonizado el sentido de todos los apetitos feroces y se ha llegado a un método coherente de la barbarie. De acuerdo con el aforismo de Pascal, se empieza por aceptar apariencias establecidas. Por algo la vida interior no es más que una larga coordinación de fantasmas mentales. Luego se funda el punto de partida de un razonamiento falso que va a perderse en el laberinto de la metafísica. La vida del espíritu necesita del paralogismo, de la savia impura, mala hierba que denuncia la tierra fecunda. Se fuerza la máquina del pensamiento de la misma manera que se violenta el laboratorio de los fenómenos. La voluntad humana ha transformado nuestra visión del universo. El sofisma de la crueldad pasó luego al arte bajo la forma de un espectro brillante. Buscamos los contrastes insólitos, los paisajes raros, las lujurias devoradoras. En literatura, la fiebre de Extremo Oriente incubó creaciones de horror, cayó como fermento maligno en las almas depravadas por orgías demoníacas, arruinadas por encantos fatales, trabajadas por sensaciones espantosas. Villiers

de L'Isle Adam se nos aparece como una imagen de pesadilla, vampiro monstruoso escarbando en las carnes enfermas. Sorbemos la crueldad literaria como si fuese una droga. Entonces la literatura es vicio amable y trágico, aberración que aniquila, paraíso que envenena, la gota de opio que trastorna nuestros sentidos y que nos adormece en la dulce embriaguez de la inmortalidad.

CAPÍTULO XIII

"Entre los hombres jóvenes de veinte a veinticinco años, escribe un observador, podemos contar más de dos millones de muertos". Casi toda la juventud de Europa ha desaparecido en los campos de batalla. Una de las mayores virtudes de la guerra consiste en sacrificar, con sus primeros zarpazos, a los hombres capaces de vivir el delirio de las cosas nuevas. Con esta tragedia, veremos atrasarse en una centuria el progreso lógico de las ideas. No hay nada grande ni sublime que no se ame a los veinte años. Esa edad es una locura, una fiebre, "una embriaguez sin vino", como decía Goethe. Muchachos a quienes apunta el bozo débilmente, con el labio apenas sombreado por la pelusa de una fruta que todavía no está madura, se hinchan y se descomponen bajo la tierra. Jóvenes recién salidos del hogar, cerebros frescos, llenos de quimeras, que han alimentado sueños ardientes detrás de los muros de las universidades, se amontonan en pilas anchas, simétricas, a las cuales se pone fuego. La obra de las llamas hace su camino en medio de crepitaciones formidables. Manchas de humo, torbellinos de ceniza, danzando bajo el sol, se confunden con el oro y el azul del paisaje. Los músculos, que aun no habían adquirido formas viriles, se deshacen, se disuelven, estallan, mordidos por las brasas, devorados por el incendio. No quedan más que montoncitos blancos, trozos calcáreos, residuos calcinados, desechos frágiles como el cristal, que se hacen polvo al contacto de nuestra mano. A eso van a parar todos nuestros sueños, todas nuestras ilusiones. Del maravilloso conjunto de vidas, no quedan más que cifras, el número de cobre que marcha al cuartel general, la notación geométrica que

servirá para identificar un cadáver que ya no existe, un cuerpo que se ha volatilizado en el espacio. La juventud ha marchado enloquecida contra el fantasma de la destrucción gloriosa. Los resplandores del heroísmo han encandilado sus ojos. Atraída por un juego armonioso de luces, la flor de la cosecha humana se ha dejado quemar sin un grito, sin una protesta dolorosa. Los veinte años saben fascinar con el encanto de su virtud indiscreta, de su fuerza victoriosa; ellos embellecieron todos los vicios, adornan todos los extravíos, doran todos los pecados. La juventud tiene una concepción romántica de la libertad, del derecho, de la fuerza. En cambio, los viejos escépticos, los sabios que han empalidecido sobre los papeles, hasta tomar el color y las arrugas de los polvorientos infolios, mueren con un sabor agrio en la boca. Ese feroz libertinaje de la incredulidad ha secado su corazón entristecido. Los viejos han espiado las fórmulas del universo, han atisbado las incertidumbres del mundo, han interrogado al planeta sin recibir más que respuestas vacías y sonoras como carcajadas. En la persecución de las verdades fugaces, el destino se burla de nosotros mismos. Cuando queremos penetrar el misterio que nos rodea, nos parecemos al borracho que dialoga con su propia sombra. El enigma que flota junto a nosotros, no sabe responder más que con nuestro pensamiento. Lo que creemos obra de una tenacidad sin límites, es solamente el fruto de nuestros desvaríos visionarios. Por eso, nada llenará el lugar de la juventud que muere agotada por la carga diabólica de los obuses. Su esencia lírica es la única llave capaz de abrir la fatalidad; ella es también la única herramienta capaz de forzarla. La misma historia que, con Renán, es fantasía lícita, y que con Challemel-Lacour, es imaginación fatal y legítima, no desmiente esta suprema verdad. Nuestra vida se compone de sueños discontinuos, de idealidades incoherentes. Sólo la juventud que ya no existe, los veinte años que se han marchitado como una corola, pétalo a pétalo, pudieron haber puesto orden en ese delirio sin objeto y haber hecho fecunda la fuente nunca agotada del humano dolor.

CAPÍTULO XIV

Un sol amarillento de primavera iluminaba las hojas de los limoneros con reflejos dorados. Hasta la empalizada, hecha con ladrillos resquebrajados y madera vieja, llegaba el olor enervante de la hierba, ese aliento de la tierra que estalla en un hervidero de sensualidad. Por todas partes trepaban las lianas, los acianos, las amapolas. Era un jardín encantado y salvaje, lleno de humedad y de silencio. La luz de la mañana había puesto sobre el verde de los senderos una pátina de oro antiguo Detrás de los árboles despuntaba la verdadera alegría del vivir, la frescura inagotable de la naturaleza que todavía no ha sido mancillada por la depravación humana. Ante el horror de la matanza, frente a la delirante atrocidad del suicidio colectivo, el filósofo se sintió inquieto y turbado. Como los héroes de Bocaccio, huyendo de la peste de Florencia, quiso buscar un retiro agreste, la soledad frecuentada por los lagartos, visitada sólo por los insectos de élitros metálicos y alas zumbadoras. Se había desencadenado sobre el planeta un azote mucho más espantoso que la epidemia negra de los florentinos. Monstruos de acero, forjados para desgarrar las entrañas de los astros, rugían a cada segundo. En la atmósfera flotaba un veneno sutil que hacía fluidas las carnes y convertía a los hombres en espectros. La muerte dormía en la cápsula blanca de los azahares y se aspiraba con el perfume de las flores. Cortejos de carretas fúnebres, chorreando sangre por sus ejes, aparecían y desaparecían como fantasmas. Ejércitos de enterradores mudos, embozados en cogullas sombrías y esgrimiendo

hachones funerarios, caminaban hacia lo desconocido. El viento traía el ruido de las campanas como si fuesen quejas, y removía el cántico de las oraciones como si fuesen despedidas. De todas las encrucijadas surgían visiones macabras y escenas de agonizantes. Y fué entonces cuando el filósofo escapó al espectáculo de tanta miseria, aturdido por el toque crepuscular y moribundo de las altas torres. El círculo de sangre se había ensanchado. Otras naciones, nuevas razas, se habían apresurado a participar del abominable desgarramiento. El filósofo había observado demasiado, se había encallecido en el análisis del desastre, y sentía agotarse su reserva sentimental. ¿Para qué derrochar las lágrimas? Ninguna tarea más loca que la de cicatrizar lo irremediable. Nada más peligroso que jugar con el corazón la comedia hueca del afecto y de la simpatía. Bajo la empalizada rústica, sobre la mesa de piedra enverdecida por la lluvia, oculta en el follaje, salpicada por el sol en forma de pequeñas manchas luminosas, un libro estaba abierto. El filósofo inclinaba sobre las páginas su cabeza grave y plateada. A través de los párpados suavemente entornados, se filtraba una mirada de ensueño. Su mano fina, transparente, surcada por venas de un azul obscuro, se crispaba sobre la mejilla pálida. Un arrullo de hojas, profundo y tranquilo, acariciaba el oído y adormecía los nervios. En medio de la paz, del arrobamiento, el silencio parecía mecer ideas. El filósofo había llegado al canto trigésimotercero del Infierno, cuando Dante entra en el recinto blanco, donde el hielo oprime con estrechas ligaduras a los condenados. Sobre el desierto helado, una humanidad sufre boca arriba. Su mismo llanto le impide poder llorar. El dolor se ha petrificado. Las lágrimas que no pueden salir afuera, caen hacia adentro para aumentar la angustia. Los sollozos se han transformado en hielo, y hasta los mismos ojos desaparecen bajo una pared de cristal. El filósofo, aterrado, lleno de emoción, leyó:

Lo pianto stesso li pianger non lascia,
E'l duol, che truova in su gli occhi rintoppo,
Si volve in entro a far crescer l'ambascia:
Ché le lacrime prime fanno groppo,
E, si come visiere di cristallo,
Riempion sotto'l ciglio tutto il coppo.

La brisa hizo volver las páginas. Un abatimiento plácido, una laxitud extraña, invadió al lector. Sus piernas flaquearon y la barba se clavó en el pecho, como si se hubiesen aflojado repentinamente todos los resortes de su voluntad. Había tropezado de pronto con el gran sufrimiento inexpresable, con la gran angustia que no puede brotar a la luz, que queda en el fondo de nosotros y que nos roe la base de nuestra alma. El filósofo se sentía vencido. Hace seiscientos años el poeta florentino había adivinado el espectáculo soberbio y trágico de una humanidad anegada y endurecida en su propio dolor. Ante el choque gigantesco de los hombres, ante la congoja que se amontona, ante la miseria que aumenta y el padecimiento que crece día a día, la sensibilidad humana reviste su túnica polar. ¿Con qué objeto seguir fabricando teorías absurdas? ¿De qué sirven las fórmulas magníficas? Seguiremos sufriendo a través de dos ojos glaciales. La gran angustia es la solución de un problema que se renueva con nuestro sér. "El mismo llanto nos impedirá llorar". Poco ganaremos con atormentar nuestros cerebros modernos, máquinas sutiles fatigadas por el vicio y podridas de literatura. Más vale, como el filósofo, cerrar el libro de la vida en la soledad y dejarse arrastrar por el sueño.

CAPÍTULO XV

"Esos pacifistas, neutrales ante el crimen, escribe Roosevelt en su último libro, son los más grandes enemigos de la paz. No puede haber paz posible en la injusticia". La barbarie mística creó la barbarie científica. El pacifismo naturalista dió origen al pacifismo contemplativo, inerte, asexual, el pacifismo que incuba los mayores crímenes y que produce las situaciones de violencia. La fe sencilla, soñada por Tolstoi, "formada de luz y de sombra, como se manifiesta en cualquier analfabeto", fué el punto de partida de la mansedumbre, de la resignación y de la esclavitud. El pope Gapón, el sacerdote que se cruzaba de brazos mientras sus camaradas caían asesinados bajo la fusilería cosaca, era un pacifista a su manera. Sócrates pudo haber confundido a sus detractores, pero su pacifismo resignado lo arrastró hacia la muerte. Jesús devoraba en silencio los ultrajes. De ahí que a su lado brotase la planta de las pasiones groseras, la traición de Judas, la bajeza de Poncio Pilatos, el sadismo vulgar de Caifás. El reformador no tiene más armas que las del espíritu, las armas que vencen al tiempo, pero que no le impiden caer abatido en un segundo. Jesús siente hondamente la vida del alma, pero no sabe defenderla. Su pasividad fué el mejor instrumento de su martirio. El verdadero humanista pone un cercado de espinas a las conquistas de la paz y rechaza con la fuerza los avances de la mentira y de la injusticia. Mahoma fué soldado antes que soñador. El poder militar fué la garantía más eficaz de sus ideas fraternales, las mismas ideas de Jesús desarrollándose en un orden de actividad más cercano a las realidades de

la vida. La naturaleza sensible es una lucha constante de selección, de adaptación, de conservación. La existencia del espíritu es una batalla contra el error, una cruzada contra las fascinaciones de la perversidad fácil y del delito amable. No resistir al mal es envilecer la conciencia. Amar la paz sin sanciones morales, dejarse asimilar a la belleza inmóvil del mármol, poseer la neutralidad de la estatua, es detener el progreso humano y suprimirse para la verdad. "Nos odian, escribía Bismarck. He ahí la prueba de que nos temen, de que somos fuertes". Se odia a la fuerza pura, porque está al servicio de la misma fuerza. Se ama a la justicia, porque está por encima de la violencia. Pero no se teme más que aquello que no se comprende. Temer es encoger el alma.

*
* *

El pacifista moderno es incapaz de amar, porque el amor reposa sobre el sacrificio. Llorar lágrimas de ganso cebado no es abrazar la causa de los débiles. El pacifista de hoy es un terrible fermento de guerras futuras, porque todo desaparece, lo bueno y lo malo, frente a su tranquilidad interesada. Romain Rolland solloza ante el sufrimiento de Bélgica, pero agrega que Alemania es un paraíso y que la guerra no puede durar un minuto más. Las cosas deben quedar como están. El derecho se restablecerá después por sí solo. Dantón, el ministro del pueblo, amaba la paz en otra forma. Su único lirismo era su fuerte sinceridad. Hasta el último momento defendió la causa del derecho, luchando a brazo partido con la muerte, sonriendo con desprecio a sus jueces, escupiendo la verdad al rostro de sus verdugos. Dantón sacrificó su vida a la grandeza de su apostolado fraternal. No cayó como un pacifista de profesión, sino como un admirable forjador de la paz futura. El cadalso fué la tribuna de sus ideas, la mejor trinchera de su pensamiento. Hay en la historia de la revolución de París, en 1871, un episodio inolvidable, que conmueve por su heroísmo y que enternece por su inmenso dolor.

Las tropas de Versailles habían acorralado en Père Lachaise a un grupo de revolucionarios. Desangrados, agotados, casi sin armas, los comuneros se defendían con encarnizamiento. Aquellos hombres generosos, que habían proclamado principios de paz universal y de fraternidad sin fronteras, prefirieron morir al pie de sus sueños. Llegó un instante en que las municiones faltaban, en que era necesario abroquelarse detrás de las tumbas del cementerio, atacar con astillas de cruces y con fragmentos de sarcófagos... Los cadáveres formaban montones ensangrentados. Pero mientras quedó un solo hombre con vida, ese hombre resistió hasta la muerte. Heroísmo supremo, heroísmo gigantesco, que hace sublime la lucha por la justicia. Nadie duda que la Francia de hoy es una nación pacifista. Pero su pacifismo no es el pacifismo de Romain Rolland, no es la indiferencia literaria hecha de cálculo, la frialdad deliberada ante el abominable incendio que devora lo mejor de las energías universales, sino la fuerza que persigue una etapa definitiva de equilibrio moral y de solidaridad humana. Hay un sentimiento más profundo del deber en la frase del soldado francés que escribe a su madre: *Muero para que mis hijos puedan vivir en paz*, que en todos los libros pedantescos de los pacifistas profesionales. Demuestra que ama más la paz aquel que muere por ella, silenciosamente, anónimamente, que quien la elige de tema para hacer más sonora su retórica y dar más teatralidad a su literatura.

CAPÍTULO XVI

En la Academia Francesa, durante la sesión memorable del 14 de diciembre de 1916, Ernesto Lavisse definió soberbiamente en su prosa acerada, hecha con nervios de metal, el contraste íntimo entre la mentalidad germánica y el espíritu humanitario de Francia. "Alemania, dice el ilustre historiador, no quiere reconocer ningún derecho de humanidad en las naciones ni en los individuos. Se considera sobrehumana, porque ella es tranquilamente inhumana. Tenían, pues, razón al desear la destrucción de la Francia, que proclamó los derechos del hombre y los derechos de los pueblos." Inútil buscar en el discurso del maestro frases de odio, condenas atroces o blasfemias sombrías. Ernesto Lavisse no justifica las violencias abominables, no defiende los atropellos a la dignidad moral de la especie, no perdona siquiera aquello que comprende. Hay en él esa protesta interior, inquieta y severa, ese sarcasmo amable que se pierde siempre en una sonrisa de angustia. De los hechos desnudos, naufragando en la inmensidad del desastre, surge el choque psicológico, inevitable, la ironía sangrienta. Es que Lavisse comprende que existen organizaciones que son un atentado permanente al derecho, organizaciones que responden a factores morbosos, a una aberración trágica del verdadero sentido social. "Alemania y Francia se oponen la una a la otra, punto por punto, exclama, precisamente porque Alemania deseó una Francia ruinosa, impotente, que no tuviese influencia en el mundo". Es verdad que las virtudes del alma francesa desbarataron esa suerte de fatalidad formidable, diabólica y triste, impetrada por una legión de agoreros voraces. De ahí que Ernesto Lavisse no sienta la

embriaguez de la gloria. Sabe que detrás del oropel brillante no hay más que dolor y cenizas. El secreto de Francia está en su capacidad para resistir y para padecer. El éxito de la guerra se mide con la escala del sufrimiento. "Alemania llevó contra nosotros su más grande esfuerzo, dice Lavisse. El haber resistido, el haber detenido esa marcha, que ella esperaba rápida y triunfal, es nuestro honor y nuestra gloria. ¡Pero al precio de cuántas ruinas, de cuánta sangre hemos pagado ese honor y esa gloria! ¿Qué debemos hacer ahora para reconstruirnos, para rehacer nuestra vida? He ahí el problema del porvenir." Como se ve, la gloria posee un sabor amargo; aparece aun más descolorida que en las páginas de Montaigne, iluminadas por ese candor escéptico que penetra en el alma como un ensueño de ultratumba. En cuanto al honor, se diría que nace y muere como un estremecimiento pasajero, espasmo que agoniza al pie de los grandes hechos universales. La tragedia transforma el sentimiento del honor en un paroxismo de la personalidad. Fuera de la fragua, ese impulso no es más que una verborragia infantil, la retórica que se hunde en arenales estériles. "El honor, escribe Alfredo de Vigny, es la conciencia, pero la conciencia exaltada. Es el respeto de sí mismo y de la belleza de la vida llevado hasta la más pura elevación y hasta la pasión más ardiente. Yo no veo ninguna unidad en su principio, y todas las veces que se ha tratado de definirlo, el espíritu se ha perdido en un mar de palabras". El honor es una defensa moral. Es el fragmento psíquico exacerbado por el desastre, la célula noble obligada por la enfermedad a una gimnasia reparadora. La paz cambia la noción de los valores éticos, pero no los suprime. Esa corriente discreta, profunda, subterránea, brota a la superficie como un torbellino, canta bajo el sol, arrastra a los soldados... Cuando el acero estalla sobre la tierra y rompe la costra helada de los prejuicios, una brisa ardiente ensancha nuestro corazón. Caricia de muerte o de esperanza, ella posee la irremediable melancolía y el supremo encanto de lo descono-

cido. El genio helénico puso una venda sobre los ojos de Eros. Seguir soñando equivale a prolongar la dulce ilusión de los ciegos. Ignorar es amar.

* * *

Hay una elegancia apacible, pero imponente, en esa congoja silenciosa de los hombres que, entregados a la reconstrucción, se sobreponen a las torturas morales de la guerra. La hora final, anunciada en medio de la fiebre, del delirio, de risas frenéticas, se aleja más cada día. El espíritu se inclina sobre el surco sangriento y espera la aurora. ¿Qué hacer sino provocar la resurrección por el trabajo? "Hay que llevar la libertad política, filosófica y religiosa, a las leyes y a las costumbres, escribe Ernesto Lavisse; hay que trabajar, trabajar el espíritu y el corazón en nuestras universidades, en nuestros colegios, en nuestras escuelas, en nuestros talleres de artistas, para perpetuar y avivar el genio de Francia, inventor de ideas fecundas en la ciencia y en la política, creador de formas nobles y simples; hay que trabajar, en fin, después de la victoria, para preparar a ese gran herido que se llama el género humano, la convalecencia y la curación en la paz y el derecho." Si una parte de Francia se sacrifica y muere por un ideal, los que quedan deben continuarlo. La humanidad no consiste en una simple abstracción de filósofo. Ella es una realidad viva, palpitante, con instintos, virtudes y sensualidades. Detener la vida hoy es recomenzarla mañana con más vigor, convertirla en un árbol prodigioso y fantástico que brotase en medio de la tempestad, bajo la misma podadera del destino. "Hay deberes claros, agrega Lavisse, difíciles ciertamente, pero imperiosos. Si nosotros los comprendemos, llegaremos a levantar nuestras ruinas, afirmaremos el prestigio revolucionario y bienhechor de Francia y pagaremos nuestra deuda a aquellos soldados que, bajo las asechanzas del mar y del aire o en el lodo sangriento, desafían peligros inauditos, padecen espantosos sufrimientos, y combaten y mueren a fin de que la Francia viva". He ahí la

concepción francesa de ese porvenir incierto, cuyos velos sombríos, apenas desgarrados, dejan entrever la esperanza de un perfeccionamiento infinito. Quimera amable, sueño generoso y ardiente, clave que balbucea el misterio de las cosas y que interpreta un ideal contradictorio, profundamente humano! ¿Cómo vencer sobre este sistema de fuerzas invisibles que orienta siempre la conciencia del planeta? La semilla de la violencia sin objeto, de la brutalidad intelectualizada, del imperialismo frívolo, se seca sobre un desierto infecundo. Cuanto mayor sea la grandeza material, más imponente resultará el derrumbe. De nada vale declarar la guerra a la humanidad, hundir en el océano a mujeres y niños, arrancar de sus hogares a familias enteras, menospreciar los principios sagrados que hacen digna y respetable la vida de un pueblo... Puede dominarse durante un segundo las apariencias del universo objetivo. Imposible triunfar sobre las corrientes del espíritu humano. "Las ideas de vuestro tiempo os derribarán y pasarán por encima de vosotros", escribió Napoleón. El vencedor de Jena conocía como ninguno la fuerza de la conciencia universal, las mordeduras secretas del gran fantasma. No importa que los niños de Bélgica mueran de hambre, no importa que millares de inocentes encuentren sobre las aguas una muerte injusta, no importa que la fiesta atroz de la barbarie sea organizada sobre la ruina de los tratados. Solamente los pobres de espíritu, la pasta dócil con la cual el bandolero de genio ha fabricado todas las humillaciones y todas las servidumbres, solamente los incapaces de grandes cosas, pulverizados por el mecanismo de la tiranía, pueden sentir la admiración y el deslumbramiento del puño enloquecido que golpea la tierra. El amo de la hora es el derecho, a pesar de todo, el derecho erizado de cañones, que extrae su vitalidad inagotable del alma humana herida por un supremo ultraje. El mundo ha hallado su equilibrio en la justicia. Y mientras el estrépito de la guerra aturde a los débiles, embriaga a los falsarios y turba a los criminales, un silencio discreto, silencio de paz y de victoria, avanza lentamente sobre la humanidad...

CAPITULO XVII

Jean Finot, el eminente hombre de ciencia francés, hace en la *Revue* algunas consideraciones oportunas sobre el valor material de la simpatía entre los pueblos. "Hay algo, sin duda—exclama—mucho más doloroso que comprometer la dignidad humana, que perder algunas batallas y algunas provincias. La estima y simpatía del mundo, tan despreciadas por la Alemania de nuestros días, tienen, por otra parte, un gran valor material. Alemania ha podido darse cuenta de ello, viendo las amistades y los afectos que rodean a Francia, procurándole viveros inagotables de fuerza y de esperanza". Pero Finot no ha logrado comprender que los germanos buscan la misma finalidad por distintos caminos. Para Alemania, el odio tiene proyecciones tan positivas como el amor. Ella ha aprendido de Federico y de Bismarck los grandes postulados de una violencia radiante, que se abre camino en medio de zarzas espinosas y de guijarros agresivos. Nunca Alemania se sintió más fuerte que el día en que tuvo la sensación de que era odiada. Toda su prosperidad, toda su grandeza victoriosa, todas sus locuras llenas de éxito, se explican fácilmente por el culto metódico de los sentimientos negativos. Alemania nunca hubiera podido crecer y desarrollarse bajo los dones de la ternura universal; su estructura étnica rechaza el apoyo de toda simpatía, de toda caricia. Según la doctrina de sus pensadores, sólo los pueblos débiles requieren en el exterior la existencia de puntales afectivos que los salven del desastre en que han de verse envueltos, de la misma manera que el inválido necesita de piernas artificiales, torpes y miserables, para seguir penosamente su vida de torturas y de humillaciones. Si

Alemania tuviese que marchar por un sendero de aplausos, de flores, de sonrisas, probablemente caería aniquilada bajo el peso de las lisonjas fáciles y el roer solapado de las músicas embriagadoras y de los perfumes enervantes. Pero a la luz de esos dos sistemas opuestos, pueden surgir también dos psicologías contradictorias. Jean Finot se limita simplemente a constatar un hecho; él mismo se ve envuelto en la fatalidad del momento histórico, obedece a las leyes inmutables de su raza. Por otra parte, cada pueblo se reconoce en sus estadistas, se ve retratado en sus pensadores. Francia y Alemania buscan respectivamente en el amor y el odio el secreto de su grandeza. De igual manera, Augusto Comte hacía derivar de la generosidad *altruista* todo el juego armónico de nuestros valores sociales. Guyau veía en la simpatía espontánea de las especies y de los individuos la fuente natural del bienestar, la libre expansión de la vida. En cambio, para Nietzsche, para Max Stirner, los débiles nunca tienen razón. Nadie mejor que esos dos solitarios para representar una raza áspera y violenta contra la cual se mueven todas las hostilidades del mundo. Sólo pueden inspirar un amor compasivo y lleno de desprecio, aquellos que son incapaces de morder, que se sienten impotentes para crispar los puños. Alemania ha nacido al calor de estos pensamientos terribles, que todavía lleva impresos en el hierro encarnado de su alma. ¿Qué puede importarle a ella el odio de los degenerados, la baba de las naciones que viven de sus desperdicios, que vegetan a costa de la limosna universal, que se envilecen en el lodo, que husmean groseramente las migajas abandonadas por los poderosos, y que se acometen a dentelladas para disputarse un pedazo de carne putrefacta? Con la misma lógica de los que defienden el imperio del amor, Alemania proclama la doctrina del odio. Partiendo de premisas indiscutibles, sus conclusiones son también brutalmente justas. Pero el pobre gran imperio se ha olvidado de considerar que estamos a seis siglos de distancia del medioevo, que ya no prospera la audacia de los grandes señores armados,

y que la fuerza militar de las naciones más poderosas, fuerza sutilizada a través de las edades, se encuentra hoy al servicio de los ideales subjetivos que forman la garantía ética de nuestro derecho humano y de nuestra justicia convencional.

CAPITULO XVIII

Ha vuelto a renacer en Francia el antiguo culto por el viejo gallo de los galos, símbolo histórico de todos los heroísmos de la raza. De los blasones arrinconados, roídos por la humedad, cubiertos por el polvo de los siglos, ha volado la silueta arrogante del gallo galo, para lucir de nuevo, a los resplandores lívidos del plenilunio, su altiva figura valiente y fanfarrona. El ave fantástica ha paseado a lo largo de las trincheras blancas de nieve, levantando su cola majestuosa como si fuese un estandarte, agitando sus alas adornadas de plumas brillantes, mostrando su cresta de un rojo vivo, como una herida recién abierta... Con pasos llenos de nobleza, señalados por dos espolones afilados, el gallo se ha dirigido hacia las líneas erizadas de fusiles para vigilar el sueño de los guerreros. Luego, como satisfecha de sí misma, la sombra heráldica se ha alejado discretamente, dejando marcada sobre el sudario helado la huella de sus pisadas furtivas, impresas en el suelo como si fueran los dibujos caprichosos de una flor de lis. Pero antes de desaparecer en el vacío, el ave sagrada se ha erguido sobre sus patas recias, fornidas, elegantes, y ha encrespado su cuello de seda tornasolada, lanzando al espacio las notas de su canto triunfal. A este himno han respondido todos los gallos de Francia. Esa música fué como una diana. Sus vibraciones de clarín pasaron como ráfagas ardientes sobre las cabezas dormidas, despertando recuerdos felices y avivando ensueños olvidados. Pero todo lo que el canto tuvo de dulcemente evocador, lo tuvo también de atrozmente sangriento. Es que el gallo galo sólo confía al viento sus notas de bronce para excitar una venganza o para reanimar a un agonizante. Su

garganta incansable nunca es estéril, nunca canta en vano. Los gallos invisibles de la estepa, que se contestan uno a otro desde el fondo de las isbas perdidas en la inmensidad del desierto blanco, debieron proteger la retirada espantosa del gran ejército en las noches implacables de Rusia. Ese clarín misterioso nos reconforta en la soledad. También nos desconcierta si vamos a cometer un pecado, si pensamos en perpetrar un delito. El príncipe Neklindoff, aquel raro personaje de Tolstoi, se siente extrañamente turbado por el canto vigilante de los gallos, se siente perseguido y hostigado por temores absurdos, la noche en que sale de su habitación y pone los pies sobre la nieve para llevar a cabo su tarea de vulgar seductor. Entonces, en esos momentos de inquietud, nos parece que las notas errantes tuviesen ojos a los cuales nada puede ocultárseles, ojos diabólicos que todo lo ven, que todo lo atraviesan, que se cuelan por los resquicios de nuestro cuerpo y que se sumergen en las tinieblas de nuestra conciencia. Francia ha elegido su símbolo amable en un momento de supremo equilibrio moral. Posee la alondra y el gallo, es decir, la gracia frágil y la fuerza arrogante. El canto que enardece, que aplasta o que conmueve, tiene toda la escala del arrebato reflexivo, de la cólera calculada. Al contacto de esas vibraciones febriles, se han levantado imperios y resquebrajado tronos. El gallo guarda en sus entrañas aquellas trompetas de Jericó que derribaban murallas seculares con uno solo de sus toques mágicos. Su orquestación posee la frescura matinal de la aurora o la pureza melancólica del crepúsculo. Predice horas radiantes y augura catástrofes. Por eso, cada gesto suyo es saludado como una revelación. Cada uno de sus gritos, es un enigma que debe ser descifrado. Y entretanto, mientras los hombres se matan, canta el gallo de Francia, canta sin descanso, el cuello erguido, el pico levantado, batiendo las alas y escarbando la tierra, como si quisiese abarcar dos inmensidades en un solo himno.

CAPITULO XIX

Cuando Fabre observaba a la araña en acecho, al monstruo de patas velludas disimulándose detrás de su velo impalpable, moviendo sus ojos diabólicos y sanguinarios, como cuentas de ébano, esperando cual cazador impaciente la llegada de la pobre víctima; cuando el sabio seguía con el lente la lucha atroz de las hormigas, atacándose en fila india o en columna cerrada, cortándose en pedazos, desgarrándose con sus mandíbulas hechas en forma de tenazas; cuando asistía a todas las incidencias cómicas de una riña de escarabajos, nerviosos y astutos, disputándose su pitanza hedionda, el maestro debió sentir una profunda tristeza ante ese mundo de infinitos dolores, de miserias sin cuento, que pasa inadvertido a la raza humana y que retrata, sin embargo, toda la insensatez y toda la flaqueza del hombre. Si existiese alguna clase de seres superiores a nosotros, su juicio sobre nuestras cosas no tendría siquiera aspecto de razonamiento, sino que sería una mezcla de fastidio, de repugnancia y de desprecio. El espíritu del mal ha progresado con nuestra mecánica. Ha seguido idéntico ritmo que los ideales de bondad. De nada vale señalar en nosotros mismos, como Kant, la ley del supremo bien. La perversidad y la mentira marcarán siempre el paso a nuestro lado. A medida que crece la conciencia moral y afectiva del hombre, más se agranda el crepúsculo que la contiene. Marchamos hacia adelante sin temor ninguno, confiados y sonrientes. Pero el mal se pega a nuestras plantas y camina con nosotros. Es un lodo espeso que cubre el sendero, que estorba nuestra marcha y que se amontona cada vez más sobre nuestros pies. La única manera de que

el fango no aumente, consiste en detener nuestros pasos, en no progresar. Toda civilización supone un contenido de prevaricaciones feroces, de farsas incalculables. De ahí que se quiera restañar con emplastos legales la sangre vertida neciamente. Se ha pretendido reprimir la maldad con las ataduras del derecho escrito. "Más los Estados se corrompen, escribió Tácito, más las leyes se multiplican". Los pueblos no se salvan con remiendos. La humanidad es un pontón olvidado, roído por el uso, un barco viejo que se hunde. Las leyes hechas por el hombre son incapaces de dar solidez a las tablazones vacilantes. Para comprender este cuadro de melancolía, y de injusticia, no es necesario escapar, como Camille Flammarion, por la puerta dorada de los sueños. La especie, vista desde las estrellas, es un punto perdido en el infinito, en la nada azul. El planeta es un corpúsculo insignificante flotando en el espacio. "El mundo de Júpiter es mil veces más grande que el nuestro, escribe Flammarion. El sol es mil veces mayor que Júpiter, y Sirio mil veces mayor que el sol. Siendo Canopus mil veces mayor que Sirio, resulta un billón de veces más voluminoso que la morada de los conquistadores terrestres". El espacio sin fin, eternamente abierto sobre el misterio, devora lo mejor y lo peor de nosotros mismos, nuestras pasiones, nuestras debilidades, nuestras locuras. Desde lo alto todo es monótono, uniforme y azul.



"Tenemos poderosas razones, agrega el astrónomo, para pensar que, desde allá, somos completamente invisibles, no tan sólo el género humano, sino aún nuestro mismo planeta y todo nuestro sistema solar, con inclusión de Júpiter y el sol. Vista desde las estrellas la guerra es un crimen incomprensible, todavía más idiota que bárbaro". El maestro se deja arrastrar por su ensueño poético y se pregunta, admirado y atónito, cómo pueden los hombres dividirse en ejércitos distintos y asesinarse en medio de las más infames atrocidades. Es que Flammarion tiene la candidez del sabio. Ha pasado

toda su vida entre la idealidad y las matemáticas. La contemplación de las maravillas celestes le ha hecho forjar una filosofía de bondad. Pero el universo no es bueno, ni depravado, ni justo. Es simplemente discreto y profundo. Tiene la gravedad de su silencio y de su destino. Pascal nos demuestra que en un vaso lleno de agua está contenido el mundo sideral. Allí las moléculas giran obedeciendo a leyes inmutables, tienen su rotación y su traslación, poseen sus astros centrales, forman vastos sistemas planetarios. Las estrellas nacen y mueren como los infusorios. Su fatalidad desconocida se encierra en el vaso inmenso de la noche. He ahí la soberana ley de la armonía, ese principio casi fantástico que nos denuncia hoy las catástrofes sucedidas en el cielo a distancias inverosímiles, distancias de leyenda, que la luz ha recorrido en cuatrocientos años con su velocidad prodigiosa de setenta y cinco mil leguas por segundo! He ahí el supremo encanto de esos astros que, después de muertos, apagándose como luminarias fugaces, nos han guiado durante siglos con su fosforescencia desvanecida. "Cuando en el silencio de las noches estrelladas, escribe Flammarion, contemplamos las luces de lo alto; cuando en los bellos crepúsculos de septiembre admiramos ese espléndido Júpiter que resplandece como un faro; cuando nuestras miradas y nuestros pensamientos se elevan hacia el zénit donde la vía láctea derrama su blanca luz, sentimos que hay allá una inmensidad prodigiosa, gobernada en el esplendor, en la armonía, y experimentamos como un sentimiento de odio feroz hacia el enemigo de la paz celeste. ¡Sería tan dulce vivir en la luz y en la belleza!" Flammarion termina acusando a los germanos de turbar esta ley de armonía. Dice que, sin ellos, la humanidad se sentiría tranquila y feliz. Pero, en realidad, las estrellas que nos hablan desde el infinito con su lejano parpadeo, y que, según el sabio, nos invitan a la contemplación y a la justicia, nada dicen de que algún principio universal haya sido violado. Es que la guerra forma parte de esa misma armonía. Los hombres que se matan, no son capaces de

detener la marcha del mundo. De la misma manera, los organismos que se devoran en una gota de agua, ese planeta minúsculo de Pascal, no son capaces de conmover nuestra vista ni de perturbar el ritmo grandioso del océano. Rodando en el espacio, la tierra es un grano invisible con palidez de cadáver. Aún suprimida, el universo no notaría su falta. Por mucho tiempo todavía, ha de amanecer sobre un planeta quemado por el vértigo de la matanza; por mucho tiempo, al asomar detrás de las colinas, el sol derramará su vida sobre una especie agonizante, horriblemente ensangrentada, iluminando con la misma indiferencia la piedad y el crimen, el amor y el heroísmo, y dejando tras sí, como un sedimento impalpable, el polvo de la muerte, de la resurrección y del recuerdo.

CAPITULO XX

En plena noche, sobre las aguas negras de la Mancha, el acorazado *Formidable*, sintió un crujimiento espantoso, como si algo hubiese estallado en sus entrañas de metal. Repentinamente, la enorme masa sombría se tumbó sobre uno de sus lados y empezó a ser atraída hacia el abismo, a ser sorbida por el mar. En su viaje hacia abajo, el buque arrastró consigo más de setecientas vidas humanas. El comandante se dejó hundir sobre el puente de mando. No permitiendo que lo salvaran, prefirió llevar al océano el secreto de su heroísmo o de su error. Cuenta uno de los testigos de la catástrofe que, mientras se alejaba con otros tripulantes a bordo de las pequeñas embarcaciones, vió como la sombra del *Formidable* se achicaba cada vez más y desaparecía lentamente. Entretanto, desde la cubierta inclinada, alguien que iba a morir les hacía señas con una linterna de mano. Aquellos instantes fueron conmovedores. La linterna trazaba círculos, subía, bajaba, se agitaba, se estremecía sin cesar; parecía una estrella agonizante moviéndose sobre el fondo negro de la noche. ¿Qué quería decir esa luz extraña? Más bien que una señal, agrega el testigo, aquel punto brillante que palpitaba con angustia, "semejaba un postrero adiós". Cuando la chispa se apagó en el horizonte, los marineros que huían tuvieron la sensación de que todo había acabado. Desde ese momento, no podrían recibir otro mensaje que el de la muerte, soberana de nuevo sobre la superficie inquieta del mar. Aunque no comprendieron la última señal, en lo íntimo de los espíritus quedaba la esperanza de descifrarla. "Si yo lanzo un grito en el desierto, dice un sabio hindú, y ese grito contiene ideas, nada

se ha perdido''. De la misma manera, un gesto arrojado a la noche, un gesto donde vibra un pensamiento supremo, no puede morir. La señal melancólica del *Formidable* no ha desaparecido con el barco. Su tinte moribundo flotará para siempre en la eternidad necesaria de nuestra fuerza consciente. El vacío que nos rodea está lleno de inscripciones que no interpretamos, de ademanes que no sabemos lo que significan, de señas misteriosas que ignoramos lo que quieren decir. Estamos bloqueados por un silencio de templo que no hemos podido penetrar todavía. Los bajorrelieves del santuario sólo pueden distinguirse a la luz del amanecer espiritual. Nuestras linternas son aún demasiado imperfectas como para descubrir las breñas que cruzan el sendero. ¡Cuántas veces, en el espasmo de la agonía, dos ojos amarillentos se han vuelto hacia nosotros para decirnos algo que no comprendimos, y dos labios pálidos han temblado en un silbido imperceptible para darnos la alarma del peligro en que habremos de caer fatalmente! La muerte sólo tiene objeto cuando nos besa como a Víctor Hugo o a Paul Verlaine, en los ardores delirantes de la contemplación moral. Dios no podrá estorbar jamás el proceso del infinito. Su forma personal es un residuo de la bestialidad que perece. Ella es, según la serena sabiduría de los budhistas, la sombra reflejada en el universo por la imaginación de los ignorantes. Esa sombra, sin contornos y sin expresión, es la mancha fatal que cubre nuestros sentimientos, la pantalla impenetrable que se interpone entre nosotros y la luz que viene de arriba. Vivimos de señales abstrusas y de jeroglíficos impasibles. Nos guiamos por ruidos que no tienen explicación, por incertidumbres que apenas se esbozan en el pensamiento, por cifras que no tienen valores en nuestra mente. Y cuando hemos creído dominarlo todo, un tupido velo os tapa el horizonte, un telón de crespones se corre repentinamente y nos aísla de la inmensidad. Nuestras ilusiones simulan paradojas terribles. La última señal es, sin embargo, la primera palabra de una carta que todavía no hemos podido leer y a la cual nunca encontraremos el fin.

CAPITULO XXI

El genio moderno ha sutilizado nuestra concepción del heroísmo. Habíamos creído que el sacrificio era una virtud antigua, una suerte de locura, sagrada y bárbara, que vimos primero en las legiones impasibles de Milcíades y que contemplamos después en las hordas voraces de Teodorico. No importa que el héroe fuese el persa Jerjes, el griego Leonidas o el romano Aetius. Pensábamos que el heroísmo de las edades muertas, independiente de toda idea de nacionalidad, era un atributo profundamente humano, más propio de los individuos que de las colectividades, sin llegar a esa forma de epidemia sublime que hace la embriaguez de los artistas y la confusión de los estrategas. Es que el sacrificio se identifica con un ideal de altruísmo. Antiguamente los impulsos generosos eran atenuados por factores morales egoístas. En la edad clásica existía la fuerza íntima del fanatismo, la hiperestesia religiosa, un sentimiento de inmortalidad superior a todos los privilegios sociales. El título de héroe daba derechos supremos. En la mitología los héroes se mezclan con los dioses, forman una misma familia violenta y extraña. La mentalidad de la especie luego se ha transformado. El pensador ha perdido, corriendo detrás de las ideas, el tiempo que hubiera ganado corriendo detrás del dinero. Mientras los dioses se derrumban, los héroes vivirán en la pobreza y el abandono. Las satisfacciones morales, por más grandes que sean, no consiguen quebrantar las durezas de la existencia contemporánea. La gloria más pura, que antes hacía temblar a papas y monarcas, hoy no se cotiza en ningún mercado mundial. De ahí que medir el heroísmo por el desprecio de la muerte, equivale a rebajar la

grandeza de la inmolación. El sacrificio se acrecienta por la ternura de nuestros sueños reales, por la visión de nuestro hogar desierto, por el amor de nuestros pequeños recuerdos. El holocausto es tanto más sublime, cuanto más poderosos son los valores prácticos de la vida. Maurice Maeterlinck, en sus admirables estudios sobre la guerra, evoca con lástima el heroísmo de la antigüedad, el heroísmo de esos siglos ásperos en que la existencia era, más bien que un ensueño amable, una carga torpe. De la misma manera, con un pequeño destello de ironía, el ilustre escritor trae a la mente los choques dispersos del medioevo, choques de cruzados y de condottieri, arrastrados en galopes locos, donde las armaduras de hierro rechinaban bajo los golpes de la lanza, después de dejar sobre el campo un puñado de muertos. Ahora, cuando presenciamos el vértigo gigantesco y sangriento de pueblos enteros, la partida jugada por quince millones de hombres que utilizan para destrozarse todos los refinamientos de la civilización, el espectáculo de las guerras antiguas nos hace sonreir. Nadie hubiera imaginado que en un minuto de la historia de Europa, los seres que sintieron más apego a las comodidades de la vida, pudiesen desprenderse de sus goces normales y de sus afectos apacibles para sacrificar con un gesto el trabajo y la riqueza de muchos años. Juntamente con nuestra noción del deber, ha evolucionado el mecanismo de nuestras abstracciones. El oficial francés que, rodeado de agonizantes en una trinchera asaltada por el enemigo, desespera de la victoria y grita con rabia: *Debout, les morts!*, se cree ampliar en un plano superior al de sus fuerzas materiales, de la misma manera que las razas se sienten formidables en dignidad y en grandeza cuando la muerte les renueva el ideal y les cambia la fórmula de la justicia.



El heroísmo de otros tiempos, exasperado por el espasmo, se hace hoy más severo y más silencioso. Su violencia magnífica está amortiguada por los resortes de la

reflexión. Se ha hecho menos teatral, pero su majestad es cada vez más intensa y más imponente. Ninguna tragedia puede prescindir del material humano, y si es cierto, como dice Abel Bonnard, que el hombre es la única mancha obscura de la naturaleza, también es la única fuerza capaz de idealizarla y de separarla del mundo tangible. En verdad que un paisaje con muchedumbre es un paisaje sombrío. Cuando no se siente con energías para superarse, el hombre se convierte en el hollín del planeta. Entonces, solamente entonces, perturba la verdad y ensucia la pureza de la contemplación. Comunicar las emociones sin aparentar sufrirlas; esa es la esencia mística del heroísmo moderno. Ningún drama tan grande como esta soberana inquietud. El sacrificio se juzga con devoción y se practica con recogimiento; es una potencia sentimental y una virtud reflexiva. Castelnau perdió tres hijos en la guerra, y sigue combatiendo con igual fe, con igual esperanza. Al general Dessirier, todavía firme en su puesto, le mataron también tres hijos. Hombres de hierro, en ellos la noción del deber es más fuerte que el dolor del alma. Los que no tuvieron fuerzas para proseguir, como Maud'huy, por la vía gloriosa, murieron entristecidos y amargados, como Bonnal, después de escribir páginas brillantes, o se alejaron hacia Oriente, como D'Amade, dejando sobre la tierra ensangrentada de Francia, con el cadáver del hijo único, el espectáculo de una resurrección prodigiosa que nadie esperaba y que no había soñado ningún profeta. Los atributos de este nuevo heroísmo, hecho de discreción y de silencio, se fundan en una ausencia completa de futuras recompensas, de posibles deleites materiales. Existe un desinterés tan grande, tan profundo, que uno vacilaría al decir que cabe en la inmensidad del sufrimiento contemporáneo. El héroe clásico de Voltaire, el bandido nocturno que se dirige en línea recta a la caja de hierro, restalla como una afrenta abominable ante el desfile de estos cruzados de una moral sin liturgias, cruel y sublime. Los valores psicológicos han transformado el universo. ¿Qué heroísmo antiguo es comparable al de los belgas que luchan

fuera de la patria para reconquistar el solar abandonado? En esa línea misteriosa del Yser el poeta de la *Ilíada* hubiera encontrado la pasta de sus semidioses. Los soldados de Bélgica no tendrán siquiera, después de la victoria, el consuelo de vivir en medio de paisajes risueños y huertos florecientes. Cenizas, ruinas, vestigios de matanza y de incendio... He ahí el premio de su inagotable sacrificio. Bajo el puño rígido del invasor se han pulverizado las últimas esperanzas. Ningún heroísmo tan emocionante como el de estos soldados que todavía se desangran por alcanzar los escombros de sus hogares. Ellos pudieron haber continuado su trabajo sin sobresaltos. El enemigo les prometía las garantías de la paz; no les dejaría sentir los efectos del espantoso huracán que habría de pasar sobre la nación. Pero ellos rechazaron todo, y prefirieron el respeto de la fe jurada a la tranquilidad que se pacta con el deshonor. Bélgica calculó en aquellos momentos la inmensidad del desastre. Nadie podría salvarla. No obstante, se arrojó en medio del dolor, afrontó las consecuencias angustiosas de la palabra empeñada, conoció la miseria, el hambre y las lágrimas. Su gran martirio fué también su gran dignidad. Y ahora que los mismos enemigos reconocen en esta terquedad admirable, en este supremo heroísmo, el impulso más puro y más alto del espíritu humano, cabe preguntar hasta qué instante de nuestra parábola puede vivir la divina locura que, fiel a los tratados, rechaza las sensualidades de la civilización para cambiarlas por el sacrificio anónimo del soldado que sueña bajo la metralla en el renacimiento de una justicia vacilante, que, a pesar de los ultrajes y de las violencias, se resiste a morir.



Fué en un rincón del Bois Brûlé. El 8 de abril de 1915 dos batallones del regimiento 85 de infantería habían conquistado al asalto una larga fila de trincheras. Era necesario conservar la posición a toda costa. Bajo el fuego terrible de las ametralladoras y de los obuses,

los soldados se dedican febrilmente a consolidar la tierra poseída. De pronto, una tempestad de bombas se desencadena sobre la trinchera. Diez hombres, heridos y muertos, caen amontonados. Entretanto, disimulándose en los pliegues del terreno, los granaderos alemanes avanzan. "Un guijarro del parapeto, desprendido por los proyectiles, me hiere en la cabeza, escribe un oficial, y me desploma contra el suelo sin conocimiento. Mi sopor no dura más que un segundo. Un fragmento de bomba me desgarra la mano izquierda y el dolor me despierta. Cuando abro los ojos, debilitado todavía y con el espíritu entorpecido, veo a los alemanes saltar por encima de los sacos de arena e invadir la trinchera. Los enemigos alcanzan a veinte. No tienen fusiles, pero llevan al costado un zurrón repleto de granadas. Miro hacia la izquierda. Todos los nuestros han partido. La trinchera está vacía. ¡Y los enemigos avanzan! Algunos pasos más, y ya estarán sobre mí". Entonces se produce la escena soberbia y terrible. Del montón de cadáveres se levanta un hombre, se yergue con movimientos de sonámbulo. Tiene los ojos encendidos por la fiebre, las orejas intensamente pálidas, la manos negras de tierra... Una herida en la frente, otra herida en la boca, y la sangre que chorrea sobre la barba y sobre los párpados. El hombre pone frente al enemigo su rostro horrible, máscara sangrienta del heroísmo, y en un gesto doloroso y sublime, hundiendo las manos en el saco de las granadas, grita a la montaña de carne deshecha:

—¡Arriba los muertos!

Desangrado, maltrecho, agotado, el hombre se arrodilla y lanza todas sus bombas sobre los asaltantes. Pero su grito formidable descorre el velo de un espectáculo grandioso. A su llamado, tres heridos se enderezan como tocados por un dedo divino. Dos de ellos, con las piernas destrozadas, recogen el fusil y abren contra los intrusos un fuego incesante. El tercero, cuyo brazo izquierdo cuelga inerte, empuña una bayoneta. "Cuando consigo levantarme, agrega el oficial testigo, del grupo enemigo la mitad aproximadamente ha caído, y la otra

mitad se repliega en desorden. Junto a la barrera, protegido por un escudo de hierro, no queda más que un suboficial enorme, sudando, congestionado de rabia, quien, completamente solo, con un valor admirable, dispara su revólver en nuestra dirección. El hombre que había organizado la defensa, recibe un balazo en la mandíbula y cae... De repente, el soldado que manejaba la bayoneta y que había trepado de cadáver en cadáver, logra acercarse a cuatro pasos de la barrera, y desafiando las balas, hunde su arma en la garganta del suboficial''. Al fin llegan los refuerzos. Pero la posición ya estaba salvada. El grito heroico del ayudante Péricard había resucitado a los muertos.

*
* *

Las grandes batallas las gana el alma. Alrededor del peligro, del peligro deseado y temido al mismo tiempo, de ese peligro que D'Annunzio señala como el eje de la vida sublime, florecen las pasiones más puras, las pasiones altruistas, puesto que el contacto con la muerte se puede aceptar como una extirpación fugaz del egoísmo y como un renacimiento del sacrificio. El drama europeo nos demuestra que la grandeza de toda obra material está subordinada al espíritu. La llama de las conciencias enciende la espoleta de las granadas. No se puede vencer sin sufrir, y no se puede sufrir cuando no se siente profundamente el ritmo de las grandes dudas humanas. Marco Aurelio, el escéptico frío, el estoico recogido sobre sí mismo, era una afirmación viviente de los grandes valores del alma. La mano rígida, la mano imperial, cansada de golpear con el hierro de Roma el cráneo áspero de la barbarie, se detiene un día, como asustada de su propia fuerza, para verter sobre el papel las enseñanzas amargas de la crueldad y de la injusticia. Toda la vida de Marco Aurelio es un perpetuo conflicto entre la violencia material de los hechos y la dignidad reflexiva del hombre. ''Así como sean tus pensamientos, escribe, así será tu espíritu, pues el alma tiene el tinte de nuestras meditaciones''. Nunca como

ahora Francia ha hecho sonar más alto la fuerza discreta de su genio. Energía de redención y de bondad, de desinterés y de ensueño, el genio francés se revela por cada una de sus frases. Pensar en la embriaguez de la conquista, menospreciar el valor de la fe jurada, crear doctrinas para la opresión y para el martirio, es dar al espíritu un tono sombrío. De ahí que la claridad del genio de Francia repose sobre una concepción benigna y optimista de nuestro destino. Su alegría es su heroísmo y es también su eterna piedad. Francia desprecia la fuerza sin ideas, la violencia insensata que se estrella y se pulveriza contra los reductos de la moral. Los ejércitos de la Revolución universalizaron el principio de la libertad humana y el sentimiento de la justicia. Sus himnos altivos, cantos de todos los oprimidos de la tierra, fueron la antorcha anunciadora que dispersó en el mundo el fuego sagrado de un evangelio fraternal. ¿Qué nación puede presentar a los ojos maravillados del hombre un pasado tan prodigioso, tan soberbiamente intenso en su fecundidad y en su dolor? ¡Arriba los muertos! El grito de Péricard es un largo redoble de alerta. Hace de la conciencia un torbellino y conmueve la paz de nuestro corazón. A su paso se levantan los espectros gloriosos. Los siglos recogen la palabra soberana y devuelven a Francia sus muertos. Pasan los descamisados, las viejas turbas resplandecientes, todos los que murieron por afirmar el derecho de los débiles. Pasan con los tambores estremecidos, las bayonetas invisibles, las banderas desplegadas al viento... Toda la historia desfila en un galope de fantasma. Un aliento sublime roza las sienes de los moribundos y los crispa en una última esperanza. Es que la Francia desaparecida, la Francia entera, se yergue bajo el latigazo supremo. Y en medio de la trinchera ensangrentada, el concierto de estertores, de hipos, de espasmos, de congojas, deja de ser la nota atroz de la muerte para transformarse en una grandiosa resurrección del alma. Ganar una batalla con una frase es prolongar la victoria en la inmensidad y hacer eternos los ideales de Francia. La historia restablece el delito. Pero la justicia aplastada resucita, y los muertos vencen.

CAPITULO XXII

Antes que Lemberg pasase a poder de los ejércitos alemanes, dos oficiales japoneses, por sus propias manos, se hicieron volar el cráneo a pistoletazos. Prefirieron la muerte violenta a la ignominia de una capitulación. Los oficiales japoneses eran simples agregados militares al cuartel general de los rusos. Eran espectadores discretos y ceremoniosos; no tenían participación activa en la contienda. Su papel consistía en el de observadores sobrios y corteses. Por eso, el desenlace trágico no dejó de causar extrañeza a los mismos alemanes, que aún cuando se hallaban en guerra con el Japón, el carácter casi diplomático de los oficiales enemigos exigía un tratamiento especial de parte de los vencedores. Pero el asombro no tiene lógica, carece de resortes mentales. Los japoneses se sacrificaron a la concepción orgánica de su raza. Ese fanatismo heroico, esos atributos temerarios, ese solemne desprecio de lo desconocido, con todas las modalidades del sufrimiento, esos sacrificios poseen también su base secular. Las virtudes son profundas y lejanas. Responden a una moral, a una tradición, a una psicología. Vemos flotar el infinito silencioso de los nipones sobre un paisaje de ensueño. Todo allí es gravedad y tristeza, todo tiene el augusto recogimiento de la muerte. La leyenda viene de la misteriosa isla de Kiusiú, donde las musmés cantan al claro de luna sus plegarias frías y melancólicas. El encanto se cierne sobre los arrozales amarillentos, antes estremecidos por el arrebato de los samurais, y donde hoy las tortugas sagradas nadan como las hojas del loto al borde de la fuente. Un soplo místico baja de las montañas azules de Yosino, con sus pagodas escondidas entre los matorrales, y donde cuelga

todavía, junto a los ídolos de ojos demoníacos y labios feroces, el sable encorvado, el acero reluciente de los antiguos guerreros, que un bonzo con rostro de limón os ofrece para abriros el vientre, haciendo una mueca amable y afectuosa, como si fuese a brindar por vuestra grandeza. El fanatismo de los nipones tiene por esencia la fe y por bálsamo el razonamiento. Los viejos filósofos enseñaron a abrir los secretos de la eternidad con la llave del sacrificio. En las tres guerras en que ha intervenido el Japón desde hace treinta años, ha podido comprobarse que los enemigos no consiguen tomar prisionero a ningún japonés. "Nuestros soldados no se rinden jamás", dicen los nipones. Luego, agregan que el japonés sólo cae en manos enemigas gravemente herido o imposibilitado para la resistencia. En la campaña de China no hubo japoneses prisioneros. En 1904, los rusos tuvieron algunos miles en cautividad, pero eran casi todos civiles. Un japonés, soldado o marino, capaz de rendirse al enemigo, a su regreso a la patria se vería cubierto de oprobio y marcado con el estigma imborrable de la ignominia. Una vez que el militar sale para el combate, no piensa volver vivo. Cuando marcha a la línea de fuego, se despide como si fuese a emprender un viaje sin retorno. Rendirse es una humillación, capitular es una infamia. La plaza asediada debe caer con el último soldado. Dejarse morir serenamente, con una sonrisa, es triunfar en el plano de los espíritus. "Dormir el sueño eterno sobre la última piedra de una fortaleza sitiada, resulta la suprema felicidad". Así se expresa una máxima militar a la cual los japoneses profesan culto inviolable. Para muchas inteligencias, en esta religión de heroísmo sobrevive la congoja ancestral. La verdad es que los nipones son fanáticos de algo que ellos solamente comprenden. Nuestra estructura occidental, nuestra educación compleja, refinada por un arte que corrompe la sensibilidad, resguardada por una ciencia convencional que pone una muralla al pensamiento, no ha podido penetrar el enigma de aquella raza inquietante que ha hecho una escuela de la muerte,

que ha creado una metafísica del sacrificio. Suprimirse a tiempo, es volver a ser útil sin existir. La desesperación de Mutsuhito provoca la agonía de sus servidores más fieles. Nodji, el general vencedor de los rusos, se destripa gallardamente en honor de su soberano. Detrás de Nodji desfilan la esposa y algunos de los amigos íntimos. Todos se derrumban en silencio, sin teatralidad, con los labios apretados y los ojos secos. Ninguno piensa en lamentarse frente al deber, nadie se queja de un destino cuya proximidad ha solicitado. Los actos y las palabras concurren hacia un mismo fin superior. Pueblo que ha aprovechado maravillosamente la técnica industrial de nuestro tiempo, pueblo de un progreso científico prodigioso, el Japón se ha encerrado discretamente en su pasado lleno de intimidades poéticas. Al suicidarse en Lemberg, los dos oficiales han cumplido con los mandamientos terribles de su raza. Todo el dolor atroz, que fluye sin violencias y sin explosiones, toda la alegría reconfortante que nace del orgullo histórico de una estirpe que es a la vez tierna y formidable, toda su fuerza de acción y de sentimiento, se encuentra allí, condensada en esa doctrina suprema, fuerte, angustiosa, que nos llena de espanto y que nos eriza con su contacto helado.

CAPITULO XXIII

Los astros mueren por millones, como las bacterias. Los planetas agonizan como los hombres. Las estrellas se apagan como los infusorios. En momentos en que desaparecen sociedades enteras, segadas por mano invisible, el problema de la muerte adquiere una inquietante y terrible actualidad. Como el águila de Prometeo, el cisne negro devora nuestras entrañas sin cesar renovadas por el destino. En este drama de silencio no existe la angustia ni la piedad. La muerte es una fuerza paralela a nuestra conciencia, es el margen en blanco de nuestra vida. Acaso, como en los mitos de Píndaro, lo que llamamos vivir no sea más que el pasaje fugaz hacia una realidad superconsciente. Acaso, como en la melancólica fantasía de Calderón, ese creador extrahumano cuyas ideas dieron nacimiento a todo el pesimismo alemán del siglo XIX, la vida no sea más que un duro ejercicio para el despertar, un embotamiento brillante, el sueño pasajero que encuentra su desenlace en la muerte. La tradición hinduista nos había hecho aceptar la existencia como un compás de espera. La escuela de Pitágoras difundió en Grecia las verdades teosóficas de la India. Pero solamente a los iniciados en el viejo culto les estaba reservada la dicha de recibir la luz esotérica y reveladora. El helenismo, con su genio armonioso, creó la arquitectura moral de toda la filosofía mística de la antigüedad. Se había confundido en un sistema único la fiebre religiosa de Byblos, de Creta y de Persia. Según el testimonio de Cicerón, los griegos eran maestros

en las sugestiones de ultratumba. En el templo de Eleusis los sacerdotes enseñaban a bien morir. Se practicaba sin espanto el aprendizaje de la muerte. Los profanos salían espiritualmente vigorizados de esta escuela optimista, inspirada en los misterios de la naturaleza, cuya esperanza inagotable forjó los grandes heroísmos antiguos.

* * *

La muerte era para los griegos una resurrección. Aquella sociedad tenía repugnancia a los cadáveres. El fuego salvaba la belleza del espíritu y libraba a la madre tierra de ser manchada. Los muertos deberían disolverse en una llama separadora. Las almas volaban con el humo de la pira y se confundían en el infinito. El mandamiento de la incineración era a la vez un misterio poético. Grecia había apresurado el ritmo del universo. De esta manera, la filosofía forzaba el gran proceso de la transformación moral. Las augustas fiestas rituales, las eleusinas y las panateneas, vivían a expensas de esos eternos principios de reconstrucción y de renacimiento de las almas. El teatro helénico tiene su origen en el mito de la fecundidad dionisíaca. Durante las fiestas de Dionisos, liturgia del crimen divino, se sacrificaba en Atenas un macho cabrío. Este asesinato no era más que el pretexto para festejar una resurrección. Dionisos moría y resucitaba, dando motivo a mascaradas trágicas o comedias delirantes. Pero la decadencia alejandrina corrompió la claridad del pensamiento helénico. Los fetiches de las bajas muchedumbres de Oriente substituyeron a los grandes valores de la contemplación religiosa. Un misticismo sombrío se apoderó de las almas. La humanidad empezaba a expresarse por medio de símbolos. Grecia retrocedía hacia la nebulosa inicial. Aquella civilización era la chispa del viejo hogar deshecho, que se hundía en un horizonte de sombras. Entre el siglo de Pericles y el de Teodosio media un abismo de prejuicios abominables. El mundo helé-

nico había perdido su frescura, había destruído su espontaneidad. Al quebrar el ritmo de la vida había cesado de dominar la muerte.

*
* *

La primitiva Roma, la ciudad fuerte y ruda, modifica la concepción tradicional de la muerte. Los pueblos del Lacio habían recogido en toda su fuerza, en todo su florecimiento, los atributos de la superstición samnita y de la mitología etrusca. La sociedad romana vivía atormentada por los problemas del más allá, cuando la presencia del etolio Diomedes y del arcadio Evandro levantó de las tumbas a los viejos fantasmas olvidados, orientando el sentido de la religión. El pensamiento se reforma y se afina con la substancia sutil de los espectros griegos. Y Roma asiste también a su disolución completa cuando intenta incorporar los mitos muertos, cuando quiere resucitar la inquietud de una sociedad desaparecida. Los latinos refuerzan el culto del fuego, ese gran elemento civilizador. La llama encendida es el punto de unión entre dos infinitos, la senda que nos hace entrar puros a la eternidad. Las vestales, esposas del fuego, custodian el brasero divino, la hoguera milagrosa que no debe apagarse jamás. Ninguna sacerdotisa de Vesta podía unirse a un hombre. La vestal que violaba su juramento de castidad era enterrada viva. La seducción llevaba en sí la idea de la pena. Roma comenzaba a vivir vertiginosamente el sofisma de la crueldad. (1). El sentimiento religioso barría con castigos terribles los estorbos morales.



La idea hinduista de la metempsicosis, propagada por la escuela pitagórica, había pasado a Roma como un

(1) En el capítulo XII de este libro se halla explicado el alcance místico de la crueldad.

delicado ensueño panteísta. Tito Livio nos enseña el amor al árbol. La luz fría de los astros penetra entre la fronda como una bendición de los espíritus. El verdadero templo es la naturaleza misma, abierta sobre el secreto impenetrable de las tinieblas. La muerte se pierde, como corriente clara, bajo el follaje de los bosques sagrados. Cuando el viento estremece la arboleda de la diosa de Nemi, el espíritu de Roma se sobrecoge. La cólera del cielo aviva los misterios de la meditación. Por este camino, los pueblos del Lacio aprenden la ciencia rígida de la dureza. Es inexplicable que a nadie se le haya ocurrido pensar que toda la fuerza jurídica de Roma no es más que una sabia especulación sobre la muerte. Aquel organismo sano había comprendido que el temor del minuto final es la causa de las peores bajezas humanas. Aquella cultura áspera había logrado extirpar el miedo de la muerte, ese cáncer fatal que transforma a los hombres en rebaño de bestias egoístas y cobardes. Y fué la reflexión consciente de Roma sobre el destino, fué su alma jurídica, lo que conquistó la Grecia, sometió la Galia y se asimiló el mundo conocido. Del fondo de la raza subían energías inagotables, fuerzas puras, dinamismos fecundos. A pesar de todo, aquella estirpe resplandeciente debería asistir también a la descomposición de sus costumbres, debería sentirse invadida por un torbellino de aprensiones groseras, la lepra mortal de las decadencias. El Capitolio perdería el dominio de su alma antes de perder el dominio del mundo. Llegaría un momento en que la ciudad fuerte no sería dueña más que de sus vicios. Pero Roma está comprendida en la categoría de esos altos espíritus que, después de un pasado esplendoroso, llegan a una vejez miserable, y a quienes habría que juzgar por lo que han sido, jamás por lo que son y mucho menos por lo que serán. La vida de los pueblos se mide por sus contrastes. De ahí que la decadencia sea para el historiador la penumbra preciosa que hace brillar la luz y que traza el marco de las virtudes.

*
* *

El alma moderna confunde los viejos misterios con el método glacial de la ciencia. El espiritismo nos ha arrastrado a una religión de laboratorio. Se intenta crear una fe religiosa mediante imágenes que impresionen nuestros sentidos. Se quiere ver y sentir la vida de ultratumba. Por otra parte, el teosofismo hinduista rechaza la experimentación, pero admite como doctrina inviolable la supervivencia del espíritu. De este modo la concepción de la muerte llega a las fronteras del razonamiento moral. Pero el primitivo esfuerzo hacia la inmortalidad se pierde en la noche de las teogonías. Es cierto que los profesionales del hinduismo han hecho de esa religión clara una maraña de símbolos abstrusos y pedantescos. No obstante, el fondo de las grandes verdades místicas de la India ha permanecido inalterable. En nuestros días la ciencia experimental se mezcla en las preocupaciones de la metapsíquica y llega al mismo pie de los espectros. El caso del físico William Crookes, convertido de pronto a la exploración de lo ultraterreno, se viene repitiendo bastante a menudo. Las comunicaciones de Olivier Lodge constituyen hoy la Biblia de los iniciados en la nueva verdad. A pesar de todo, la humanidad no descubre más que los fragmentos de un cuadro inmenso. Cuesta más reconstruir el infinito que percibirlo.



No creo en la muerte, nunca he creído en la muerte. El aniquilamiento final es una ilusión. Soy ahora algo más de lo que fuí ayer y un poco menos de lo que seré mañana. Estoy más que seguro, estoy convencido de que no hay en el mundo ninguna fuerza capaz de ahogar mi conciencia, ni de torcer mi destino, ni de corromper la individualidad de mi alma. Así razona el moderno espiritualismo. He ahí el despertar filosófico que lleva virtualmente un impulso hacia la eternidad. Con paso

furtivo, nos visitan de nuevo las dulces quimeras del pasado. Hay en todo ello una majestad enfermiza, un suave optimismo de agonizante. La tuberculosis tiene también su muerte idealista. Habéis visto algún rostro pálido donde sobresalen, como pintura trágica, dos pómulos encarnados; habéis visto unos ojos brillantes de fiebre y unos labios secos que se entreabren para susurraros proyectos de futuro. Pero, de pronto, el paciente se estremece y rompe el dulce ritmo de sus sueños. Su nariz exangüe, apretada, de una palidez casi transparente, parece hincharse. Una bocanada, salada y tibia, lo ha llamado a la realidad. Es la sangre que posee los cloruros del océano, que tiene el sabor de la inmensidad donde flotó nuestra primera célula. La muerte llega entonces confundida con un paisaje áspero, identificado con una visión grandiosa del universo. El espiritualismo quiere volver hacia atrás aún cuando no encuentre a sus espaldas más que el vacío. No sabemos lo que hemos sido ni hacia qué lado nos arrastra la corriente de nuestro propio pensamiento. Aún los investigadores que, como el coronel de Rochas, cuyas ideas ya tuve oportunidad de analizar (1), proclaman el principio de que hemos vivido una vida anterior a la actual, fracasan ante el silencio de nuestra conciencia, que no registra ninguna sensación de este pasado misterioso. La leyenda nos cuenta, sin embargo, que Pitágoras describía sus encarnaciones sucesivas a los discípulos asombrados. Toda vida arraiga en el recuerdo, cimenta en la reviviscencia de nuestras emociones desvanecidas. Nacer con el alma en blanco equivale a no haber vivido nunca. Dentro de esta doctrina, la muerte es ausencia de recuerdo. Morir es olvidar. El placer superior nos crea una suerte de estoicismo risueño, nos viste con la túnica impasible de los desesperados alegres, de los escépticos enternecidos ante el espectáculo de la vida que se acaba y de las esperanzas que se derrumban. Ahí el silencio

(1) *La Fragua*, capítulo III.

es goce, la paz es delirio, y hasta la soledad se nos antoja embriaguez y ensueño. La muerte nos recibirá, como a Arístipo, con rostro bondadoso, ataviada como una diosa sensual, como la querida incomparable que nos reserva deleites supremos. Se acercará a nosotros, blanda y perfumada, nos tenderá la mano amablemente y nos invitará a pasar con una sonrisa. Nuestra alma se sumergirá en un baño tibio. La perfectibilidad coincidirá con la cesación del dolor. Y el Nirvana, alcanzado a costa de tantas disciplinas, significará el desvanecimiento de todas las sensaciones penosas.



Hasta el ascetismo es vía gloriosa para conquistar el soberano placer de la muerte. El sufrimiento se prodiga con cálculo, como una medicina sagrada. Se padece deliberadamente a cambio de delicias futuras. Todas las civilizaciones se hallan dominadas por la idea de la disolución final. Todas las fuerzas se atormentan a sí mismas por la preocupación de la muerte y se orientan hacia los grandes enigmas universales. La sospecha de lo que vamos a ser ejerce sobre nosotros un imperio mayor que la realidad de lo que somos. Muchos siglos antes de Augusto Comte, la sabiduría antigua había comprendido que estamos gobernados por espectros...



Se ha elegido un día para sondar la eternidad y volver el rostro hacia los muertos. Dentro del tiempo, el hombre ha establecido casilleros para la evolución, para los sueños, para la piedad. Las preocupaciones de la vida ponen un límite al dolor y hacen una geometría implacable de los sentimientos más profundos. Hasta sobre la muerte se extiende la máscara glacial del cálculo. El mejor sudario es el olvido, esa morfina del alma que es también el mejor consuelo. No obstante, cualquier día es bueno para recordar como para morir. En la hu-

manidad de Epicuro el egoísmo coincide con el placer, y en la humanidad de Nietzsche el bienestar reposa sobre la necesidad de la lucha salvaje. Pero el supremo equilibrio es la ausencia de toda fatiga moral.. De ahí que se halle el recuerdo, como el año, medido, dosificado, dividido en estaciones de nieve y de flores. No es posible esterilizar nuestras fuerzas al pie de los sarcófagos, ni mutilar nuestras herramientas contra el misterio, ni agonizar sobre las tumbas desiertas. Maeterlinck, en sus páginas de sufrimiento, piadosas y soberbias, (1) trata de llevar un consuelo a la familia europea desgarrada, invitando a los muertos para que acudan al llamado de nuestro espíritu. Pero Maeterlinck olvida que el desaparecido vuelve en los primeros tiempos, renueva su excitación al recuerdo, y que luego lo rechazamos inconscientemente, con fastidio, aburridos de sus visitas. Los perfiles del padre, del amigo, del hijo, se van borrando, poco a poco, como las figuras de los viejos daguerreotipos, sin color ni majestad, donde no se acierta a descubrir más que una mancha pálida. Nuestra alma está poblada de esas visiones obscuras, fantasmas imprecisos, sombras de cuadros olvidados que no hablan a nuestro instinto ni a nuestra emoción. Dentro de nosotros está la bóveda inmensa donde se extiende una cadena de espectros descoloridos, formas lívidas que apenas reconocemos por sus nombres. El místico que siente sobre las losas de la basílica el ruido de los pasos que vuelven, el místico que vive de sí mismo, que roe sus propias entrañas, que da su sangre a las creaciones resplandecientes evocadas durante la plegaria, sabe que la misma vida del ensueño se disipa y se empobrece en la soledad. Lo más terrible de todo es que los muertos se derrumban también en nuestro corazón. Existe un término del vivir como existe igualmente un aniquilamiento de las imágenes que prolongan la ilusión de la vida. La existencia se acaba como el recuerdo. Por más que deseamos explorar el pasado, nuestro mundo interior se

(1) *Les Débris de la guerre.* París, 1916.

aclara en el vacío o se agita y se enturbia con su propia espuma. Lo que vemos, lo que sentimos, no es otra cosa que el eco de cosas desaparecidas, el resplandor de un fuego muerto, como el de las estrellas que, apagadas en el infinito del espacio todavía nos persiguen con su luz moribunda. Pero la inmensidad que borra los matices, nos confunde en su gran abrazo uniforme, pincelada gris que nos reintegra a una amnesia dichosa; ella nos hace recomenzar la senda abandonada, el camino que cambiamos por nuestro delirio y que precipitó la agonía de los sueños que reputamos discretos y de las quimeras que creímos inviolables.

*
* *

La guerra abre la válvulas del dolor, pero endurece la sensibilidad y seca las lágrimas. Una vez desencadenada la tragedia, los muertos se amontonan sobre los muertos. La patria se transforma en una inmensa fosa insaciable. Entonces los minutos faltan para recordar a los que se van en silencio, arrastrados por el vértigo del destino, envueltos en la humareda y en la sangre. Legiones de peregrinos se dirigen hacia las tumbas. Familias errantes vagan alrededor de los mausoleos rústicos, de las piedras toscamente labradas, de las cruces de hierro negro. Y todos creen ver flotar sobre el campo dormido el alma de los héroes. He ahí las llanuras del Marne, tierras sagradas donde cada surco es una leyenda de sacrificio. A la salida de Meaux, el viajero encuentra la gran sepultura de Neufmontiers. Más de trescientos soldados duermen allí su último sueño. Los peregrinos descargan sus flores sobre esa tierra que bebió la sangre de paladines desconocidos, mártires de un ensueño sublime, cruzados de un ideal de justicia que está por encima de la sordidez material de nuestra época. "Por los campos, escribe un viajero, las tumbas aisladas se multiplican: tumbas francesas empavesadas con los colores nacionales, tumbas musulmanas orientadas según el rito del Islam, tumbas alemanas con una

cruz desnuda... Por Reuchard y Chambry, llegamos a la aldea de Barcy, donde muy pronto se elevará el imponente monumento consagrado a todos esos muertos. Por el momento, Barcy no ofrece a nuestros ojos más que su iglesia mutilada, atravesada de parte a parte, pero erguida siempre..." Oleadas de sangre borraron los últimos vestigios de la vanidad. Junto a la huesa ensangrentada, desaparecen la pompa, el oropel, las ostentaciones fastuosas. El homenaje de la muchedumbre es simple y rudo, como el dolor de los humildes. No importa que los cortejos se pierdan entre los montículos de tierra, dentro del bosque de cruces, frente al cráter de los obuses convertido en fosa. La llanura silenciosa, otrora irritada por la fiebre y el estrépito de la batalla, hoy defendida por el suave recogimiento de las sombras, no entiende la brutal oración del odio ni el cántico amargo de la piedad. El campo es impenetrable a la blasfemia y a la plegaria, es la esfinge trágica que guarda en su seno secretos malditos y que suprime hasta el mismo rastro de las sepulturas. De nada vale que mujeres enlutadas deshojen flores que el viento dispersa, y planten banderas tricolores que la lluvia transforma en pobres jirones blanquecinos. La fatalidad azota las cavernas sombrías donde amigos y enemigos se reconciliaron para siempre. Nada más melancólico que este lento olvido, herrumbre implacable que se apodera de la misma muerte. De las rosas de antaño, no quedará más que un polvillo negruzco. Todo muere, todo languidece, todo corre hacia el vacío y hacia la nada. Y también lo mismo que el recuerdo, las flores se secan sobre las tumbas...

CAPITULO XXIV

M. Alfred de Tarde ha cantado al Aisne, el río sagrado que arrastra hacia el infinito, desde hace ocho meses, sangre de héroes. Ha cantado a la corriente suave, apenas rizada por la brisa de la mañana. Y el escritor, alma de artista y de filósofo, ha querido soñar sobre las aguas constantemente inquietas, ha querido penetrar el misterio de "esa vena azul sobre el seno de Francia". El espíritu humano busca siempre estos supremos contrastes. Ante el rojo vivo de la matanza, nuestra fantasía se forja paisajes de égloga. Queremos descansar sobre marcos menos sombríos. Por eso, hemos preferido a la calma enervante de la batalla, la frescura tranquila de los follajes vírgenes donde no llega el olor de la pólvora ni el ruido del cañón. Corremos enloquecidos por nuestra civilización llena de perversiones y de violencias, retrocedemos en una carrera desatinada para refugiarnos en el silencio y embriagarnos con los perfumes excitantes de la selva. Los formidables teorizadores de 1793 leían a los poetas bucólicos mientras la guillotina cortaba cabezas. Una generación de visionarios, una generación mareada por quimeras de fraternidad y envenenada por la literatura íntima de Rousseau, había gustado del encanto salvaje de la naturaleza para distraerse de su oficio sangriento. Es que junto a la madre tierra, con las mejillas apoyadas en ese vientre soberano donde hierven todos nuestros vicios y todas nuestras grandezas, los hombres parecen mejores. Dignificada o envilecida, nuestra conciencia no marcha sola. Palpita a expensas de la vitalidad universal, y su energía constituye, más que la forma de nuestro pensamiento, una consecuencia de las fuerzas ciegas del mundo.

La tierra es la máquina que crea la fe, el soporte de toda nuestra sabiduría. Ella es la mano que nos corrige, la fuente que nos purifica y que nos renueva. El planeta forma la base de toda moral, define los rasgos de toda psicología, es el fondo lógico de toda religión. Los pueblos no se crean como abstracciones, sino que llevan la fisonomía de la costra sideral donde han sido calcados. Mil afinidades impresionantes nos unen a nuestra esfera sustentadora. Nadie escapa a ese contacto mágico que transforma a la humanidad en un trozo de arcilla dócil y deleznable. Los ojos reflejan el color de nuestro cielo, la belleza tranquila de nuestras llanuras, y el perfil tajante puede revelar a veces la fealdad áspera de las sierras que hemos elegido como morada. Buckle nos abre las puertas de una ciencia desconocida cuando deduce de la geografía el carácter social é histórico de las razas. "La vida de un pueblo, escribe Alfred de Tarde, está estrechamente unida a la vida de la tierra. Nuestras costumbres, nuestras artes, nuestro humor, se traducen por cualidades y aspectos físicos. Un país de montañas, de selvas, de llanuras, de viñas; un suelo de creta, gredoso o jurásico, tiene infinitos lazos sutiles con nuestro espíritu". El escritor completa su pensamiento con una frase soberbia. "Cuanto más cerca estemos de la buena tierra francesa, dice, tanto mejor sabremos aprovechar el jugo alimenticio de nuestro genio". Pero el valor moral de la tierra aumenta todavía cuando ella se ha convertido en el teatro de la idealidad y del sacrificio. Sobre las márgenes del Aisne, una nación ha cortado sus arterias sin palidecer. Mientras la sangre corre, el escenario gana en sublimidad y se dibuja en la historia con líneas eternas. Frente a ese espectáculo lleno de grandeza, Alfred de Tarde queda atónito y deslumbrado. "Tierra regada de heroísmo, henchida de cadáveres enlazados, y tan profundamente embebida de amores comunes, de sufrimientos comunes, de exaltaciones comunes, que os habéis convertido en el cimiento místico de la raza. Tierra rasgada, excavada, pisoteada, rebosante de bella materia, tierra amada como si fuese

un rostro, tierra caliente y viva como un animal sublime... ¡Cuánta emoción y gloria contiene para nosotros el más leve puñado de vuestra substancia fina, pesada, empapada de lágrimas y de sangre!" Por algo el Aisne es el río sagrado, la vena azul que desaparece bajo una oleada escarlata. El blanco seno de Francia, estremecido por los truenos de la batalla, se oculta bajo la púrpura de sus heridas. En esa línea fantástica donde se acechan y se fusilan seis millones de hombres, la vena azul presenta todas las tonalidades de un zafiro líquido y embrujado. Las aguas, apacibles o revueltas, parecen hechas con una gema rara, joya de ensalmo y de leyenda, piedra de sortilegio engarzada sobre terciopelo malva. Algunas manchas grises denotan la presencia del hombre. La región ha sido ensuciada por la podredumbre de los muertos y el humo viscoso de las explosiones. Pero la tierra devuelve los ultrajes en forma de caricias sonrientes. Nos perfecciona sin que nos demos cuenta, mina el pedestal mientras sacude su manto magnífico y nos distrae con la sugestión irresistible de su fuerza. Ya en el derrumbe, sentimos la humedad tibia que nos reconforta, que se pega a nosotros como un fuego fatuo y que nos hace fermentar en nuevas ideas. La vena azul es un símbolo, es la matriz gestadora de una humanidad distinta. Se lleva nuestros ensueños viejos, pero trae otras ilusiones, otros ideales, otras imágenes, tesoro inagotable que deposita en los flancos como si fuese un limo fecundante, y que, sobreviviendo a la misma raza, se extiende en el tiempo para prolongar su virtud soberana.

———

CAPITULO XXV

En el soterrado de la ciudadela de Verdún, bajo el tronar de los cañones, el tronar terrible que llega hasta el fondo de la tierra como un grito de alerta, Lloyd George se sienta a la mesa del general Dubois. Invitado por el gobernador de la plaza a la comida ordinaria de sus oficiales, Lloyd George pasea sobre las ruinas y luego desciende a los subterráneos de la defensa. En medio del gran teatro sangriento, hostigado por el deseo de vivir minutos sublimes, entre el estrépito de la batalla, bajo la ciudad barrida por el bombardeo, el ministro británico comparte el pan de los héroes. Las presentaciones se hacen simplemente, sin frases sonoras ni gestos ceremoniosos. "Se come en silencio, escribe un testigo; las voces parecen guardar una expresión de recogimiento. Al finalizar la comida, el general Dubois, con palabras felices, agradece a Lloyd George el honor de su presencia entre los oficiales que hacen la guardia de Verdún. Y el ministro se pone de pie". Con la cabeza inclinada sobre el pecho, los párpados ligeramente entornados, la mirada perdida en un punto invisible del espacio, empieza a hablar el más grande reformador de nuestro siglo. Su voz es sorda, apagada, cortada por rachas de emoción, una voz de ensueño, un aliento tibio que envuelve las conciencias y que arrastra al éxtasis de las almas. Los que no comprenden el inglés tratan de penetrar las inflexiones, el color, el ruido de esa ola inmensa, cuyos matices infinitos llegan al espíritu en un lenguaje universal, en ese vértigo sin palabras que hace del hombre un libro eternamente abierto. "Más que un discurso, agrega el testigo, las palabras de Lloyd George son una plegaria". Es que toda la obra gigantesca del reformador posee un suave fermento religioso.

Fe, misticismo, energía... He ahí la base moral de esa gran transformación económica de la cual Lloyd George es el alma y el músculo. Los progresos revolucionarios de Inglaterra son sólidos, porque se apoyan sobre valores éticos. El sentimiento religioso es en la Gran Bretaña una fuente inagotable de fuerzas morales. Todas las proverbiales libertades inglesas se fundan en un respeto casi divino de la dignidad humana. De ahí que Cronwell, más que el formidable sembrador de ideales prácticos, se nos antoje un sacerdote evangélico, un profeta iluminado, ardiendo en la llama de locuras brillantes y de quimeras trágicas. Ni Palmerston, ni Disraeli, ni Gladstone, pudieron substraer sus doctrinas a la influencia absorbente del fenómeno religioso. La libertad individual evoluciona como un sentimiento sagrado, se vive como un culto y se respeta como a una divinidad. No es a los historiadores del porvenir que les está reservado explicar por qué Lloyd George ha realizado reformas sociales que los demás países no se han atrevido siquiera a discutir. Nuestro siglo ha asistido, maravillado, a una grandiosa resurrección. Lloyd George no sólo siente la pasión de la justicia, sino que sabe comunicarla como una fuerza arrebatadora, trasmitirla como un fuego eterno. Bajo sus nervios de acero, hay profundidad de alma y grandeza reflexiva. Su pedestal no ha sido improvisado en la orgía de los instintos populares. No es el premio fugaz de la demagogia, sino el fruto maduro de la bondad. La victoria de Lloyd George posee carne de granito y alas de águila, contrafuertes de ciencia y levadura mística, templo que se yergue en el deslumbramiento de la virtud y que conmueve con la fascinación de su genio.



"Yo quiero, general, dijo Lloyd George, expresaros la alegría que me ha proporcionado el sentarme a la mesa de vuestros oficiales en el mismo corazón de la ciudadela de Verdún Me siento feliz al ver reunidos a todos

los que regresan de esa gran batalla adonde volverán mañana, a todos los que hacen guardia alrededor de estos muros inviolables. El solo nombre de Verdún bastará para evocar en la historia de todos los siglos un recuerdo imperecedero. Ninguno de los grandes hechos de armas que llenan el pasado de Francia, puede compararse a esta soberbia página. El recuerdo de la victoriosa resistencia de Verdún será inmortal, porque Verdún ha salvado, no sólo a Francia, sino a la humanidad entera. Sobre las alturas que rodean a esta vieja ciudadela han venido a quebrarse las potencias del mal, como un mar furioso contra una roca de granito. Y la ciudadela ha domado la tempestad que amenazaba al mundo. En cuanto a mí, debo declarar que me siento profundamente conmovido al tocar este suelo sagrado. Yo no hablo solamente en mi nombre. Traigo la admiración enternecida de mi país, de ese gran imperio cuyo representante soy en estos momentos. Todos se inclinan conmigo ante el sacrificio y ante la gloria. Una vez más la humanidad se vuelve hacia Francia''. Lloyd George se detiene en medio de un silencio solemne, turbado a ratos por el eco del cañón lejano. De pronto, levanta su cráneo dominador, enérgico, de perfiles rudos, y hace un gesto que pone de pie a todos los asistentes. ''¡Por Francia! exclama. ¡Por los héroes caídos en Verdún!'' La oración de Lloyd George se apaga lentamente en el espíritu, como una vibración del bronce. A pocos pasos se renueva incesantemente el espectáculo de heroísmo. Pero las palabras del reformador poseen un sabor áspero, dejan un sedimento de recuerdo, de melancolía y de esperanza. Después de la visita de Lloyd George, el esfuerzo de Francia no ha hecho más que agigantarse. Luchas sangrientas, choques de epopeya, se han desarrollado a los pies de las viejas murallas. Douaumont, el fuerte trágico poblado de visiones y de espanto, ardientemente disputado en medio de remolinos de sangre, ha vuelto otra vez a manos francesas. La fortaleza de Vaux, las canteras de Houdremont y el barranco de la muerte, que, en los días terribles de febrero, asistieron al sacri-

ficio sin ejemplo de las legiones de Balfourier (1), se encuentran de nuevo en poder de sus antiguos dueños. Nadie sospechó tan grandioso derroche de energías, de vidas y de riquezas. Y es por eso, como lo afirma Lloyd George, que frente a la indiferencia universal, a la insensibilidad provocada por tres años de guerra monstruosa, el mundo civilizado se vuelve hacia Francia y le sacrifica sus últimas ilusiones y su postrer recuerdo.

---

(1) Véase el capítulo XLII en este libro.

CAPITULO XXVI

La semejanza que Voltaire hallaba entre el héroe y el salteador nocturno era en que ambos se dirigen directamente a la caja de hierro. Para Voltaire, el heroísmo se confunde con la rapacidad. Su concepción materialista del sacrificio, forjada al calor de guerras estúpidas, modelada sobre los monarcas sin ideales de su tiempo, le había sugerido una estrecha psicología de apetitos, de cálculos y de egoísmo. Entonces los choques armados se consideraban como la simple sensualidad de una minoría. En manos de profesionales o de mercenarios, la guerra era una tarea sórdida. Mientras la nación entera se entregaba al trabajo tranquilo, un grupo de hombres audaces hacía expediciones lejanas, derramaba su sangre y entraba a saco en las ciudades. No se conocía la justicia, ni la delicadeza, ni la piedad. No había más ideales que la sed del oro o la gloria vacía. La guerra se había convertido en un derivado del bandolerismo. Jamás se pensó en que pudiesen movilizarse algún día pueblos enteros. Jamás se soñó con el espectáculo soberbio de una nación en armas, que puede disponer ella sola de sus destinos. Jamás se sospechó que los gobiernos deberían contar con una opinión nacional favorable antes de embarcarse en aventuras peligrosas. La Revolución francesa no había estallado aún. El gran movimiento destinado a cambiar esa intimidad espiritual de la sociedad humana que Bergson llama la geología moral del mundo, estaba todavía muy lejos. De ahí que los militares ejerciesen la guerra sin el temor de las responsabilidades. No existiendo sanciones morales, el éxito era la única garantía de los reyes. Se operaba sobre terreno conocido, a golpe seguro. ¡Desdichado del mo-

narca cuya herramienta se quebrase contra la caja de hierro ajena! La misma muerte sería para él un castigo amable. Los conquistadores de antaño, al igual que los bandidos, no se perdonaban el fracaso. La leyenda embelleció luego la voracidad inagotable de los espíritus. Atraído por el oro de los incas, Pizarro lleva a cabo una locura magnífica. Frente a una veintena de españoles, se derrumba la grandeza imperial de un millón de almas. Pero Pizarro cae más tarde víctima de la misma codicia que hervía en el corazón de esos aventureros heroicos, codicia que tanto sirve para el despojo obscuro como para las epopeyas fantásticas. Carlos XII, ese Carlos XII de quien Voltaire nos dejó un monumento eterno, hacía de la guerra un deporte sin brillo y sin majestad. El guerrero distraía su neurastenia en medio del fuego. Con el alma enferma, con los nervios deprimidos por la melancolía, Carlos XII combinaba batallas como hubiera podido hacer esgrima o jugar al ajedrez. La caja de hierro que perseguía Carlos XII se encuentra en la patología. Su más grande campo de batalla se extendía dentro de sí mismo, en el misterio de sus deseos incompletos y de sus pasiones pervertidas. Más terriblemente práctico, Federico II se asegura el apoyo de cómplices inteligentes. Una vez elaborados sus planes, desgarra a Polonia, se lanza sobre Silesia, golpea a Rusia, a Francia, a Austria, busca más tarde su alianza, rompe los tratados, engaña, finge, promete, para volver luego cargado de botín, con el fruto abundante de la mentira y de la rapiña.



He ahí uno de los héroes que había visto Voltaire, uno de los héroes con quien había vivido en la intimidad y cuyas fallas observaba discretamente. Francia hacía llegar hasta la misma Prusia áspera todos los matices de su cultura intelectual. Al gran Federico le había nacido la manía de versificar en francés. Voltaire le corregía los versos y le robaba los terrones de azúcar. Pro-

fundamente avaro, Federico escondía sus provisiones y limitaba hasta lo imposible la pitanza de sus invitados. ¡Ah! las campañas estratégicas que debía organizar el gran escritor para apoderarse silenciosamente, a hurtadillas, de un puñado de azúcar! Voltaire imitaba a su héroe. Su caja de hierro era una despensa bien provista. Fuera de los tiempos de San Luis y de Godofredo de Bouillon en que la guerra era oficio de nobles, porque en sí misma constituía un elevado desinterés, vale decir, el privilegio de sacrificarse por un ideal; fuera de la época en que los hijos de Europa chocaban sus hierros contra la barbarie asiática para evitar que se apagase en el mundo la llama del derecho cristiano, Voltaire había asistido a la victoria del interés sobre la conciencia, a la obra disolvente de las riquezas acumuladas, gota de oro corrompiendo las almas. Las ideas del cristianismo se ven manchadas por las voluptuosidades de la plutocracia. La caja de hierro se abre y se cierra lentamente sobre el torbellino de los apetitos. El helenismo languidece en los monasterios, las virtudes de Roma flotan invisibles sobre la cátedra de los humanistas. El soplo ardiente de Cartago se abre paso en medio de la noche medieeval y llega hasta las puertas del Renacimiento. La guerra misma pierde su antiguo esplendor moral y se convierte en un negocio de bandoleros caballerescos. Pasa sobre Europa una nube de burgraves rapaces, de hidalgüelos mercenarios, de *condottieri* heroicos y absurdos. En otras centurias costaba tanto adquirir una conciencia como una obra de arte. Ahora el ideal perece bajo el oro de los grandes señores. Se explica, pues, que a Voltaire le lastime el espectáculo del héroe triunfante. Pero la fatalidad humana no ha dejado aniquilar el aliento sublime del heroísmo. El soldado francés de hoy lucha con la caja de hierro detrás. Mientras su vida se desploma sobre la línea de batalla, su patrimonio material se empequeñece, su tesoro se derrumba. He ahí la caja de hierro que va quedando vacía. En veinte años, las guerras napoleónicas costaron a Francia setenta y cinco mil millones de

francos. La estadística de Mathieu-Bedet nos demuestra que la guerra de 1870 costó más de doce mil millones. Y según los cálculos de Jean Finot, los gastos que Francia ha tenido que soportar actualmente, en dos años de guerra, superan en forma fabulosa a todas las sumas del pasado. Se acabaron las dichosass épocas en que el prisionero era propiedad del vencedor, cuando la libertad no se reconquistaba sino a cambio de una bolsa de escudos. Entonces existía el rescate personal, la trata, el pillaje, el incendio, costumbres que reputamos felizmente abolidas y que hemos visto restablecer en la hora presente por una raza que dió a la humanidad pensadores formidables y que todos habíamos creído tierna y soñadora. A pesar de todo, la caja de hierro quedará virgen de manos impuras. Pero aún mismo cuando renazca la barbarie antigua, ella no podrá vivir más que un segundo, ella será sofocada, deshecha ante el empuje de las fuerzas morales de nuestro siglo, esas fuerzas morales que han creado el sacrificio actual, el heroísmo que dispersa la riqueza amontonada con el trabajo, que derrocha el genio y la sangre para hacer más fecundas las enseñanzas de la dignidad humana.

CAPITULO XXVII

Gustavo Hervé dió a conocer en su diario *La Victoire,* una carta del presidiario Dieudonné, el famoso compañero de Bonnot y Garnier, los bandidos del automóvil gris, cuyas aventuras sangrientas se evocan todavía en este minuto trágico en que chocan y se desmoronan los más preciosos atributos de la civilización europea. Al igual que un libertino de la vieja leyenda dorada, Dieudonné quiere rescatar con el martirio los tesoros de la virtud. Quiere rehabilitarse con el sufrimiento y pagar sus culpas a costa de mucho sacrificio y de mucho dolor. Dieudonné es el bandido transformado en asceta, el pecador que quiere hacerse santo. "No por ser presidiario se es menos hombre, dice. El patriotismo es indiscutiblemente uno de los sentimientos más arraigados. Exite en estado latente en todo hombre; la guerra lo exalta y la magnifica. Los presidiarios no han escapado a la regla. Sienten como los otros hombres." Dieudonné, que se inició como un obrero laborioso e inteligente, sintió de pronto, al contacto de Nietzsche, envenenado por doctrinas que no había comprendido, la neurosis revolucionaria del atropello. *Il faut vivre sa vie!* ¡Es necesario abrirse paso a sangre y fuego! ¡Es necesario pisotear el derecho de los débiles! ¡Dejemos detrás una montaña de cadáveres con tal de asegurar nuestra grandeza! He ahí las máximas de los hombres del automóvil gris. El bandido era un Hartmann práctico. Dieudonné proclamaba, con la acción inmediata, que la necesidad carece de ley y que la fuerza prima sobre la justicia. Francia premió con la guillotina o con la cárcel el florecimiento de estas bellas ideas. No hay duda de que Alemania hubiera procedido de igual manera, si alguien hubiese

aplicado entre los individuos las teorías que el canciller imperial preconiza para las relaciones de los pueblos. Es que el sistema del Estado dentro de las concepciones germánicas, el Estado de Hegel, el Estado de Traitschke, resulta una divinidad amoral e irresponsable, una entidad superior a todas las virtudes humanas y que no trae al planeta más que la misión de ser fuerte. El Estado es fuerza, es poder inmanente, es Dios. A un individuo que viviese semejantes doctrinas, se le puede encerrar en la cárcel o en el manicomio. Contra un Estado no queda otro recurso que el de reducirlo a una impotencia problemática, mediante la alianza universal de todos los neutrales. ¿Qué hacer frente a un Estado que, por sí solo, poseyese más fuerza que todos sus enemigos? En verdad que todo esfuerzo generoso es una visión de infinito, un cuadro de futuro, un ensueño donde la duda se confunde con la esperanza. Pero nos resta el consuelo de nuestro optimismo remoto, de nuestra fe lejana. Soñar es prolongar el alma. Las quimeras constituyen a veces la única justicia anticipada de la razón.

*
* *

La cuestión se complica cuando Dieudonné quiere aparecer compasivo y tierno. Confiesa que la crueldad del enemigo lo indigna. Por eso, entiende que la venganza de la barbarie debe confiarse a manos criminales. "En lugar de emplear las gentes honradas en las acciones más mortíferas, dice, estaría en el interés y el deber de los gobernantes sacrificar el elemento menos bueno, el elemento peor, compuesto por los condenados de derecho común. Las gentes honradas ganarían con ello, por cualquier lado que se examine la cuestión. O cuando menos, si un orgullo nacional mal interpretado impide el empleo de los presidiarios en el frente, ¿por qué no utilizarlos en trabajos penosos, mortíferos, y dejar a los buenos para trabajos más nobles y menos anónimos?" Dieudonné quiere llegar a la regeneración por la vía de un

heroísmo desconocido, pobre heroísmo menospreciado que ha de morir al pie de la cárcel. "Además, agrega, se puede pensar que no hay viles tareas cuando se trata de la defensa nacional, donde los trabajos y los esfuerzos concurren todos a un mismo fin: la victoria". Llega un momento en que la carta de Dieudonné parece escrita bajo el acicate de una fiebre diabólica. "Que se haga, pues, con todos los que están aquí y en las demás prisiones de Francia, una especie de legión infernal que sería enviada al frente, al punto más avanzado, al sitio más expuesto, cara al enemigo, para hacer una brecha por donde pasaría en seguida el grueso del ejército francés. Nosotros no pagaremos nunca demasiado cara, ni aún con la muerte, nuestra rehabilitación. En tiempo de guerra no debe desperdiciarse nada para el fin supremo. Se reclaman cañones, municiones, hombres resueltos... Tomad a los presidiarios. Por encima de todas las cuestiones está la cuestión de humanidad". Dieudonné termina que debe utilizarse a los reclusos por razones de utilidad y de piedad. Pero la carta, cayendo en el vacío, ha quedado sin respuesta. La ley que condenó a Dieudonné es más fuerte que el sentimiento piadoso que quiso salvarlo. Francia no puede hacer reposar sobre las columnas del presidio la fuerza deslumbrante de su sacrificio. El martirio es un atributo de la pureza. Aún en medio de las más horribles matanzas, de las más repugnantes abominaciones, la lucha por el ideal es una virtud de elegido, el holocausto es un privilegio de nobleza moral. Juzgad entre la serena altivez de Miguel Servet, asesinado por sabio, y el desprecio trágico de Mandrin, suprimido por bandolero. Pero equivocar el camino, como Dieudonné, no quiere decir haberlo perdido para siempre. El heroísmo no rehabilita a nadie. Solamente ayuda a perdonar.

CAPITULO XXVIII

El libro de Paul Lintier, *Ma Pièce,* nos hace pensar en la angustiosa fragilidad de la gloria. Humilde artillero, perdido entre millones de hombres, Paul Lintier muere junto a su cañón, a los veintitrés años, en momentos en que su talento literario lo revela al gran público y en que su nombre se hace célebre. La muerte y la gloria han hecho juntas su visita. Paul Lintier se ha desvanecido en un cuadro atroz y fulgurante. "La misma granada que lo abatió, escribe Edmond Haraucourt, redujo a migajas la enorme herramienta con la cual defendía la tierra de sus abuelos. Saludemos con todo nuestro respeto esta obra inconcluída, esta fuerza aniquilada. Con la veneración que merece doblemente, por su talento y por su muerte, saludemos a este gran hombre que era un niño, que sacrificó por nosotros todo lo que tenía, todo lo que era y todo lo que debía ser".



He leído el libro de Paul Lintier. Esas páginas de dolor y de vida, donde circula a veces, como fresca savia, la vieja alegría de las Galias, son la expresión de una conciencia colectiva irritada por la injusticia. Cuadros formidables, pintados sin cólera y sin odio, aquello es el corazón de la Francia que se habla a sí mismo. Páginas escritas sobre las rodillas, mientras truenan las baterías, aquello es la imagen conmovedora de una raza eterna que vuelca su pensamiento frente a la muerte. ¿Qué importa el resplandor de la gloria presente? Disfrutar en vida de la posteridad no significa solamente un contrasentido. Es desposeer a la gloria de su vana

fascinación y de su prestigio funerario. Luisa Michel debió sentir profundo fastidio cuando un capricho de la fortuna le permitió leer en los periódicos su propia necrología. Percibir la posteridad es despreciar un tesoro íntimo, es perder todo lo que se ha ganado. La fama vale más por lo que oculta que por lo que da. Muchas veces la celebridad no esconde absolutamente nada, pero basta sospechar un paraíso para crearlo. Los grandes hombres reposan sobre un mundo glacial, avivado por fantasías que tienen su origen en una reflexión deliberada del más allá, en una esperanza forjada sobre lo que vendrá después de la vida. Para los que han arrastrado, como Savonarola, una existencia desconocida y ultrajada, y a quienes la justicia llega demasiado tarde, la posteridad se transforma en una mortaja suntuosa. La gloria es entonces el fausto de los calumniados, el sudario del buen espíritu. He ahí a Bernard de Brisoult, capitán de la compañía de Paul Lintier, vinculado a la obra por el sacrificio, "y cuya muerte, frente al enemigo, arrancó a los ojos quemados por la pólvora y los insomnios esas lágrimas terribles de los soldados". Se diría que un poder gigantesco, superior a todas las concepciones humanas, resucitase de tiempo en tiempo para proclamar la ruina del genio. Napoleón fué vencido, según la frase de Víctor Hugo, porque estorbaba a Dios. Solamente los pobres de espíritu son acogidos sin protestas en el seno de la divinidad. No molesta sino lo que puede ser temido. Los evangelios nos enseñan que los seres más peligrosos son aquellos capaces de crear cosas nuevas.



En nuestros tiempos de miseria vestida de oro, en que la magnificencia material es un amo sórdido, el renombre suena a danza macabra, a cascabeleo moribundo. Demagogos vacíos, mercaderes torpes, caudillos sanguinarios, se creen con derecho a pasear entre los pensadores y los artistas su petulancia de criminales enri-

quecidos. La mayor victoria consiste actualmente en poner una valla al avance de la frivolidad adinerada. Los grandes espíritus están condenados al fuerte aislamiento, a la soledad fecunda que Marco Aurelio reclamaba como el supremo bien. La plutocracia todo lo toca, todo lo invade, todo lo corrompe con su trivilidad desesperante. De ahí que sea preferible un monstruo a lo Lope de Vega, pero que comprende el corazón de su pueblo, al artista moderno que adapta sus creaciones al gusto de los millonarios y que se envilece en el comercio de su genio. En la ciudad antigua, evocada por la pluma prodigiosa de Fustel de Coulanges, el creador de formas y de ideas no podía enlodarse impunemente. El genio descendía de la divinidad. Era la llama de los dioses encendida en un hombre, la chispa sagrada que había bajado a la tierra. Escarnecerse equivalía a quebrar el pedestal y perder el prestigio de ídolo. La gloria era entonces una religión con sus templos, sus dioses y sus plegarias.



Mi pensamiento vuela hacia Rider Haggard, humilde funcionario en la colonia del Cabo, a quien de pronto un plebiscito organizado por la prensa, proclama el primer novelista de Inglaterra. El escritor se siente transformado, engrandecido, con un impulso ardiente hacia el perfeccionamiento de su renombre, que talla, y pule, y retoca, como si fuese una piedra preciosa. Tal como lo entienden los ingleses, la gloria es austeridad reflexiva. Lo que en España resulta ruido de palabras, en Francia es apoteosis brillante. Solamente en Inglaterra la gloria es una meditación. Diosa proteiforme en su sentido más íntimo, la celebridad carece de encantos. El pensador está habituado a despreciar las falsas imágenes provocadas por la exasperación o el abatimiento de las muchedumbres. Los espíritus verdaderamente superiores buscan la autosugestión del silencio, los misterios de la soledad. Creerse desconocido es sentirse feliz. Llegamos

a viejos, y la vejez es un paisaje triste, un desierto alimentado con recuerdos. Cuando no se tiene la suerte de ser tronchado en plena vitalidad, como la encina herida por el rayo; cuando el hombre no muere a tiempo, dueño de sus facultades, soberano de su pensamiento, el organismo moral del genio aparece a la conciencia de la humanidad como un monstruoso contrasentido. Para el Tiziano octogenario, casi ciego, que se empeña en estropear sus obras maestras con retoques trémulos que los discípulos aplauden piadosamente y que luego borran en silencio; para el artista que no siente desintegrar las fuerzas de su espíritu, la gloria es un desaliento, la postración que sucede a una gran embriaguez. Llegar a la impotencia mental después de haber deslumbrado a sus semejantes, después de haber sido discutido en todas las academias, agasajado en todos los salones, disputado por todas las mujeres, es dolor angustioso que no compensa ninguno de los falsos placeres del renombre. Aún cuando el crepúsculo se presente con las apariencias de la fortaleza, con el resplandor engañoso de la lucidez espiritual, nuestra obra se denunciará por su crujido fúnebre, por su lamento de agonía, como el follaje del árbol que se seca. Cuando se pasa, como Gladstone, la frontera de los ochenta años, la celebridad tiene el desorden de la mesa del banquete después que se han ido los invitados. Aunque llena de grandeza, la gloria crepuscular se siente con una penetrante melancolía. Ella posee algo de festín fatigado, de torbellino lejano, de orgía moribunda. Gloria, fantasma vano de nuestros sueños juveniles, aburrimiento resplandeciente, gran ruido, eco sonámbulo que se prolonga en los siglos, ¿acaso puedes constituir siquiera una meta definitiva, un ideal de justicia? No eres más que una repetición milenaria, el golpe monótono del destino sobre un eterno yunque. Tu brillo es tan fugaz como la vida de las generaciones de donde has nacido. Descansas sobre la memoria humana, vale decir, sobre la fragilidad irremediable. Desesperar por vivir ese minuto efímero en el recuerdo de los demás hombres es necedad infinita. Sin embargo, son las ilu-

siones más absurdas las que nos empujan hacia adelante. No nos resignamos jamás a admitir ese supremo desconsuelo de la agonía. Lo más bello del hombre es acaso su inagotable tenacidad contra las fatalidades del universo. Ponemos la proa contra lo desconocido, y aún cuando presentimos el vacío delante de nosotros, avivamos el fuego, los hornos apagados vuelven a encenderse, y la máquina humana, libre ya de su inercia contemplativa, se lanza a la conquista del porvenir.

CAPITULO XXIX

El incendio de Europa somete a una dura prueba el derecho divino de los monarcas. La abdicación violenta del zar de Rusia no es el único síntoma de esa gran bancarrota de principios tradicionales. El canciller Bethmann Hollweg señala en la dieta de Prusia las ideas del gobierno en el sentido de favorecer los planes para democratizar la Alemania autoritaria y feudal. Hasta en el misterioso Japón, donde el emperador es el mismo Dios con figura humana, sopla un extraño viento de tempestad. Por todas partes la opinión pública se afirma y los parlamentos orientan el espíritu nacional. Ya no es posible retroceder hacia las dictaduras sombrías despojadas de resortes críticos. El despotismo es una ilusión cuando no se funda en ejércitos mercenarios, sino sobre pueblos en armas. Toda organización se descompone sin esa fuerza eternamente nueva que viene de abajo, que surge de la entraña viva del pueblo, fuente moral de las nacionalidades. La autocracia rusa puso un fusil en manos de la multitud. Luego le enseñó a afinar la puntería. Y la muchedumbre ha vuelto ahora sus armas contra el antiguo amo. Como se ve, las lecciones de la autocracia fueron tan provechosas, que el último tiro no ha fallado. Rodzianko, restaurando los fueros hollados de la Duma, es la encarnación suprema del pueblo. Kerenski, abriendo los presidios de Siberia, es la imagen de la nueva Rusia que rompe con un pasado trágico de humillaciones y de servidumbres. Brusiloff, afirmando la necesidad moral de la revolución, renueva su gran prestigio de soldado popular para proclamar que Rusia, no obstante su crisis interna, continuará desangrándose serenamente, prolongando su heroísmo y su sacrificio

hasta asegurar para siempre en Europa el principio inviolable de las nacionalidades, no obstante la amoralidad de cierto grupo *avanzado* que se regocija ante la idea de traicionar a Bélgica. Todos llevan en sí una quimera profundamente humana, un ideal arrancado al sufrimiento silencioso de la raza. Rusia necesitó de los espantos de la guerra europea para sacudir esa postración secular, lenta y grave, alimentada por una burocracia gigantesca, por un perezoso rodaje administrativo, por una ortodoxia feroz, por una policía diabólica... ¿Qué representará para la historia la traición sórdida de Souklhonminoff, la astucia fría de Sturmer, la privanza abominable de Rasputine, la intriga sutil de Protopopoff? He ahí la agonía de un régimen que pareció eterno. Absolutismo policíaco, santo sínodo, burocracia torpe y parasitaria... Sus hombres ya son fantasmas de un pasado miserable. Sus creaciones monstruosas no son más que un recuerdo triste. La terrible pesadilla se ha deshecho en polvo. Un rayo de luz ha dispersado la sombra amontonada por veinte siglos.

*
* *

La alianza con Francia e Inglaterra estimuló en Rusia los hábitos parlamentarios, la tolerancia gradual hacia los judíos y la libertad relativa de la prensa. La propaganda revolucionaria de los países latinos se filtró a hurtadillas en el vasto imperio. Gorki atacaba impunemente, en Moscou, los vicios de la organización militar rusa. Los intelectuales eslavos leían en francés a Tolstoi y a Dostojewski. Cantar la Marsellesa había dejado de ser delito. De ahí que la elección por el zar de una camarilla reaccionaria, de un gabinete dispuesto a suprimir progresivamente las libertades concedidas, representase para la dinastía el más formidable de los peligros. El hambre no hizo otra cosa que precipitar el estallido. Los valores sociales de la revolución marchaban paralelamente al movimiento general de la cultura europea. Imposible dar máquina atrás. Nada más insensato

que desconocer la soberanía de la Duma después de haber aceptado sus fallos como inapelables. Se diría que la hora de la prueba hubiese paralizado la sensibilidad y enturbiado las inteligencias. Pero hay un sentido moral de la revolución, mucho más íntimo, mucho más profundo que ese instinto moderno que va contra lo sagrado de las tradiciones, contra la autoridad histórica de las monarquías. Ese sentido moral no es más que la modalidad de un espíritu, que el aspecto obscuro de una psicología que tiene su base en las reservas místicas del alma eslava. Posiblemente Nietzsche miraba hacia Rusia cuando extrajo del cristianismo una filosofía de esclavos y de verdugos, esa atmósfera envenenada de hospital y de cárcel. El zar no sólo es el jefe de un Estado, sino la cabeza de una religión. Más que la fórmula representativa de la fuerza imperial, el monarca ruso constituye el símbolo terreno de la divinidad. La revolución empieza por desconocer los derechos de Dios, y fué el mismo Nietzsche quien escribió que sólo negando a Dios, se puede salvar al mundo. Tiranizar al individuo con liturgias, amansarlo con el sacerdote, representa una tarea inmensa, áspera y desapacible, que no puede llevarse a feliz término sino en pueblos separados de todo contacto humano, aislados de todo progreso moral. Por encima de sus tratados internacionales, Rusia se ha visto arrastrada a la hoguera. Pero las alianzas psicológicas han sido el fermento oculto, la levadura de esa formidable resurrección. Wladimiro Boutzeff, el apóstol perseguido, el idealista del destierro, que vuelve a Rusia para verse cargado de cadenas entre los hielos de Siberia, y que luego es libertado en nombre de los derechos de humanidad invocados por los parlamentarios franceses, nos ofrece el ejemplo más palpitante de esa crisis inevitable de todos los principios de autoridad divina en que se fundaba el absolutismo ruso. La revolución es una fatalidad. Por ese camino pasarán Austria y hasta Alemania. Si Brunetière presenciase este gran movimiento de la conciencia humana, quedaría asombrado al comprobar de qué manera tan terrible los antiguos

valores universales se devoran a sí propios. La revolución posee un sentido moral infalible. No crea ni destruye, sino que renueva. Detrás del despotismo político, del despotismo religioso, del despotismo económico, no existen organizaciones preestablecidas, sino fallas morales, vicios étnicos y pasos en falso. No se puede profundizar demasiado cuando ha de hallarse el vacío angustioso de una raza. A veces, mudar de sistema no es otra cosa que cambiar de máscara. Saludemos enternecidos, a pesar de todo, a ese nuevo corazón que empieza a latir. Otros hombres, los tenaces revolucionarios de muchos años, los perseguidos de ayer, los que conocieron acaso el tormento atroz del presidio, están ahora al frente de los destinos de Rusia. La aurora despunta débilmente detrás de la estepa. Esperemos tranquilos la llegada del día.

CAPITULO XXX

El cambio brusco de ciertos hombres públicos, desconcertados en medio de los acontecimientos, orientados de pronto hacia un ideal de justicia, puede interpretarse como el resultado misterioso de esas grandes reacciones de la conciencia humana. El caso del presidente Wilson, quien, en los comienzos de su gestión internacional, como vamos a verlo, demostró un desconocimiento absoluto del fondo psicológico del problema europeo, y que luego dicta su fallo contra la autocracia prusiana, es la prueba más elocuente del gigantesco despertar de las fuerzas morales del mundo como una protesta victoriosa contra las violencias insensatas del militarismo germánico. El conflicto de los Estados Unidos con Alemania puede descomponerse en la evolución mental del presidente Wilson y en la crisis de los valores éticos sobre los cuales reposaba el viejo concepto pacifista de la democracia norteamericana. (1) Colocando a Wilson en el plano de una alta sinceridad, y descartando, por consiguiente, dentro de límites discretos y humanos, toda hipótesis fundada en esa simulación irremediable, a la cual la moderna psicología política atribuye papel tan capital en la vida ideológica de los estadistas; apartándonos de toda sospecha de deslealtad o de interés, ajenos a toda reserva injuriosa, lejos de todo deseo inconfesable, la transformación íntima del presidente de los Estados Unidos, extraña e ilógica en sus comienzos, sigue un camino opuesto al de los desenfrenos sangrientos de Alemania, y aparece luego como una fuerza coherente, dueña

---

(1) Este segundo aspecto de la intervención de los Estados Unidos se encuentra analizado en el capítulo II del presente libro.

de sí misma, incapaz de vacilaciones y de flaquezas. Es verdad que para llegar a esta solución de equilibrio moral, de inquebrantable energía, de suprema justicia, fué necesario recorrer un camino escabroso, muchas veces obscuro, lleno de contrasentidos y de asechanzas. Espíritu religioso, Wilson pensó, acaso ingenuamente, que todas las naciones europeas envueltas en la atroz contienda, luchaban por un ideal de paz y de bondad. Profeta fraternal en medio de una sociedad devorada por odios feroces, Wilson parecía predicar, como Ezequiel, el advenimiento de una época de bienestar y de ensueño. "Convertíos, apartaos de vuestras iniquidades, haceos un corazón nuevo y un nuevo espíritu. No me agrada la muerte del malo; quiero que se aparte del mal camino y que viva." Todo ese lirismo bíblico que el presidente de los Estados Unidos derrochó generosamente mientras los hombres se destrozaban y el derecho parecía naufragar para siempre, sonó como algo anacrónico en el universo de las concepciones morales transformadas por el desastre. Veintisiete siglos antes, Isaías predijo el fin de las matanzas y del odio. "El lobo viviría al lado del cordero; el león y la oveja comerían juntos, y un niño les serviría de pastor". La humanidad, a pesar de todo, no ha cambiado. Los profetas nunca fueron más sinceros que en el momento en que se dejaron mecer por las fantasías de una paz eterna, pero tampoco nunca fueron tan ridículos. La naturaleza humana, en su expresión más viva, es un doloroso contraste de lágrimas, de sangre y de rapacidad. Cuando se desencadenan todas las fuerzas atávicas, la lucha es en sí misma el gran sentimiento creador que se organiza para un mundo desconocido y que introduce nuevos valores en la moral. Dentro de la guerra, como dentro de la sociedad civil perturbada por el bandido, no es posible aceptar la tolerancia inerte de los místicos recalcitrantes, embrutecidos y deslumbrados por los fantasmas sutiles de la metafísica. Romain Rolland se elevó tan *au-dessus de la mêlée*, voló tan alto, que perdió de vista a los hombres y confundió la noción de las desigualdades morales. Con-

templado desde arriba, el mundo es un monstruo uniforme. De ahí que Wilson, demasiado alejado de la realidad humana para juzgarla, haya comprendido al fin, bajo el noble arrebato de las pasiones heridas por la injusticia, la grandeza de la causa de Bélgica. Corresponde a Francia la gloria de haber ganado esta gran batalla en la conciencia norteamericana. Los Estados Unidos no creían en el vigor moral de Francia. País de holgazanes dichosos y de sibaritas calculadores que reducían la familia a un heredero único; país sin expansión industrial, sin virtudes sobrias, con todas sus energías reconcentradas en el ahorro; país que se convertía luego en el instrumento de su enemigo tradicional, la imperialista Inglaterra, tal era el cuadro falso y absurdo que una lenta propaganda de difamación había presentado al espíritu de los Estados Unidos. Pero los hechos demostraron que Francia, sacrificándose por una idea y desbaratando los planes del invasor, estaba a la altura de ese su prodigioso pasado en que el genio es el mejor complemento del heroísmo.



Desde los comienzos de la guerra europea, la política intervencionista del presidente Wilson se había caracterizado por su pobreza en situaciones decisivas. No obstante, esa debilidad parecía explicable. El problema universal era grave. Antes del Marne, la opinión pública norteamericana se hallaba deslumbrada por el fantasma de la organización germánica. Nada más fácil que sentirse arrastrado en esos momentos por la embriaguez trágica de la fuerza. Alemania se presentaba ante el mundo como el país del método arrollador, de los espíritus lógicos y formidables, el país dueño de una máquina militar, monstruosa y disciplinada, abriéndose camino en medio del trueno, hecha para señalar la ruina de los tratados y la agonía de los débiles. Se hubiera dicho que la humanidad se había enloquecido bajo la fascinación de la fuerza alemana. Por otra parte, el cua-

dro se completaba maravillosamente con las leyendas de la inferioridad rusa, de la decadencia francesa y del egoísmo británico. Francia, sobre todo, era el blanco elegido de la ignorancia y de la diatriba. Después del desastre de 1870, Francia aparecía como un pueblo incapaz de virtudes, voluble y degenerado, cubriendo su impotencia con un manto de sibaritismo intelectual, de vicios elegantes y de mortales refinamientos. Todo lo que Francia posee de grande y noble se ocultaba bajo el torbellino cosmopolita de París, desaparecía en el vértigo de la corrupción extranjera. Además, Alemania había hecho preceder sus conquistas por una filosofía despiadada que justificaba de antemano las violencias maduradas durante la paz. El comercio alemán había casi desalojado a sus rivales del mercado mundial, los métodos alemanes triunfaban, la industria alemana empezaba a trastornar las leyes de la concurrencia... "Queremos acuñar a la humanidad con el sello del espíritu germánico", escribía el general Bernhardi. Pero lo más terrible de todo es que el sueño del célebre teórico militar parecía imponerse sin atropellos condenables ni locuras sangrientas.



En este estado de la mentalidad norteamericana se produjo la violación del territorio belga por los ejércitos alemanes. Ante esa realidad cruel, inevitable, el primer movimiento de los Estados Unidos fué más bien de estupor que de condenación. El presidente Wilson participó en los primeros momentos del gran pánico colectivo. Pacifista sincero, eminente profesor de derecho, dotado de ese lirismo jurídico de todos los demócratas norteamericanos, Wilson no quiso comprometer a su país con una protesta más o menos platónica, en los instantes supremos en que la Alemania todopoderosa parecía dictar su ley al planeta. Pero sin advertirlo siquiera, el presidente daba el primer paso en falso, cometía su primera falla de lógica y quebrantaba para el futuro su autoridad moral. Después del Marne, destruído para

siempre el prejuicio de la invencibilidad germánica, la opinión pública norteamericana empezó a evolucionar lentamente. Aún dentro del elemento de origen alemán, como lo comprobó Brieux, se observaba una visible simpatía hacia la causa de Francia y sus aliados. Absorbido por graves cuestiones internas, en vísperas de una encarnizada lucha presidencial, Wilson marchaba al rezago de esta evolución, temeroso de apresurarse demasiado, escrutando severamente la conciencia del pueblo. Insensible al ataque de los enemigos y a las sugestiones de la diplomacia, el presidente no se apartó un milímetro del camino trazado. Y su reelección fué la mejor prueba de su acierto.



Durante la campaña presidencial, Roosevelt acusó a Wilson no sólo de no haber protestado contra la violación de Bélgica, sino de haber permitido que se ahogasen impunemente los 1,394 ciudadanos norteamericanos del *Lusitania*. En realidad, las notas declamatorias parecían exasperar el carácter batallador de Roosevelt. "Lo acuso, decía, de haber hecho llamado, con habilidad siniestra, a lo más débil y poco digno que hay dentro de nosotros. Lo acuso de haber cubierto con el velo de la retórica su miedo de defender el derecho. Lo acuso de haber vendado los ojos al pueblo americano, de manera que ignore lo verdadero y lo falso". ¿Qué finalidad perseguía Roosevelt con su terrible catilinaria? En la última parte del discurso, el orador desnuda violentamente su pensamiento. "Si elegimos a Wilson, dice, el mundo sabrá que nuestras condiciones de corajo se han obscurecido y que no somos más que una nación sórdida, capaz de aceptar todos los insultos y hasta el asesinato de sus mujeres y de sus niños, siempre que se llene su bolsa". En el fondo de las declaraciones de Roosevelt se notaba una mezcla íntima e in-

separable de verdad y de interés. (1) Imposible apartar la utilidad del idealismo, establecer las legítimas fronteras morales entre el sentimiento universal y el móvil egoísta. ¿No decía Montaigne que el que es desleal hacia la verdad lo es también hacia la mentira? ¡Pensamiento discreto y profético, que todavía desborda su grave escepticismo sobre el mundo! No podía escapar a la inteligencia jurídica de Wilson, ejercitada en el orden de los problemas internacionales, que las sociedades viven de garantías abstractas y que la misma nación que abomina de un tratado, que menosprecia un principio de derecho, necesita renovarlo para existir y para engrandecerse. Wilson sabía que el germanismo había contribuído a rebajar el nivel de los valores morales, y que, por consiguiente, no era posible fundar en Alemania el nuevo sentido de la justicia. A pesar de todo, las notas se sucedían a las notas... La impaciencia de los aliados, filtrándose penosamente en la prensa, a través de los resquicios de la censura, fué substituída, después del asunto del *Sussex*, por una marcada hostilidad de los imperios centrales. La revista alemana *Jugend*, hacía centellear bajo el lápiz del caricaturista la figura de un aviador que se dispone a atravesar el océano. "¿Qué vais a hacer allá? le pregunta alguien.—A escupir en el cráneo de Wilson", contesta el aviador.—El chiste tiene bien poca gracia, pero resulta precioso como documento revelador de un estado de espíritu.



Otro punto incoherente de la evolución mental de Wilson surge a luz en el momento en que propone, con ademán casi evangélico, el cese de la matanza. Wilson sostiene entonces la extraña teoría de que los dos bandos en guerra "persiguen virtualmente los mismos propósitos". El calvario de Bélgica ha pasado a las

(1) El interés de Roosevelt estaba ligado a la táctica de su propaganda; consistía en juntar votos para su candidatura, exagerando los pasos en falso del adversario.

sombras eternas. Alemania y los aliados pueden llegar, según Wilson, a un acuerdo amistoso, desde el momento que ambas partes "desean el respeto a los tratados y la protección a las nacionalidades". Por tanto, contrariamente a lo que ocurre en todos los pleitos, ambos litigantes poseen la razón. Lógica infantil, es cierto, pero lógica al fin. Ante el pensamiento sereno, Wilson aparece entonces como la cordialidad en camisa de dormir. Su intervención es acaso respetable, pero frágil e inoportuna. Sus movimientos son los de una conciencia turbada. Inquieto, lleno de sobresaltos, Wilson ha despertado en plena noche, perseguido por los recuerdos trágicos de Bélgica, atormentado por los espectros dolientes del *Lusitania*. ¡Ah! ¡La historia tiene caprichos abominables! Nada más ridículo que la figura de un campeón de la humanidad, que salta de la cama, aturdido, para proponer la paz en chancletas. Pero los hechos enseñan más que los libros. Wilson no vuelve sobre su error, sino que lo destruye. (1). La opinión norteamericana se encabrita frente a la última campaña submarina de Alemania, y hasta el mismo senado, tan discreto, tan razonable, tan calculador, se decide por la ruptura de relaciones. Wilson se convierte entonces en un instrumento frío de la opinión pública, en el representante de la voluntad deliberada del país. ¿Qué hacer frente a ese poderoso sistema de fuerzas morales creado por los mismos acontecimientos? Es verdad que Wilson no tiene derecho a disgustarse por la nota argentina ni por ninguna de las notas dirigidas a Alemania, por los demás gobiernos sudamericanos. Pueblos los nuestros cuyas simpatías por la causa de Francia son profundas, sus relaciones con el conflicto europeo resultan perfectamente lógicas. La opinión pública es una fuerza disciplinada, una armonía soberana, una energía coherente. Representar un matiz de la opinión no es inter-

(1) Quien haya leído el discurso pronunciado por Wilson el día de la Bandera (junio de 1917), formidable acusación contra el imperialismo germánico, observará aún más el abismo que lo separa de las viejas ideas.

pretarla. De ahí que el presidente Wilson haya vacilado antes de llegar a una combinación decisiva de todos esos movimientos íntimos, ensombrecidos acaso por los apetitos del interés o por las voluptuosidades del éxito fácil. La neutralidad debe dejar una puerta abierta hacia la moral, si no se quiere morir por asfixia. ¡Y pensar que este viento de renovación ha soplado después del Marne! ¡Pensar que sin un relámpago del genio francés todo hubiera acabado! Bajo la bóveda infinita, que contempla la matanza más espantosa que han visto los siglos, la nación que el mundo creyó degenerada se levanta como tocada por el milagro, resiste todavía y sigue sembrando al azar sus laureles eternos...

CAPITULO XXXI

El gigantesco edificio de la cultura moderna descansa sobre el triángulo milagroso de la organización anglolatina. Inglaterra da la sobria tradición de la libertad; Francia nos trae el arrebato desbordante, el perfeccionamiento a costa de sacrificio, de sangre y de genio; Italia da la belleza moral, la armonía interior, el arte que transforma los espíritus y que crea las líneas eternas. Si se suprimiese lo que Italia ha llevado a la obra total de la civilización, la vida inquieta de la inteligencia no merecería la pena de vivirse. Fué el renacimiento de las formas antiguas, el resplandor del viejo helenismo desaparecido, la resurrección de un pensamiento que se juzgaba definitivamente enterrado, lo que orientó las ideas de Europa e hizo de la cultura universal una fuerza coherente. Los siglos XV y XVI, que sintieron las palpitaciones de esta grandiosa renovación, pertenecen a Italia. Toda la arquitectura idealista de nuestro tiempo posee necesariamente su base en las capas más profundas del renacimiento italiano. Y aún cuando la Revolución francesa, trescientos años más tarde, llevase la inquietud de su ideal y las crispaciones de su genio hasta el fondo de la conciencia humana, fué el viejo orden jurídico transformado, cuyo germen hallamos en los maestros italianos del siglo XVI, el que dió al mundo un nuevo sentido de la justicia. Maquiavelo, en medio de sofismas brumosos, adivina la esencia íntima del derecho que triunfaría después en Europa a expensas de la más sangrienta y fecunda revolución que han visto las centurias. Albérico Gentile (1) funda el principio

(1) Albérico Gentile nació en 1551. Habiendo estudiado derecho en Perusa, fué magistrado en Ascoli. Pero sus ideas protestantes le obligaron a buscar refugio en la libre Inglaterra. La reina Isabel le dió una cátedra en Oxford, que Gentile desempeñó durante más de veinte años. Su obra fundamental, *De Jure Belli*, obtuvo gran resonancia. Albérico Gentile es considerado, juntamente con Grotius, fundador del derecho internacional moderno.

inviolable de las nacionalidades, sueño generoso, tantas veces resucitado y escarnecido, que guió el heroísmo de los revolucionarios franceses y por el cual se lucha todavía. Fabiam de Giocchis, sutil jurisconsulto del Renacimiento, que estudia la organización de la familia, que se mueve y crea en la Roma fastuosa de Julio II, ese anciano violento que se estremece ante los artistas, que humilla a los príncipes, y que golpea con su báculo a los cardenales. Aquella Italia conmovida, desgarrada por convulsiones formidables, posee la trágica grandiosidad del volcán. Nada se ha perdido, sin embargo, detrás de ese cortinado de fuego. Italia sabe aprovechar las llamas que la devoran vertiginosamente, forjando con ellas el misterio de su perpetuidad en el planeta, ideales eternos y conquistas ásperas, lo que sobrevive y lo que muere, el oro y el hierro de una nueva civilización. El Renacimiento agota a su creador después que el mundo se siente invadir por Italia y despierta bajo el latigazo de su genio.

*
* *

En la actualidad el viaje de Clementel a Italia contribuyó poderosamente a hacer más íntima entre los dos grandes pueblos latinos la colaboración material para la victoria. Desde el punto de vista moral, la armonía entre italianos y franceses se consolidó definitivamente durante la visita de Briand a Roma y la de Cadorna a París. Los militares franceses que acompañaron a Briand hasta el frente italiano, entre los cuales se hallaba el general Pellé, manifestaron su admiración por la labor gigantesca realizada en medio de las montañas por las tropas de Italia. El general Cadorna recorrió más tardes las líneas de Verdún; sus predicciones sobre la resistencia victoriosa de la ciudad, sus juicios sobre el heroísmo de los soldados franceses y la ciencia admirable de los oficiales, contribuyeron a reconfortar el espíritu público en un instante que se juzgaba crítico y difícil. El hecho de haber formado parte en dos grupos antagónicos de potencias, había creado entre Francia e

Italia una frontera de desconfianza y de malestar. Pero los pueblos se ignoran y se desconocen hasta el momento en que empiezan a amarse. Esos recelos poseían más de escrúpulos diplomáticos que de sentimientos positivos. A pesar de las alianzas internacionales, no obstante los compromisos de cancillería, el observador podía distinguir en el fondo de los acontecimientos más obscuros, más imprecisos, más difusos, una viva simpatía recíproca, una tendencia a compenetrarse, a convivir en un mismo plano de solidaridad. Ya en 1905, después del golpe teatral de Tánger, cuando el emperador alemán estuvo a punto de provocar una guerra con Francia, la diplomacia italiana apoyó enérgicamente la causa de la justicia, defraudando las esperanzas imperialistas de los monarcas centrales. Fué el marqués Visconti Venosta, perdido hoy para Italia y para la humanidad, quien, con su penetrante inteligencia y su fino tacto, le ahorró entonces al continente el espectáculo sangriento que hoy presenciamos. En 1911, después de Agadir, nuevo desafío de Alemania que puso en peligro la tranquilidad de Europa, la prensa italiana inició una activa campaña en defensa de Francia, que contribuyó profundamente a orientar la conciencia universal en aquel momento difícil en que todo se creía perdido. Durante dos veces consecutivas, en 1912 y en 1913, Italia desbarató los planes de Austria y detuvo la agresión de Serbia. Fué necesario el pretexto providencial de Sarajevo para desencadenar la guerra. Ya el 14 de julio de 1914, una semana antes de que Austria enviase a la pequeña nación balcánica la nota humillante que originó el conflicto, el embajador de Alemania en Constantinopla, barón de Wangenheim, manifestaba al marqués Garroni, representante italiano, las intenciones condenables de la monarquía ausburga, lo que hizo suponer un acuerdo íntimo entre los dos imperios del centro. Bastó luego que desfilase ante los ojos de la Italia neutral la visión de la Francia atacada, de la Bélgica sorprendida en pleno trabajo, para que se invocase la vieja fraternidad de Magenta y de Solferino, en que las armas francesas e

italianas lucharon juntas por la afirmación del derecho y por el advenimiento de las nacionalidades despedazadas.

* * *

Desde los tiempos de Francisco I, el rey caballeresco y voluptuoso, llevado a Italia por los goces estéticos del Renacimiento, fascinado por la riqueza inagotable, atraído por la cultura deslumbrante, en la hora suave y trágica evocada por Emile Gebhart, en el crepúsculo lleno de voces solemnes y poblado de ruidos de campanas, cuando los mármoles de Florencia se bañaban en el arrebol de la sangre; desde los tiempos sombríos de Luis XI y de Carlos VIII, las cortes de Francia empiezan a llenarse de artistas geniales, de aristócratas intrigantes y espadachines, de cardenales sutiles y enérgicos. Vemos a Concini, el marqués de Ancre, favorito de María de Médicis, gentilhombre florentino, contaminado con todos los vicios, embriagado con todos los apetitos, cuya vida de aventurero traza uno de los capítulos más dramáticos de la historia de Francia. Vemos a Mateo Bandello, el ironista inimitable, licencioso y frívolo, que escribe desde su obispado de Agen. Vemos a Leonardo de Vinci, el artista supremo, que muere en Amboise, recogido en el silencio del castillo de Clou, en medio de sus fórmulas matemáticas, de sus pinceles dominadores, de sus abstracciones formidables. Vemos a Mazarino, el cardenal, el estadista, el soldado; Mazarino el protector de las ciencias, mano de hierro, cerebro lleno de perversidad y de genio, que cubre un siglo entero con su nombre. Los recuerdos se amontonan y huyen. Las personalidades desfilan como sombras en un lienzo blanco. Bajo Luis XVI surge Cagliostro, el Cagliostro enigmático, complicado en el proceso del collar, el Cagliostro lleno de verbosidad y de misterio, que no se sabe de dónde viene y hacia dónde va, que entra una tarde por Estrasburgo, como un príncipe oriental, cargado de diamantes, y que luego desaparece en el silencio. Luego nace

Napoleón, de origen florentino, el César corso, el "Buonaparte" condenado por Chateaubriand. Sus interjecciones italianas chocan a los alumnos de la escuela militar, su francés penoso hace sonreir. Pero Napoleón se apodera del alma de Italia y realiza la conquista más difícil a que puede aspirar un guerrero. He ahí su gran sentido psicológico. Los alemanes dominan a Bélgica, pero el alma de la nación no les pertenece. Al lado de Napoleón brilla el piamontés Saint-Marsan, jurisconsulto ilustre, "italiano por instinto, aunque francés por las ideas", según la expresión de Lamartine; se destaca el napolitano Filangeri, que se inicia matando en duelo a varios oficiales; general de raro heroísmo, "cabeza de Vesubio", como le llama el vencedor de Friedland, y que después de una larga vida de sacrificio muere de frío en la angustiosa retirada de Rusia. Napoleón enloquece a la muchedumbre. Vence a los austriacos, los empuja del otro lado de las montañas y pasea sus legiones triunfantes. Conoce todos los dialectos de Italia y los maneja hábilmente en el minuto crítico. Mientras Vicenzo Monti canta en versos sonoros las glorias del guerrero, el pueblo en masa marcha a engrosar las filas de los ejércitos. Destronado Bonaparte, vuelven las épocas de frialdad. La Restauración, fruto raquítico del Congreso de Viena de 1815, se convierte en cómplice de Metternich, lo que equivalía a declararse verdugo de Italia. "Los pueblos que llevan en sí mismos los sufrimientos de una larga y gloriosa historia, poseen profundas fuentes de idealismo que brotan y desbordan en las grandes crisis". Esta misma frase de Briand sobre el pueblo italiano, puede aplicarse también a la nación francesa, a la cual la democracia eligió para esterilizar, con sus revoluciones de 1830 y 1848, la semilla tiránica esparcida por el Congreso de Viena. De ahí que Mazzini volviese a encontrar en Francia las viejas emociones olvidadas, la vieja fraternidad que se creía deshecha. Desde ese día, los factores morales se mantienen inalterables. "Hemos sentido vibrar en el alma del pueblo de Roma, dice León Bourgeois, el alma del pueblo italiano entero." Y Briand agrega que los italianos no son sólo hombres extrema-

damente finos y penetrantes, sino "*des gens de coeur, profondément patriotes, avec des sentiments intimes aussi résolus qu'ardents.*" Como se ve, esta alianza posee un valor psicológico superior a las utilidades prácticas de la hora presente. Los intereses se transforman, se dividen, se modifican. Sólo las fuerzas morales persisten sobre la vida, sólo ellas gobiernan la intimidad de la historia y señalan rumbos definitivos al espíritu humano.

* * *

"Creo conocer su alma", exclamaba aquel rey francés enamorado de Italia, aquel Francisco I, sutil y galante, "sensual hasta la punta de las uñas", que bebió en la copa cincelada del Renacimiento la embriaguez lírica de una raza inmortal. Su italianismo era arrebatado y violento. En él ardían todas las durezas de la guerra y todas las pasiones del medioevo. Un día conquista para su Francia el espíritu universal y complejo de Leonardo de Vinci. Otro día estrecha en Génova la mano ruda de Andrea Doria, el audaz navegante, y arrastra consigo la sabiduría humanista de Giustiniani. Francisco I amaba a Italia. Por eso, sabía robarle sus grandes hombres, lo mejor de su alma. Pero entonces, en el paroxismo de su fiebre latina, Italia derramaba sobre Europa el exceso de su vitalidad prodigiosa. Desde Reggio hasta Udine, toda ella era un vasto cielo estrellado donde relampagueaba el genio de sus artistas y la espada de sus condottieri. Era la Italia de los papas magníficos, de los guerreros enriquecidos, la Italia de los cardenales incestuosos y de los banquetes soberbios, donde la muerte se sorbía con el vino y donde el veneno circulaba con la sangre. Era la Italia de los poetas atormentados y de los novellini crueles y obscenos, la Italia que tenía todos los vicios y todas las virtudes, sutil como una burla de Mateo Bandello, delicada como un cuento de Giovanni Fiorentino, melancólica como los sueños de Petrarca, radiante en Agnuolo de Firenzuola, agria y fuerte en Boccacio. Su espíritu se impo-

nía por su propia fuerza creadora, triunfaba por su propia bondad. Pero no fué sólo Francisco I quien comprendió en Francia los secretos del alma italiana, quien apuró hasta las heces el cáliz de una revelación jamás igualada. En el transcurso de los siglos, aparecieron nuevos devotos, surgieron nuevos iniciados. Frente a las aguas azules de Capri, bajo la bóveda que cubre con un mismo manto suntuoso a Sorrento y a Castellamare, Lamartine nos evoca toda la emoción de los grandes siglos desaparecidos. En su gabinete, poblado de fantasmas gloriosos, Paul de Saint-Víctor hace brotar con su varita de mago, da vida con su pluma llena de recuerdos a una sociedad en ebullición, a un mundo afiebrado por artistas y héroes. Y Emile Gebhart, sabio y psicólogo, historiador y erudito, después de pasearnos con su palabra reposada por las praderas del Po, después de bañarnos, como en un bautismo, con las lágrimas eternas del Arno, nos presenta la filosofía descarnada de aquella Italia de leyenda. Hoy es también un francés, el suave y penetrante Georges Prade, el que nos describe las palpitaciones de la nueva raza. Con una mano maestra que envidiaría aquel maravilloso Benvenuto que esculpía grandezas en miniatura, que amontonaba tanto dolor y tanta ternura en un pequeño botón de capa pluvial, Georges Prade nos ha trazado en pocas líneas, la conciencia de la moderna Italia. "La historia, implacable, escribe, ha venido a confirmar, día por día, los pronósticos de los italianos esclarecidos. Ahí están Mussolini, figura ardiente de león, popular y tonante; Pontremoli, de rostro fino y ojos profundos; Bolla, grave patricio de Venecia; Naldi, joven y astuto, diplomático fino y diestro. Ahí están Maffi, Morello, Coppollo, crispinianos fieles a la doctrina del maestro, al sueño de la gran Italia que ellos realizarán imperiosamente, con ardor, contra quienes los han engañado. Ahí están Quilici, registrador precioso de estados de alma, psicólogo que nos ha hecho comprender al rey trabajador, modesto y patriota; y Salandra, elocuente

y sutil; y Sonnino, el taciturno, el hombre de gran carácter; y el misterioso Giolitti, el hombre con máscara..." He ahí el alma de Italia pintada en sus hombres. "País maravilloso, agrega Georges Prade, donde hierve, ardiente, el pensamiento que mañana se desencadenará en imperiosa energía". Ahora la guerra aulla a los flancos de la gran hermana latina. En estos minutos supremos donde se juegan sus destinos, Italia ha volcado sobre el infinito el torrente de su alma milenaria. Nada teme, nada la asusta. Ha bebido en un espasmo las frases soberanas de Gabriel d'Annunzio, el digno heredero de los poetas que deslumbraron bajo el cetro de oro de los Médicis y la corona adiamantada de los Sforza. Italia ha marchado a la voz de su nuevo profeta. *"Giá da tutte le fenditure, giá da tutti i forami biancheggia e rosseggia l'ardore. Giá il metallo si comincia a muovere. Il fuoco cresce, e non basta. La forza della fiamma piú e piú cresce, e non basta. Chiede d'esser nutrita, tutto chiede, tutto vuole".* ¡Ah! las llamas que viborean en el cielo cubierto con reflejos de sangre, la carne humana que se mueve como el metal en fusión! ¡Ah! las chispas mortales que salen de las entrañas abrasadas del monstruo, y que buscan, en su delirio, el contacto con carnes jóvenes y con cerebros recién abiertos a la luz! Bajo el rayo de esa cópula infame, la vida se desgrana como las ilusiones. Las llamas crecen al azote del vértigo. Pero la fragua no se quema a sí misma. El abismo rojo necesita ser alimentado. La pira se enardece, grita su hambre a la inmensidad, tiende al vacío un torbellino de cenizas frías y de tentáculos voraces. A ese infierno que ruge como una maldición, Italia ha entregado lo más querido de sus sueños, todo el tesoro de su juventud. Desde el tiempo de la Roma conquistadora, faro de los siglos, arden sobre la cima del Capitolio los altares del sacrificio. Un polvo piadoso ha puesto sobre los mármoles tallados una pátina de elocuencia discreta, de belleza austera. El alma latina se presenta helada bajo las incertidumbres de la meditación. Pero una luz

amiga, desde lejos, guía a Italia a través del fuego, la arrastra sobre la tristeza muda de las edades. En su silencio reflexivo, en su parpadeo solitario, parece señalarse el sendero de la victoria y anunciarle los encantos de su gran porvenir.

* * *

En Solferino, ante una carga centelleante de los piamonteses, el general Le Blanc se sintió conmovido. Aquellas eran las mismas tropas rudas y heroicas que habían combatido en Crimea, los mismos soldados de La Marmora que detuvieron en Sebastopol la cólera eslava y que ahora rompían a bayonetazos las filas austriacas. El viejo guerrero se empinó sobre los estribos. Como cuatro años antes, cuando sentía detrás de sí el ruido nervioso de las espuelas de sus saboyanos, Le Blanc pudo haber exclamado con una sonrisa: "Mis soldados tiemblan, pero no de miedo." Y mientras los regimientos enemigos se derrumbaban en aquella tarde luminosa de Solferino, el general francés abarcaba toda la llanura llena de sol, estremecida por las notas del clarín y el estruendo de los escuadrones, la llanura vibrante todavía bajo el aletazo de la victoria. Le Blanc describió en las legiones del Piamonte el empuje formidable de Italia, y sus ojos fríos, acostumbrados a tantos horrores, se cubrieron de lágrimas.

—¡Ah! murmuró, el día en que los italianos terminen lo que han empezado! Eso será terrible.

Las campañas comenzadas con la resurrección nacional de 1848, se sucedieron sin descanso. El ciclón revolucionario barre la Lombardía, el Véneto, las dos Sicilias. La oleada libertadora crea una Italia nueva, desconocida, dueña de sus destinos, que extiende su puño sobre el Mediterráneo y que amenaza el naciente equilibrio de Europa. Las grandes potencias se espantan. El mismo Napoleón III se empeña en garantir la autoridad temporal de Pío IX. Olvidando la escuela política de su tío, quiso hacer de Roma el dominio terrenal de los

papas. La sombra del corso implacable que manoseó a Pío VII y permitió que Talleyrand lo ultrajase en sus epístolas desenfadadas y profundas, debe haber dibujado el enigma de su sonrisa frente a tan descabellada empresa. Pero la insensatez tiene su lógica extraña; sus razonamientos se desarticulan como los huesos de la danza macabra, que buscan su armonía sin tocarse. Italia vigila en silencio las maniobras del interés y de la locura. Sabe aprovechar el triunfo de Prusia sobre Austria. También le reportará ventajas la derrota del segundo imperio napoleónico. Para la causa de la libertad italiana, Sedán tiene tanto significado como Sadowa. Esto no quiere decir que Prusia se haya erguido alguna vez como defensor de los derechos de Italia. "No somos tan olvidadizos, escribe el príncipe Kropotkine, para no recordar la intimidad que existía entre Alejandro II y Guillermo I, el odio común que sentía por la Francia a causa de sus esfuerzos para libertar a Italia, y su oposición a los italianos, cuando en 1860 arrojaron a los dominadores austriacos de Florencia, Parma y Módena." Una de las condenables debilidades de Napoleón III, fué el derrochar sus fuerzas militares para apoyar los apetitos de la teocracia. Su sinceridad era vacilante y pálida. Más bien que la causa del papado, parecía interesarle el brillo fugaz de las armas imperiales, las teatralidades de un Lamoricière, que luchaba por su ideal vacío, por una gloria cuya intimidad no había comprendido. Así es que, cuando en la mañana del 20 de Septiembre de 1870, el cañón de Italia empezó a tronar sobre Roma, cuando el torbellino de la fusilería era más ardiente, cuando las tropas de Nino Bixio se desbordaron sobre la Porta Pía, cuando los defensores empezaron a flaquear por todas partes, el sueño de Rienzi tomó cuerpo en su propia realidad secular. Los muros de la ciudad eterna, que habían asistido en el siglo XVI al renacimiento de la idea de Roma como centro de los Estados italianos confederados, vieron desfilar de nuevo el espectro papal, su fuerza moral disuelta, su imperio terreno aniquilado, sus nervios ro-

tos... El general Kanzler, militar que dirigía la defensa, se vió obligado a rendirse. Al atardecer, sobre la blanca carretera de villa Albani, seguido del capitán Maistre, el general se dirigía al encuentro de Rafael Cadorna para tratar las condiciones de la capitulación· Cuando el sol se puso, ya Roma pertenecía a la humanidad. Su historia fué salpicada con el sacrificio. La sangre, anegando las praderas del Lacio, dió sus frutos soberbios. Entretanto, en Francia el imperio se derrumbaba, surgía la república, y la espada nunca cansada de amenazar los privilegios pontificales, la espada ya victoriosa en Castelfidardo, ya vencida en Aspromonte y en Mentana, pero jamás deshonrada con la humillación, se ofrecía a la hermana latina para agregar a las jornadas de la democracia los laureles de Chatillon-sur-Saone y de Dijón. El genio libertador de Garibaldi tenía su entraña atrozmente sincera, su dinamismo rudo y coherente· Al chocar en las postrimerías de la unidad contra las fuerzas francesas de Bally y de Lamoricière, el cruzado de los Mil asestaba sus golpes a las miserias del segundo imperio, a la sociedad caduca y corrompida que la pluma prodigiosa de Zola nos retrata con amargura, hace revivir en ese monumento gigantesco de los Rougon-Macquart. Sería absurdo suponer que la reintegración de Roma a la vida internacional, pueda herir los sentimientos católicos. El 20 de Septiembre no resuelve una cuestión religiosa, sino un problema moral, un problema con raíces históricas. Rafael Cadorna era católico, lo es su hijo, el generalísimo de los ejércitos de Italia, y lo son sus nietos, muchos de ellos dedicados al servicio dogmático de Dios. Más que el recuerdo de su grandeza desvanecida, Roma era el patrimonio de una raza, la madre de una cultura universal, el atributo viviente de una maravillosa civilización jurídica que todavía mantiene su influencia en el mundo. Ni una sola gota de la savia intelectual de Roma pudo convertirse en cenizas, en el juguete miserable de la casta, en el instrumento de una secta anticristiana y teocrática. Cuando la campana del Capitolio vibró a impulsos del delirio popular, para anunciar a la Europa, conmovida y

atónita, que Italia defendería con su fuerza la causa de la justicia humana amenazada, un estremecimiento supremo hizo palpitar de emoción a las razas herederas de Roma, que vieron en ese apostolado de energía tranquila, el genio que transforma las almas, el espíritu renovador de las fuentes agotadas de nuestro pensamiento y de nuestra idealidad. Hoy todos combaten por el mismo sueño latino· No importa que, detrás de cada soldado, se esconda un visionario heroico; no importa que, debajo de cada uniforme, aparezca la blusa roja del ácrata o el hábito sombrío del jesuíta. Todas las bayonetas se parecen, han sido forjadas en el mismo acero, y todas escriben con sangre la misma historia sin ejemplo...

*
* *

"He ahí la verde Escocia y la morena Italia... El universo nos pertenece". (1) En sus versos inmortales, Alfredo de Musset buscaba la emoción del color, el reino de la melancolía y del ensueño. El poeta flotaba sobre la Grecia llena de formas supremas, sobre la Italia clara y profunda, para luego hundirse en la bruma misteriosa del norte. Su pensamiento se recogía en Escocia y soñaba en Italia. Bajo el cielo azul, junto a las costas de mármol, entre el polvo de oro que se quema en el sol, arrullado por una brisa tibia, mecido por el encanto eterno del Mediterráneo, Alfredo de Musset no podía evocar el nombre de Italia sin asociarlo al dolor de su alma. Italia atrae como un paisaje de tragedia, de paz, de contemplación. "Italia, escribe Maeterlinck, es la tierra de la justicia y la cuna del derecho, que no es más que la justicia que tiene conciencia de sí misma". La justicia es equilibrio, belleza, serenidad· El arte es una forma de la justicia, porque refleja el ideal de nuestra perfección interior. Tierra de artistas formidables y de doctrinarios sutiles, Italia pone la armonía ju-

(1) ..... l'univers est à nous.
Voici la verte Ecosse et la brune Italie.....

rídica sobre el pedestal de las estatuas. Lamartine modela allí su Rafael sentimental, Goethe descubre afectos ignorados, y Mommsem, el historiador de Roma, ese Mommsem que, a pesar de ser un enamorado de la fuerza bruta, vale más para la gloria de Alemania que todos los Hohenzollern reunidos, reconstruye la obra maravillosa de la latinidad. Hasta el mismo Shakespeare plasma sobre el Novellino la huella de su genio. Se diría que Italia es un culto soberano del hombre, una religión de los grandes espíritus. Mientras Italia era disputada durante siglos por españoles y franceses, desgarrada en luchas atroces, empurpurada por mares de sangre, la raza se erguía victoriosa en medio de su arte, como la Grecia mártir, atada al carro triunfante de Roma. Era entonces, en esas centurias de amargura y de renacimiento, cuando Garcilaso introducía en España la métrica italiana, cuando Carlos V salpicaba su corte de flamencos ceremonicsos y de alemanes rígidos con algún gentilhombre del mediodía, travieso y risueño, penetrante y flexible, gota de ácido chorreando sobre el hierro implacable de los conquistadores. Era entonces cuando Don Francisco de Quevedo cruzaba su acero y su sátira con los humanistas del Renacimiento, cuando Cervantes sentía la influencia del verso caballeresco de Ariosto, y cuando Leonardo de Vinci, en el castillo solitario de Amboise, extendía hacia el lienzo las manos prodigiosas que crearon a Monna Lisa, manos solemnes, flores místicas, suaves como bendiciones y discretas como plegarias... Conviene advertir que ningún país ha vivido ni comprendido como Italia el alma universal de Don Quijote. Nacido en la España casi crepuscular, en "la férrea y lógica España" de Verlaine, el ingenioso hidalgo desbordó sobre el planeta su profundo ideal, el ideal atormentado por el ridículo, grandioso a pesar del sentido común que le pone una barrera abominable y de la canalla que desgrana sus burlas groseras. ¿Qué son Oberdan y Cesare Battisti sino Quijotes sublimes? Quebrar una lanza contra los molinos de viento es para el

vulgo un espectáculo grotesco y vacío. Pero baste saber que Don Quijote luchaba, no contra máquinas, sino contra gigantes, astutos y follones, enemigos del bien y de la justicia. No importa que, para muchas gentes, la barbarie sea también un molino de viento que voltea en la inmensidad sus aspas inofensivas. Siempre habrá Quijotes capaces de chocar contra lo imposible y de hacer de la vida una quimera y un martirio.



El amor de Italia no está hecho sólo del culto de los grandes hombres de Inglaterra, de Alemania y de España. La historia de esa Italia, inquieta y magnífica, de los siglos XVI y XVII, nos ha sido trasmitida por las mejores plumas de Francia. Bendiciones de piedad, dudas dramáticas, secretos ardientes, polvo de recuerdos, todo ha brotado a la luz serena del arte. Ahí pasa Taine, atraído por las telas célebres, deslumbrado por las cariátides sagradas. Sus libros son un torbellino de sensaciones y de ideas. Taine echa en Italia la base de su doctrina estética y funda una filosofía de la belleza. He ahí a Gautier, que hace vivir bajo su pluma de colorista el encanto de los suntuosos palacios y el misterio de las viejas arquitecturas. He ahí a Georges Sand, amante y creadora, febril y tierna, que nos trasmite la suave emoción de una Venecia nocturna, con sus canales silenciosos y con un Campanile desierto. He ahí a Stendhal, funcionario y psicólogo, explorador de almas. La ironía del artista viborea como una vena pálida sobre el músculo de la prosa ruda y admirable del pensador, prosa palpitante, prosa mágica, que descubre la grandeza de los espíritus y la falla de los corazones. He ahí a Emile Gebhart, cuya obra es una resurrección y una epopeya, fuente de chisporroteos geniales, cuadro fantástico, donde las formas desaparecidas triunfan sobre los sentimientos modernos. He ahí a Paul de Saint-Víctor, he ahí al estilista puro, al escritor vigoroso cuyas frases parecen fragmentos de un friso antiguo. ¡Ah! Cuando el incomparable maestro nos evoca la Florencia de Boc-

cacio, la Florencia cercada por la peste, uno cree soñar a la vez con visiones de infierno y de égloga. De un lado, los cadáveres que se amontonan, el aire impregnado de venenos y de perfumes, el canto lúgubre de los enterradores, el sonido funerario de las campanas... De otro lado, los campos dorados, los naranjos en flor y un grupo de bellas mujeres relatando aventuras galantes, cuentos de maridos burlados, escenas licenciosas donde el amor y el vicio no logran confundirse con las tristezas de la enfermedad y de la muerte. Es que, en medio de la sombra, Italia elabora su nuevo destino y hace brillar el relámpago de su optimismo y de su genio. Nada es capaz de detenerla. Al borde de la muerte, Italia presiente las rosas místicas del arte y de la piedad. La vida corre, dichosa de sí misma, como en una página del *Decamerón*, entre perfumes y maldiciones, apenas atormentada por el misterio de las tinieblas. Y mientras la peste aniquila a los hombres, mientras la fatalidad empieza a segar en medio de la humana impotencia, los bronces cantan desde las altas torres con vibraciones donde no se adivina la desesperación, y la vida diaria no pierde su melancolía risueña, su amargo e ingrato sarcasmo. Y mientras la sociedad se descompone, invadida por una llaga monstruosa, mientras los talleres se iluminan con la fascinación de las obras maestras y resplandecen en una llamarada de prodigio; mientras Europa apenas ha sacudido todavía el enervamiento de su gran noche medioeval, Italia se cubre con el manto regio de la civilización antigua y sonríe bajo su cielo azul...

CAPITULO XXXII

Siempre que se ha hablado de Maquiavelo, el espíritu ha tratado de apartar deliberadamente la alta moralidad de sus doctrinas. Se ha querido ver en las páginas de *El Príncipe* la política fuerte y desleal, la mano pérfida que envenena todo lo que toca, el jugo sutil que se filtra en la conciencia y que corrompe el alma. No obstante, el satanismo de Maquiavelo es su misma bondad. Los medios diabólicos son su fuerza. Maquiavelo es el fantasma que se ríe de la muerte, pero que cree en la justicia. Desafiando la sangre, sobreponiéndose a la tristeza, burlando al dolor, sabe subordinar su lógica fría a un ideal supremo. El fin justifica los medios. Bien valía la unidad de Italia, esa gran idea secular recogida en Dante, toda su técnica atroz y llena de fiebre. Bien valía la quimera de una nueva raza todo ese vértigo de sutilezas penetrantes, ese torbellino de cuadros amargos y de visiones entristecidas en su soledad. Trescientos años antes que Cavour, que Mazzini, que Garibaldi, cuando la península se desgarraba a sí misma en una tempestad de locuras trágicas, Maquiavelo fué el profeta de la nueva Italia. *Tanto nomini nullum par elogium*, se escribió sobre su tumba. Ningún elogio sería capaz de alcanzar la grandeza de este nombre! En las cinco palabras latinas del epitafio, duras y solemnes, está condensado el juicio de la posteridad. Sin embargo, Maquiavelo se equivocó en la elección del héroe destinado a ejecutar su ideal. Su ardiente patriotismo le cubrió los ojos con una niebla sublime. A su alrededor, la vida apareció deformada. Y desde ese momento, el apóstol no se vió libre de la calumnia histórica. Creyó que César Borgia podría ser el libertador tantas veces soñado.

Maquiavelo puso la vista en su querido príncipe y no acertó más que a elegir un monstruo. Su error fué una aberración lírica, su debilidad fué una simpatía. Es que el desacierto de Maquiavelo fué también el desacierto de la historia. En la actualidad hay todavía plumas que viven encantadas con el recuerdo de ese príncipe raro y huraño, criminal y galante, de ese César Borgia de la leyenda, sombrío en las orgías y resplandeciente en los apetitos. ¿Acaso era capaz de sentir la grandeza de la unidad italiana un hombre envilecido en concupiscencias abominables y marcado por la sensualidad de placeres tan bajos? Jamás los ideales se ensucian en el lodo humano ni crecen al calor de lujurias bastardas. La pureza de nuestros actos es el espejo terso y sin manchas donde se lee el futuro. De ahí que Maquiavelo haya quebrantado su sistema político, pensando tal vez con melancolía que es más cruel el que troncha una ilusión que el que suprime una vida. "Es ya tiempo, exclama el escritor al final de su obra, es ya tiempo que Italia, después de tan largos sufrimientos, vea al fin aparecer a su libertador. Yo no puedo expresar con qué amor, con qué ternura, con cuántas lágrimas sería recibido en todas las provincias que tanto han sufrido la invasión extranjera. ¿Dónde estarían las ciudades que le cerrasen sus puertas y los pueblos que se rehusaren a obedecerle? ¿Qué envidia podría oponérsele? ¿Qué italiano le escatimaría su homenaje? Todos nosotros estamos cansados y repugnados de esta dominación bárbara". He ahí el hombre. Estos párrafos bastan para su pedestal milenario. A ningún espíritu de su época se ha visto exponer con tan inusitado vigor el pensamiento de la libertad de Italia. Es verdad que Dante Alighieri blasfemó también contra la opresión de esa barbarie germánica. Es verdad que cinco siglos antes de Mazzini, un hombre maravilloso había vivido sus mismos sueños. En medio de la lucha encarnizada entre las familias de los Orsini y de los Colonna, la elocuencia de Rienzi triunfa, se impone, conmueve los mismos gérmenes del Renacimiento. Rienzi sueña con la gran República ita-

liana que tendría a Roma por capital, aún cuando sus sueños se pierdan en el vacío y no consigan estremecer el desierto de las conciencias. Pero Maquiavelo es el único tesoro que conservamos, la única palabra que perdura como un sedimento de bienestar. Su lectura es reconfortante. Napoleón había intentado penetrar el halo de sombra que rodea los aforismos de aquel demonio bondadoso. Por eso, las correcciones del César corso, escritas al margen, rompen con la armonía del genio maquiavélico y apagan, con un humo espeso, los resplandores de la gran verdad. Del fuerte acero doctrinario de Maquiavelo, tenaz y flexible, Napoleón usó sólo el filo. Tuvo buen cuidado de limarle la punta para que ella no lastimase sus convicciones. Podría convenir al guerrero todo lo que el maestro florentino tiene de perverso, de torcido, de inquietante. Nada más. Napoleón sintió precisamente con disgusto las ansias de libertad, el dolor de la nobleza humana ultrajada, todo aquello que no habían querido comprender ni César Borgia ni Lorenzo de Médicis. Aplicando los principios del maquiavelismo, Napoleón hizo en Italia, no obstante, todo lo contrario de lo que allí aconsejaba el mismo Maquiavelo. Dividió para reinar más cómodamente. A pesar de todo, los horrores cometidos en nombre del maestro no aminoran la inmensidad de su pensamiento. Cromwell fué implacable y sanguinario con sólo esgrimir una Biblia. Robespierre cortaba cabezas invocando a Rousseau. Todos se han apoyado en el pasado para justificar su delirio, su vanidad o su pedantería. La autoridad moral de Maquiavelo no ha podido substraerse al cumplimiento de una ley histórica más fuerte que nuestro cerebro lleno de orgullo, más imperiosa que nuestra ciencia hinchada de egoísmo. Si sus teorías superficiales se desvanecen al soplo de las nuevas doctrinas, en cambio, toda su alma expansiva sobrevive en una encarnación secular. La eternidad de Maquiavelo está en su fondo ideológico, siempre nuevo, perpetuamente joven, fresco y pujante, que se viste en todas las edades con la clámide de la madurez reflexiva y que palpita en todos los momentos

con la gracia discreta de la resurrección. Llevando como bandera la gran idea que ilumina los siglos y que nos baña desde lejos con su reflejo suave, Italia lucha hoy por la afirmación legítima de un postulado completamente suyo. Por el hierro y por el fuego, la nación entera se abrirá camino. Ya nada detendrá el arrebato de sus entusiasmos libertadores, nadie será capaz de sofocar el estallido de la soberbia idea de la unidad, acariciada en todos los instantes, amada en todas las centurias, sombra dulce y fugaz a cuyo pie Maquiavelo marchitó la existencia, sufrieron las generaciones y se inmolaron los grandes espíritus de Italia.

CAPITULO XXXIII

Las revistas europeas han exhumado un discurso que Giosué Carducci pronunció en 1872, cuando el triunfo de Alemania sobre Francia se hacía sentir en toda Europa con un estremecimiento soberano y terrible. El gran poeta de la unidad, el ilustre revolucionario de *Odi Barbare,* rebelde en el verso, flagelador en las ideas, había previsto el peligro que representaba para los pueblos latinos, herederos de Roma y depositarios de su cultura secular, la victoria del expansionismo germánico. No existe un arte latino ni una ciencia alemana. El esfuerzo del espíritu, amontonado por los siglos, nos pertenece a todos. La obra de la inteligencia es universal. La humanidad no conoce fronteras para aprovechar el fruto de sus sueños. Los alemanes saborean a Anatole France con el mismo entusiasmo con que los franceses leían a Sudermann. Tanto Pasteur, como Marconi, como Wagner, constituyen el patrimonio del mundo. El genio sobrevive a las guerras y al odio feroz que despierta el choque de razas. Puede más que una nacionalidad entera, porque en él se funde, con la esencia misma del placer superior, el oro fino del sufrimiento y del sacrificio. No importa que los países que combaten, destierren hoy de su seno a los grandes espíritus que nacieron en tierra enemiga. Mañana volverán a resplandecer con más fuerza. Imposible apagar la luz del sol con la humareda de nuestras pasiones miserables. Todo pasa en la vida. Hasta el delirio insensato de los pueblos queda convertido en cenizas. Solamente el genio es eterno como el universo. Por eso, Carducci no incurrió en la suprema tontería de insultar a Kant ni de cubrir a Schiller con la oleada de su desprecio. El poeta italiano reivindicaba

los derechos de la cultura latina. No quería que el prestigio latino, prolongado a través de las centurias, acumulado a costa de tanto dolor y de tanta sangre, desapareciese en manos del invasor, fuese tragado por el abismo o humillado por la servidumbre. Fuera de su centro de lucha, la fiebre mediterránea languidecería hasta perderse en un último espasmo, en una postrera vibración. En brazos ajenos, Roma no podría enseñar más que un cadáver, el fantasma de su grandeza desaparecida. Carducci entendía que el genio latino no había cumplido aún su misión redentora. "El hecho, exclamaba, es que, después de Sadowa y de Sedán, el elemento germánico amenaza desbordarse... La raza latina, si no quiere ser ahogada, tendrá que retemplar sus energías y reunirse en un núcleo compacto. Pero esta unión no puede hacerse sin Francia, cuya misión es servir de lazo entre todos los pueblos latinos. Garibaldi y la ardorosa juventud que lo siguió en Francia, presintieron todo esto. Francia no puede ni debe ser aniquilada. Su vida es necesaria al mundo. Cada vez que ella cae por tierra, se levanta. cual un nuevo Anteo, más fuerte que nunca". El ideal de Carducci ha sido el norte de los grandes soñadores latinos. Paul Adam proclamaba también la alianza de todos los pueblos mediterráneos, de Italia, de España, de Francia, de Grecia. Más tarde se amplió el concepto de la unión latina. Las naciones madres completarían su aspiración fraternal, extendiendo su abrazo a la América fundada por latinos, hervidero de razas, fusión de instintos, de matices diversos en la superficie, complejos en el fondo, pero fuertemente unidos en el lenguaje secular de España. Descendemos de la gran gestación castellana del siglo XV. La mayor gloria de esta nacionalidad, digna hija de la estirpe de hierro amamantada en el Lacio, es la de haberse desangrado y agotado para fundar un mundo nuevo y torcer el curso de la historia. A ella debemos la frescura de nuestra latinidad y la juventud inagotable de nuestra alma. En medio de la confusión contemporánea, nada más difícil que distinguir las razas. Nuestras civilizaciones han

perdido su antigua pureza. Las viejas familias se confunden y dan origen a nuevos tipos. Hablar de linajes incontaminados es jugar con visiones. ¿Existe una raza latina? ¿Existe una raza germánica? Jean Finot nos demuestra que si hay una nación que contenga más elementos germánicos, esa nación es Francia. En cambio, dos terceras partes de Alemania llevan en sí el germen de las invasiones francas, romanas, célticas y normandas. Por el mediodía de España y de Italia circula sangre árabe, así como por el norte palpita el prístino y rudo entusiasmo de los godos. No obstante, los pueblos se reconocen por su idioma, como las razas de los canarios por su canto. A pesar de todo, el tronco de la cultura latina es una realidad. Toda su fuerza moral se refleja en la lengua de Roma, en el alma de las legiones que civilizaron el mundo bárbaro y dejaron allí su sedimento inmortal. También Germania, ya que no en raza, existe en espíritu, en el habla donde se tejieron las leyendas brumosas, en el Rhin poblado de sueños, en su Olimpo extraño y monstruoso, en su Olimpo lleno de dioses glotones y violentos. Ya sabemos lo que son esas dos razas y lo que significan en nuestra vida. Su unidad no se ha hecho de leyes biológicas. Viven en virtud de esa pequeña llama de tradición y de misticismo, donde se quema todo el lastre inútil de la especie. Al reclamar la unidad de los pueblos latinos, Carducci buscaba la reintegración de los elementos morales dispersos que habían nacido en una misma cuna y habían sido cobijados por un mismo destino. De nada hubiera valido la Galia de César, ni la España de Escipión, ni la Rumania de Trajano, sin la sólida preparación intelectual y sin el poderoso contingente jurídico que marchaban al costado de los ejércitos de Roma. Pero más fuerte que su base filológica, era la vitalidad de sus instituciones ejemplares y soberanas, vencedoras del tiempo. He ahí el tesoro legado por sus antepasados a los pueblos que, en medio del torbellino étnico, conservan todavía algún vestigio de aquella prodigiosa luz latina que ardió sobre las alturas del Capitolio. La unión profetizada por Car-

ducci y proclamada por Paul Adam, es la mejor garantía que puede ofrecerse a la seguridad de ese precioso patrimonio desperdiciado en guerras estúpidas y escarnecido con rivalidades extravagantes.

CAPÍTULO XXXIV

"Cartago pereció porque, cuando intentó poner una valla a sus desenfrenos, no pudo sufrir la mano del mismo Aníbal. Atenas cayó porque sus errores le parecieron tan suaves que no quiso curarlos. Y, entre nosotros, las repúblicas de Italia que se jactan de la perpetuidad de sus gobiernos, no deben jactarse más que de la perpetuidad de sus abusos." Montesquieu comprendió que no hay errores pequeños dentro de la organización permanente de las nacionalidades. Psicólogo antes que jurista, espíritu lleno de matices, pensador sutil y discreto, Montesquieu vive fuera del siglo XVIII, ajeno a la efervescencia romántica, libre de esa subjetividad enmarañada que arrastraría a Rousseau y que ya empezaba a ganar el campo del pensamiento filosófico. Rozado por legisladores frívolos, manoseado por comentaristas estrechos, no se ha extraído de Montesquieu más que un armazón grosero y torpe, sin color ni flexibilidad, esa arquitectura externa de la ley, máscara primitiva que se interpreta como el fundamento lógico del Estado. Jamás se ha comprendido su sentido moral ni su fondo íntimo. Se diría que Montesquieu es una máquina fina y complicada que trabajase bajo la presión de esa gran fuerza histórica que construye silenciosamente la base esencial de todos los acontecimientos humanos. Su huella sobre el mundo posee la virtud soberana de la obra maestra, el soplo prodigioso del genio. Tiene carácter universal y el alma de una actualidad permanente. Su psicología del error desborda todavía enseñanzas maravillosas. ¿No es Marcus Livio, condenado y elegido sucesivamente por el pueblo, quien coloca a sus electores fuera de los privilegios de la ciudad? "Si me

hacéis cónsul y censor después de haberme castigado, exclama, es preciso que hayáis prevaricado una vez al infligirme la pena, o dos veces al hacerme cónsul y en seguida censor.'' ¿Los pueblos no se equivocan jamás? Montesquieu sigue la pista del error y analiza sus posibles consecuencias remotas. Transportemos a nuestro tiempo el método histórico aplicado a la sociedad romana. ¿Por qué Delcassé volvió al gobierno? ¿Por qué su política fracasó en Bulgaria? ¿Por qué Asquith afrontó la campaña estéril y sangrienta de los Dardanelos? ¿Por qué el almirante Tirpitz entorpeció la acción diplomática del canciller? He ahí el secreto de las fallas amables denunciadas por Montesquieu; errores de apariencias inofensivas, pero con gérmenes mortales, faltas que la opinión pública corrige sabiamente, pues sabe que dentro del mecanismo moderno, más sutil y más formidable que en las organizaciones antiguas, no es posible aceptar el descuido ni el abuso sin que toda la sociedad sufra la inevitable decadencia de su fuerza y de su esperanza.



Montesquieu descubre la misteriosa naturaleza del espíritu de conquista y de la penetración ideal de los pueblos. Nos hallamos frente a otro problema de palpitante actualidad. ''Roma, escribe, no era propiamente una monarquía o una república, sino la cabeza de un pueblo formado por todos los pueblos del mundo. Si los españoles, después de la conquista de Méjico y Perú, hubiesen seguido ese plan, no se hubieran visto obligados a destruirlo todo para conservarlo todo. Es una locura de los conquistadores el pretender dar a todos los pueblos sus leyes y sus costumbres. Eso no sirve para nada, pues bajo cualquier forma de gobierno el hombre es capaz de obedecer. Al no imponer sus leyes, Roma rompía entre los demás pueblos las ligas peligrosas. Estos pueblos no formaban más que un cuerpo en virtud de una obediencia común; sin ser compatriotas, todos

eran romanos''. En medio de un siglo inquieto e idealista, Montesquieu nos enseña que la conquista de los espíritus está por encima de la conquista material. Poseer el territorio de una nación no significa hacerse dueño de su alma. ¿Acaso Alemania ha conseguido incorporar Alsacia y Lorena a su espíritu nacional? He ahí por qué Polonia, despedazada entre tres naciones, no ha destruído esa vida interior, hecha de tradiciones, de leyendas, de heroísmos, esa conciencia en armas que reconstruirá algún día su cuerpo deshecho. Montesquieu nos hace comprender también, con dos siglos de anticipación, la causa que ha arrastrado a todas las colonias inglesas detrás de la metrópoli. No ha existido ninguna revolución, ningún desorden, ningún gesto áspero. Inglaterra aprovecha de la experiencia de Roma. Por otra parte, la Gran Bretaña sabe transformar el error en una enseñanza fecunda. Montesquieu comprueba que los resortes fiscales de Inglaterra se examinan a sí mismos continuamente. ''De ahí que sus errores no sean nunca prolongados, agrega, sino que, por el contrario, resultan útiles.'' Uno se explica con Montesquieu que los pueblos fundados sobre las leyes de los jefes no hayan sido durables. El poder de esas organizaciones ha pasado como un relámpago. ''Nada más contradictorio que el plan de los romanos y el de los bárbaros, escribe; el primer plan era obra de la fuerza, el segundo era obra de la debilidad. En el uno había sometimiento, en el otro había independencia. En los países conquistados por las naciones germánicas, el poder había pasado a manos de los vasallos, siendo el derecho privilegio del príncipe. Entre los romanos sucedía todo lo contrario''. No ha muerto la mentalidad de que habla Montesquieu. Esta fuerza latina, nacida de la intimidad del derecho herido, esa energía magnífica amamantada por la loba de Roma, creada entre mercaderes y bandidos, prolonga aún en el tiempo y en el espacio la influencia suprema de la justicia. El derecho se formó en medio de la avaricia pública, cuando los magistrados y los gobernado-

res vendían sus vicios a los reyes de Roma. Los competidores se arruinaban, se perseguían, traficaban con las abominaciones y con las sensualidades. "No había siquiera en ellos esa justicia de los brigantes, que ponen cierta probidad en el ejercicio del crimen", observa Montesquieu. Y mientras las pasiones se devoraban en el caos de los deberes, de los intereses y de los instintos, detrás de las siete colinas despuntaba la aurora. Roma había encontrado su destino en la gran armonía del derecho.

CAPITULO XXXV

Desde que estalló el incendio europeo, los cuarenta inmortales de la Academia Francesa debieron retroceder a planos más discretamente modestos, más suavemente obscuros, para descubrirse al paso rudo y magnífico de los ejércitos. Los que no tuvieron la suerte de ser soldados, como Lyautey, y de enrolarse, como Pierre Loti, prosiguen en silencio la tarea inmensa de conservar para la Francia del porvenir el tesoro de su pensamiento y de su lengua. Pero todo resulta hoy secundario ante la vida militar de la nación. Los pueblos subordinan las mayores grandezas al interés de su existencia en peligro. Mientras la bayoneta arroja fulgores siniestros bajo el relámpago de las batallas, la pluma no descansa en su labor humilde. Aún cuando se oculta y desaparece entre el estruendo de las sociedades que se derrumban, su acero pacífico ahonda en las conciencias y traza, en medio de las imágenes de la muerte, las rutas de la nueva cultura. No importa que Etienne Lamy deje la espada inofensiva de los académicos por el uniforme azul de los oficiales de infantería. No importa que el comandante Marcel Prevost cambie el escalpelo del psicólogo por el compás de los artilleros. Las ideas se abren camino sobre el cuadro bárbaro de la matanza y marchan impasibles entre la humareda de los combates. El espíritu acabará por vencer ese estado de neurosis universal, restableciendo el equilibrio de las fuerzas morales. Hoy se olvida muy pronto a los que caen en el campo de esas luchas incruentas, pero formidables, luchas soberbias del alma contra la materia áspera, contra los instintos brutales, contra el universo de la ferocidad y de la men-

tira. Nos arrebata más la muerte atroz y frenética del guerrero, salpicado de sangre, con el cráneo furiosamente erguido, los músculos palpitantes de dolor y de rabia, que la dulce agonía del pensador, la vida fecunda que se apaga también frente al enemigo, frente a la injusticia, el gran flagelo y la última amenaza. "Ayer mismo, escribe un observador, moría el marqués Pierre de Ségur, historiador de la raza, nieto de aquella encantadora condesa de Ségur, cuyos cuentos mecieron nuestra infancia. No pasaron quince días, y ya la muerte del marqués de Ségur parece una cosa vieja". Ensombrecido por el heroísmo resplandeciente de los soldados, el sacrificio de los grandes espíritus espera los reflejos de una aurora lejana. ¿Quién se acuerda ya de Jules Lemaître, el humanista huraño, el cisne de las fuentes clásicas, el árbol envejecido en fuerza de hacer vivir la savia de la sabiduría antigua, la brizna seca arrancada por el torbellino de la movilización? La fantasía busca inútilmente a Lemaître, como a un romano de la decadencia, apagándose dentro de un marco apacible, leyendo los diálogos de Platón o murmurando las burlas sombrías de Luciano. En su retiro rústico de Favers, en el Loiret, el escritor había tenido la trágica certidumbre del desastre. Corrían los primeros días de agosto de 1914. La guerra era inevitable. Myriam Harry nos pinta a Jules Lemaître devorado por una fiebre espantosa. Loco, delirante, con los ojos horriblemente abiertos, el maestro evocaba fantasmas monstruosos de abominación y de terror. "¿Quién ha declarado la guerra? exclamaba. ¿Por qué? ¿Están ustedes seguros de que no hemos sido nosotros?... ¡Ah!... ¡Qué cosa horrible, qué cosa atroz es la guerra! Yo la he visto el 70... Tenía diez y siete años... Era camillero en Orleans. No he podido nunca desechar esas visiones de horror... ¡Y pensar que volveré a ver todo eso!" El 5 de agosto, por la tarde, Jules Lemaître moría, casi abandonado, en su solitario retiro. No había tenido tiempo de conocer la agresión a Bélgi-

ca y la invasión de Francia. Frente a la muerte, la esperanza fué su gran embriaguez y su postrer consuelo.

*
* *

Si en medio de la tempestad, el único homenaje tributado a Lemaître fueron cuatro líneas duras y amargas, el conde Alberto de Mun no tuvo más mortaja que un silencio augusto, piadoso, un silencio con lágrimas. Después de haber pasado su juventud en las guarniciones, la guerra burla sus quimeras ardientes, lo sorprende viejo, baldado, sin fuerzas para empuñar un fusil. Muere de angustia y de impotencia. La pluma se quiebra en sus manos, pues ya no traduce la esencia de sus sueños ni el ideal de su vida. Pero ningún sufrimiento más profundo que el de Alfred Mézières, el gran anciano sorprendido por los invasores en la casa natal de Rehon, en el Meurthe-et-Moselle. "Con esto se exponía a las persecuciones, escribe un biógrafo. ¿Pero qué le importaba? Al menos emprendería el gran viaje llevando en los ojos la luz del cielo de Lorena. Durante su cautividad, el enemigo no le ahorró sinsabores. Al fin, el 10 de octubre de 1915, noticias breves hicieron saber que acababa de morir el autor de los relatos de la invasión de 1870." ¿Y qué decir de Paul Hervieu, el ironista tierno y reflexivo, el espíritu a ratos soñador, a ratos violento, el sentimental que muere repentinamente al recibir la noticia de que un sobrino suyo ha caído para siempre al cargar contra una trinchera enemiga? ¿Y qué contar de Francis Charmes, el sobrio y fuerte director de la *Revue des Deux Mondes,* teniente de guardias móviles en 1870, que se va sin ruido, sin un gesto, después de haber condensado en un libro de cuatrocientas páginas, admirables de penetración y de serenidad, sus observaciones sobre esta guerra gigantesca, que, según la frase de Paul Deschanel, ha hecho que diez pueblos se levanten en armas contra la injusticia? (1) ¿Y qué referir de Emile Faguet, el erudito, el polígra-

(1) En esa época la intervención militar de los Estados Unidos era aún bastante dudosa.

fo, el maestro incomparable en la literatura francesa de los siglos XVI y XVII, el defensor de la acción ideal, el apóstol de la energía consciente, cuyo análisis frío pasa sobre la Revolución y llega hasta la misma puerta del Imperio, el doctrinario que roe lentamente las fallas morales, que ataca el horror de las responsabilidades, el conferencista que brilla por todas partes y a quien luego le toca un final obscuro, mientras el cañón de Verdún truena sin cesar sobre la Europa deslumbrada? A esta larga cadena de espectros gloriosos se sumó luego la noble figura del marqués de Vogüé, el maestro revelador del gran tesoro literario de los eslavos. Todos han caído en pleno trabajo, ignorados por esa humanidad que siente sobre su corazón el zarpazo implacable de la tragedia y a la cual fascina el espectáculo de la muerte. Bajo la cúpula de los inmortales se marchitan las flores agrias de la sangre y se quiebra el ritmo de los sollozos. El pensamiento no puede detener su carrera, aunque las generaciones marchen en tropel hacia el abismo. De la tierra húmeda, alfombrada con carne de héroes, sube un vapor rojo, la nube terrible y fecunda que empurpura la silueta pálida de Richelieu y que hace vivir sobre el rostro enigmático las viejas ideas olvidadas. Hasta el llanto de los que sufren parece apresurar la resurrección. ¿No fué una inteligencia profundamente francesa, no fué Guyau quien estableció que el verdadero remedio de todo sufrimiento consiste en aumentar la actividad del espíritu? Pensar no es solamente vivir, sino superarse a sí mismo. Pensar no es adueñarse de un imperio, sino de un siglo. Pensar es hacer eterna el alma de una raza, es perpetuarse sobre las realidades del mundo sensible. La inmortalidad no puede hallarse fuera de las ideas. De ahí que, mientras millones de soldados chocan sus armas, una legión deconocida, trabajando en medio de la indiferencia, prepara en silencio los reductos de la fuerza moral, las fortalezas que no se vencen nunca, el gran campo atrincherado del pensamiento, cuyas torres asoman en el crepúsculo y anuncian la salida del sol.

CAPITULO XXXVI

Silenciosa y monótona, como una piedra que cae en el vacío, la gran figura de Théodule Ribot emprende gravemente, con cierta dignidad triste, el camino de las sombras eternas. Nada importan esos setenta y siete años de vida fecunda, de los cuales más de sesenta fueron consagrados a la investigación desinteresada y al pensamiento puro. La hora es de ruda angustia, de profunda inquietud. Un drama de leyenda, espantoso y brillante, oculta la tragedia muda de las ideas. Desaparecer con el arma empuñada, en medio del relámpago de las batallas, mientras el cañón hace rugir su cólera, podría resultar acaso una quimera amable. Pero borrarse en la soledad del gabinete, entre viejas fórmulas y polvorientos infolios, hundirse sin ruido y sin gloria, cuando el mundo rehace su instinto ancestral y se siente atraído por la loca fascinación de los ejércitos; partir sin que nadie repare en la ausencia irremediable, es desconocer los derechos supremos del pensador y vaciar, con un soplo insensato, el contenido ideal de la vida. El mismo Ribot, que nos enseñó toda la amargura del sentimiento lógico, de las simpatías, de los afectos, de los odios que constituyen la base de sistemas coherentes, ha sido envuelto por esa falsa geometría de nuestro mecanismo mental, el gran fantasma de la inteligencia. Ser tocado por la muerte en el fervor delirante y tranquilo de las ideas, bajo la armonía de las leyes universales, en la serenidad de la contemplación filosófica, posee hoy un extraño encanto. La humanidad ha construído una lógica bárbara de la matanza. La guerra no sólo se sistematiza por el método y se disciplina por la organización,

sino que tiene su belleza espectacular, su estética perversa, su embriaguez sugestiva. De ahí que la figura del soñador se pierda como un punto sombrío en medio de este cuadro grandioso y terrible. Dueño de las herramientas que dominan los siglos, Ribot debe ceder el paso a la neurosis del minuto actual. Soberano del porvenir, el olvido lo hace su presa en el presente. A pesar de todo, su obra maravillosa se abre camino y crea el fermento renovador de una centuria. He ahí la *Psychologie anglaise contemporaine*, multiforme y compleja, psicología de hechos y de abstracciones, de cálculo y de fenómenos, donde se espiga el grano maduro del evolucionismo y se diseca el germen latente de los empiristas. Frente al genio británico, como una amenaza de doctrinas, aparece luego el libro dedicado a la psicología alemana, libro soberbio por la sutileza del análisis, por la fecundidad de las sugestiones, por su rigor matemático. El pensamiento despertaba de su pesado sueño clásico. El espíritu recobraba la facultad de organizarse a sí mismo. La generación francesa posterior a la guerra de 1870, asistía al nacimiento de una psicología científica, parcialmente emancipada de los valores metafísicos y orientada en el sentido de la realidad objetiva. Fué entonces que, alentado por los nuevos principios revolucionarios, Paul Bourget se lanzó al torbellino de la novela psicológica, analizó los estados de alma más contradictorios, poblando sus páginas de apetitos sentimentales, de pasiones y de locuras. La fantasía suplió la incapacidad de la ciencia. Y allí donde faltaron los instrumentos de la investigación práctica, concurrieron espectros de laboratorio, visiones glaciales, residuos de verdades apenas sospechadas por la moralidad tradicional, y que llegaban para reflejar todo su horror y todo su misterio sobre la nueva aurora del pensamiento filosófico.



Pero Ribot no se detiene ahí. Creador de formas desconocidas, ligeramente influenciado por los maestros de la escuela alemana, reacciona, como Boutroux, en el

sentido de una actividad propia, original, buscando las verdades universales en el documento vivo de la naturaleza o en el fondo de los fenómenos particulares. Dotado de una claridad mental prodigiosa, su ingenio sutil pone al desnudo las vetas preciosas, el oro perdido en la roca áspera. Ya lo vemos junto a Spencer, desentrañando el mecanismo misterioso de la adaptación, de la selección, de la homogeneidad primitiva, de la supervivencia de los más aptos, de la evolución de los sentimientos y de las ideas, del origen unilateral de las percepciones, del placer que lleva en sí el principio de la conservación total del individuo y de la especie, de todo ese mundo de teorías definidas y armónicas que Ribot convierte en el objeto preferido de sus meditaciones. Ya lo vemos penetrando en el universo de Schopenhauer, bañándose en el sistema inmenso de la representación y de la voluntad, ora recogido con ternura mística, ya atacando con furor de iconoclasta, furor sagrado, pasión fría, a la vez formidable y serena, hecha con el contrapeso de la crítica y forjándose sobre el hierro del análisis. Luego aparece el verdadero Ribot, el Ribot personalísimo, lleno de color y de fuerza. El método experimental dispersa implacablemente la hojarasca de la retórica. No obstante, fuera del positivismo árido, Ribot se eleva a planos menos estrechos y generaliza la intervención de los nuevos valores mentales. De ahí sus doctrinas sobre la herencia psíquica, no sobre la herencia directa de las perversiones, sino sobre la trasmisión de predisposiciones, de capacidades, de tendencias simples a la anormalidad. De ahí sus libros sobre las enfermedades de la personalidad, de la voluntad y de la memoria, libros amargos, llenos de una emoción helada, donde la acción potencial del razonamiento es tan fuerte como el mismo dolor de los hechos. De ahí esas páginas que nos pintan a una humanidad de seres reflejos, de cadáveres con movimiento, hombres sin conciencia, sin vida interior, que llevan dentro de sí el vacío, el silencio y la muerte. Desfila luego, en el tropel de las imágenes doloridas, una

legión de abúlicos, espíritus paralizados en el acecho, estatuas que calculan, montañas de carne impasible en donde la llama de la inteligencia arde como una lámpara inmóvil. Vemos más tarde el cuadro espantoso de las hipermnesias, de los idiotas dotados de memoria monstruosa, registros vivientes que amontonan lo pequeño, lo miserable, las limaduras de la realidad, el polvo gris de los hechos. En otro de sus libros, en su *Psychologie de l'Attention*, Ribot funda su doctrina sobre el principio muscular de Maudsley. "El que es incapaz de dominar sus músculos, también es incapaz de atención." Ribot entiende que es imposible sostener, como Condillac, (pág. 13), que, "en medio de una multitud de sensaciones, hay una que predomina por su vivacidad y que se transforma en atención". Demuestra de inmediato la escala ascendente de la atención, desde la incapacidad animal hasta la espontaneidad inteligente del espíritu superior. "Las grandes atenciones, escribe, han sido causadas y sostenidas por grandes pasiones." Ribot evoca a Fourier, horriblemente desaplicado a los trece años, y a quien la pasión de las matemáticas lo transforma; recuerda a Newton, reconcentrándose sobre un fenómeno que se repite todos los días, y que, no obstante, pasa inadvertido a los ojos del hombre vulgar; recuerda a Malebranche convirtiéndose al cartesianismo después de haber cogido, al azar, y hasta con repugnancia , el *Tratado del Hombre*, de Descartes. Para Ribot, la vocación no es más que la atención que encuentra su verdadero camino y que se orienta para toda la vida. El psicólogo descubre mundos nuevos y los analiza según su genio. En cualquier orden de la actividad intelectual, Ribot fué el sembrador augusto que dispersó sobre el planeta la semilla de todas las grandes culturas. Él sabía que la labor del espíritu no tiene nacionalidad. No hay más que un gran pensamiento humano en el cual cada nación defiende su sector ideal. En este puesto avanzado acaba de caer Théodule Ribot. Soldado admirable de una cultura sin fronteras, Ribot recla-

maba para Francia el derecho de vivir libremente y de sacrificarse por las bellas ideas. Su vida se apaga como un ensueño, mientras la sangre corre, mientras el sufrimiento dicta su ley al mundo, mientras los representantes de una raza en donde él bebió el amor al trabajo y a la bondad, se arrancan su máscara apacible y pasean sobre Europa sus siluetas sangrientas...

CAPITULO XXXVII

De todos los grandes espíritus que, antes de Paul Adam, de Carducci y de Ferrero, habían luchado con gallardía por la resurrección latina, Castelar era el más injustamente olvidado. Cuando Séneca, este profundo romano nacido de la roca hostil de España, escribió que el mejor premio de los actos buenos es el de haberlos realizado, quiso señalar sobre todas las cosas, aun mismo sobre la satisfacción íntima del deber cumplido, la fecundidad inagotable de la justicia. La bondad vale por lo que sugiere y por lo que conquista tanto como por lo que enseña. Pero los sentimientos que desbordan sobre la oleada eterna del tiempo para anunciar la vuelta de las grandes figuras desaparecidas, nos mecen en un ensueño inmenso, trastornan el ritmo implacable de la vida, desplazan nuestro corazón en el infinito, y luego desnudan a la luz, rotos y descarnados, los resortes del alma, en una visión de paraíso espiritual, chispa errante que quema el veneno de las conciencias, bacilo fantasma que roe la impureza de los siglos. Con el nombre de Castelar, inscripto en la portada de *L'Union Latine*, resucita la vieja pasión del derecho caballeresco, de la verdad sentida como un verso rudo de romance y defendida a costa de la tranquilidad y de la existencia. Después de algunos lustros de silencio, ha llegado hasta la tumba del tribuno el aliento tibio del recuerdo, y en el lugar donde se sellaron para siempre, en un rictus postrero, los labios soberanos, y donde enmudeció la voz gigantesca que puso el torbellino en los espíritus, vuelve a surgir el eco apagado, la embriaguez suprema del arte que conquistó a toda una centuria. A la fuerza

que desborda al pensamiento ha sucedido la meditación tranquila, la serenidad reflexiva, esa energía que encoge la imágenes, que hace replegar el alma sobre sí misma, que obscurece la realidad tangible, pero que aviva nuestra llama interior. "Así Lutero, escribe Castelar, cuando se rompió su espíritu en dos, uno llamado por la educación y por la costumbre a envolverse como frío cadáver en las cenizas de los claustros, y otro llamado por el raciocinio y la meditación a volar como un ave profética por los albores y auroras de la nueva idea, pasaba sus días sin alimentarse, sus noches sin dormir." Lutero había sentido en su propia carne el conflicto entre la razón y la fe, las asechanzas abominables del instinto. Todos los dolores del cuerpo, agrega Castelar, todas las angustias del pecho, todas las punzadas del remordimiento, todos los esfuerzos de los combates materiales "parecen cosa de poco momento en presencia de estas trágicas perplejidades del pensamiento y de estas batallas del raciocinio con la fe, donde se suman los deberes humanos en su totalidad real y viva, las sobrenaturales luchas de las potencias celestes con las potencias infernales, dentro de los abismos del alma." De este choque universal de doctrinas y de cañones, choque más formidable, más fecundo, más sangriento que todos los conflictos sutiles de la Edad Media, donde la paciencia discreta y sabia de los monasterios se mezclaba con el resplandor de los incendios, humareda de sistemas morales y de ruinas clásicas, esperanzas y escombros; de esta contienda actual, espantosa y bárbara, donde se disputan el campo razas distintas y mentalidades opuestas, ha de surgir renovado, potente, rejuvenecido, como lo deseaba Castelar, el diamante pálido de la latinidad. Los grandes cataclismos no sólo constituyen el fermento de las ideas olvidadas. Son la levadura del recuerdo.



El nombre de Emilio Castelar, que se apagó suavemente en medio de una tristeza apacible, vuelve a la luz de la actualidad entre el tronar de los cañones de

Europa. Como Epicteto, el tribuno era una mente estoica, la mente que se consume en la llamarada de un ensueño eterno. Rico en las imágenes, magnífico en el estilo, pero sobrio aún en las sensaciones más ardientes, Castelar era el caballero sin entorchados, sin penachos vistosos; el sembrador augusto, el abanderado de un alto ideal de fraternidad, ese ideal profundamente latino que todavía no ha muerto. Castelar había vivido junto al recuerdo de las virtudes antiguas. Poseía el amor a los débiles, la pasión de la justicia y el desprecio de las riquezas. Si hubiera nacido en la Roma de la decadencia, habría fustigado a los emperadores corrompidos y crueles, habría conservado su sonrisa de piedad frente al placer de las orgías y al dolor de los suplicios, para luego huir al desierto, como los primeros cristianos, a la inmensidad que recibía el desecho escéptico de las metrópolis y que apagaba con su abrazo de hielo el calor de los festines y la frivolidad de los retóricos. Pero tallado para una época de acción múltiple y de intereses complejos, Castelar lanzó su personalidad al vértigo de los acontecimientos. Ya dueño de una quimera sublime, ora desposeído de un derecho legítimo, ya desterrado de la patria, vagando por las tierras sagradas que fueron la cuna de sus ambiciones más queridas, Castelar se transformó durante un segundo, en la voz profética de su raza, en la carne del nuevo evangelio latino. En el cenáculo de Víctor Hugo, luego al lado de Gambetta, más tarde junto a Crispi, los grandes problemas de civilización, de cultura, de democracia, que cuarenta años después deberían presentarse a los ojos de la humanidad enloquecida, eran ya anunciados por la palabra prodigiosa del maestro, aclarados, estudiados, presentidos en sus incógnitas más lejanas y en sus consecuencias más formidables. Castelar no ignoraba que la experiencia es lucha constante, que la sabiduría es el fruto de disputas perpetuas y que las grandes enseñanzas brotaron del caos de los instintos y de los apetitos. "Cuando el clarín de las cruzadas, dice, despierta en los terruños

al siervo, como para transformar su existencia vegetal y sus raíces pegadas al campo en vida orgánica y animada de un soplo semejante al sentido por Adam al encenderse en la llama de puro espíritu el barro vil de que lo habían formado; cuando la universidad, recién nacida entre duras penas, todavía no ha logrado separarse del alero de los monasterios, y la monarquía, desgarrada interiormente por las competencias feudales, todavía no se ha deslizado de los brazos del pontífice; cuando las crónicas se trazan y la ciencia se expresa en aquel litúrgico latín eclesiástico, que sirve para separar al clérigo, encerrado en sus tradiciones, del pobre laico, cuyos labios balbucean los primeros vagidos de las lenguas vulgares; cuando en la horca levantada junto a la torre del homenaje se balancean los cadáveres de los pecheros, devorados por los buitres, y de calles a calles, de colinas a colinas, de casas a casas, hay empeñado un combate a muerte, relampaguea y truena y siembra por doquier sus manojos de rayos la guerra universal.'' Castelar nos pinta luego, de mano maestra, al laico desamparado que va por las escuelas monásticas a disputar con los doctores de la ley ''sobre problemas en cuyos términos se contenían ya los gérmenes de la ciencia.'' De la angustia medioeval, del torbellino de las sombras, brotó de nuevo el agua clara del ingenio latino. Pero, en la noche profunda, en el silencio infinito del universo, bajo el misterio de las constelaciones, engarzado en el oro de los astros, lágrima parpadeante que flota en el éter, pasa el gran fantasma. Pasa sobre las ruinas del mundo latino, rozando con sus alas la cúpula de las catedrales ametralladas y el mármol deshecho de los mausoleos. Pasa sobre las viejas provincias de Roma, creadoras inagotables de civilización, sobre Italia, sobre España, sobre las Galias, organismos de leyenda, plantas milagrosas que brotan bajo la caricia fatal de la muerte, y al llegar al seno de Francia, de la Francia que vió reconfortada después de 1870, la sombra asiste al más grandioso de los espectáculos, al homenaje anó-

nimo que le tributan quince mil españoles heroicos que vierten su sangre por la causa de la fraternidad humana, la sangre generosa que pobló un mundo y que hoy alimenta la lámpara milenaria de la justicia.

CAPITULO XXXVIII

He ahí una de las figuras más universales de la lucha parlamentaria. Silencioso, alejado del ruido mundano, empuña un día, con vigor gigantesco, las herramientas de la acción. Sabio, escondido en el recogimiento del laboratorio, se lanza de pronto al torbellino de la política para afirmar con el armazón de la ley el ideal de sus meditaciones y de sus fatigas. Ochenta y dos años son bien poca cosa en la vida intelectual de un hombre consagrado al perfeccionamiento humano y a la belleza de las costumbres. Detrás de la existencia más fecunda se halla el vacío de las ideas, el cuadro mutilado del espíritu, paisaje doliente, restos de nuestra obra incompleta. Para el pensador revolucionario, jamás se progresa demasiado. No sólo se teme la asechanza de la reacción, sino también el cataclismo histórico, la fatalidad hecha sombra, esos golpes de retroceso social que adormecen el pensamiento y que apagan el sentido de la justicia. Pero existe una fuerza íntima, superior a la voluntad de los hombres, una fuerza que en Leibnitz es armonía anterior a los hechos, que en Renán es energía subterránea, que en Bergson es impulso original, fuerza suprema que busca siempre soluciones coherentes y que conserva la frescura del alma. De ahí que el equilibrio moral de la sociedad humana, roto en la decadencia del imperio latino, desaparecido en la noche medioeval, vacilante todavía en la edad moderna, ajeno a los conflictos de las ideas y de la voluntad, quedase restablecido a pesar de discordias atroces y de guerras sangrientas. La organización de la familia no es más que un punto perdido en el campo inmenso de los fenómenos sociales.

Alfredo Naquet no es otra cosa que el instrumento formidable de esa voluntad desconocida que encarna el deseo soberano de un siglo. Ignorado de todos, Naquet aparece repentinamente, triunfa con golpes maestros, brilla durante un segundo, y luego vuelve al olvido. Hay una gran melancolía en la vida de este admirable luchador, devorado por una labor árida, agitándose en medio de pasiones violentas, que surge para asegurar definitivamente la moralidad de la familia y que se pierde más tarde, como una brizna seca, en el vértigo de su propia obra. Hasta su fe profética se nos antoja trivial y desabrida. Más bien que forjador de sistemas, Naquet nos resulta la conciencia inquieta de su época. Después de un cuarto de siglo de divorcio legal, fortalecido con todas las garantías jurídicas, nadie se asombra de sus consecuencias ni de sus caprichos. Las tentativas infructuosas de la Revolución, los debates de la segunda república y las discusiones de hace veinte años, nos parecen hoy juegos brillantes y vacíos, mascaradas frívolas. Se pensó en un monstruo lleno de dureza y de impiedad, en un duende corruptor, en un fantasma perverso que llamaría a la puerta de los hogares afortunados. Violado el sacramento del matrimonio, restablecido por el concilio de Trento, la familia se hundiría en el cieno, moriría en medio de sensualidades groseras y de depravaciones abominables. El amor nacería de la abyección, la maternidad viviría del vicio, y los apetitos más repugnantes brotarían al pie de los altares. Las ciudades quedarían desiertas, invadidas por la lepra hedionda del pecado. La humanidad desaparecería bajo una oleada de fango. Y el planeta temblaría con el derrumbe de todas sus conquistas morales.



Desgraciadamente para Naquet, el mundo siguió lo mismo que antes. No hubo desastres, ni espantos, ni perversiones. Los hogares felices no asistieron a la apari-

ción de ningún intruso degenerado. La desgracia continuó siendo desgracia, a pesar de la ley. Naquet no trajo consigo una revelación maravillosa, sino un buen remiendo. Lo que antes existía naturalmente, apareció luego vestido con fórmulas jurídicas. El reformador aprovechó la liza parlamentaria para trasmitir la sensación de realidades desconocidas. El divorcio existía como una voluntad universal, como una fuerza que está por encima del frágil mecanismo de las leyes. Fué contra la vieja Roma debilitada en su organización de hierro, desangrada en su poderío, anarquizada al igual que su derecho decadente, la Roma crepuscular que había exagerado hasta el infinito el principio legal del repudio; fué contra esa montaña de ideas agonizantes que se levantó el espíritu revolucionario del cristianismo. Y es en San Mateo donde aparece por primera vez la nueva doctrina de la familia. Interrogado por los fariseos, Jesús responde que la mujer y el hombre son todo uno, y que nadie puede separar lo que Dios ha unido. Pero Jesús no habla expresamente de la indisolubilidad del matrimonio. Frente a la ley romana, el cristianismo se yergue como una doctrina de destrucción y de piedad. Quiere rehabilitar a la mujer, redimirla de su esclavitud y unirla al hombre en una absoluta igualdad de derechos. Jesús invoca la voluntad divina para conmover los fundamentos del Estado y trastornar las ideas jurídicas de Roma. Pero no exalta el libertinaje ni condena el justo repudio. El divorcio no sólo refuerza esta ley de armonía moral, sino que es una condición esencial de esa misma armonía. De ahí que Mahoma, en quien es evidente la influencia de las ideas de Jesús, consolide la libertad de la mujer dentro de la misma poligamia, asegurándole firmes garantías de divorcio contra la posible injusticia del marido. No importa que los padres de la Iglesia, violando el verdadero espíritu de la doctrina de Cristo, hayan elevado el matrimonio a la categoría de un sacramento invulnerable. No importa que en el concilio de Trento se haya esta-

blecido, esgrimiendo el pensamiento enmascarado del evangelio de San Mateo, el lazo indisoluble de la institución conyugal. Más tarde veremos a los escolásticos embrollados en disputadas sutiles; veremos cómo el derecho canónico cae en contradicciones monstruosas y acaba por admitir la disolución del vínculo, por simples motivos religiosos, cuando triunfan, sobre el deslumbramiento fugaz del sexo, las razones sagradas del creyente. Es que, por debajo de la dialéctica vacía, por debajo de los intereses de secta, hierven pasiones profundas, se agitan misterios eternos. Más fuerte que el capricho supersticioso del hombre es el secreto de su propio destino. El divorcio existe en el fondo mismo de la naturaleza humana. De tantas discusiones, de tantos gritos, de tantas polémicas, hoy no queda más que un polvillo estéril. Nos asombra ahora la idea de que el hombre haya podido menospreciar el tiempo en tan vanos ardores. He ahí por qué Alfredo Naquet ha sido prontamente olvidado. Muere dentro de esa otra gran muerte que es el silencio sin recuerdos. ese silencio que ha tejido sus sombras alrededor de la vida. Llegó en el momento oportuno, como han llegado siempre los grandes espíritus de Francia. Llegó como Gambetta, desconocido antes de 1870, la voz augural que hace resucitar, en un minuto de fiebre, a la patria en ruinas. Llegó como Joffre, trabajador ignorado antes de 1914, cuya frente de taciturno estaba hecha para los laureles del Marne. A pesar de todo, la muerte de Alfredo Naquet no está desposeída de grandeza. En medio de la Francia que sangra, de la Italia que hizo vivir los primeros vagidos de la justicia; en medio de la solidaridad latina, dentro de un marco magnífico de sufrimientos y de heroísmos, Naquet es la piedra que rueda silenciosamente hacia abajo, el esfuerzo humilde que hoy se pierde en el abismo sin color donde van a juntarse, fundidos y deshechos, todos los sueños, todas las quimeras, todas las esperanzas...

CAPITULO XXXIX

En medio de las olas de sangre que la envuelven, Francia no se ha olvidado de tributar a Gambetta el homenaje de su recuerdo. M. Antonio Dubost, presidente del senado, ha evocado, en una sesión memorable, las hazañas de aquel hombre fuerte, que fué el alma de la defensa nacional de 1870. Bajo los ojos atónitos de las generaciones jóvenes, ha desfilado la silueta admirable y vigorosa del gran republicano, que, en una hora difícil para su patria, maravilló al mismo Bismarck y conmovió el espíritu tranquilo del viejo Guillermo I. Y en verdad que la obra de Gambetta tiene algo de prodigio, lleva en sí mucho de extraño, de temerario, de milagroso. Dubost nos relata que el ilustre demócrata quiso y comenzó dos grandes cosas que hoy se han realizado y que llevan a Francia hacia el mejor destino. Puso su pensamiento en el ejército de la república y dió fuerza a un pueblo "que desafía la muerte, pero que no quiere morir." Si Gambetta hubiese vivido cuatro siglos antes, se le hubiera creído gobernado por el dedo divino, se le hubiera beatificado como a Juana de Arco. Pero el incansable organizador se meció en una época de dura impiedad y de positivismo científico. Sin embargo, su obra maravillosa se hizo de la nada, su esfuerzo gigantesco se formó en el caos. Este hombre, que trabajó en el vacío, logró plasmar una conciencia eterna. El ejército democrático que soñó Gambetta. es actualmente una realidad. "Nosotros lo tenemos ya, exclama Dubost, y no hemos pensado en él más que para mejorarlo y darle el secreto de la victoria." Más adelante, el orador se detiene sobre la energía moral que

breta de los derechos del pueblo, de las virtudes ciudadanas, esas verdades resplandecientes a las cuales Gambetta dedicó su vida entera. "Él quiso, prosigue, colocar a Francia bajo la protección de las potencias morales que proclamaba inmanentes y que anunciaba, para un día no lejano, como superiores a la fuerza! Y son ellas las cuales, de un extremo a otro de la tierra, hoy han congregado tantos ejércitos para dar su sanción a la justicia de los pueblos." Como se ve, la batalla que comenzó Gambetta hace medio siglo, acaba de alcanzar su punto culminante. Cercado en París, franqueando en globo las líneas alemanas, arengando a las muchedumbres abatidas, nombrando prefectos, poniendo en pie al ejército del Loire, haciendo funcionar de nuevo la vida administrativa, sacudiendo la parálisis de la nación, Gambetta no hizo más que organizar fuerzas psicológicas, no hizo otra cosa que preparar el advenimiento de un nuevo ideal. Del choque de dos tendencias opuestas ha nacido un nuevo concepto de la libertad. De la reacción entre el imperialismo prusiano y las quimeras de los visionarios del siglo XVIII, ha surgido la actual democracia francesa. Gambetta supo perpetuar esos resplandores sagrados. Situado en medio de crepúsculos, entre ideas marchitas y polvo de héroes, le tocó unir dos senos luminosos a través de una centuria. Fué el intérprete de un futuro en el cual empezamos a entrar con la cabeza erguida y sin doblar las rodillas. Fué el augur dichoso que puso en contacto dos mundos distintos, el medium que toca el fuego sin quemarse, como si una capa misteriosa lo hiciese impenetrable a la destrucción. Frente al segundo imperio que se corrompía, que caía a pedazos, invadido por una lepra maldita, Gambetta no abdicó de su fervor tenaz y discreto. Vivió en un plano superior, donde no llegaba el vaho de las pestilencias. Soles apagados, grandezas muertas, fiebre, silencio, todo lo que pone en la conciencia la sensación amarga y melancólica de nuestra vida, había entristecido su cerebro, había dado a su pensa-

miento un sello de dignidad y de suave nobleza. No se contagió su inteligencia con la inercia que la bloqueaba por todas partes; se levantó contra el medio, estalló brutal y enfurecida, comunicando a sus contemporáneos el impulso de su actividad y de su inquietud, salvando la historia de un salto, levantando masas de hombres, y consiguiendo extender en el tiempo, como una campanada eterna, la vibración de sus sueños dominadores.

*
* *

En *Le Matin*, M. Gaston Thomson publicó las cartas que Gambetta escribía hace cuarenta años a su amigo Ranc. Son algunas líneas arrancadas a la intimidad, sobrias y fuertes, escritas en momentos en que Bismarck amenazaba de nuevo a Francia. El gran repúblico confiaba al papel sus temores y sus esperanzas. En aquella época sus previsiones hubieran sido admitidas como fruto de una imaginación exasperada. Pero esas palabras, que nacieron para apagarse dulcemente en el seno de la amistad, tienen una poderosa visión profética. Gambetta lee el porvenir sin frases solemnes, sin gestos de adivino, sin contorsiones ni mascaradas. Una mano enérgica desgarra la niebla y se abre paso sobre las incertidumbres del presente. En ello hay algo de frialdad discreta, de melancolía disimulada, de dureza profesional. Es que Gambetta no era sólo el soñador violento que marcó los destinos de un pueblo, el lírico arrebatado que cantó al borde del desastre el renacimiento de Francia. Gambetta era un brazo fuerte, un hombre de acción. No perdió el tiempo en la plaza pública, como los retóricos de la decadencia bizantina, discutiendo fórmulas vacías frente al enemigo sanguinario, a la oleada bárbara que rugía a las puertas del hogar nacional. Su dios no era la bacante de líneas duras y armoniosas que consagraba en su torno a los teóricos sutiles del bajo Imperio, el genio dionisíaco, blando y sonriente, coronado de pámpanos, con sus ojos sensuales, sus muslos

lúbricos, sus labios glotones, esos labios manchados aún por el vino, todavía agrios por el zumo de la vendimia. Su ideal era la Victoria de Samotracia, la diosa de alas dominadoras y pecho augural, el tronco mutilado que no conoció los besos enervantes de la orgía, sino el latigazo áspero de la tormenta. Luchar contra las fatalidades de la historia, poner un freno a la adversidad, ésa fué la obra de Gambetta. Para comprender la injusticia de los hombres, el tribuno no esperó que la sangre del degüello salpicase el pedestal de las estatuas. Aún cuando los mármoles de Santa Sofía empezaron a cubrirse con su velo rojo, no obstante el torbellino de la muerte, los filósofos proseguían sus divagaciones sobre la fraternidad de los espíritus y la supervivencia del afecto. Gambetta previó el inmenso fastidio de un pueblo completamente feliz, que vive para la contemplación, que ignora la lucha creadora y que repudia el soberano trabajo de los músculos. El dolor surgiría entonces de la propia dicha. La desgracia daría en coincidir con la fortuna, y el sufrimiento se buscaría como un placer. Cuando se vuelve hacia los enemigos, Gambetta no estalla en frases altisonantes. La amargura de la derrota no ha conseguido enturbiar el sentimiento de su justicia. "Bismarck, escribe, ha sabido transformar la Alemania, dividida e impotente, en un gran imperio disciplinado y fuerte. En cambio, no estuvo tan bien inspirado al exigir la anexión de la Alsacia y la Lorena, pues va en ello el germen de muerte de su obra... En una época de civilización refinada como la nuestra, no se conquista a los pueblos contra su voluntad. La conquista moral no ha seguido nunca a la conquista material." Gambetta define la acción libertadora de la cultura francesa, desentraña el choque fatal de dos tendencias opuestas, de dos mentalidades distintas. "De ahí, agrega, que las poblaciones de las provincias anexadas, habiendo vivido lo más caballeresco y seductor de la cultura francesa, se resistan a aceptar el régimen de brutalidad y de esclavitud que se les ha impuesto." El ilustre tribuno asiste

a la alteración del equilibrio europeo en favor de Alemania. La espantosa guerra de que somos espectadores estaba prevista hace cuarenta años. "Los alemanes han herido el corazón de Europa, dice Gambetta. Hasta que no hayan reparado su falta, nadie osará desarmarse. La paz del mundo, tan necesaria a todos los pueblos, quedará a merced del primer incidente."

*
* *

Desde que se puso la firma al pie del tratado de Francfort, se ha venido jugando torpemente con la paz de Europa. El más simple movimiento, la menor iniciativa, los más insignificantes proyectos eran turbados por el espectro amenazante de la guerra. Si Rusia e Inglaterra, en 1870, hubieran acertado a limitar las ambiciones del pangermanismo, Europa hubiera evitado los peligros de una nueva invasión en tiempos de Thiers, se hubiese ahorrado las asechanzas de la política oriental y los golpes teatrales de Tánger y de Agadir. En el fondo de todo problema internacional hay un pequeño sedimento de egoísmo. Lo mismo que el *Times* decía entonces sobre Francia, los diarios alemanes lo repetirían cuarenta años más tarde sobre Inglaterra. ¿No estamos cansados de escuchar las frases hechas acerca de la degeneración inglesa? La historia repite los ecos de una misma campana misteriosa que suena no se sabe en dónde. El eco, fantasma del sonido, tiene los atractivos inquietantes del error, que es el fantasma de la inteligencia. Parece que la humanidad lavase en el dolor ajeno sus placeres culpables. Si Rusia y la Gran Bretaña, presintiendo el florecimiento germánico, se hubiesen arrojado a la manera búlgara sobre el imperio naciente, las páginas actuales habrían de escribirse en otro sentido. Degeneración no es debilidad, ni la fuerza significa el privilegio de la virtud. A pesar de todo, la guerra que santificó Mazzini, la guerra sin deseos de rapiña ni apetitos repugnantes, es compatible con un ideal de renovación

y de libertad. El fuego abrasa las tiranías, hace cenizas de los tronos. La violencia no excluye el advenimiento de la justicia. Se mata para amar más cómodamente y para vivir mejor. La guerra existirá mientras haya hombres capaces de turbar la armonía de las leyes universales. He ahí las cartas del héroe de la tercera república, las confidencias hechas al amigo, las palabras que no esperaron la publicidad sino para iluminarnos sobre la corriente de un pensamiento que creíamos muerto. Se diría que el planeta no reposase sobre ninguna idea de bondad, que fuese un péndulo gigantesco, oscilando eternamente entre lo torpe y lo sublime. Gambetta confía en el juego silencioso de las alianzas, en las combinaciones disimuladas de la política internacional. Cree en la sagacidad del príncipe de Gales, el futuro rey Eduardo VII. "No participa, dice, de la hostilidad de una gran parte de la nación inglesa contra Rusia. Siento en él la pasta de un gran estadista." Gambetta revela el fondo íntimo de sus ideas. Desea que Rusia tenga por enemigos a los enemigos de Francia. De ahí podría brotar un sentimiento espontáneo de alianza entre los dos países. "Es claro que Bismarck quiere unirse a Austria, exclama. Es preciso, pues, que la Rusia advierta que nosotros podemos ser sus aliados. Desde la Revolución, nuestro país ejerce una gran influencia en Europa. No ha de pasar mucho tiempo sin que vea a Inglaterra y Rusia con nosotros." Los presentimientos de Gambetta se han cumplido. De tantas visiones brillantes no ha quedado más que un residuo amargo. La sangre ha llegado otra vez al seno de Francia. Pero en medio de la desesperación y de la tristeza, su antiguo heroísmo no la ha abandonado. Cartas, hojas errantes, frías y olvidadas como la hora en que fueron escritas, polvorientas como la lápida donde un forjador moribundo vertió sus esperanzas en forma de lágrimas. Ellas son hoy un acicate y un consuelo. Emilio Castelar, que nos dejó, trazado con su mano de maestro, un retrato admirable de Gambetta, conmueve, más que por su sensibilidad de artis-

ta, por la ternura del hombre que espió en silencio el triunfo de la justicia. El camino no se abre con apretones de mano y con sonrisas mágicas. Solamente comprenden la existencia aquellos que, a pesar de verse torturados por un vértigo de emociones, saben esperar sin inquietud, sin falsa angustia, pues sólo se orientan después de haber muerto en germen las quimeras del corazón y de haber cortado sin piedad el vuelo del alma.

CAPITULO XL

En la tarde del 14 de noviembre de 1914 la vida de Lord Roberts se apagaba dulcemente sobre las líneas fantásticas de Flandes. Ya octogenario, habiendo sentido caer el crepúsculo sobre sus sienes, los ojos enérgicos, la mano erguida y vacilante, el forjador de la epopeya colonial de Inglaterra se hundía en el horizonte incendiado, desaparecía entre el humo y la polvareda de la batalla. Durante toda su vida, Lord Roberts fué el vocero ardiente de la conscripción. Tratado de visionario, creía él, sin embargo, que la victoria no se improvisa con frases bonitas. Se dijo que era demasiado bondadoso para guerrero, demasiado impresionable para conquistador. No obstante, Lord Roberts había llevado a cabo en la India una obra gigantesca de penetración moral, había conseguido poner una nota de paz en la tragedia abominable de los espíritus. El militar británico llegó hasta donde nadie había llegado: hasta la conquista íntima de las razas, proclamando el intercambio de los valores éticos y respetando la autonomía de las sociedades incorporadas a la corona de Inglaterra, Lord Roberts sintió entonces el fuego de las tribus rebeldes, aspiró el veneno de la selva indostánica, llamó en su auxilio al sortilegio de los ríos sagrados, luchó con la fiebre, con la peste y con los insectos. Sobre la superficie lisa de los pantanos flotaron entonces los signos misteriosos de la redención, sobrenadaron los lotos místicos, aparecieron las flores de la gratitud y del sacrificio. La espada del conquistador se transformó en la hoz resplandeciente que se levanta con la aurora para abatir la cosecha contra la tierra y segar las mieses maduras.

A pesar de todo, Lord Roberts era un incomprendido para la Gran Bretaña. Por algo Anatole France nos enseña a llamar escépticos a los que no poseen nuestras ilusiones. En Lord Roberts los ingleses no han querido ver más que al héroe de la campaña de Afganistán, al pacificador de la India, al mago que formó de la nada regimientos magníficos, hechos con indígenas impasibles, a cuya cabeza marchaban rajaes millonarios, cubiertos de vestidos extraños y de pedrerías fastuosas.

*
* *

En sus correrías lejanas, amontonando la experiencia diaria, Lord Roberts había madurado la sutileza de su instinto militar. No deseaba para la Gran Bretaña un ejército de mercenarios. Rechazaba el enganche a base de contratos denigrantes, abominaba de la esclavitud pactada con el hambre, la desesperación y la ignorancia. En cambio, el anciano militar quería el servicio activo de los ciudadanos, reclamando la mayor suma de libertad dentro de la disciplina, restableciendo la autonomía consciente de los individuos sobre los deberes lógicos del soldado. Lord Roberts no buscaba ni anarquistas ni autómatas. Creía que el bienestar de la especie no se hace a costa del cercenamiento completo de la personalidad humana, sino sacrificando algo de nosotros mismos, algo de nuestra placidez egoísta, en holocausto a los grandes ideales que gobiernan nuestra existencia. He ahí el sentido psicológico, la esencia subjetiva del servicio militar obligatorio, doctrina que apasionó al mundo político de Inglaterra después de transcurrido un año desde la muerte de su precursor, sistema de acción social que crece al calor del país más individualista del planeta y que sirve de bandera al propio Lloyd George, uno de los más grandes reformadores de este momento histórico. ¿Por qué Lord Roberts sabe ganar batallas después de muerto? Porque donde todos habían visto un rudo guerrero, nadie había querido descubrir

al hombre de ideas, al organizador moral, a la inteligencia que era una disciplina para las almas.

* * *

La Gran Bretaña inició la guerra con un ejército que no correspondía a su grandeza ni a sus recursos en hombres. No obstante sus años, Lord Roberts se interesó vivamente por las operaciones. Sus trabajos no se hubieran visto nunca completos sin una visión de la realidad. El viejo militar no podía resignarse a su retiro de Inglaterra. Quiso bajar al continente, ¡presenciar por última vez el choque espantoso de los hombres. Lord Roberts se sentía de nuevo el sabueso que olfatea la muerte, que husmea la fatalidad y que sigue la pista del destino. Ya en tierra de Francia, estremecida por los truenos del cañón, Lord Roberts se vió rejuvenecido. Pudo mezclarse con sus soldados hindúes, con sus queridos soldados hindúes, alma de esos regimientos que él había visto nacer de sus manos y en cuyas filas había pasado cuarenta años de su vida. Ahí estaban las unidades de Delhi, la división de Lahore, el 47.° de sikhs, los batallones de gourkhas, los Garwal Rifles, los escuadrones de Meernt... Ahí estaba toda la India, tranquila, misteriosa, toda la India llena de recogimiento, de heroísmo y de majestad. El 13 de noviembre Lord Roberts se hallaba en Saint-Omer. Del lado de Neuve-Chapelle, hacia Richebourg, rugía el cañón de Francia. Roberts no quería marcharse sin visitar el cuartel general de Foch, ese centinela avanzado bajo el cielo enrojecido de Flandes. "El general Foch, escribe *Le Temps*, recibió al viejo mariscal en su oficina municipal, donde había pasado tantas horas conmovedoras durante la batalla del Yser, mirando un antiguo reloj de pared y esperando el campanillazo del teléfono". Lord Roberts se interesó por las explicaciones de Foch, felicitó a los oficiales del estado mayor y declaró su admiración por la forma prodigiosa cómo los franceses cumplían los prin-

cipios de las batallas modernas, estableciendo diques formidables para contener la oleada invasora. El mariscal estaba de buen humor. Sus ojos brillaban, enardecidos por la esperanza. Hasta sus arrugas del rostro parecían sonrisas. Por la tarde, Lord Roberts volvió a sus regimientos indios. "Entonces tuvo una coquetería de soldado, agrega *Le Temps*. Se quitó la pelliza para pasar revista a las tropas. Esos días de noviembre eran muy fríos. Al regresar a Saint-Omer, Lord Roberts tiritaba. El 14, al declinar la tarde, estaba muerto". La agonía fué lenta y dulce, sin violencias, sin crispaciones, sin espasmos. La vida del guerrero se deshizo como copo de nieve, se disipó en un soplo de invierno. Inglaterra perdía, más que un hombre, una entidad moral. Los hombres se renuevan, se transforman, se substituyen. Sólo los valores íntimos dejan detrás de sí el vacío, cuando desaparecen agostados por el sufrimiento o languidecen en un estertor irreparable de repugnancia, de fastidio y de amargura. He ahí la gran enseñanza que hemos despreciado y que el porvenir ha de aprovechar a costa de nuestra insensatez.

CAPITULO XLI

Desconocido ayer, humilde jefe del regimiento 33.º de infantería, Felipe Pétain ha alcanzado hoy, frente a las fortalezas de Verdún, el más alto grado de la celebridad. *Il est parvenu à la grande foule,* como dicen sus biógrafos. Ha llegado al fondo mismo de la multitud que lo ignoraba, que no lo había visto penetrar en Bélgica desde los comienzos de la guerra, que no había asistido a la maniobra admirable que lo llevó desde Vimy hacia la inmensa llanura que se extiende hasta Lens y hasta Douai. Las hazañas de Artois ya estaban olvidadas. La epopeya magnífica y terrible de Champagne, esa página prodigiosa de la historia de Francia, no había descubierto aún el nombre del soldado genial que la concibió y que supo afrontarla. Fué necesario el espanto de un nuevo desgarramiento para que las miradas del mundo se volviesen, maravilladas y enternecidas, hacia el misterioso general que surgía de un torbellino de humareda y de sangre para imponerse al enemigo, no sólo con el arrebato de la victoria, sino también con el prestigio de los valores técnicos y de la ciencia militar de Francia. Aún cuando todos los críticos del general Pétain están de acuerdo en sostener que, sin la guerra europea, la figura de este vigoroso estratega se hubiese apagado en el silencio, hay que convenir, a pesar de todo, que los sucesos forjan a los hombres cuando existe una voluntad humana superior a las fatalidades de la historia. Solamente sobre las medianías los acontecimientos obran como caricia efímera. Felipe Pétain es hijo de sus concepciones, es un exponente de su propia fuerza moral. Necesitó de la gue-

rra como el artista necesita del lienzo. El campo de batalla fué el escenario de su corazón y de su genio. "Tenía una reputación sólida en el ejército, escribe *Le Journal;* pero la gran masa no sabía nada de él. Veinte meses de guerra lo han puesto a la altura de los más famosos generales. Ha franqueado de un salto todos los peldaños. Vedlo ya en plena gloria." Cuentan los biógrafos del defensor de Verdún que, en las maniobras de otoño, cuando llegaba el momento de hacer la crítica de las operaciones, Pétain se acercaba silenciosamente, con la pipa colgada de los labios, al círculo de oficiales de estado mayor. Como recogido sobre sí mismo, echando gruesas bocanadas de humo, Pétain escuchaba todas las censuras, todos los elogios, todas las opiniones. Llegado el instante en que se requería su juicio, el militar se expresaba secamente, con decisión, en términos breves y geométricos. Pétain es el perfecto general de una democracia, para quien los valores morales, más que una fuerza, constituyen una recompensa. (1) Se relatan casos curiosos en que siendo la opinión de Pétain contraria a la de todos sus jefes, le tocó demostrar prácticamente, siempre con éxito, las consecuencias funestas del error que otros habían defendido. No obstante, su sinceridad alimentó los progresos de la injusticia. Pétain conoció las reservas crueles de la intriga, las durezas de la indiferencia y del abandono. De ahí que posea la pasta íntima del triunfador, ese fermento sagrado que lleva más de amarguras que de sonrisas. "Sus ascensos, escribe un biógrafo, no fueron rápidos. Sin la guerra, hubiese corrido el riesgo de morir nada más que con las dos estrellas. ¿Por qué? Es tan modesto, que nunca se sintió capaz de solicitar ni aún aquello que le correspondía." La guerra que reveló al militar, ha desnudado también las antiguas miserias. Pero un espíritu de justicia inviolable, más fuerte que todas las con-

---

(1) «L'expression de ces chaudes sympathies est une des récompenses des sacrifices consentis». (Párrafos de una carta del general Pétain sobre mi libro *La Fragua).*

tingencias del destino, hace que Francia identifique la gloria del general vencedor con la suprema aspiración hacia las reparaciones de su derecho hollado y de su integridad escarnecida. Los soldados pasan y mueren, pero Francia es eterna.

*
* *

La vitalidad de Francia, la vieja energía francesa proclamada por Gabriel Hanotaux en un libro célebre, mientras Demolins nos embriagaba con sus himnos al poderío de los anglo-sajones, mientras el mismo Le Bon, saturado de virus germánico, anotaba los grados fantásticos de la decadencia latina, la vieja energía francesa de la cual desconfiaron en un minuto de locura sus más formidables representantes, nos da hoy el espectáculo prodigioso de su capacidad para vencer y de su fuerza para penetrar las almas. Ella viene desde el infinito de la raza como la savia de un árbol secular. Nos renueva con el soplo de las centurias, ese aliento sutil del abismo, que trae consigo todas las enseñanzas y todas las grandezas de las horas muertas. Pétain no es otra cosa que una encarnación admirable de esa soberana vitalidad francesa con raíces ignoradas. El nombre del soldado no recuerda leyendas de heráldica ni sugiere blasones de aristocracia. Sus orígenes no pueden ser más humildes. Descendiente de campesinos, Pétain conserva todavía sus amigos de la infancia en Cauchy-á-la-Tour, en la cuenca hullera de Pas-de-Calais, donde aún existe la granja paterna. Al igual que Pétain, el general Joffre desciende de un pequeño industrial de Rivesaltes y el general Sarrail es hijo de modestos burgueses de Carcasona. Foch nace en la aldea de Valentine, enclavada en los contrafuertes milenarios de los bajos Pirineos, y Gallieni pasa sus primeros años en Saint-Béat, villorrio perdido en la frontera de España. La energía francesa busca sangre nueva a la sombra de las montañas y se rejuvenece con la soledad del campo. Los que no pensa-

ron en una Francia enriquecida bajo este aluvión de fuerzas gigantescas e incontaminadas, no pudieron prever su renacimiento incomparable. Contra los que siguieron las teorías frívolas de Demolins, contra los que se dejaron arrastrar por la sirena de un doctrinarismo de decadencia que sólo existía en la verba abstracta de los metafísicos y en la imaginación absurda de los profesores de la energía sajona; contra las frases de los escépticos y los gestos de los impotentes, Francia se levanta de nuevo para destruir con hechos maravillosos la obra intelectual de dos generaciones de descreídos y de inertes, en quienes la derrota de 1870 había inoculado el veneno de la tristeza y del desaliento. Nadie como Carducci profetizó esta deslumbrante resurrección. (1) El espectáculo de la Francia vencida sugería al gran poeta de la unidad italiana la visión radiosa de Anteo, el héroe mitológico que renacía con más vigor cada vez que sus espaldas tocaban la tierra. Madre también de Francia, la tierra le da sus energías escondidas, sus frutos apenas desflorados. Anteo parece fecundarse a sí mismo, cada vez que cae contra el surco. En ese sentido, Pétain es un símbolo viviente de la fuerza francesa. Retoño de un viejo tronco de agricultores que, desde hace doscientos años, viene sembrando la tierra de Francia, Pétain es el soldado en guardia, la última espiga hecha bayoneta, la postrer semilla que defiende a la madre común tantas veces violada por las herramientas del trabajo y embellecida por los cantos de la fraternidad. Los símbolos se integran y se desgarran en el ciclo infinito del universo. Cuando vuelvan las horas de paz y de placidez, esa pequeña granja de Cauchy-à-la-Tour, con sus corrales, con sus graneros, con sus establos llenos de estiércol donde picotean las gallinas, esa casa construída para la labor de los campos, donde vivieron y murieron tantas generaciones de labradores, ese cortijo perdido en la inmensidad del planeta, que

---

(1) Léase el capítulo XXXIII de este libro.

de pronto da a la luz el guerrero predestinado por la conciencia universal para ganar la más grande batalla de la historia, esa casa rústica y olvidada será la demostración más evidente de todo lo que puede el espíritu inagotable de Francia, cuyo genio nace bajo las piedras de las alquerías en la hora de prueba, y cuya energía brota a torrentes, sin descanso, como de una arteria recién abierta...

CAPITULO XLII

Durante el período inquietante del 21 al 25 de febrero de 1916, se jugaba en Verdún la suerte de Francia. Una formidable ofensiva se había iniciado contra la ciudad heroica, la ciudad bajo cuyos muros debería desarrollarse la más espantosa de todas las tragedias de la historia. Muchos días han corrido desde aquella fecha. La atroz matanza aparece ahora vestida de penumbras, velada por tonos discretos. El tiempo apaga los matices del heroísmo, pero exalta las reservas morales de la nacionalidad. Es la bóveda inmensa que recoge el recuerdo y lo multiplica como un eco sagrado. De Verdún no queda hoy más que una sensación de grandeza. Los detalles se han perdido en el vacío. No obstante, se hubiera dicho que el mundo había paralizado su vida espiritual en ese minuto terrible en que se decidía por segunda vez de los destinos de Europa. En páginas admirables, Henry Bordeaux nos ha trasmitido todo el horror y toda la angustia de aquellos días. Seiscientos mil hombres quedaron tendidos sobre esos campos de desolación, campos extraños, a los cuales la monstruosa artillería moderna transforma en verdaderos paisajes lunares, monótonos y fríos, cubiertos de crateres negros y de lodo sangriento. La intensidad del bombardeo era inesperada. Nada más horrible que aquel diluvio de fuego. El obús germánico registraba todos los rincones del campo enemigo, hundiendo trincheras con estrépito y levantando montañas de fango. Durante la noche, el trueno parecía enfurecerse y redoblar su rabia. La luz lívida de los reflectores se confundía con el relámpago de las granadas. Cuando el cañón enmudecía por mo-

mentos, estallaban cohetes lejanos, multicolores, señales misteriosas desgarrando la sombra. En Haumont una compañía entera volaba en pedazos. Muchos soldados no podían resistir la conmoción nerviosa, y corrían como fantasmas entre las llamas de los incendios. Y allá se perdían, a lo lejos, mordidos por su repentina locura, con la boca crispada y los ojos brillantes de fiebre. Y allá caían, deshechos y pulverizados por los fuegos de barrida, mientras sus compañeros, en medio de una lucha gigantesca, se sostenían a lo largo de Herbebois, Bois des Caures, de Wavrille, de Douaumont. Siete cuerpos de ejército, bajo las órdenes del príncipe heredero de Prusia, forman un semicírculo implacable alrededor de Verdún. Los obuses con gases lacrimógenos y sofocantes, hacen explosión en las posiciones francesas. Las comunicaciones telefónicas han sido cortadas. Los abrigos empiezan a ceder. En Bois des Caures batallones enteros son sepultados entre los escombros. El coronel Driant reorganiza a sus cazadores dispersos y carga para morir. Una bala en la sien lo derriba contra las empalizadas de alambre de púa, esas barreras ya deshechas, furiosamente retorcidas por el aterrador bombardeo. Cuando cae el último de los cazadores del coronel Driant, un oficial germánico reconoce el cadáver del jefe francés. Su sepultura es digna de su sacrificio. Por otra parte, en Bois de la Ville se suceden dramas espantosos. Mientras la artillería francesa se empeña en bombardear la selva de Spincourt, donde la cantidad de cañones enemigos es incalculable, la línea de defensa se repliega en busca de nuevos abrigos. En el bosque de Gremilly, al norte de la Jumelle, los alemanes poseen tantas bocas de fuego que los aviadores no consiguen determinarlas todas. Las primeras líneas son totalmente niveladas bajo esa tempestad de metal y de llamas. Del lado de Samogneux, la situación no puede ser más crítica. Los muertos y los heridos son abandonados. A veces, a pocos metros de las trincheras, se arrastra algún hombre con el uniforme desgarrado y la barba llena de barro sanguinolento. Imposible socorrerlo. Sus quejas

no se oyen, sus súplicas se pierden en el vacío, sofocadas por el estruendo, devoradas por el torbellino de la matanza. Allí morirá de fiebre y de sed, de angustia y desconsuelo, siempre que alguna bala piadosa no venga, silenciosamente, a aplacar esa gran desesperación anónima. Se diría que un demonio gigantesco triturase a los hombres hasta convertirlos en polvo. El relato del representante de la *United Press* que se inclina a recoger un casco militar y que encuentra dentro de él una cabeza humana, no constituye la fantasía diabólica de un humorista de la guerra a lo Bernard Shaw. Ese episodio era una realidad constante en aquellos días de epopeya y de infierno. Las líneas francesas parecían un monstruo flexible, extraño y fantástico, que se replegaba y se retorcía sin romperse. Era necesario abrir una brecha para marchar rápidamente sobre Verdún. El emperador arenga a sus famosos soldados de Brandeburgo. La palabra imperial enardece a esas tropas magníficas, escapadas de la leyenda, hijas del fervor militar de Prusia, y donde el heroísmo se concede como un privilegio de la fortuna. ¿Quién se sentiría capaz de resistir a soldados tan admirables? En esos días entra a la hoguera la legión de hierro. Francia ha arrojado al volcán su última esperanza. Un viejecito todo blanco, un soldado de ojos bondadosos y enérgicos, manda la legión de hierro, dirige a su puñado de elegidos bajo un diluvio de chispas mortales. Ese hombre es Balfourier. Lleva sobre sus espaldas una responsabilidad terrible. Ha dicho que el enemigo no pasará. Debe cumplir su palabra. Su simplicidad es tan profunda como su heroísmo. (1) Los alemanes se encarnizan, con sus 305 y sus 380, sobre las granjas de Anglemont y de Mormont. "Era preciso, para mantenerse allí, dice el *Bulletin des*

---

(1) Je ne maudis d'ailleurs qu'à moitié mon retard, puisqu'il me permet de vous dire toute mon émotion à la lecture de ces lignes si vibrantes, d'une humanité vraiment supérieur . Merci de tout coeur du plaisir que je vous dois. S'il m'est jamais donné de vous rencontrer, soyez certain que ce me sera une joie sincère de vous redire mes sentiments de gratitude et de cordiale amitié». (Fragmento de una carta del general Balfourier al autor de este libro).

Armées, toda la energía de los jefes, toda la admirable disciplina de las tropas bajo la metralla, la voluntad unánime de todos. Nadie flaqueó''. Sin dormir, comiendo apenas, en acecho perpetuo frente a la línea enemiga, la legión de hierro soportó un bombardeo atroz de setenta y dos horas. Entretanto, la batalla se extendía hasta Beaumont y Herbebois, pasando por Chaume, Vacherauville, por los bosques de Rappe y de Fosses. Luego, después del 26 de febrero, cuando la rápida ofensiva alemana había terminado, vinieron las cargas formidables contra Damloup y contra Douaumont. La entrada de los brandeburgueses y de la legión de hierro dió al espantoso choque una grandeza desconocida. Balfourier deja aproximar al enemigo a algunos metros de las fortificaciones y luego lo barre con las ametralladoras. Las ráfagas de hierro abren claros entre las filas grises de los atacantes. En algunas partes los soldados se mezclan, gritan, cantan, aturdiéndose con el ruido infernal de sus juramentos, con la embriaguez trágica de esa lucha de bayonetas, bestial y vertiginosa como una orgía satánica. A un hombre le cuelga la mano de un hilo de carne ensangrentada. Con movimiento brusco, mordiéndose los labios de dolor, el hombre rompe el músculo, todavía palpitante, y arroja la mano al azar. En los alambrados de púa hay prendido un museo de restos malditos. Brazos, piernas, cráneos, trozos de piel humana, guiñapos de uniformes, armas y andrajos, todo cuelga en confusión de esas barreras intrincadas, deshechas y revueltas por la artillería. ¿Qué sucedería? Nadie osaba preguntarlo. Mientras la legión de hierro se desangraba en una lucha sin ejemplo, hasta el límite de las fuerzas humanas, Pétain sucedía a Humbert. La ciudad organizaba sólidamente su defensa. Muy pronto deberían surgir Nivelle y Mangin. Es que la legión de hierro había permitido este supremo renacimiento. El momento era grave y solemne. Ya nadie llegaría a hacerse dueño de las ruinas. Verdún se transformaba en una fragua de héroes. Cuando se empieza a crear, después de haber sufrido, la victoria es un manto sagrado que se defiende con el bálsamo de su misterio.

CAPITULO XLIII

Los paladines de la diplomacia han cedido al paso de los soldados. Cuando sólo hablan los cañones, un polvo gris cae sobre la suntuosidad de las embajadas y el brillo de las conferencias ceremoniosas. El humo de las batallas borra el recuerdo de las recepciones resplandecientes, desvanece el encanto de las alianzas firmadas entre brindis sonoros. Ya que los ejércitos han entrado en juego, los antecedentes diplomáticos no sirven más que para justificar las razones de la violencia. Entre el torbellino de las noticias militares, los periódicos franceses dedican algunas líneas escuetas y breves al esfuerzo realizado por Jules Cambon en favor de la paz europea. Nadie ha intentado desconocer el entusiasmo ardiente, casi religioso, de este espíritu fuerte y joven. Su sueño ha sido la fraternidad entre todos los pueblos de Europa. Jules Cambon representaba a Francia en Berlín cuando estalló la guerra. Esta sola circunstancia basta para suponer toda la energía, toda la fuerza moral, todas las virtudes que pueden ser necesarias al triunfo de las ideas francesas. En un medio áspero, agresivo, caldeado por doctrinas imperialistas, Jules Cambon hizo escuchar la palabra serena del derecho, la voz de la justicia humana desconocida. Algún día, cuando los hombres depongan las armas, cuando la conciencia universal vuelva a su tranquilidad íntima, han de surgir a la luz esos minutos lejanos en que se luchaba por suavizar el instinto bestial de la especie. Y entonces, una humanidad convaleciente y enternecida, de espaldas al abismo, reconocerá el supremo heroísmo de esos campeones silenciosos, tenaces, olvidados en un mal momento de lo-

cura social y de fiebre colectiva. Leyendo el *Libro Amarillo,* uno reconstruye sin fatiga el vestíbulo de la tragedia, las antesalas de este desgarramiento formidable. Se tropieza con informes curiosos, con datos sugestivos, con escenas que ignorábamos completamente. Dentro de una precisión vigorosa, en un relieve admirable, surge de esas páginas la personalidad de Jules Cambon. Del fárrago de los despachos, de las notas de las comunicaciones, se desprende un soplo original, lleno de vida, palpitante de sinceridad. Los hechos no hacen otra cosa que confirmar ese encarnizamiento del embajador para defender la seguridad de la familia europea. El ultimátum enviado a Servia por el gobierno austriaco había alarmado a todas las potencias. Rusia, especialmente, se sentía amenazada en su papel de custodio de la soberanía de los demás pueblos eslavos. La humillación de Servia significaba, pues, la humillación de Rusia. No obstante, el gobierno del zar aconsejó la calma. El empeño de no perturbar la paz llegó hasta el punto de que la contestación de los servios a la nota austriaca toleraba algunas condiciones afrentosas. Fué en este período de la discusión diplomática que, por intermedio de Sir Edward Grey, Inglaterra propuso que las potencias que no se hallaban directamente interesadas en el conflicto, deberían reunirse en conferencia con el objeto de solucionar las dificultades. Pero quedaba convenido que, mientras durasen las negociaciones, Servia, Rusia y Austria se abstendrían de toda operación militar. "Múltiples ventajas parecía ofrecer este procedimiento, dicen los profesores Durkheim y Denis. Servia cedería más fácilmente a Europa que a Austria, y, ganando tiempo, aumentarían las probabilidades de una solución pacífica". Italia, Francia, y hasta la misma Rusia, se apresuraron a aceptar la idea de Mr. Grey. Sólo Alemania se negó resueltamente a estudiar el proyecto. La cancillería imperial contestó con evasivas. En términos imprecisos, con palabras muy vagas, Alemania renunció a una intervención pacífica. Es en este instante crítico en que entra en juego toda

la influencia de Jules Cambon. El ministro Von Jagow, aunque sin justificar su actitud, ya había quitado toda esperanza al representante de la Gran Bretaña. Sin embargo, Cambon no vacila un segundo. No podía resistir al deseo de abrir todos los misterios, todas las reservas, todos los manejos ocultos, a las brisas de la verdad. El 27 de julio abordó a Von Jagow. Aunque el ministro le recibe con frialdad, la conversación se hace cada vez más ardiente y toma por momentos giros dramáticos. Von Jagow insiste en su negativa con una violencia formidable.

—No es posible—exclama—instituir una conferencia para tratar asuntos de Austria y de Rusia. Eso no nos incumbe a nosotros!

Jules Cambon se pone de pie y protesta con energía. Sus razonamientos, templados por una voluntad de acero, sus palabras duras y persuasivas, vuelven a sonar en el despacho ministerial.

—La proposición Grey, señor ministro, es algo más que una cuestión de forma. Lo que importa es asociar a Inglaterra, a Francia, a Alemania, a Italia, en una obra de paz. Esta asociación, una vez formada, podría manifestarse por diligencias comunes en Viena y en San Petersburgo. Sería un hermoso y saludable ejemplo el que los dos grupos de alianza, en lugar de oponerse perpetuamente el uno al otro, obraran de común acuerdo para impedir el conflicto. Con esto, probaríamos que existe realmente un espíritu europeo.

Von Jagow, alejándose de la cuestión, contestó con frases difusas y repitió las mismas cosas que había dicho antes. Luego declaró desconocer el texto de la contestación servia. Entonces, Jules Cambon se impacientó. Se daba cuenta de que el ministro ocultaba algo, pues la nota de Servia era ya conocida de toda Europa. Cansado, irritado, lleno de fastidio, el embajador hizo ademán de marcharse. De pronto, preguntó con brusquedad:

—¿Entonces Alemania quiere la guerra?

El ministro se sintió vivamente herido y comprendió que se había colocado en mal terreno. Quiso volver sobre

sus pasos y manifestar las buenas intenciones de su gobierno.

—¡Y bien!—agregó el embajador francés.—En ese caso, es preciso que las obras respondan a esas buenas intenciones.

Al despedirse, asomó a los labios de Jules Cambon una delicada ironía. Refiriéndose a la nota servia, que toda Europa conocía, exclamó:

—Cuando leáis la contestación servia, pesad sus términos con vuestra conciencia. Os lo suplico en nombre de la humanidad. No asumáis personalmente una parte de responsabilidad en las catástrofes que dejáis preparar.

A los cuatro días de esta conversación, Alemania declaraba la guerra a Francia y a Rusia. Todos los esfuerzos para mantener la tranquilidad de Europa se disiparon como visiones al choque de realidades sangrientas. El fantasma rojo que, durante cuarenta y cuatro años, no había cesado de excitar las imaginaciones belicosas y de atormentar los cerebros calenturientos, desencadenaba su cólera sobre la tierra enriquecida por el hombre y fecundada por el trabajo. Las herramientas de la paz habían sido rotas. Pero, como consuelo a la conciencia humana exasperada por el desastre, la historia ha extendido, juntamente con la vibración de ese dolor soberano, el recuerdo de los espíritus audaces que lucharon contra la inmensidad del destino y se sintieron capaces de disputar a la guerra cada uno de sus pasos abominables.



En su testamento filosófico, revelado en medio del horror y de la fascinación de la guerra, Octavio Mirbeau escribe que la mayor gloria de Francia es la de haber deseado la paz. Antes de estallar el gran conflicto, Francia había santificado las virtudes creadoras del trabajo pacífico. *Il faut avoir aussi le courage de la paix*, se re-

petía en todos los momentos. Pero sostener las mismas ideas de estos minutos supremos, absorbidos por la gloria guerrera, embriagados por la sugestión de operaciones militares brillantes, parecería un contrasentido abominable o una burla sangrienta. No obstante, Octavio Mirbeau sabía que en el fondo de esta lucha monstruosa se agita una idea vital de derecho, de paz, de solidaridad. Se diría que en todo choque colectivo la justicia se presenta con apariencias engañosas. Hay una manera de desentrañar el contenido ideal de la guerra, de fijar el matiz de las responsabilidades. Recorriendo hacia atrás la vida internacional de Europa, es posible definir lentamente el contraste de intereses y de psicologías. ¿El tiempo transforma las mentalidades o es el espíritu del hombre quien pone sobre los siglos su huella discreta y profunda? Los eruditos han desenterrado una respuesta profética que el sabio Berthelot dió en 1895 al *Mercure de France* sobre las relaciones sociales entre Francia y Alemania. "Estas relaciones no podrán ser íntimas, escribía Berthelot, sino hasta el momento en que cada nación renuncie a sus deseos de prepotencia sobre los vecinos, y hasta que Alemania cese de proclamar en el mundo el derecho antiguo de la fuerza y de la conquista, restituyendo a las poblaciones anexadas por la violencia el derecho moderno de elegir su destino. Es el abuso que Alemania hace de sus victorias lo que mantiene el antagonismo de los pueblos, amenazando el porvenir con nuevas catástrofes." Berthelot no se hallaba equivocado sobre las consecuencias morales de esta predisposición a la violencia y a la conquista. Los reflejos mortales de la gran tragedia avanzaban ya sobre el mundo. Pensar constantemente en la guerra es falsear el sentido fecundo de la paz y prepararse para la mentira y la injusticia. Alemania inventó la farsa de Nuremberg a fin de justificar una rápida agresión a Francia. Tres días antes había falsificado una edición del *Lokal Anzeiger* para poner a Rusia en el trance de movilizar, estableciendo así el punto de partida de la guerra. Se cumplían los principios del gran Federico.

¿No es la mentira instrumento noble cuando persigue una finalidad nacional? He ahí la estructura ética del pangermanismo. Subordinar al espíritu de conquista todas las grandezas morales, llegar hacia el fin por cualquier camino, dejar a nuestro paso un surco de desastres... Nuestro premio será el botín manchado de sangre, abrasado por las lágrimas de los vencidos, saludado por un coro de sollozos y de blasfemias, premio innoble, despojo que hemos pagado al precio de nuestra corrupción espiritual y de nuestro envilecimiento sin ejemplo.

*
* *

De cómo los apetitos de conquista violenta, la neurosis imperialista, los sueños de gloria militar, pueden perturbar el sentido de la justicia y llevar el desorden al universo de los valores morales, nos da una idea la página que James Walter Smith ha consagrado al libro de Dillon, *Rusia y Alemania*, donde aparece la historia "de los treinta y cinco minutos fatales y decisivos del 30 de julio de 1914". A las dos de la tarde, el barrio principal de la Unter der Linden, en Berlín, barrio donde estaban instaladas la Agencia Havas y la agencia telegráfica rusa, fué invadido por un grupo de vendedores pregonando un suplemento especial del *Lokal Anzeiger*. Este suplemento, que no fué vendido en ninguna otra parte, anunciaba la movilización general alemana. El jefe de la agencia rusa, M. Markoff, habiendo comprado un número del *Lokal Anzeiger*, intentó comunicar a su embajada la terrible noticia. Entonces, detalle singular, le fué exigido a Markoff que telefonease en alemán, y no en ruso, según su costumbre. El representante diplomático de Rusia cayó en la trampa. Convencido de la exactitud de la noticia y teniendo en cuenta que los propietarios del *Lokal Anzeiger* son de la intimidad del príncipe heredero, el embajador advierte telegráficamente a Petrograd. La asechanza inolvidable de Ems surge del fondo de la historia. El golpe maestro de Bismarck se renueva y espera la cosecha trágica.

Rusia moviliza rápidamente. Entonces el canciller germánico aprovecha la circunstancia para desmentir la noticia por intermedio de la agencia Wolff, y amonestar a los directores del *Lokal Anzeiger*. A su vez, M. Markoff quiere telegrafiar el desmentido. Pero se le oponen razones de censura y se le prohibe toda comunicación con el exterior. Por otra parte, los despachos del embajador ruso son trasmitidos con varias horas de retardo y con palabras en blanco. Permitir el paso de los desmentidos equivalía a desbaratar la maniobra diabólica. El plan había tenido éxito. Rusia ya no podía detenerse. La guerra era inevitable. De ahí que Alemania haya arrojado sobre las espaldas del zar la responsabilidad del cataclismo europeo. Pero el suplemento solapado del *Lokal Anzeiger*, hecho especialmente para precipitar al embajador ruso, respondía a circunstancias reales y verdaderas. Esto fué lo que nunca pudo poner en claro el canciller alemán al responder en el Reichstag a la lógica formidable de Lord Grey. El socialista Kurt Eisner, redactor del *Vorwaerts,* demostró en el *Volksstimme,* de Chemnitz, que Alemania había movilizado en silencio. "El 28 de julio, escribe, dos días antes que apareciese la edición especial del *Lokal Anzeiger,* la movilización alemana estaba ya decidida". El subterfugio había hecho de la movilización rusa la causa aparente de la guerra. Entretanto, las tropas se amontonaban sobre la frontera de Bélgica, porque la necesidad no conoce ley y porque los pueblos débiles deben gravitar en la órbita de las grandes potencias. Bélgica espera. Ama la paz, pero no teme una guerra por el derecho. Los aeroplanos fantásticos que arrojaron sobre Nuremberg bombas imaginarias, hacen el resto y prueban que vale más la paz sin grandeza que la guerra victoriosa a costa del menosprecio del alma. Como vemos, es necesario un gran valor consciente para afrontar sin inquietudes los problemas de la tranquilidad social. La paz posee también su heroísmo. Ante estos cuadros desoladores y deprimentes para la dignidad del hombre, brilla con más fuerza el instinto soberano y grave evocado

por Mirbeau, esa gloria austera que no necesita de sacrificios estériles ni de miserables engaños, esa paz soñada por Kant en un minuto de embriaguez y de contemplación, cuando sintió sobre su alma sagrada, creadora de arquitecturas eternas, el enervamiento del infinito y la gran armonía del destino.

CAPITULO XLIV

Bajo los escombros humeantes del fuerte de Loncin, bajo las cúpulas de acero destrozadas por los obuses, entre los afustes rotos y las vigas ennegrecidas por el incendio, yace un hombrecillo seco, de cabellos grises, un manojo de nervios aniquilados por el sufrimiento y heridos por la muerte. Es el defensor de Lieja. Después de tantas fatigas, de tantos sacrificios, de tantos heroísmos, ya imposibilitado para la resistencia, Leman ha querido hacerse volar con la pólvora amontonada en el soterrado de los fuertes. El golpe trágico pareció fallar en su destino. La explosión formidable arrebató a los soldados en el vértigo de fuego, en un torbellino ardiente y rojo, en una vorágine infernal. Pero Leman quedó tendido sobre las brasas, sin conocimiento, descansando en las ruinas del hogar enrojecido por la sangre, cuya defensa había sido confiada al último esfuerzo de los héroes. El general belga cayó agotado al pie de sus ideales. Había prometido al rey que no retrocedería una pulgada, que moriría sobre las piedras de sus fortalezas. No obstante, la fortaleza se encargó de burlar el juramento sombrío, y aún cuando la muerte pasó rozando la frente envejecida del guerrero, apenas dejó sobre las torres blindadas, estremecidas por el trueno, ese polvillo sutil que cae del infinito y que constituye, en su soberana melancolía, el bálsamo discreto de los inmortales. Este viejo irritable, de hombros anchos y gesto nervioso; este viejo extraordinario, con una vida íntima desgraciada; este viejo que busca su consuelo en las matemáticas y que sale de los establecimientos de enseñanza para arrojarse sobre la llanura donde ruge el

cañón germánico, tiene la belleza suprema de su propio dolor. Leman caído, pero palpitante, es el símbolo de la Bélgica vencida y llena de arrogancia, de la Bélgica erguida altivamente bajo la bota de su conquistador. El defensor de Lieja triunfa desvanecido. Los oficiales alemanes no pueden acercarse a él sin emoción. Y cuando el invasor devuelve la espada rendida, el acero que había sabido esgrimirse en un espasmo de gloria y de martirio, no hace más que confirmar ese homenaje espontáneo que surge del fondo del alma y que corona el minuto magnífico de todo sacrificio.



Leman llega al borde de nuestro infierno material después de una carrera larga y fecunda. Había trabajado en el libro y en el laboratorio. Matemático, químico, profesor, filósofo, se interesó por la medicina y por la historia, abarcó todos los ramos del conocimiento humano. A Lucrecio, el espíritu para quien nada era desconocido, Leman le llevaría la ventaja de ser general. Jamás el militar belga desdeñó la obra sabia y profunda del intelecto. Gustó de la abstracción llena de gérmenes, del sistema vigoroso y sobrio, de la teoría que carece de expresiones verbales demasiado frondosas y que huye de la retórica sonora y brillante. Por eso, su mecanismo interior tiene la solidez de un monumento druídico. El pensamiento es el beso de la eternidad. Pensar es una lujuria soberana, un espasmo que dura siglos. Nada hay comparable a este placer que nos eleva por encima de los demás hombres y nos hace iguales de los dioses. Seremos tanto más perfectos cuanto más armonicemos nuestra vida interior con la energía del desinterés. Bélgica es grande por su pensamiento y por su heroísmo. Sobre sus ciudades desiertas, sobre sus campos incendiados, sobre todos los corazones librados al desamparo y a la angustia, flota el misterio de la fuerza, el secreto de la renovación, el encanto pujante de la esperanza. El alma de Bélgica, pura y rebelde, se refugia en su inti-

midad solitaria, no conoce cadenas ni opresión. Los invasores, en legiones ebrias de impiedad, soberbias de violencia, pisotean el suelo querido, se desbordan sobre las praderas sembradas, profanan los templos y saquean las bodegas. Pero no consiguen más que apurar un sorbo pasajero, que envenenarse con la gota efímera de la delicia material. Jamás alcanzarán a tocar los tesoros subjetivos de la nación belga, jamás llegarán a dominar una sola de esas ideas que escapan a la penetración del conquistador, que suben al cráneo y que fulminan con rabia insensata. Leman es la encarnación del alma de Bélgica todavía virgen de la huella teutónica, es el símbolo viviente del derecho desguarnecido en un momento de locuras fraternales, el símbolo de la justicia que un día se agitó en el vacío, pero que hoy se afirma cada vez más sobre la Europa bañada en la sangre de sus hijos y conmovida por el grito de los guerreros que destruyen a bayonetazos, en cargas terribles y atroces, las quimeras alimentadas por tradiciones amables y fortalecidas por una neurosis secular.

CAPITULO XLV

Al cabo de una larga era de paz, después de muchos lustros de tranquilidad laboriosa, turbada apenas por las agitaciones de la política, la Bélgica devastada por el azote de una guerra formidable, alcanzará los aniversarios de su independencia constitucional en medio de los estruendos de la batalla y del dolor de su pueblo herido por la suerte adversa, tocado por un destino funesto. Nacionalidad potente dentro de sus fronteras limitadas, raza por donde circula la savia vigorosa del trabajo, enjambre basado en la solidez moral, estremecido por los ruidos del ajetreo cotidiano, síntesis admirable de todas las fuerzas, no queda de Bélgica más que el espectro radiante de su pasado y el ensueño consolador de un porvenir maravilloso que todos esperamos. Pero la fecha, vibrante de recuerdos, que se alejó cuando el cañón germánico iba a tronar sobre los fuertes de Lieja, vuelve hoy como una buena amiga, tierna y afectuosa, a despertar el encanto de la lucha, a sugerir los impulsos de la esperanza. A su contacto tibio, reconfortante como las grandezas evocadas en la historia, suave como las emociones libertadoras de 1830, el corazón de Bélgica palpita de orgullo y se convierte en la fortaleza inviolable, para la cual no hay armas que puedan rendirla. He ahí el organismo que crece y que vive entre cadenas, la fuerza íntima que resquebraja su armadura, la inteligencia que acecha detrás de su máscara de acero. Pensar que Bélgica puede morir, equivale a creer en el triunfo de la perfidia y de la injusticia. Su destino está unido

a la dignidad del mundo. Las ondas del tiempo, como millones de obreras misteriosas, rehacen los escenarios olvidados, trazan sobre la playa sus dibujos extraños, dejan los mismos arabescos sutiles sobre la arena de los siglos. En esta inmensidad monótona, donde se junta la "gran sombra" de Víctor Hugo con la polvareda fría del Eclesiastés, Francia y Bélgica vuelven a encontrarse, se dan la mano a través de un mismo ideal. Bajo el período revolucionario, los ejércitos de Dumouriez, de Jourdan, de Pichegru, limpiaron el suelo belga de tropas austriacas, desarraigaron la planta fatal de los Augsburgo. Lo que antes había sido de España y de Austria, entró a formar parte de la familia francesa. En razón del tratado de Campo Formio, Bélgica se convirtió en ocho departamentos franceses que vivieron los grandes días luminosos de la república. El agonizar de la prodigiosa orgía napoleónica sorprendió a la nación belga, se desencadenó sobre ella como una tempestad de locura. Los fantasmas trágicos, manejados por Metternich, reunidos como aves de rapiña en el congreso de Viena, se repartieron los despojos de Bonaparte. Sin ninguna consulta, sin la menor ceremonia plebiscitaria. se dispuso de la suerte de Bélgica. De esta manera, los belgas fueron anexionados a Holanda. Entonces surgió de nuevo la rivalidad secular entre valones y flamencos, el conflicto eterno entre los hijos de la cultura francesa y los descendientes del tronco teutónico. Bélgica intentó reaccionar contra la monstruosa combinación de 1815. La lucha, sorda y disimulada al principio, estalla en un magnífico florecimiento revolucionario. Las barricadas de París, en 1830, llevan su vibración hasta Bruselas. El grito de independencia belga encuentra apoyo oficial en Francia, nación dividida por discordias internas, pero que no ha abandonado su papel de celosa defensora del principio de las nacionalidades. La guerra se prolonga, tiene sus contratiempos y sus alternativas. El 4 de octubre el gobierno provisorio proclama la independencia. El Congreso Nacional ratifica esa declaración el 18 de noviembre. El 7 de febrero siguiente se

promulga la constitución. Los belgas ofrecen el trono al duque de Nemours. Y el rey Luis Felipe, no obstante ver que se le escapa de las manos la satisfacción de una vanidad personal, rechaza altivamente la propuesta. El príncipe Leopoldo de Sajonia Coburgo es proclamado entonces, el 4 de junio, rey de los belgas, e inaugura su reinado, haciendo jurar la constitución del reino el 21 de julio de 1832. A pesar del tratado de Londres, que reconoce la soberanía de Bélgica, los enemigos no están dispuestos a abdicar. Holanda resiste, rechaza todas las tentativas de arreglo. Pero los ejércitos franceses intervienen, se abren paso hasta Amberes, conquistan la ciudad, amenazan los territorios del norte y obligan al gobierno de los Países Bajos a renunciar para siempre a su empresa. Toca de nuevo a Francia afianzar el tesoro de las libertades ajenas, esa tarea sublime que parece haberle señalado la historia. En virtud de la convención de 1839, firmada por Inglaterra, Prusia, Austria, Francia y Rusia, se establecía la neutralidad perpetua del reino de Bélgica. Al estallar la guerra de 1870, tanto Francia como Alemania aceptaron un artículo adicional, propuesto por Gladstone, según el cual la Gran Bretaña estaría en contra de aquella potencia que faltase a sus compromisos.

*
* *

Gladstone, ilustre estadista y espíritu humanitario, no creía que se pudiese defraudar la fe internacional, jamás pensó que los tratados fuesen pedazos de papel. En cambio, no dudó un solo momento de que Inglaterra estaría a la altura de su misión histórica. "No creo, decía, que permanezcamos con los brazos cruzados, presenciando el desarrollo de actos que equivaldrían a la extinción total del derecho público en Europa. No creo que podríamos presenciar tranquilamente la consumación de este sacrificio de la libertad humana." Cuando en un minuto amargo de Sedán, la batalla es-

tuvo a punto de convertirse en desastre, el ejército de Napoleón III, acorralado contra la frontera de Bélgica, pudo salvarse de la ruina, violando una neutralidad que Francia había prometido respetar. En aquellos momentos, el emperador francés pudo haberse excusado, como el canciller Bethmann-Hollweg, exclamando que "la necesidad carece de ley". Pero Napoleón III no era un "real político" en el sentido de Bismarck. Prefirió caer prisionero, afrontar el sufrimiento de la derrota perder su corona, arrastrar en el extranjero la tristeza de su calvario, antes que deshonrar a Francia con una mancha de deslealtad. El hombre que había sido traidor a la república del 48, como su tío lo había sido a la república del 93, no quiso enlodar el buen nombre francés ni aún con la sombra de una bajeza nacional. Los hechos cambian, el mundo se transforma constantemente, los países mudan de disfraz. A pesar de todo, en el fondo de las razas perduran sus manías, sus prejuicios, su propia organización para el mal. No nos interesa saber si la ética de Bismarck es la misma ética del pueblo alemán. Los extravíos morales derivan recíprocamente de los estadistas a la muchedumbre. Hay un intercambio de sensaciones vagas, un tráfico de anestesia crítica. La conciencia, que delibera y que sanciona, sólo interviene ante la realidad universal de una abominación. ¿Acaso no está convencida Alemania de que la violación de Bélgica le restó todas las simpatías mundiales y le significó un verdadero cataclismo moral en el seno de la humanidad civilizada? Los tratadistas militares alemanes demostraban la necesidad estratégica de agredir a Bélgica, y el mismo emperador, en 1913, sugería al rey Alberto algunos destellos de la terrible decisión. Al desencadenarse la guerra, el canciller británico preguntó a Bélgica si estaba dispuesta a hacer respetar su neutralidad. El ministro belga contestó sin vacilar. La soberanía del territorio sería defendida por la fuerza contra cualquier atacante. Francia dió inmediatamente a Sir Edward Grey las seguridades de que Bélgica no sería invadida por sus tropas. Alemania no

contestó. El drama se inicia entre torbellinos de fuego y de sangre. Desde este momento empieza el martirio de la heroica raza. Pero cada aldabonazo sobre el suelo calcinado de Bélgica, parece llamar a las puertas de la humanidad conmovida. Se ha abierto el hogar hospitalario, lleno de lágrimas, se ha enternecido el corazón áspero de la especie. Hablar de Bélgica es proclamar el renacimiento de la justicia. El sacrificio espantoso, consumado entre el fragor de los disparos, el estrépito de las correrías y el vértigo de los derrumbes, aplastantes y atronadores, se cierne hoy en un plano de ternura tranquila, de sana sentimentalidad, ese flujo afectivo que brota del derecho hollado, del derecho colmado de desprecio, envilecido por la fuerza brutal, por el arrebato que no tiene ideas y por la violencia que carece de resortes morales.



La simple violación de un tratado, un hecho perdido en la inmensidad de la historia, ha bastado para crear sobre las ruinas de la nación mártir la figura universal de su rey. Y ahora que las armas se detienen en la tarea sangrienta para rendir su homenaje al más puro heroísmo de nuestro siglo, uno se pregunta asombrado qué ha hecho de prodigioso ese soberano humilde para merecer tan solemne y tocante consagración. El sacrificio de Bélgica ha herido profundamente la sensibilidad de la especie, y no hay hombre civilizado que no comparta el enorme dolor de una raza que, por ser fiel a una palabra, a "un insignificante pedazo de papel", ha soportado altivamente las miserias de la derrota y los sufrimientos atroces de la invasión. Con sólo haber dejado pasar a las tropas germánicas, todos esos horrores se hubiesen evitado. De esa manera, habría humillaciones, pero no desangramientos, ni violencias, ni incendios. Los ingleses que piensan como Bernard Shaw hubieran aplaudido alegremente esta tímida solución, capaz de quitar a Inglaterra todo noble pretexto para intervenir

en la lucha. Por su parte, los franceses esperaban confiados la ofensiva por la frontera Este, detrás de sus cuatro formidables campos atrincherados que el enemigo no se atrevió a atacar. Los alemanes prefirieron desgarrar con la espada del guerrero el tratado que antes habían consolidado con la pluma de los embajadores. El calvario de Bélgica fué una consecuencia de la sólida preparación francesa. Desguarnecidas las plazas de Belfort, de Epinal, de Toul, de Verdún, el pueblo belga se hubiera salvado del desastre. Pero quiso el destino que la única defensa de Bélgica fuese un legajo firmado, unas pobres líneas escritas que se hicieron trizas en las manos del canciller alemán. Los teorizantes de la fuerza, los maestros de la destrucción civilizadora, se encargaron de preparar la conciencia de las sociedades humanas, de envenenar el espíritu erguido frente a los grandes problemas de la omnipotencia militar. Antes que sus obuses, los germanos atinaron a lanzar al espacio los libros de sus propagandistas y de sus pensadores. ¿Qué nos han enseñado Stammler, Nietzsche, Ostwald? Hasta en el mismo Marx, internacionalista doctrinario, aparece radiante su concepto positivo de la disciplina científica y de la fuerza organizadora. La energía humana que tiende a expandirse, se sobrepone a los principios morales y vence a las leyes jurídicas. Las convenciones sólo se respetan cuando no incomodan al libre desarrollo de las nacionalidades y de los individuos. "La necesidad carece de ley", exclama resueltamente Bethmann-Hollweg. "Allí donde estén en juego los intereses de Prusia, no hay tratado que pueda detenernos", agrega Bismarck. ¿A quién pudo haber tomado de sorpresa la violación del territorio belga? Alemania se nos ha presentado tal como es. No muestra una sola contradicción a través de su larga historia. Su pensamiento nunca se mantuvo oculto, sino que lo conocemos desde hace años, en toda su potencialidad de hierro, por intermedio de sus profesores, de sus políticos y de sus militares. El imperio de Guillermo ha procedido de acuerdo con las terribles doctrinas que ha proclamado

a todos los vientos desde la época de Federico el Grande. No importa que todo ello resulte chocante para Paul Deschanel, quien en un notable discurso en la Sorbona define el conflicto actual como la lucha entre el derecho y la fuerza, entre la libertad y la opresión, entre el espíritu y la materia. "Confundir la ciencia con el desprecio de la verdad y del derecho, añade, es el más monstruoso error que haya jamás pervertido la razón, es la más mortal injuria a la inteligencia, el más formidable retroceso de la conciencia humana." He ahí, frente a frente, el criterio de dos razas adversas. Por eso, esta guerra significa algo más que un encuentro de ejércitos; representa el choque de ideas distintas y de mentalidades opuestas. El rey Alberto, sin discutir nada, pudo muy bien permitir el paso de los soldados imperiales. Pero su resistencia gloriosa es la protesta más viva contra un sistema brutal que repugna al espíritu de su pueblo. Ha disputado a bayonetazos cada pulgada de su territorio, y sólo ha dado pasos atrás cuando la oleada invasora, esa vibración soberana de la muerte, lo ha empujado hacia su destino. El homenaje a Alberto es el testimonio de la humanidad enternecida y maravillada. El rey obtiene su verdadero puesto. Su mayor soberbia se identifica con el espectáculo trágico de la nacionalidad despedazada; su más imponente grandeza está en ese débil fragmento de tierra donde aún domina, donde todavía posa sus plantas, donde palpita el alma indomable de la Bélgica que no ha sido vencida.



Este hilo de agua, que ha dibujado su propio lecho sobre una tierra de tragedia, canta todavía en el Flandes sangriento la vieja canción de la libertad. He ahí el torrente que ha de evocarse en el futuro como algo sagrado, que ha sido la barrera donde el invasor detuvo sus huellas malditas. La sangre negra de los cadáveres, la humareda de la batalla, el lodo de las inundaciones,

pusieron sobre el río una tonalidad de plata sombría. Pero esa trinchera fantástica no ha sido dominada. Es la misteriosa línea de carbón que los magos del medioevo trazaban alrededor de las cosas queridas para evitar el asalto de los espíritus del mal. Nadie ha osado franquear el Yser sin sentirse abatido por una fuerza extraña, prodigiosa, sobrenatural, que parece nacer de ese pequeño fragmento de territorio que todavía está libre, de esa alma de Bélgica que vuela sobre la inmensidad de Europa y que sostiene a todos con el fermento magnífico de su sacrificio. Los soldados del rey Alberto saben que el río es un espejo lleno de secretos, empañado por asechanzas peligrosas, que refleja los relámpagos del desastre y de la esperanza. A pesar de todo, las aguas hablan con ruda franqueza. No se trata de ocultar el pecado cristiano, el delito que se disimula detrás de una empalizada de seducciones. Las ondas del Yser no desgranan el fruto del encanto ni las manzanas de la tentación. Del otro lado del río, no hay más que miserias y ruinas, el espectro de una Bélgica colmada de angustia, de hondo sufrimiento, de tristeza reflexiva. Ninguna emoción amable se desvanece en el desierto. Junto al toque de alegría suena la campanada del dolor. Desde el momento en que el ejército belga se replegó sobre el Yser, bajo la presión germánica; desde el instante en que los heroicos fusileros del almirante Ronarch se desangraron sobre las aguas, esperando los primeros refuerzos; desde el minuto supremo en que Foch se pone de acuerdo con el mariscal French para detener el avance sobre Calais y conservar las únicas hectáreas de Bélgica que restaban libres, se sucedieron diez y siete meses de luchas de epopeya, de mezcolanzas formidables, de ataques en masa, de regimientos segados como espigas, de encuentros cuerpo a cuerpo, con el agua al pecho, de bombardeos espantosos, donde el trueno enloquecedor de los obuses se confundía con el repiqueteo diabólico de las ametralladoras, carcajada de hierro que parece la risa de la muerte. A ratos se sucedía la calma vigilante, la guerra de desgaste, la mina y la zapa, el

heroísmo sin teatralidad y sin movimiento. "El ejército belga, dice Pierre Nothomb en la *Revue Hebdomadaire,* ha pasado ya en el Yser un otoño sangriento, un invierno terrible y un largo verano. Hoy dispone, por segunda vez, de sus cuarteles de invierno, y no tiene más que un deseo: sostenerse y avanzar".

* * *

Por medio de compuertas sabiamente dispuestas, el Yser puede enfurecerse, desbordar sus aguas y anegar el triunfo enemigo. Pierre Nothomb, que es un historiador de talento, nos describe maravillosamente este nuevo método de conquista, donde el río parece saltar de su cauce, rodear las aldeas y las granjas llenas de enemigos, vencer a fuerza de inundaciones. "Todos esos refugios fueron tomados uno a uno, dice, gracias a expediciones nocturnas, sorpresas audaces, golpes de mano, centinelas expedidos en silencio, muros cercados, matanzas a la bayoneta. El agua durmiente se teñía con el rojo de la sangre. Se navegaba en barquillas aplanadas, realizándose inmersiones en el fango, pasándose de islote a islote, trepando a los árboles, forjando emboscadas... Después de escucharse un silbido, el asalto se realiza, los hombres caen, los disparos de fusil brillan al azar en las tinieblas". Más adelante, Pierre Nothomb nos habla de la noche, alumbrada por cohetes y reflectores, de la noche que se anima, que se enciende como una antorcha; nos pinta la primavera con sus flores, con sus perfumes, con sus paisajes de color y de luz; se enternece junto al ganado que pace bajo el sol, junto a los aldeanos que marchan al trabajo por los canales sometidos al bombardeo, que viven entre las ruinas de su propia casa, que limpian sus herramientas, que apilan el trigo, indiferentes a la metralla que ruge a su lado. El escritor nos lleva al encuentro de una vieja estoica, la tía Debœuf, condecorada por el rey Alberto. Los alemanes están a cincuenta metros de la anciana. No pueden hacerla huir de su choza de adobe, pegada a los diques.

"La casita ha sido atravesada por las bombas siete veces, escribe Nothomb; pero la aldeana no ha llorado más que una vez, la tarde en que su perro familiar fué muerto. La vieja dedica el final de su vida a cuidar a los soldados como una madre, a distribuirles café, a cortarles rebanadas de dulce". El Yser bañará por muchos siglos una zona legendaria, fecundada por el sacrificio, a la cual el heroísmo ha dado un tinte de solemnidad, una pátina de melancolía por donde ha chorreado toda la amargura de la vida. Pero lo que más fascina, lo que más estremece, lo que más conmueve, es esa pasión del trabajo en medio de la muerte. "Ante Dixmude, dice Nothomb, bajo el fuego vertical de una ruina que fortificaron los prusianos, al otro lado del puente, se me enseñó, bajo una casa desmenuzada, la cueva redonda donde duerme durante el día un viejo labrador de negras arrugas y cabellos blancos. El hombre se levanta en la obscuridad, siega la hierba, corta la avena y la lleva en manojos al primer pueblo habitado". A los labios del historiador sube la frase de un oficial que vió al viejo inclinarse sobre la simiente bajo una tempestad de granadas. "No olvidaré aquella noche de marzo, dice el oficial, en que un proyector alemán lo descubrió de improviso detrás de nosotros, en campo raso, yendo y viniendo a zancadas, con los brazos extendidos, sembrando trágicamente el trigo!" En el Yser las anécdotas se amontonan, brotan bajo nuestros pies, como los guerreros que surgieron de los dientes esparcidos por Cadmo; se confunden con el fuego de los cañones y forman el remolino lívido de la fortuna. Pero no importa que la fatalidad sea más fuerte que la cólera del río sagrado. Mientras el Yser pueda sentir el contacto tibio de la sangre de Bélgica, pueda reanimarse con el ardor de un pueblo que todavía no ha muerto a la vida internacional, pueda cobrar energías con la victoria de los grandes ideales del espíritu humano, no perderá la visión de un porvenir apacible, rico de sugestiones y de promesas, ni abdicará de su fuerza grandiosa gravitando sobre la humanidad y sobre la historia.

CAPITULO XLVI

En Italia se festejó ruidosamente al cardenal Mercier. El pueblo italiano no ha querido saludar en este hombre altivo y fuerte al príncipe de una religión ni al héroe de un momento histórico en la vida de Europa. Mercier es algo más que eso. Se nos aparece como la imagen vigorosa de una Bélgica encadenada, ruda y sublime, que no ha conocido la súplica y que ruge bajo los grillos infamantes. Representa una parte admirable en la historia de la dignidad humana; es el espíritu hecho verbo, la esencia subjetiva, eternamente libre, que no puede afrentarse con injurias, que no puede dominarse con el hierro, que no puede envilecerse bajo el azote... Al no abandonar su puesto de lucha, Mercier quedó sin más compañía que su rigidez paternal, que su austeridad tierna. En medio del pueblo, se convirtió en el estímulo del afecto nacional, en el norte de la congoja colectiva. Sin más armas contra el invasor que la palabra meditada, que la reflexión madura, filtrándose en la conciencia como una lluvia suave y reconfortante, Mercier llevó el desconcierto al corazón de los dominadores, atrajo consigo el fantasma de la inquietud, provocó el espectáculo milagroso de una formidable maquinaria militar que tiembla ante algunas pastorales rebeldes a la paz germánica, donde las ideas truenan como tempestades y chisporrotean como las llamas de un castillo incendiado. Pero la hoguera todavía arde. Mercier atizó sin descanso el rescoldo sagrado. Sin rey, sin magistrados, sin ejército, la nación se miró en el profeta y se identificó con su sacrificio. Encarcelado o libre, Mercier fué siempre la encarnación de un fuego íntimo que nadie logra-

rá apagar, el tesoro secreto de una raza, el alma inviolada de Bélgica. La verdad sin fórmulas, sin fronteras, cayó sobre el enemigo enceguecido, lo arrastró en un soberbio torbellino de muerte. Es que nada deslumbra tanto como la luz de la revelación. El templo de los misterios de la India, perdido en la inmensidad de las tradiciones orientales, dejaba sin ojos al insensato que osaba profanarlo. Ya no se trata de comprometer nuestro porvenir a cambio de goces actuales. No perseguimos verdades, sino quimeras. El héroe de Goethe, que vende su alma al diablo, que se deja fascinar por los placeres fugaces de la juventud, está convencido de haber realizado un buen negocio. Bélgica, en cambio, renuncia transitoriamente al bien material. Prefiere a la orgía de la libertad física, la pureza de sus sensaciones morales. Los fundamentos del espiritualismo están en la abjuración del bienestar presente. No hay verdadera integridad sino en la vida de los ideales. Cuando se dijo que valía más para la grandeza de Inglaterra el nombre de Shakespeare que todo el imperio de las Indias, se proclamó, juntamente con la máxima idealista, un principio universal de renovación y de cultura. De nada vale conquistar territorios, incorporar millones de hombres que no han de pertenecernos jamás, vivir en medio de una raza cuyo pensamiento es un enigma y cuya sensibilidad no acertaremos a comprender nunca. Los pueblos sometidos por la espada son indescifrables. De la misma manera, llega un momento en que la victoria sin fuerza espiritual, sin empuje ético, no se reconoce a sí misma. El cardenal Mercier, con su fina penetración de psicólogo, ha profundizado sabiamente en este plano desconocido. Ahí está el sermón pronunciado en la gruta de nuestra señora de Lourdes, cerca de Gante, esa bella página que posee más de ciencia de humanista que de misticismo de creyente. En Mercier la toga del profesor no lastima la investidura del sacerdote. Los términos fuertes están vedados La autoridad alemana vigila en todos los instantes. Pero aún las frases más suaves se agitan, palpitan, vibran como estremecidas por nervios de acero.

"Los que habitan entre nosotros desde hace un año, dice, están desconcertados. ¡Un año que viven entre nosotros, y no nos conocen todavía! Los enemigos están asombrados. Es que nadie se queja, nadie murmura, todos respetamos sus reglamentos. Pero ningún corazón está con ellos."

*
* *

Aunque cristiano, Mercier parece abominar de la compasión universal hacia el pueblo heroico de Bélgica. Sus frases no suenan como siseos de mansedumbre, sino como campanadas de rebelión. La placidez evangélica se ha trocado por el grito de la arrogancia. La humildad ha desaparecido bajo el vértigo de la fiebre. "¡No! ¡No! exclama. Nada de pobre Bélgica, sino grande Bélgica, heroica Bélgica, incomparable Bélgica! Sobre el mapa, ella no era antes más que un punto minúsculo, inadvertido al extranjero. Hoy no existe nación en el mundo que no tribute su homenaje a esta Bélgica. Si todos la viesen como nosotros la vemos, sabrían que, después de un año de sufrimiento, no hay un solo belga que llore o que murmure! Yo no he encontrado en mi camino nadie que se queje de su suerte, ningún obrero sin trabajo, ninguna mujer sin recursos, ninguna madre afligida, ninguna esposa desolada!" En Italia, reconocido al homenaje del pueblo, conmovido ante las simpatías de todos, el cardenal Mercier ha pronunciado pocas palabras. Ha dicho, no obstante, que la pobreza de los belgas es tan grande, que se han visto impelidos a aceptar la humillación de la generosidad extranjera, de la limosna que viene de los otros. El cardenal se emociona y se irrita frente a los movimientos espontáneos de la ajena piedad. Lo que en Jesús era instinto, lo que en San Agustín era deber, en el cardenal Mercier es una afrenta. En nuestra época de modernismo revolucionario, puede perdonarse a un príncipe de la Iglesia que su concepto de la caridad se encuentre más cerca de Spencer que de los apóstoles cristianos. Pero las ideas del

cardenal Mercier suponen una afirmación victoriosa y digna. Bélgica no necesita caridad, sino justicia. El derecho no es piltrafa que se regala, sino galardón que se conquista. La ternura contemplativa no hace más que mártires y que fracasados. Entre los filántropos yanquis que quieren salvar a Bélgica con toneladas de harina y los comerciantes deshonestos que quieren redimirla con toneladas de obuses inofensivos, no hay diferencia alguna. Sólo los que cuidan sus ideales se defienden a sí mismos y defienden en Bélgica su propio interés moral. Los matices de la fiera humana armonizan siempre. Actualmente la angustia nos hace inmortales. Cien veces más cruel que la esclavitud es esperar la gracia de la sinceridad ajena. De ahí que el cardenal Mercier, cerrando los ojos, sienta prolongarse la lucha indefinidamente, sin vislumbrar más horizontes que las leyes íntimas de su abatimiento y de su dolor, que los postulados de su fe y de su martirio.

CAPITULO XLVII

El 2 de agosto de 1914 las primeras tropas germanas penetraron en el territorio neutral de Luxemburgo, cuya soberanía estaba garantizada por la firma de Alemania. He ahí la primera víctima de la agresión, la más olvidada de todas, porque es la que ha sufrido menos. La guerra no había sido declarada aún a Francia. El ministro Von Schoen permanecía tranquilamente en París, esperando con ansiedad el menor pretexto, el más leve insulto de la muchedumbre irritada, para pedir sus pasaportes y declarar rotas las relaciones. Pero, no obstante haber sido violado el territorio francés en siete parajes distintos, sin haberse abierto oficialmente las hostilidades, el pueblo de París se mantuvo dentro de una calma admirable, burlando con su actitud discreta los proyectos del embajador alemán. Mientras por un lado continuaban las negociaciones diplomáticas, numerosos convoyes repletos de pertrechos, trenes cargados de tropas, franqueaban la frontera luxemburguesa para llevar hacia adelante los primeros zarpazos del "ataque brusco", del célebre plan militar, potente y diabólico, combinado desde treinta años atrás por el estado mayor germánico. A los pocos días, el cañón empezaba a tronar sobre tierras de Bélgica. ¿Qué resistencia pudo oponer un estado como Luxemburgo, completamente desamparado, inofensivo, sin armas y sin fortalezas? No le fué dirigido ningún aviso al gobierno ducal. Luxemburgo estaba condenado. En el dispositivo de las vías férreas tudescas, en los campos militares de Elsenborn y Wasserliesch, en las tropas permanentes de guarnición en la frontera, en la concentración estratégica de

todos los caminos, se podía leer la suerte del pequeño estado. En virtud de la demolición de sus fortificaciones, estipulada en el tratado de 1867, Luxemburgo se hallaba en la imposibilidad de defenderse. No le quedaba otro recurso que el de la protesta altiva y valiente. El presidente del gobierno, M. Paul Eyschen, comunicó a todas las potencias la forma cómo había sido violada la neutralidad del país. "El domingo, día 2 de agosto, de madrugada, la tropa alemana, según informes llegados al gabinete ducal a esta hora, ha penetrado en el territorio luxemburgués por los puentes de Wasserbillig y de Remich, dirigiéndose principalmente hacia el sur del país." La comunicación de Paul Eyschen agregaba que cierto número de trenes blindados, con tropa y municiones, corrían hacia la capital por la vía férrea de Wasserbillig. "Estos hechos, decía, implican actos manifiestamente contrarios a la neutralidad del gran ducado, garantizada por el tratado de Londres de 1867. El gobierno luxemburgués no ha dejado de protestar enérgicamente contra esta agresión cerca de los representantes del emperador de Alemania en Luxemburgo. Idéntica protesta va a ser trasmitida telegráficamente al Ministerio de Negocios Extranjeros en Berlín."



Lo más curioso de todo es que, a petición de la misma Prusia, el tratado de Londres hizo de Luxemburgo un estado perpetuamente neutral, con la garantía de Europa. El gobierno alemán se comprometió, no sólo a respetar, sino a hacer respetar la neutralidad así proclamada. "En cambio de la fortaleza de Luxemburgo, decía Bismarck, hemos obtenido una compensación consistente en la neutralidad del país, y en una garantía que se mantendrá el día del vencimiento supremo." De esta manera, Luxemburgo es la cerradura desguarnecida, la puerta sin gozmes que salta al primer culatazo. Frente a la Bélgica que resiste con su heroísmo, el gran ducado opone sólo la frase arrogante, erizada de espinas,

la subjetividad de su protesta íntima. André Weiss, miembro del Instituto de Francia, en una interesante monografía, cita la opinión del internacionalista Servais, quien sostiene que lo único que se puede exigir a Luxemburgo, es que no esté en connivencia con el invasor, y que, en caso de agresión, la denuncie con su protesta. No sólo existe la nota enérgica de Eyschen. "La gran duquesa de Luxemburgo, escribe Weiss, aprovecha la ocasión de la apertura del período parlamentario, para afirmar de nuevo, con palabras de una sencillez trágica, los derechos escarnecidos de su patria." En esos momentos terribles, cuando la Bélgica era una mancha lívida sobre el mapa de Europa, cuando ya había sido arrasado el norte de Francia, cuando el Luxemburgo no era más que un fragmento del imperio alemán, la gran duquesa, venciendo las amenazas y los peligros, se atrevió a desafiar la cólera de los conquistadores. "La neutralidad de Luxemburgo ha sido violada, exclamó. Yo y mi gobierno hemos protestado de inmediato, dando cuenta de nuestra situación a las potencias fiadoras del tratado de Londres. Nuestros derechos han sido atropellados, pero serán mantenidos. Luxemburgo no se considera de modo alguno como desligado de su neutralidad, y en lo futuro cumplirá con lealtad los deberes que ella le impone. Nuestra protesta subsiste en toda su integridad". En otra parte de su discurso, la gran duquesa reclama para Luxemburgo el derecho a la vida, la libre expansión de su fuerza nacional. "No se nos podrá acusar, agregó, de haber faltado voluntariamente a nuestras obligaciones internacionales. Hasta estos últimos tiempos, Luxemburgo, como país independiente, era dichoso, cumpliendo todos sus deberes, dentro como fuera de sus fronteras. Había demostrado que era capaz y digno de vivir. Quiere y debe continuar viviendo." La espantosa máquina militar de los germanos ha pasado vertiginosamente, rozando apenas el territorio de Luxemburgo. Sobre la tierra, oprimida por la soberbia red de hierro de los ferrocarriles, los invaso-

res han dejado sólo el sedimento administrativo de su disciplina, de su rigidez científica. No han tenido tiempo de detenerse a observar una de las válvulas de la expansión germánica. Ya conocían el angosto pasaje, el corredor de salvación, esa galería tranquila donde palpitaba la lealtad sostenida al pie de los tratados y la confianza de una fe jurada por el honor. Pero los doctrinarios imperialistas nos han enseñado que poco vale una firma ante la necesidad, nos han predicado que el derecho no se ha inventado para los débiles, nos han convencido de que los países incapaces de defenderse, deben desaparecer frente a la sola legitimidad de la fuerza. Las tropas pasaron sobre Luxemburgo como una tempestad de desprecio, de soberana injuria hacia la nación desarmada, que sólo opone palabras para rechazar la oleada invasora. Entre la Bélgica deshecha y la Alemania pujante, Luxemburgo es el cauce de la muerte. La nación entera ha cicatrizado su sufrimiento, ha ahogado en lágrimas furtivas su angustiosa impotencia, ha curado con el espectáculo de la sangre ajena, abominablemente vertida, su gigantesco dolor moral. El fuego, pasando sobre ella, cauteriza sus llagas. Las llamas vuelan, como harapos deshilachados, sutiles y brillantes, sin quemar los hogares ni marchitar las flores. La muerte se ha fabricado su propio cauce. Y allá va, con su formidable impulso, ciega y desbordante, sin pensar en el marco húmedo y risueño que flanquea su cuerpo, obsesionada por la tarea monstruosa que ha de llevar a cabo en el mediodía lleno de luz, donde los hombres se apeñuscan y se desgranan como racimos maduros, donde la hoz invisible siega cráneos y árboles, donde se ciernen legiones de espectros enloquecidos y delirantes... Pasa y pasa el fuego, corre sin descanso, pero el cauce no se quema. La muerte circula por una vena azul, y desaparece allá abajo, en las praderas asoleadas, entre la frescura del follaje, en lo más espeso de las serranías, donde un hilo de agua canta su himno monótono sobre la piedra. Su felicidad es también su insensatez y su in-

consciencia No piensa que algún día, acaso muy próximo, tal vez muy lejano, puede volver atrás, en un espasmo furioso, y destruirse a sí misma, secarse sobre su propio lecho de tristeza, después de aniquilar lo que todavía no había tocado...

CAPÍTULO XLVIII

Con recogimiento medroso, como en un templo, penetramos en la era de los aniversarios. Apenas si nos atrevemos a mirar para atrás. Sentimos temor y angustia. Pesa sobre nosotros todo el horror de la imagen bíblica, el cuadro abominable de los seres convertidos en estatuas de piedra y de sal por el delito de volver los ojos hacia el pasado. Nuestros pasos suenan furtivamente sobre las losas frías. Bajo la bóveda, entre la luz amarilla de los cirios, que se refleja en los candelabros de plata repujada, y que parpadea en el oro muerto de los altares, danzan figuras sangrientas y espectros de reyes. Es una jiga loca, brutal, incoherente. Es la misma historia hecha baile, movimiento sin ritmo, la historia que no tiene armonía, ni fondo, ni sinceridad. Los rostros giran hacia nosotros, helados y gesticulantes. Imposible descubrir la realidad de un espíritu. En un mismo semblante vemos mil fisonomías distintas, muecas de odio y sonrisas de amistad. El templo nos aturde, nos llena el cerebro de visiones fantásticas, nos deja adormecidos y postrados, como después de un delirio ardiente. La mariposa gris, huyendo en medio de la noche, ha manchado nuestros dedos con su polvillo sutil, donde el capricho dibuja mapas de ensueño y la fatalidad traza sus cifras misteriosas. El vértigo no nos concede más que fragmentos de verdades, así como el mar no nos devuelve más que las ruinas del buque náufrago. Pero en los fallos del destino está la compensación del error. Al año de la guerra, al pie del primer aniversario, palpitó ya el germen de la leyenda. ¿Cuáles son las causas del desastre? ¿De dónde partió la chispa incendiaria? Las doc-

trinas históricas justifican las fuerzas ciegas del planeta, buscan el punto vulnerable de la responsabilidad humana. Seamos providencialistas, como Bossuet, o seamos deterministas, como Marx, o seamos fatalistas, como Vico. Hagamos derivar todo de la tradición y del análisis, como Ernesto Renán, o descubramos discretamente la ridiculez de los sistemas históricos, como Anatole France. Del seno de la lucha ideológica surgirá siempre el vigoroso razonamiento de los pensadores, gladiador magnífico que se abrirá paso a través de gases sombríos y que morderá el tronco milenario de la mentira. Guillermo II puede creer sinceramente en el derecho divino, puede ser lógicamente providencialista. Nada mejor que el éxito para fortalecer la adhesión a Dios. Sin embargo, es muy probable que el cardenal Amette, admirador de Bossuet, se resista a aceptar la hipótesis de que el monarca prusiano sea un delegado de la divinidad. De la misma manera, Jaurés, convencido marxista, no pensó seguramente, al ser asesinado el 31 de julio como contragolpe del ultimátum enviado a Rusia por Alemania, que él también era una víctima del "factor económico". Más prácticos resultan los discípulos de Vico, pacientes y tranquilos, quienes esperarán la solución del problema para dictar sus fallos. Es que no asistimos sólo a un choque de ejércitos, sino a un conflicto de ideas. De todo ello, ha nacido un caos de sistemas, de apetitos, de religiones, un torbellino de dudas, la verdadera incertidumbre universal.



El 1.° de agosto es el punto máximo del cataclismo. La declaración de guerra a Rusia se nos presenta como el segundo acto de la gran tragedia europea, cuyo desenlace la humanidad espera con verdadera fiebre. El día anterior, el emperador alemán se había dirigido al zar, pidiéndole duramente que suspendiese una movilización que Alemania ya había terminado, en secreto, hacía

quince días. Rusia aceptó la mediación propuesta por Inglaterra. "Comprendo que te veas obligado a movilizar, escribía Nicolás a Guillermo, la tarde del 1.° de agosto. Pero quisiera de ti una garantía análoga a la que yo te he dado, es decir, que esas medidas no significan guerra". El kaiser contestó con sequedad: "Me es imposible, con gran sentimiento mío, tratar el asunto que motiva tu telegrama". Esto equivalía a una violenta amenaza. Aquella misma tarde, Guillermo declaraba oficialmente la guerra a Rusia. El torbellino sangriento comenzó a ensancharse. Francia, Inglaterra, Japón, más tarde Italia, intervinieron en la lucha contra los imperios centrales. La Bélgica, sorprendida en su trabajo pacífico, fué arrasada y deshecha por un alud de hierro. Servia y Montenegro resistieron heroicamente el peso de ejércitos superiores. Y el cañón de Europa, estremeciendo la tierra, lanzó su rugido hasta las lejanas colonias de Asia y de Africa, donde los indígenas, atónitos y asombrados, vieron despedazarse a sus implacables conquistadores. No obstante las finas reservas, a pesar de las intrigas diplomáticas, la guerra estaba decretada hacía tiempo. A fines de julio, después de su retorno a Berlín, Guillermo II se confesaba a su amigo el conde Axel von Schwering, quien se suicidó dejando escritas varias páginas impresionantes, de las cuales se apoderaron los agentes secretos de Inglaterra. Cuando se dieron a publicidad los apuntes del conde Schwering, se levantó una polvareda espantosa. La emoción fué intensa en toda Europa. Por fin se había podido descorrer el velo que cubría una parte del terrible drama.



He ahí el cuadro pintado por Schwering. El emperador se dirigió hacia el conde, haciendo gestos nerviosos, golpeando rudamente el suelo. Sus ojos de acero brillaban como dos luces extrañas: "Hasta el momento, exclamó el emperador, habéis conocido en mí a un monarca

esencialmente pacífico. A veces, me habéis juzgado demasiado acomodaticio en presencia de las injustas acusaciones contra la política alemana y contra Alemania. No era cierto que yo desease la paz a todo precio. Yo creí que no había llegado todavía el momento de la expansión de Alemania hasta el grado que ella puede pretender alcanzar. Me he quedado tranquilo, muy buenamente, porque no estábamos prontos. Intervenir en una guerra donde hubiese noventa y nueve probabilidades de victoria contra una de derrota, sería todavía un crimen.'' Guillermo habla de su labor incesante de veinticinco años y de su ideal de morir por la grandeza de Alemania. ''He soportado los insultos de los panslavistas y de los francófilos, prosigue He tolerado que se juzgase a mi ejército con la mayor malevolencia. No me he movido, aun cuando alianzas formidables se pactaban contra el prestigio y la fuerza de Alemania. He cerrado mis oídos a las locas bravatas de una prensa idiota que, en todos los países del mundo, denunciaba la existencia de Alemania como un peligro público, contra el cual la humanidad se debería erguir para defenderse. Atacado por todas partes, he quedado impasible. ¿Suponéis que ello me ha resultado fácil? Error, amigo mío. Todas esas injurias, todas esas provocaciones cotidianas, me entraban en el alma como un hierro rojo. Pero mantuve mi serenidad, porque sabía que la hora de arreglar las cuentas iba a sonar, y que muy pronto los mismos soberanos que habían creído hacerme un honor, asistiendo a las bodas de mi hija, se arrastrarían a mis pies en el polvo, humillarían sus cabezas altivas bajo el peso de mi espada, reconociendo en Alemania a la más grande, a la más poderosa nación del mundo, y en su emperador al monarca a quien nadie osará contrariar ni falsear sus designios.'' La pluma del conde Schwering, asustada, parece vacilar. ''El emperador se detuvo, dice, como espantado de su propia violencia. Yo estaba aterrado al descubrir que el soberano a quien hubiese dado mi sangre, escondía un fondo terrible de violencia, de astucia tenebrosa.'' Llegó un momento en que el kai-

ser rió fuertemente, como satisfecho de su superioridad sobre los demás hombres. El conde Schwering, alemán y patriota, escucha conmovido, en silencio, las últimas palabras del monarca. "¡Ah, sí! Dentro de algunos días la mitad del mundo me va a tratar de loco, porque yo me atrevo a desafiar a casi la totalidad de Europa. Eso no durará mucho tiempo. Muy pronto la humanidad quedará confundida por el espectáculo a que yo la habré convidado." Las memorias de Axel von Schwering son largas y complicadas; pero se dirían escritas por un psicólogo, modeladas por un artista. De todas sus páginas se desprende una confianza brutal en la victoria de Alemania. No hay turbaciones, ni desasosiegos, ni inquietudes. Si el emperador volviese a hablar, probablemente dejaría caer de sus labios rígidos las mismas palabras. Es verdad que hoy tiene las mejillas descoloridas, la mirada triste y los cabellos grises. Pero tres años de lucha gigantesca, de desgarramientos monstruosos, no han bastado para disolver su entusiasmo, no han sido suficientes para enfriar su fe en la grandeza de Alemania, mientras sus ejércitos se desangran contra el genio latino y el mar eslavo, sus legiones se hunden en el infinito de Rusia o languidecen junto a las murallas formadas por pechos franceses, fuente de idealidad, manantial inagotable de heroísmos, donde relampaguea el secreto de la vida y se esconde el encanto de una fuerza nueva.

CAPÍTULO XLIX

A la sombra de Europa fermentan misticismos devoradores. Es un delirio radiante, una inquietud soberbia, el fervor trágico que trastorna y renueva las almas. Los profesionales de la religión aprovechan ahora de ese estado de desequilibrio nervioso para fundar la base de una oligarquía y restablecer la conciencia de las viejas teocracias. Por otra parte, asistimos al duelo a muerte entre la barbarie y la justicia, al terrible conflicto entre el espíritu y la bestialidad. "Mejor es, ciertamente, escribe Macaulay en su *Historia de la revolución inglesa,* que se halle regido el mundo de leyes sabias y de opinión pública ilustrada, que no de diplomacia clerical; pero más vale todavía estar bajo el gobierso del clericalismo, que de la fuerza bruta." Espíritu profundamente británico, Macaulay abominaba tanto de la hipocresía religiosa como detestaba la violencia sin frenos morales. Pero prefería el reinado de la simulación piadosa al gobierno de los instintos brutales. De ahí que la fuerza creyente del espíritu humano dé en crecer frente a esos choques formidables contra los espantos de la naturaleza y de los hombres. La superstición es el suave reactivo de la inteligencia todavía abrumada por la sombra ancestral. El hombre primitivo queda aterrado ante el espectáculo milagroso de la tierra que tiembla, del volcán que estalla o de los pueblos ebrios de matanza, que galopan sobre las ruinas, haciendo brillar sus moharras ensangrentadas sobre las sociedades agonizantes. La ciencia grosera de nuestros antepasados explica la alegría y el dolor, la dicha y la desgracia, por la intervención de fuerzas misteriosas, de

fastasmas duros e inmutables, superiores a la voluntad de la especie y al mecanismo de la historia. La vida normal disuelve la fe, porque da margen a la ociosidad retórica de los incrédulos. El escepticismo nace después de la victoria, cuando los imperios paladean las inmensas riquezas amontonadas por el pillaje, cuando los soldados, cruzándose de brazos, beben y disputan. Las controversias del bajo Imperio son la distracción favorita de guerreros enriquecidos, que han perdido todo contacto con el temor y a quienes no asusta el espectro descolorido de la decadencia. Pero basta el menor contraste, el más simple desgarramiento, para que todas las reservas místicas, adormecidas por la caricia tierna de la fortuna, desarmadas por la monótona repetición del éxito, broten a la luz en un impulso espontáneo y obscuro, como si intentaran torcer la fatalidad o conjurar lo irremediable.



Estamos muy lejos, no obstante, de la mascarada diabólica planteada en la peligrosa disyuntiva de Macaulay. La fe que se vuelve hacia los muertos es una fe pura, porque nada espera del presente. El culto se enciende en la mitología celta, al abrigo de las encinas sagradas, para dominar luego todo el mundo bárbaro. Los muertos son los más fieles consejeros y discretos ministros de Alfonso V de Aragón. "Sus escritos me dicen la verdad, exclamaba el sabio monarca; cuando quiero, les pregunto, y siempre me responden sin pasión, ni temor alguno de desagradarme". La religión actual pretende restaurarse en las viejas fuentes, quiere purificarse por el recuerdo de los héroes sacrificados a la causa de la justicia. Aquellos que todo lo han perdido se arrodillan sobre las ruinas de las iglesias y murmuran su oración sobre los escombros todavía humeantes. De los templos deshechos por el bombardeo, fluye hacia el infinito el encanto de la plegaria. Es una humareda blanca y tranquila, que parece arrastrar en un abrazo fugi-

tivo los ritos suaves de la piedad. En las naves, heridas por la muerte, la voz humana resuena con angustia, como órgano roto. El altar en llamas resplandece como una constelación. Se diría que alguna fulgurante ceremonia religiosa va a animar las ruinas. Pero el espectáculo de las losas rotas, de las casullas pisoteadas, de los copones apenas iluminados por los reflejos del incendio, de las hornacinas vacías, de los paños suntuosos, salpicados con lágrimas de oro y de plata, ahora cubiertos de lodo y de sangre, nos sugiere la amarga realidad de la guerra, el ensueño sombrío de los desastres.

*
* *

A pesar de todo, esos templos pulverizados por la metralla, no han perdido su forma ideal. Su arquitectura sobrevive en espíritu. La fantasía del pueblo hace nacer junto a los muros derruídos el espectro inviolable de un nuevo santuario. Y de adentro brota a raudales la música de la vida subjetiva, el gran himno del trabajo moral. La reconstrucción es una plegaria; se siente y se vive como un mecanismo dominador de la inmensidad, señor de las fuerzas fatales del universo. "El que trabaja reza", decía Benito de Nursia, después de haber impuesto en el monte Casino la severa disciplina de la labor manual, de la sobriedad y de la resistencia a las fatigas del cuerpo. Solamente un gran impulso ético, un misticismo vertiginoso, puede reparar sin nostalgias la obra destruída de cinco siglos. Y allá van las mujeres, a quienes la invasión ha deshecho el hogar y dispersado la familia; allá van arrastrando su miseria, ahogando su sufrimiento, a rezar sobre el polvo de las catedrales. Rezan por sus muertos, para que tanta sangre vertida no haya sido inútil, para que alguna vez triunfe sobre la tierra el reinado de la dulzura y del amor. La plegaria sin odio de los desamparados se confunde con el sentimiento de su ignorancia y de su justicia. Hay una grandeza sombría en esta humanidad

que medita sobre un infinito que le roe las entrañas. De ahí la victoria de esas energías obscuras y nobles, que buscan en el plano incierto de la religión caminos olvidados, por donde hace mucho tiempo nadie transita, vías discretas y silenciosas, sendas ocultas en las cuales los últimos viajeros, aturdidos por el clamor implacable de la ciencia, abandonaron tesoros de bondad, el lastre precioso que corta el vuelo de la insensatez y que nos acerca a la morada de los dioses.

CAPÍTULO L

Mis previsiones de *La Fragua* se han cumplido. El mundo se desploma reformándose. La humanidad se ilumina con nuevos resplandores. Una aurora roja inunda las inmensas estepas de Rusia, y llega hasta la misma Alemania el reflejo extraño de la hoguera que abrasará al planeta. América se ha sentido arrastrar también por este cataclismo formidable. A pesar de todo, fuerzas superiores a nosotros, corrientes históricas, atavismos lejanos, nos llevan fatalmente a la inercia triste, a la impotencia desesperada. Hemos perdido el tiempo en luchas estériles, devorados por nuestras sórdidas pasiones criollas, sin pensar que algún día habrá que ceder el paso a los fuertes. Hemos creado el desorden dentro del hogar, nos hemos forjado inquietudes artificiales, mientras los apetitos de afuera roen sin piedad los cimientos de nuestra casa. Las naciones de América, en su mayoría, han procedido cual si viviesen aisladas del mundo. Solamente el Brasil, gobernado por hombres sabios, guiado por políticos sutiles, ha comprendido la intimidad del gran drama continental. Profundamente idealista en medio del desierto de las almas, frente al estupor de las conciencias neutrales, idiotizadas por el miedo, aplastadas por el poder de la barbarie, el Brasil protestó contra la violación de Bélgica, mientras el resto del mundo buscaba un consuelo en la pasividad silenciosa, mientras el propio Wilson sellaba humildemente los labios...



No puede esperarse nada bello ni grande de esta mortal inacción del resto de América. La lucha es un admirable creador de ideales. El aislamiento cobarde, hu-

raño e impasible, excluye la posibilidad de todo sueño generoso. Nada más cómodo que cruzarse de brazos frente al incendio que habrá de devorarnos implacablemente. La debilidad no enaltece a nadie. Es la fuerza consciente la que nos hace nobles; son las disciplinas deliberadamente consentidas, son los sacrificios reflexivos, los únicos valores capaces de humillar la brutalidad desenfrenada de los instintos. En el minuto histórico en que Inglaterra, después de una larga controversia intelectual, acepta la necesidad de incorporar los métodos del enemigo para vencerlo con sus propias armas, la democracia británica gana la más espantosa de sus batallas. La historia nos enseña que el triunfo no corresponde a las buenas palabras, sino a las buenas o malas acciones. La especie es movimiento, contraste, desasosiego; necesita más del latigazo áspero de los músculos que de la caricia enervante de los retóricos. Callicles, ese personaje inolvidable de Platón, objeta a Sócrates que los hombres tienen por más deshonroso recibir una injusticia que cometerla. En el primer caso, el hombre es un esclavo, que siente con amargura la humillación que le impone el más fuerte. "Los débiles, agrega Callicles, incapaces de defenderse solos, han inventado las leyes y las han puesto sobre la naturaleza. Pero nadie se deja engañar por estas leyes; a pesar de la legislación, el más fuerte es el que desempeña mejor papel."



No importa que Sócrates replique que el más fuerte, dentro de la sociedad, es el mayor número; no importa que intente identificar al pueblo con lo más poderoso, el pueblo que hace las leyes contra la injusticia, "porque cree que es un mal mayor cometerla que sufrirla". La fuerza interviene de cualquier modo en el proceso infinito del bien y del mal. He ahí el ejemplo desgarrador de esa Bélgica débil, paralizada por los tratados y cuya neutralidad permanente le impedía buscar el apoyo de

amigos poderosos. Una prueba de que Bélgica pudo ser temible es este acuerdo de las potencias para condenarla a una inercia perpetua. El pueblo que, según la expresión de Sócrates, falla contra la injusticia, es el mismo pueblo que aplaude a los emperadores que menosprecian con éxito los progresos de la moral. Lo que no se perdona jamás es el fracaso en la perversidad. De ahí que el más grave peligro de la fuerza sea la embriaguez insensata que la misma fuerza provoca aún después de su victoria injusta sobre los pueblos desamparados. La discreta sabiduría del helenismo comprendió que el único límite de la violencia que suprime el derecho, es la violencia que lo restablece. La vida humana no es solamente una gimnasia para la felicidad, sino un duro aprendizaje para el dolor. Es necesario fortalecerse, tanto contra el enervamiento de la molicie como contra los zarpazos de la angustia. El porvenir pertenece a los fuertes, a los espíritus capaces de sobreponerse a la fortuna y la desgracia, a los corazones a quienes no asusta la amenaza brutal de los hombres. Cuando termine la pesadilla universal, cuando se disipe la sombra de Europa, diez millones de guerreros nos contemplarán con ojos voraces. Legiones de soldados a quienes la contienda europea habrá hecho sobrios y vigorosos, buscarán en las riquezas apenas desfloradas de *South America* un campo espléndido para el ejercicio de sus virtudes. Si no nos sentimos con fuerzas para civilizarnos a nosotros mismos, la cultura nos será impuesta por medios exteriores. La práctica del panamericanismo no puede reposar sobre una desigualdad tan profunda de tendencias y mentalidades. Será necesario nivelar el formidable abismo que existe entre el estancamiento criollo y la civilización angloamericana. El equilibrio no podrá ser restablecido sino a costa de nuestros viejos hábitos, que deberán ser sacrificados para abrir paso al perfeccionamiento industrial, intelectual y técnico. Hasta tanto nó se convierta en realidad este gran ideal de armonía entre dos culturas divergentes, el panamericanismo no constituirá más que un benévolo protectorado

de los Estados Unidos sobre las otras repúblicas de América. No se concibe la alianza psicológica entre pueblos que se desconocen completamente. Para que el panamericanismo sea posible, en su verdadera acepción moral, será necesario que la América latina forme un solo Estado militar que gravite sobre los destinos del mundo. De lo contrario, profundamente disociados en nuestros ideales comunes, pero unidos junto al regazo de la fuerza norteamericana, somos la paloma fatigada que busca asilo en la caverna de un león bondadoso.

*
* *

Los viejos fundamentos de la ética tradicional se han transformado. El dolor, la gloria, la simpatía, la muerte, todas las fuerzas donde reposaba la vida espiritual del mundo, están actualmente sometidas a una dura prueba. Ha sonado el instante de reorganizarnos sobre las ruinas del edificio moral de la humanidad. Ha llegado para nosotros el momento de fundar una civilización autónoma, con todos los atributos de la cultura y de la fuerza. La obra de los pensadores y de los artistas debe contribuir a formar la unidad de la conciencia americana. Hay que habituarse a la idea de considerar compatriotas a todos los hijos del continente. De esta manera, una vez asegurada la armonía moral, el concurso de las fuerzas materiales vendrá por sí solo. He ahí cómo podremos constituir un valor positivo dentro del panamericanismo. Sin fuerza no existe afirmación de voluntad. Nuestra vida debe ser una aspiración eterna a crecer y a renovarnos. Un haz de energías disciplinadas equivale a la dignidad, al respeto y a la fortuna. Debemos destruir con el ejemplo, en el seno de la democracia norteamericana, la idea de que somos un fardo pesado que paraliza sus movimientos, un estorbo inerte que perjudica la libre expansión de su existencia internacional. La doctrina intervencionista de los Estados Unidos nos ofrece la oportunidad de demostrar que podemos ser útiles

a la causa de América. El presidente Wilson ha puesto en nuestras manos una clave reveladora, secreto piadoso que nos ha llevado a descubrir horizontes desconocidos, que nos ha hecho comprender la necesidad de ser fuertes, ahora que los Estados Unidos, por primera vez en su vida, se mezclan en las luchas del viejo mundo, ahora que se interpone, entre ellos y nosotros, la sombra de Europa...

Julio de 1917.

FIN

ÍNDICE

DEL AUTOR:

LA FRAGUA.—APUNTES DE LA GRAN GUERRA.

FUERZA Y DERECHO.—ASPECTOS MORALES DE LA GUERRA EUROPEA.
